

# ANTROPOLOGÍAS ARGENTINAS

**Rosana Guber**  
*(compiladora)*

**Determinaciones,  
creatividad  
y disciplinamientos  
en el estudio  
nativo de  
la alteridad**

**Carrizo, Sergio  
Gil, Gastón  
Luco, Susana**

  
**Ediciones  
Al Margen**

**Silla, Rolando  
Soprano, Germán  
Zabala, Mariela**



# **ANTROPOLOGÍAS ARGENTINAS**

**Determinaciones, creatividad y disciplinamientos  
en el estudio nativo de la alteridad<sup>1</sup>**

---

<sup>1</sup> Este volumen presenta algunas investigaciones incluidas en el PICT/R 1728, 2008-2011 “Antropología social e histórica del campo antropológico en la Argentina, 1940-1980”.



# **ANTROPOLOGÍAS ARGENTINAS**

**Determinaciones, creatividad y disciplinamientos  
en el estudio nativo de la alteridad**

*Compilación e Introducción:*

***Rosana Guber.***

*Autores:*

***Sergio Carrizo, Gastón Gil, Susana Luco,  
Germán Soprano, Rolando Silla, Mariela Zabala.***

  
Ediciones  
Al Margen

Antropologías argentinas : determinaciones, creatividad y disciplinamientos en el estudio nativo de la alteridad / Rosana Guber ... [et.al.] ; coordinado por Rosana Guber. - 1a ed. - La Plata : Al Margen, 2014.

230 p. ; 21x15 cm. - (La otra ventana / Rosana Guber)

ISBN 978-987-618-189-1

I. Antropología. I. Guber, Rosana II. Guber, Rosana, coord.  
CDD 930.1

Fecha de catalogación: 26/12/2013

© Ediciones Al Margen

Calle 16 n° 553

C.P. 1900 - La Plata, Buenos Aires,

Argentina

E-mail: [info@edicionesalmargen.com](mailto:info@edicionesalmargen.com)

Página web: [www.edicionesalmargen.com](http://www.edicionesalmargen.com)

Diseño de tapa e interior: DCV Natalia Ciucci

Printed in Argentina - Impreso en Argentina

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Todos los derechos reservados. No puede reproducirse ninguna parte de este libro por ningún medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabado, xerografiado, o cualquier almacenaje de información o sistema de recuperación sin permiso del editor.

## **Agradecimientos**

Este proyecto, junto a este volumen de cierre, fueron posibles gracias a su íntegra financiación por parte del FONCYT de la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica, del Ministerio de Ciencia y Tecnología de la República Argentina. En el período que va desde su aprobación en 2008 hasta esta publicación, hemos contado con el apoyo de las instituciones que alojaron este proyecto en red: el Instituto de Desarrollo Económico y Social IDES, de la Ciudad de Buenos Aires; la Universidad Nacional de Quilmes UNQ; la Universidad Nacional de Córdoba UNC; la Universidad Nacional de Mar del Plata UNMdP y la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICen)., sede Olavarría Asimismo, el aporte del FONCYT ha permitido el estudio doctoral basado en la investigación de los becarios María Belén Hirose, Paula Macario y Sergio Carrizo, y por la Secretaria de Ciencia y Tecnología de la UNC, de la becaria Mariela Eleonora Zabala.

Los artículos que aquí presentamos son el resultado de investigaciones fundadas en un activo intercambio que se llevó a cabo en el Centro Cultural Alberto Rougés de la Fundación Miguel Lillo de San Miguel de Tucumán, en el Museo de Antropología de la Facultad de Filosofía y Humanidades UNC, en la sede de Ciencias Sociales de la UNQ y en el Centro de Antropología Social del IDES. Elaboraciones previas fueron publicadas en diversos medios, especialmente en el dossier de historia antropológica de la *Revista del Museo de Antropología* de la UNC, publicación en papel y *online* dirigida por el Dr. Andrés Izeta. Además de nuestros interlocutores circunstanciales para diversas etapas de este trayecto, como los encontrados en el X Congreso Argentino de Antropología Social, queremos agradecer muy especialmente a nuestros colegas de equipo que nutrieron los debates, incrementaron nuestros conocimientos y nos alentaron a seguir desde sus trabajos y sus perspectivas. Aunque no presentes aquí con sus contribuciones, expresamos nuestra mayor gratitud a Mirta Bonnín y Andrés Laguens, a María Belén Hirose y a Paula Macario. Muchas de sus ideas atraviesan varios tramos del pensamiento de los autores de este volumen.

Fue éste, por fin, un verdadero logro de proyecto en red, con cinco nodos cuya conexión permanente nos permitió reconstruir una imagen en proceso de mayor complejidad e interés acerca de nuestro pasado disciplinar. Seguramente parte de este y de otros equipos levantarán el guante y continuarán con la tarea para ratificarnos y rectificarnos, para discutirnos y corregirnos, en la elaboración de una historia que permanece abierta al futuro de una disciplina humanística y científico-social plural, diversa y cada vez más genuinamente multi-local.



# ÍNDICE

|                                                                                                                                                                                        |     |
|----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----|
| Introducción, <i>de Rosana Guber</i> .....                                                                                                                                             | 11  |
| 1. Puntos, líneas y rombos proyectados en el biosólido craneal: los inicios de la trayectoria académica de José Imbelloni en la antropología argentina, <i>de Sergio Carrizo</i> ..... | 43  |
| 2. Lecturas, interpretaciones y usos de la ‘Escuela Histórico-Cultural’ en la producción arqueológica y etnográfica de Fernando Márquez Miranda, <i>de Germán F. Soprano</i> .....     | 87  |
| 3. Sobre un “cambio conservador” en la obra de Marcelo Bórmida, <i>de Rolando J. Silla</i> .....                                                                                       | 129 |
| 4. ¿Cómo se abandona una teoría? Un enfoque bibliográfico, <i>de Susana Luco</i> .....                                                                                                 | 165 |
| 5. El carbono 14 en la antropología argentina. Ciencia, experimentos cruciales y controversias disciplinares, <i>de Gastón J. Gil</i> .....                                            | 199 |
| 6. La Primera Convención Nacional de Antropología: acordar un lenguaje, resignificar la arqueología argentina, <i>de Mariela E. Zabala</i> .....                                       | 251 |
| Los autores.....                                                                                                                                                                       | 277 |



# Introducción

**Rosana Guber**

Corría agosto de 1981 cuando aún no había fecha para una convocatoria electoral, ni tampoco se preveía que una guerra internacional sería el comienzo del fin del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional que hoy se conoce como “la dictadura”. El miércoles 12 de agosto el diario porteño *Clarín* publicó en la sección Opinión el artículo “Una misión para la antropología”, firmado por un historiador y arqueólogo experto en el área pampeana y con investigaciones en la Puna argentina. Pero estos datos no figuraban en aquella página. Guillermo B. Madrazo, su autor, iniciaba la columna describiendo y deplorando la antropología argentina, que, como otras disciplinas sociales, hubiera “recortado su objeto de estudio y lo (hubiera) circunscripto a un conjunto de temas asépticos, adecuados para el encierro en el laboratorio, excluyendo aquellos problemas que forman la trama de la vida nacional”. Por esta razón la antropología argentina había “perdido creatividad y método”, de manera que resultaba imperiosa “una reorientación a nivel universitario mediante planes de estudio que signifiquen una apertura hacia el país y no un aislamiento cada vez mayor” (1981:16). Esta situación, se lamentaba, transitaba por “viejos carriles”, en un “encerramiento científico” basado en “enfoques culturalistas asépticos” que resultaban inadecuados “cuando actúan como sustitutos y oscurecen la significación de la antropología verdaderamente humanística que reclama nuestra época, la que habrá de brindar información y fundamentos teóricos para el desarrollo nacional y la futura integración latinoamericana” (1981:16).

Madrazo era, por entonces, uno de los tantos antropólogos argentinos que había permanecido en el país, aunque no hacía investigación ni en el CONICET, ni en el Instituto Nacional de Antropología, ni en el Museo Dámaso Arce de Olavarría, del que había sido director durante varios años. Tampoco daba clases en ninguna de las carreras universitarias de Antropología, ni en la de Buenos Aires ni en la de La Plata. Para sobrevivir enseñaba historia en institutos terciarios. Su esposa, Cristina Soruco, también antropóloga, participaba activamente en el Colegio de Graduados de Ciencias Antropológicas, asociación que hacía poco había ganado una importante batalla al evitar el cierre de la carrera de Ciencias Antropológicas de la UBA, a punto de convertirse en una especialidad de la carrera de Historia.

Leído tres décadas más tarde, el artículo de Madrazo resulta sorprendente. A la luz de los múltiples desastres de la época en materia humanitaria, económica y política, es difícil imaginar cuánto podía importarles a los lectores la situación de una disciplina socialmente connotada como el estudio de culturas extintas o exóticas, es decir, distantes en el tiempo y el espacio. Sin embargo, con su artículo, este arqueólogo ponía de manifiesto su decisión de abrir un debate enmudecido y soterrado. Su llamado a una (otra) misión para la antropología argentina estaba permeado de amargura pero, a la vez, de una honda y sincera esperanza que Madrazo renovaba con sus lecturas, o cuando revisaba sus notas de campo de Valle Grande en Jujuy, o cuando conseguía reunir a colegas más jóvenes a los que le costaba encontrar, precisamente por haber sido marginado de las usinas de formación de los nuevos profesionales. Entonces se resolvía a escribir desde su presencia decisivamente argentina, es decir, desde la continuidad de su permanencia. Extrañamente, sin embargo, un artículo que preparó para entonces a requerimiento de una colega argentina residente en el exterior, y que sería la primera de una serie de historias de la antropología en este país, se refería a ese mismo período como un corte y una ausencia: “De ataque frontal contra las ciencias sociales, violenta represión y paralización teórica (1975-1982)” (1985)<sup>1</sup>.

---

1 Guillermo Madrazo (1927-2004) redactó este informe por encargo de un estudio comparado de las ciencias sociales en América Latina a cargo del Proyecto TOAK (Transferencia de Conocimiento en Antropología de UNESCO) y con auspicio del IUAES (Unión Mundial de Ciencias Antropológicas y Etnológicas). El primer manuscrito corresponde a 1982-3, aunque fue publicado en 1985 por el Instituto de Antropología de Tilcara que Madrazo dirigió

Quienes hacemos o hemos hecho alguna vez antropología en la Argentina concebimos a nuestra disciplina desde determinada matriz espacio-temporal que suele dejarnos escaso margen para imaginar ángulos alternativos desde los cuales concebir lo que pensamos y hacemos de un modo más integral. Esa matriz tiene, ciertamente, importantes consecuencias en la organización social y política de nuestros procesos de conocimiento. En primer término, quienes hacemos antropología concebimos nuestro desarrollo como una sucesión de fragmentos discontinuos y recíprocamente confrontativos, separados por hitos de la política nacional que, como sabemos, han incidido profundamente en el ambiente académico. De manera que, siguiendo con el sentido común implantado por la historiografía antropológica y, acaso, por la de otras disciplinas, existirían períodos de retracción e inmovilidad, y períodos de renovación y movimiento. Tratándose de una disciplina académica, se hace corresponder a cada período con una determinada teoría y con determinada postura político-ideológica. Pero este primado no es una abstracción sino que se encuentra radicado en determinadas instituciones siempre estatales. Dado que el orden temporal sigue las rupturas de la política nacional (gobierno de J.D. Perón '46, Revolución Libertadora del '55, Revolución Argentina del '66, regreso de Perón y del peronismo al Poder Ejecutivo en el '73 después de 18 años de proscripción, Proceso de Reorganización Nacional en el '76 y hasta el '83), no es extraño que las instituciones estatales estuvieran jerarquizadas precisamente en un país organizado con un federalismo con pronunciado presidencialismo centralista. En términos espaciales, entonces, la matriz antropológica es porteño-céntrica (un centrismo en este caso, marcado desde la Capital Federal y La Plata), incluyendo aquí las dos instituciones rectoras de la titulación, la teoría, la circulación de recursos para buscar, clasificar, almacenar, analizar y a veces mostrar información, y para transmitir sus enseñanzas: Buenos Aires y La Plata (Guber, 2009).

Los artículos reunidos en este volumen nos dan otro panorama del tiempo y del espacio antropológicos argentinos. Donde la historiografía antropológica divisó rupturas, aparecen continuidades, y donde estableció continuidades, se revelaron cambios a veces abruptos; la innovación emergió en períodos de supuesta retracción y el movimiento se abrió paso donde se imaginó o se vio sólo quietud.

---

entre 1984 y 1989. Así que al momento de redactar su artículo periodístico, Madrazo estaba dedicado a reconstruir y dar sentido a la historia de la antropología argentina.

Focalizando en las subdisciplinas antropológicas más consolidadas<sup>2</sup> –la antropología física, la arqueología prehistórica y la etnología–, los autores muestran, además, que el sentido de sus desarrollos no estuvo predeterminado ni por la teoría ni por la ideología política. Los sistemas clasificatorios con que la historiografía antropológica encuadra a los colegas del pasado no suelen funcionar cuando pasamos del plano abstracto de la norma, al nivel concreto de la producción de académicos individualizados por su orientación y por su posición en el medio, por sus decisiones políticas, teóricas, docentes y de investigación. En suma, quienes hicimos este libro quisiéramos dejar en claro cuán necesario es hacer una profunda revisión de las líneas con que contamos nuestra historia disciplinar y extraemos los principios que decimos que la rigen, porque nos encontramos a los antropólogos argentinos narrando el desarrollo de nuestra disciplina en términos dualistas, ahistóricos, teoricistas, etnocéntricos y difusionistas. Al intentar distintas vías para hacer una antropología histórica de nuestra disciplina tal como acaeció, no según modelos establecidos (la norma), sino según la articulación entre esos supuestos modelos y el real devenir de los acontecimientos, nos hemos encontrado transitando las fronteras internas de nuestro *métier*. La cuestión de cómo contar, y por eso de hacer nuestra historia, no se limita a la decisión de encontrar o desechar el gentilicio y desechar o ratificar el naciocentrismo de nuestra disciplina (como han mostrado de manera tan fructífera Marcio Goldman y Federico Neiburg, 2005). Preguntarnos si debemos decir “antropología en la Argentina”, o “antropología argentina”, o “antropologías argentinas”, significa la posibilidad de restaurar detrás del gentilicio, distintas relaciones posibles entre academias faccionalizadas y acaso enemigas.

### **1. Un nombre, varias disciplinas**

La antropología es uno de los campos disciplinarios más antiguos de las Humanidades, las Ciencias Sociales y Naturales modernas. Enfocadas hacia el estudio de la alteridad socio-cultural en el tiempo y en el espacio, encierran en su vasto espectro vertien-

---

2 La antropóloga social argentina Esther Hermitte daba una conferencia en Michigan State University acerca del estado de las publicaciones argentinas en antropología, diciendo que la tradición arqueológica, en contraposición a la socio-antropológica y la etnológica, estaba suficientemente establecida y gozaba de un nivel de excelencia (1977).

tes de corte biológico y otras de orientación sociológica, histórica, cultural, jurídica, lingüística y de ingeniería social. Su desarrollo ha seguido el camino de las otras ciencias: definiciones sucesivas procedentes de los centros metropolitanos que se difundieron hacia las instituciones académicas de los países periféricos, pasando de las antropologías de *empire-building* a las antropologías de *nation-building* (Stocking, 1982). Sin embargo, esta no es toda la historia.

Reconocer los contextos sociales, políticos y culturales es clave para una disciplina universal que estudia alteridades/otredades témporo-espacialmente situadas. Precisamente, parte de esa alteridad es la antropología, la cual ha sometido a todo lo real a su lente exotizante y crítica, salvo a ella misma (McGrane, en Peirano, 1991). Esto se evidencia en la aparente proximidad de un mismo nombre para prácticas distintas, corrimiento que obedece a cómo se ha especificado el saber antropológico sobre la *otredad* en cierto tiempo y espacio.

Desde la década de 1990 algunos debates vienen planteando la necesidad de describir la organización y producción disciplinar antropológica como integrada a sus contextos histórico-sociales en las sociedades del capitalismo avanzado de Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia, relativizando la universalidad de sus premisas (Krotz, 1997; Cardoso de Oliveira y Ruben, 1995; Krotz, 1997; Uribe, 1997; Restrepo y Escobar, 2005; Ribeiro y Escobar, 2008; JWAN, entre otros). Esos debates sugieren además la necesidad de estudiar la presencia de otras antropologías generadas en regiones del mundo que aún hoy siguen siendo visualizadas más como campos empíricos de obtención de datos y de aplicación, que como sedes con elaboración propia. Fue en estas regiones que, desde los años 1930 y con mayor vigor desde los 1950, se implantaron escuelas con trayectorias conceptuales y metodológicas que aún hoy son desconocidas, invisibilizadas e ignoradas en las antropologías metropolitanas. Su reconocimiento depende, al menos, de dos avenidas: la mayor permeabilidad de las academias metropolitanas hacia las llamadas “antropologías del sur” (Krotz, 1997), “otras antropologías” (Boskovic, 2008) o “antropologías del mundo” (Lins Ribeiro y Escobar, 2006; Restrepo y Escobar, 2005), y de la visibilidad/incorporación de estas producciones para sus productores en distintas localizaciones. Hablar de “visibilidad” alude, con su metáfora perceptiva, a su aparición en las referencias bibliográficas como analistas en la literatura

central; incorporación refiere, con su metáfora corporal/intelectual, a la ingesta, deglución y digestión por parte del organismo académico central, como parte de sus estudios, como antagonista, interlocutor o inspirador, y luego en sus reflexiones y sus conclusiones. Sabemos, claro, que no toda la producción de un medio puede ser incorporada, sea por problemas de distribución (esto antes de internet), de interés, de compatibilidad comprensiva o de olvido. Pero todas estas razones merecen ser estudiadas, porque la visibilidad de la producción de la disciplina académica está asociada necesariamente con las relaciones sociales y de poder propias de ese campo particular. Ciertas diferencias pueden levantar muros de desconocimiento mutuo entre vecinos de pasillo y acercar academias geográficamente alejadas. Así que aun cuando aparezcan referidas por un mismo nombre, “antropología”, la organización social y política del campo antropológico incide directamente en los sentidos con que practicamos y teorizamos sobre las alteridades en la Argentina.

La antropología y sus disciplinas surgieron en la segunda mitad del siglo XIX junto a la centralización estatal y territorial de la República Argentina, como ha señalado el antropólogo rosarino radicado en el Brasil Leonardo Fígoli, en su trabajo seminal y aún inédito *La antropología bajo la mirada etnográfica* (1990, 1995). Cultivado por extranjeros y por argentinos formados en la Argentina y en el exterior, aquellas primeras definiciones del *métier* antropológico anteceden en varias décadas a sus pares de otros países de América Latina. Sin embargo, pese a su prolongada trayectoria, es todavía un campo mal conocido incluso por sus mismos cultores. Diversas fragmentaciones atraviesan este campo, algunas manifiestas, otras más silenciosas. Su incidencia en el conocimiento antropológico de las alteridades que conforman al Estado y a la sociedad puede iluminar el tipo de cuestiones que los antropólogos hemos sido capaces de introducir en los debates antropológicos, sociológicos y biológicos, y las formas en que las distintas vertientes disciplinarias, regionales, teóricas y metodológicas han colaborado, en sus continuidades y articulaciones, para el conocimiento de la Argentina.

Por eso y como aclaración inherente a esta línea de pensamiento, conviene advertir que la referencia a categorías como “antropología”, “ciencias antropológicas”, “disciplinas” o “subdisciplinas antropológicas”, “antropología física”, “biológica” y “social”,



“arqueología”, “etnohistoria”, “etnología”, “folklore”, deben ser entendidas siempre entre comillas; las nominaciones suelen guardar significados y usos muy diversos incluso en una misma jurisdicción nacional. Pese a las presiones internacionales o, como decimos actualmente, a la globalización, es imperioso reconocer los títulos como “categorías nativas” de diversas tribus de antropólogos que han debido enfrentar distintos obstáculos y obtenido distintos logros. El análisis de cómo hemos producido las definiciones de antropología, arqueología, antropología física, prehistoria, etc., es fundamental para comprender los modos en que los actores sociales antropológicos significamos y actualizamos lo que pensamos y lo que hacemos en diversos contextos de uso, con el fin de definirnos a nosotros mismos y a los demás, y al mismo tiempo para nominar los problemas y objetos del mundo social que nos proponemos investigar, generando así (reflexivamente) distintas definiciones de la sociedad, la historia y la nación.

Los artículos que componen este volumen resultan de una serie de estudios antropológicos e históricos del desarrollo del campo académico y profesional de la antropología moderna y sus disciplinas en la República Argentina en las décadas comprendidas entre 1930 y 1980, un período que nuestra historiografía disciplinar ha dejado bastante librado a reconstrucciones más leales a los sesgos del presente que al reconocimiento de sus propias lógicas conceptuales y organizativas. Sin embargo, fue en ese período en que se modeló nuestra disciplina y, sobre todo, los preceptos desde los cuales hemos fundamentado la historiografía disciplinar. Por entonces planteada y conocida como ciencia de los orígenes y los confines de una nación que se vanagloriaba de moderna, urbana e industrial, y por supuesto europea, la antropología no aspiraba a ocuparse de “las sociedades complejas”. Olga Brunatti, Adelaida Colangelo y Germán Soprano han mostrado cuán posible era para un antropólogo de los años '20 estudiar en el cañaveral la cosmovisión chaqueña de los indios proletarizados, mientras se desentendía de su obvia superexplotación en la zafra azucarera. Eran inspectores de trabajo como Juan Bialeto Massé y José Elías Níklison, no los antropólogos, quienes en las tolderías aborígenes observaban y transcribían verdaderas notas de campo acerca de las condiciones de vida y de trabajo de los aborígenes trabajadores chaqueños (2002)<sup>3</sup>. Acaso el mismo

---

3 Hubo ciertamente otros viajeros como Jules Huret (1911, *De Buenos-Aires au*

tono con que languidecía la antropología cuando Madrazo pidió en 1981 una antropología más dedicada a la sociedad actual.

Esta marginalidad problemática que recordaron en 1988 quienes habían sido estudiantes de la primera cohorte en la Licenciatura de Ciencias Antropológicas de la UBA iniciada en 1959, mientras cursaban en el “altar budista” del Museo Etnográfico, a varias cuadras del edificio de su Facultad, la de Filosofía y Letras (Colegio de Graduados en Ciencias Antropológicas, 1989; Guber y Visacovsky, 1998), definió un posicionamiento a la vez periférico pero potente, porque sus premisas no se integraban con sencillez al “deber ser” teórico y metodológico de las humanidades y las ciencias sociales. Esta marginalidad podía generar reflexiones de distinto signo, y por supuesto producciones de distinta calidad, pero sus efectos, así como sus localizaciones, eran siempre *otros*: el Museo de Ciencias Naturales en el bosque de la ciudad de La Plata; un sitio arqueológico a campo abierto en suelo patagónico; una aldea Wichí en el oeste chaqueño...

Fue en el transcurso de aquellas décadas entre 1930 y 1980 que se establecieron como figuras del campo académico en antropología las personalidades que profesionalizaron las ciencias antropológicas en la universidad pública argentina. ¿Pero cómo se delinearon esas figuras? Según sus respectivas formaciones, según los climas teóricos de época, pero también según la coyuntura histórica mundial y nacional en que ingresaron al campo académico argentino, y según la organización nacional entre el centro y el interior.

## **2. Coyuntura política, universidad pública e inserción académica**

Muchas de esas figuras venían de un continente en guerra, definida como “mundial”, a un país bajo un gobierno que había hecho todo lo posible para mantener la neutralidad. Esas mismas figuras recién llegadas traían determinadas posiciones teóricas y formas de trabajo que, por la ocasión de su arribo, fueron identificadas con

---

*Gran. Chaco*, París: Bibliothèque-Charpentier) e inspectores como Amadeo J. Baldrich (1890, *El Chaco Central norte*, Buenos Aires: Casa Editora de Jacobo Peuser); Guillermo Aráoz (1884, *Navegación del Río Bermejo y Viajes al Gran Chaco*, Buenos Aires: Imprenta europea) y las *Memorias Descriptivas de las Provincias encomendadas* por el Ministerio del Interior de la República Argentina entre 1870 y 1890.

su alineamiento ideológico europeo, aun cuando esas mismas posiciones y formas de trabajo ya circularan profusamente en el campo y la academia argentinos. Un rasgo distintivo y nada menor es que si bien la antropología recorría como materia, cátedra o inquietud investigativa numerosos institutos terciarios y universitarios, la titulación (licenciatura) en Antropología en la Argentina fue sólo expedida por universidades públicas. Así, el período que nos ocupa fue testigo de rupturas institucionales nacionales que buscaron apropiarse del orden universitario, incidiendo profundamente en su constante reorganización en base a adhesiones demandadas (y encomendadas) como absolutas, fueran o no creídas como tales en la intimidad. A las exoneraciones de 1947 que castigaban a los firmantes de una carta pública que condenaba la intervención del Poder Ejecutivo a la autonomía universitaria y la exigencia de afiliación partidaria peronista a los académicos, acompañadas por las renuncias de quienes se solidarizaron con los exonerados, le siguió ocho años después la declaración de fe democrática en la presentación de antecedentes de los aspirantes a ocupar un puesto docente en la universidad posperonista. A los concursos del 57-58 le sucedió la llamada “Edad de Oro de la universidad argentina” truncada por la “Noche de los Bastones Largos” de julio de 1966 y la renuncia de buena parte del plantel de profesores de algunas facultades. Al ’66 le sucedió la irrupción de la joven generación hija del peronismo proscrito que fue a su vez reemplazada a fines de 1974 por el *establishment* erradicado en 1973, libre de toda sospecha de subversión. *Establishment* que terminó cuestionado como colaboracionista de la dictadura militar, y condenado al ostracismo académico desde 1984. Las rupturas político-institucionales en el nivel nacional y su honda intervención en un mundo que se creía libre y autónomo como fue la universidad, afectaron a esta disciplina especializada en el estudio de los márgenes nacionales.

Si bien esta sucesión de catástrofes (en el sentido que le imprimía el naturalista George Cuvier a la historia de la Tierra y la sucesión de capas geológicas) afectó a todas las disciplinas académicas, sus efectos no fueron los mismos. En Buenos Aires la Licenciatura de Sociología, por ejemplo, fue creada en 1956 como una disciplina moderna dedicada a describir y resolver los problemas nacionales; su plantel de profesores tanto como los contenidos de sus materias aparecían como incontaminados por la sociología

de períodos anteriores, todo lo cual giraba en torno a la figura de Gino Germani, un italiano que, como muchos argentinos, no tuvo problema en identificar a Perón con Mussolini toda vez que se veía raleado de la Universidad (Blanco, 2004; Neiburg, 1998). En la Antropología de Buenos Aires de los años '50 la figura rectora era José Imbelloni (Fígoli, 1990; Arenas y Baffi, 1991-2; Perazzi, 2003; Arenas, 2011; Carrizo en este volumen), otro italiano que se ubicaba en las antípodas políticas de Germani tanto si miraba a Italia como si miraba a la Argentina (prologando, de paso, a *Toponimia Araucana*, la aproximación antropológica de Juan D. Perón). En la misma posición ideológica se encuadraban dos recién llegados, el prehistoriador y egiptólogo austriaco Oswald Menghin y el flamante graduado en Antropología (física) en Roma Marcelo Bórmida. En la Argentina investigaba, hasta el '46 y después del '55, un liberal exonerado por el peronismo, Fernando Márquez Miranda (Soprano en este volumen), mientras que se desplazaban, sufrían o sobrevivían en distintas combinaciones entre política y teoría antropológica, el etnólogo Enrique Palavecino y el arqueólogo Salvador Canals Frau. Todos ellos atendían a sus materiales desde alguna perspectiva histórico-cultural que no aprendieron de los recién llegados de la segunda postguerra, ni compartían con éstos su credo político. Reinaban en la Argentina las teorías centroeuropeas del *Volkskunde/Volkerkunde*, con algún uso del culturalismo Boasiano, como lo hacían Altieri y Paulotti en Tucumán (Carrizo, en prensa) y la profusa ausencia de la antropología social británica que se difundía en otros países de América Latina, notablemente en México, Brasil y Perú, y en la Universidad de Chicago en los EE.UU. Precisamente el culturalismo, el neo-evolucionismo y el estructural-funcionalismo anglosajones fueron impulsados con el regreso a la Argentina de dos flamantes doctores en antropología: un médico con vocación de arqueólogo, Alberto Rex González, que se doctoró en Columbia, y una profesora de Historia egresada de la UBA, que se doctoró en Chicago como “antropóloga social”, Esther Álvarez de Hermitte. La antropología social que ella practicó e impartió con grandes dificultades institucionales entre 1965 y 1990, año de su muerte, se combinó con lo que pretendían hacer jóvenes de distintos rumbos: graduados en Ciencias Antropológicas de la UNLP y la UBA, graduados en Historia de la Universidad Nacional del Litoral en Rosario (Santa Fe) y de la Universidad Nacional de Córdoba, y graduados o no en la Argentina que habían decidido formarse en las academias metro-

politanas (París, EE.UU., Oxford) en la segunda mitad de los años '60 (Guber, 2008, 2010; Guber y Visacovsky, 2000). Aunque esta vertiente disciplinar, hoy dominante en la Argentina, queda fuera del presente volumen, es parte del clima que se vivía en la comunidad antropológica de los años '50 y '60 hasta mediados de los '70, en que González importaba el método de datación absoluta de materia orgánica por Carbono 14 (Gil en este volumen). La arqueología de Buenos Aires y La Plata se vería renovada desde fines de los '70 con la adopción del procesualismo como teoría sustituta de la histórico-cultural vienesa en arqueología (Luco, 2010 y en este volumen). La búsqueda de un sistema de nomenclatura consensuado a mediados de los '60 (Zabala en este volumen) muestra los denodados esfuerzos por convencionalizar una serie de trabajos y de abordajes que no respondían ni a una postura ni a una configuración académica unificada. Sin embargo, fue gracias a los subsiguientes quiebres institucionales y a su incidencia en la academia que signo político de gobierno, signo teórico del *establishment* y signo político-ideológico de los académicos pro- y anti-régimen quedaron encerrados en categorías inamovibles y homogéneas de antropólogos y antropologías, organizadas en bandos duales y excluyentes.

Esos bandos que han marcado la historia de la antropología y de los antropólogos tan profunda y persistentemente no se reprodujeron gracias a un *ethos* ni antropológico ni argentino sino por su arraigo en las vidas profesionales y, por lo tanto, en los destinos de las personas. Es difícil pensar que una joven académica pudiera revisar su antiperonismo, si su maestro Francisco de Aparicio no sólo había sido exonerado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en 1947, sino que, además, había muerto tres años después en una casa lejana del Gran Buenos Aires, tan apartado del centro porteño con su Museo Etnográfico, su Instituto de Antropología y su cátedra de Prehistoria, a cuyo frente había estado desde fines de los '30. Del mismo modo, sería difícil conjugar una perspectiva comprensiva del desarrollo disciplinar si, de buenas a primeras, una cátedra, un equipo y un sitio arqueológico se esfumaran todos a la vez por razones de alta política académica y de intervención nacional a la universidad. Las ciencias antropológicas fueron, para sus cultores de aquella época, no sólo un trabajo ni una profesión. Fueron un estilo de vida que requería campañas prolongadas y trabajo de campo, la convivencia con otros colegas y con estudiantes en la intemperie y el compromiso colectivo con la tarea (Guber, Bonnín y Laguens, 2008). Para ello

era necesaria tanta logística (traslado al sitio, artefactos técnicos, subsistencia y compensación a los lugareños-baquiños, traslado de piezas a la universidad, preservación y catalogación, etc.) que el respaldo institucional era una requisito inexorable del ejercicio antropológico. Si cada quiebre institucional, a intervalos de entre 3 y 7 años, restaba recursos y modificaba radicalmente al personal experto, es fácil imaginar que la vivencia de la discontinuidad fuera mucho más regular que la de la continuidad, la que de todos modos se vivía como una condición transitoria. Cada ruptura institucional no era sólo un golpe palaciego entre los grandes factores de poder de la Argentina; era un verdadero movimiento sísmico que modificaba todas las coordenadas, y que en términos personales era prácticamente una condena al exilio de la profesión, como sucedió definitivamente con De Aparicio y con Alberto Salas en 1947, con José Imbelloni en 1955, y como amenazó sucederle a Palavecino y a Márquez Miranda en 1947, a Esther Hermitte en 1947 y desde 1966 hasta 1984, a Bórmida muy brevemente entre 1973 y 1974, y a Augusto R. Cortazar mortalmente en 1973<sup>4</sup>, a González, Víctor Núñez Regueiro, Madrazo, Blas Alberti y, más definitivamente, a Ciro Lafón en 1974, y a los exiliados del '74 y del '75 en arqueología (p.ej., Osvaldo Heredia, Myriam Tarragó, José Pérez Gollán) y en antropología social (p.ej., Beatriz Alasia, Eduardo Archetti, Iván Baigorria, Santiago Bilbao, Edgardo Garbulsky, Guillermo Gutiérrez, Eduardo Menéndez, Hugo Ratier, Guillermo Ruben, Hebe Vessuri).

Nadie, absolutamente nadie, en este campo disciplinar pudo ser testigo presencial y prescindente de estas catástrofes político-académicas con las que, tras cada reorganización, nada volvía a ser como antes. Exoneración, renuncia, prescindencia, juicio político, amonestación, subversión, son algunas de las denominaciones con que, desde la más absoluta y cruda práctica, se fueron delimitando los bandos, entre los favorecidos y los expulsados, *statu quo* de duración variable pero de final previsible que convertía a los favorecidos de otrora en expulsados de hoy, y a los expulsados de ayer en los nuevos encumbrados. Pero cada uno de aquellos regresos no restituía el *statu quo ante*, en parte porque siempre se producían bajas por fallecimiento, jubilación o tristeza; en parte porque

---

4 Belén Hirose se encuentra investigando la enorme tarea que, bajo el rótulo "Folklore", acometió Augusto Raúl Cortazar en relación a la investigación académica, la promoción cultural y el desarrollo artístico.

aparecían nuevos actores que pugnaban por ingresar en el campo –nuevos egresados, recién llegados al país–, que a su vez se reorganizaba según líneas renovadas en la Argentina y en el exterior. Así, un antropólogo físico podía encontrarse como último representante de una tribu con su lengua ya extinta, como Ishi, porque su campo había sido redefinido como “antropología biológica”; o bien un etnólogo afirmado y hasta orgulloso de su especialidad, podía verse presionado institucionalmente para re-encuadrarse en una oficina dependiente de la sección de “antropología social”. ¿Cómo creer que semejante devenir no habría de propiciar adhesiones fuertes y excluyentes, ratificadas por los procesos políticos nacionales?

En las disciplinas académicas las diferencias son académicas, o al menos deben expresarse en ese lenguaje. Hablamos de métodos, de epistemologías, y sobre todo de teorías, pero también de objetos de estudio, de enfoques, de usos y de audiencias. Pero en la academia argentina, las diferencias disciplinares, teóricas y metodológicas nos hablan de otras cosas.

Los antropólogos hemos sido los primeros en des-esencializar las pertenencias étnicas. Desde Edmund Leach en Burma (1959), Abner Cohen en Nigeria (1969) y Fredrik Barth en Afganistán (1969), esto es, desde fines de los '50, la perspectiva según la cual un grupo étnico se define por compartir una serie de rasgos si no fenotípicos, ciertamente los culturales (territorio, historia, lengua, modo de vida, etc.) ha ido cayendo en descrédito. En vez, aquellos antropólogos señalaron que un grupo étnico se define en la interacción con aquellos a los que reconoce como *otros*, a través de una “frontera” que, obviamente, no es física ni necesariamente estatal. Los pashtunes estudiados por Barth ostentaban distintos valores y señas diacríticas según los grupos con los que interactuaban a lo ancho de su territorio. Llamativamente, los antropólogos nos comportamos de manera esencialista cuando nos referimos a otros colegas y, peor aún, cuando trazamos sus historias.

Los estudios de los primeros colegas en antropología social acerca de los grupos étnicos minoritarios en la Argentina (ucranianos y polacos en Misiones, galeses en Chubut, friulanos en el norte de Santa Fe, árabes en Santiago del Estero, judíos en Entre Ríos) dedicados a la producción de mercancías agropecuarias para el mercado interno (yerba mate, huerta, alfalfa) y externo (trigo, maíz, lana, algodón y azúcar), nos mostraron que sus poblaciones se fue-

ron argentinizando de cara a las políticas del Estado nacional y a los demás grupos étnicos y a la mayoría criolla, sea la que integraba el ejército de mano de obra temporaria, sea la que formaba parte de la clase terrateniente y exportadora. Los grupos étnicos, entonces, se forjaron como “ucranianos argentinos” o “furlanos santafecinos” gracias a sus historias pre-migratorias, a las condiciones de arribo, a las condiciones y relaciones de producción de que fueron capaces y que también se les impusieron, formando parte, enfrentando, sometiéndose, y aceptando las sumamente variables políticas públicas. Así pasaron de períodos de total abandono estatal a períodos de fuerte presencia con la implantación de los derechos laborales y políticos, control de sistemas de producción, acopio y comercialización, control de precios y de productividad, etc. La nacionalización cultural que sucedió a la red pública escolar acompañó, en la Argentina, al control estatal del trabajo productivo (Archetti, 1975; Bartolomé, 1975/91; Freidenberg, 2010; Stolen, 2004; Vessuri, 1971/2012; Williams, 1975/91).

Ciertamente, los académicos en antropología aprendemos desde chicos a clasificarnos en las escuelas teóricas. Es ese el móvil y la bandera que nos agrupa y también que nos permite ordenar la compleja cartografía de dos siglos de historia. Sin embargo, las clasificaciones, aun las teóricas, no significan lo mismo en distintas épocas ni mucho menos en distintas realidades. La presencia del Estado nacional, las políticas de un régimen y de un gobierno, y las conducciones académicas –que no son nunca la misma cosa– modelaron en grado sumo, pero no se adueñaron totalmente de nuestras posiciones teóricas y metodológicas y los sentidos que esgrimimos sobre ellas. Igual que modelaron la etnicidad, es decir, las relaciones sociales con los criollos, de los ucranianos colonos en Misiones y de los sirio-libaneses que se hicieron de tierras en Santiago del Estero.

Para el proceso histórico de nuestras antropologías, la relación entre teoría y política llegó al paroxismo en el caso de los países de habla alemana. Esa relación no se extinguió con la derrota del Eje sino que se continuó en sus más recónditas y alejadas ramificaciones. En 2002 un antropólogo de apellido alemán y formación norteamericana y un arqueólogo argentino publicaron el artículo “Religión, política y prehistoria. Reevaluando el duradero legado de Oswald Menghin” en la principal de la sección de artículos con comentaristas de la prestigiosísima revista de la Unión Internacio-



nal de Antropología, *Current Anthropology*. En ese artículo, Philip Kohl y José Pérez Gollán aspiraban a mostrar cuán inconveniente es subordinar la labor científica a una agenda religiosa, que bien puede transformarse en o acompañar a una agenda política criminal. Pero lo hacían tomando en serio a un gran y prolífico investigador de la prehistoria, lo cual no les impidió concluir, con sobrada evidencia, que su teoría de los ciclos culturales estaba lisa y llanamente errada. Esta perspectiva, ponderada y discutida por especialistas de la antropología alemana, austríaca, norteamericana y latinoamericana, difiere de la publicación *Oswald Menghin: ciencia y racismo* (2005) donde su autor, el antropólogo Marcelino Fontán, aspiraba a demostrar/denunciar el compromiso político-ideológico de Menghin con el nazismo, y el soporte académico de la escuela de los ciclos culturales a la prédica racio-política de Adolf Hitler, mediante, principalmente, los escritos raciológicos y políticos de Hitler y de Menghin. Fontán utilizó su libro, una clara y fundada denuncia del nazismo menghiniano, para solicitar el cambio de denominación del Museo Arqueológico de Chivilcoy “Oswald Menghin” (ver también Fontán, 2001). Por extensión, diversos antropólogos arribados a la Argentina en la inmediata posguerra quedan asentados como nazis, fascistas y colaboracionistas (Marcelo Bórmida a Buenos Aires, Juan Schobinger y Miguel De Ferdinandy a Mendoza, Branimiro Males a Tucumán). Sin embargo, en el contexto argentino, estos hechos presentan una lectura incómoda, siendo que sus oficios, también denunciados por Edgardo Garbulsky con respecto a Imbelloni, autoadscripto como fascista y con una estadía más prolongada en el país, se produjo durante el gobierno más popular que haya tenido la República Argentina: el de Juan Domingo Perón<sup>5</sup>.

Hoy es imposible negar las simpatías políticas de varios de aquellos antropólogos que no sólo llegaron a la Argentina sino que además y en muchos casos, hicieron escuela aquí. Sin embargo, la perspectiva acusatoria requiere esencializar y por eso deshistorizar su pensamiento y su acción en investigación, docencia y gestión académica. Desde la perspectiva argentina y de nuestra antropología, estos emigrados pasan a formar parte del sustento ideológico de los gobiernos de facto y no del peronismo. Representan el bando

---

5 Conviene referir al antropólogo austriaco André Gingrich, quien adscribe no a la Escuela de Viena de Schmidt y Menghin sino al funcionalismo alemán, el mayor compromiso teórico-político con el régimen nazi (2005).

de los malvados<sup>6</sup> histórico-culturales que detentaron todo el poder académico entre 1966 y 1973 y entre 1975 y 1983, durante gobiernos de facto que llamamos “dictaduras” y que se autodenominaron “Revolución Argentina” y “Proceso de Reorganización Nacional”. La significación de estos períodos para el mundo académico es específica; en las facultades donde se dictaron las humanidades y las ciencias exactas, las carreras ofrecían a egresados, docentes y estudiantes una profesión de signo predominantemente académico (a diferencia de las llamadas “profesiones liberales” del Derecho, la Medicina y la Contabilidad) y, por lo tanto, ligada a los institutos de investigación básica de las universidades o dependientes del organismo nacional de investigaciones CONICET. Las renunciadas masivas al día siguiente de la violenta irrupción policial el 29 de julio de 1966 (bajo el Onganiato), y las prescindibilidades dictadas tras las intervenciones universitarias de septiembre de 1974 (en pleno gobierno peronista), cortaban estos lazos y las posibilidades de continuidad en la profesión y en la academia, y las posibilidades de prosperar de ciertas perspectivas teóricas y metodológicas de investigación. Cabe añadir que en setiembre de 1974 uno de los flamantes prescindibles fue un egresado como profesor de Historia en 1945 que quería hacer carrera académica en arqueología y con Imbelloni. Para eso se postuló como técnico al Museo Etnográfico en 1948. Además de su título y del certificado de materias, debió presentar dos cartas de referencia de funcionarios de la época, y el carnet de afiliación al Partido Justicialista<sup>7</sup>.

---

6 Gastón Gil y Rolando Silla organizaron en dos congresos argentinos de Antropología Social en 2005 y 2008, un grupo de trabajo sumamente exitoso y provocativo: Los temas malditos de la antropología, abarcando primordialmente al bando denostado por la antropología pos-'84.

7 La afiliación al partido gobernante durante la primera década peronista (1946-1955) es aún tema de discusión. Ciertamente sería materia de un detallado estudio proveer y analizar las evidencias por las cuales la intervención universitaria de la ley 13.031 establecía la obligatoriedad de la afiliación para devenir en o para permanecer como profesor en las universidades nacionales (es decir, en todas las universidades, ya que por entonces no existían aún las universidades privadas). Podría señalarse, por ejemplo, que la afiliación respondía a disputas internas al ambiente universitario aunque también es difícil constatar que todos aquellos que permanecieron en las universidades, hayan debido afiliarse y/o profesaran públicamente sus convicciones peronistas. Al respecto y después de algunas indagaciones puntuales para esta redacción, algunos contemporáneos de aquella época afirman que la disposición existía pero que jamás la vieron. Otros sostienen que, existiera o no, daba igual porque las conducciones universitarias la ponían

En honor a la verdad, nos debemos una antropología histórica que no sirva obsecuentemente a nuestro interés redentor. Los artículos aquí presentados, así como otros ya publicados por nuestros autores y por algunos otros, muestran que la Escuela Histórico-Cultural no siempre estuvo en la cabeza de antropólogos políticamente alineados con la derecha doctrinaria; aunque de amplia prédica y sustento académico, esa escuela no siempre se comportó como una dictadura, y quienes alguna vez la sostuvieron también fueron capaces de revisar sus preceptos e, incluso, de abandonarla.

En su artículo, Sergio Carrizo analiza la primera parte de la carrera académica de un Imbelloni casi lamarckiano, aunque sindicado por la literatura antropológica como igualmente fascista e histórico-cultural. Germán Soprano muestra en el suyo la enorme tarea de exhumar a un prócer de la antropología casi inexistente en las historias antropológicas, acaso por su contradictoria factura de exonerado por el peronismo, autoadscripto como políticamente liberal y difusor de la Escuela Histórico-Cultural: Fernando Márquez Miranda. Rolando Silla analiza la transición de Marcelo Bórmida –confeso fascista, alineado con su maestro Imbelloni y, teóricamente, con Menghin– hacia la fenomenología, y Susana Luco, en continuidad con un trabajo anterior (2010/2013), demuestra mediante las reestructuraciones bibliográficas de los programas de cátedras que el cambio de paradigma pudo tener lugar bajo el dominio y en el seno mismo de la catedral histórico-cultural de los arqueólogos patagónicos en la UBA.

---

en práctica. Por ejemplo, en la Universidad Nacional de La Plata una flamante doctora en matemáticas ganó un concurso impulsada por su director de tesis, un prestigioso matemático catalán, republicano y exiliado. El decano de Exactas le comunicó a la ganadora que debía presentar su carnet de afiliación. Como no lo hizo, el decano le reiteró el pedido sin dejar de excusarse por tratarse de una medida lejana a sus dictados pero que debía efectivizar. La joven no tenía militancia política universitaria pero se negó, con lo cual quedaba postergada su asunción al cargo. Su padre, académico, le recomendó que lo hiciera, como si fuera “aplicarse una vacuna”. Si la concepción explícita en esta sugerencia –el mero trámite estatal– estaba más o menos generalizada, se confirmaría efectivamente que muchos afiliados no profesaran la fe peronista, pero se confirmaría, al mismo tiempo, que la afiliación era imperiosa y, en los casos de jóvenes egresados, un requisito informal pero excluyente para acceder a un cargo en la universidad pública. Lo que no molestó a Lafón, que sí simpatizaba con el peronismo y que finalmente lo “prescindió” en 1974, molestó a esta joven que pudo integrar el plantel de Exactas de la Universidad de Buenos Aires desde 1956 hasta que, nuevamente, la intervención de 1966 volvió a ubicarla en un dilema ético-político que esta vez sí la excluyó definitivamente de las aulas.

### **3. Río de la Plata e interior**

Hay otra dimensión que introduce el estudio de cómo se conformaron los bandos en la Argentina y, consiguientemente, cómo se ha comprendido el devenir de nuestra antropología. Debido al dramatismo de las confrontaciones político-académicas impuestas por los sismos nacionales, solemos olvidar otra línea divisoria casi invisible cuando estudiamos, reconstruimos y contamos la historia desde la capital académica antropológica del país: el eje porteño-platense. Sin embargo, en el llamado “interior” argentino, las trayectorias también se encuentran marcadas por luchas no menos encarnizadas, pero sí diferentes y hasta con otras temporalidades.

Desde el punto de vista porteño-platense el “interior” y el “litoral” fueron, hasta los años '60, mucho más “campo” empírico y cantera de datos, comunidades indígenas, tiestos y fuentes, que lugares de análisis y pensamiento con desarrollos propios. Una verdadera herencia de esta concepción es la jurisdicción que la UBA ejerce sobre el Instituto de Antropología de Tilcara desde 1948, aunque informalmente desde los años '30, motivada en la investigación y reconstrucción del Pucara por Salvador Debenedetti y su discípulo Eduardo Casanova, ambos profesores de la carrera de Historia de la UBA<sup>8</sup>. Es que Tilcara era un punto de concentración y distribución de los viajes de estudio que algunos profesores (De Aparicio, Osvaldo Ardissonne, Ciro Lafón, Márquez Miranda) encaraban con sus estudiantes a comienzos de los años '40 y en los '60. Pero ese “interior” no era sólo “un campo”.

La ciudad de Córdoba albergó a la primera universidad del país, hoy con cuatro siglos de existencia que abarcan su etapa jesuítica como Colegio Máximo, su conversión en 1863 en la Universidad de Córdoba del Tucumán, y desde 1918 en la Universidad Nacional de Córdoba. Tucumán y Córdoba fueron las provincias de formación de importantes estadistas argentinos. Los intentos de establecer una

---

8 La ley provincial 1903 de Jujuy autoriza la donación a la UBA de los terrenos que constituyen las ruinas del Pucara. Esta ley fue sancionada el 27 de agosto de 1948 y publicada en el Boletín Oficial el 20 de octubre de 1948. Años después, el decreto nacional 4933 del 29 de diciembre de 1966 (y en el Boletín Oficial el 17 de febrero de 1967) transfiere a la UBA un inmueble situado en el pueblo de Tilcara, cuya donación fue aceptada por el Estado nacional (decreto 21366 de 1956) para destinarse a la instalación del Museo Arqueológico de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Finalmente, el decreto 1012 de 2000 declaró al Pucará “Monumento histórico” (Boletín Oficial, 7 de noviembre de 2000).

antropología sólida y de calidad internacionalmente ponderada, se hicieron muy tempranamente en Tucumán, con la figura del suizo Alfred Métraux, recomendado por el francés Paul Rivet, pero se interrumpieron ante la falta de recursos y de decididas políticas académicas (Bilbao, 2000; Carrizo, 2010c). Más tarde, San Miguel de Tucumán fue casi la cuna de la primera licenciatura antropológica, de sesgo Imbelloniano<sup>9</sup>.

De Santiago del Estero provinieron importantes elaboraciones acerca del lugar de una provincia económicamente pobre y culturalmente rica, en el orden nacional y federal (Bernardo Canal Feijóo y Orestes Di Lullo, en Ocampo, 2004). Por alguna razón, de Santiago del Estero eran oriundos también dos de los más destacados antropólogos sociales argentinos de la primera generación y que se graduaron en universidades metropolitanas, regresando al país para hacer sus trabajos de campo doctorales en Santiago del Estero, Hebe Vessuri, y en el norte de Santa Fe, Eduardo Archetti. Vessuri pasó luego a la Universidad Nacional de Tucumán hasta que debió abandonar el país en 1974 y Archetti terminó radicándose en Noruega con su compañera Kristi-Anne Stolen, dejando atrás su formación de grado en sociología (UBA) y mucho más atrás su formación en el nivel medio como joven de clase acomodada, en el Liceo Militar General Paz de Córdoba. Entre tanto, Córdoba tenía un Instituto de Antropología, cuyas actividades eran estrictamente académicas y no se integraron a un esquema de profesionalización en antropología sino hasta 2001 (Maestría en Antropología, incluyendo Arqueología, Antropología Social, Antropología Biológica y Antropología Forense), 2010 (Doctorado) y 2011 (Licenciatura).

El pasaje de las investigaciones protagonizadas o no por intelectuales locales, a la profesionalización con una carrera propia, fue decisivo para el desarrollo de distintas corrientes de pensamiento y de práctica. El Gran Chaco y la selva misionera fueron, desde el siglo XVIII, fuentes de especies botánicas, zoológicas y culturales exóticas (Gordillo, 2008; M. Bartolomé, 2007; Zabala en este volumen). Pero de Posadas, Misiones, aunque socializados como antropólogos en Buenos Aires, eran otros dos antropólogos sociales de la primera época: Leopoldo Bartolomé, quien dirigió el primer programa de grado (desde 1974) y también de posgrado en Antro-

---

<sup>9</sup> La Universidad de Tucumán fue creada el 25 de mayo de 1914 y se nacionalizó en 1921.

pología Social (desde 1995), y su hermano Miguel, que se radicó en México. De manera que si al Nordeste iban los etnólogos de la UBA y de la UNLP en busca de Qom/Toba, Nivaklé/Chorote, Wichí/Mataco (ver Hermitte, Iñigo Carrera e Isla, 1996), y a Misiones detrás de los Mbyá/Guaraní, la licenciatura misionera de Antropología Social ayudó a redefinir la jurisdicción académica sobre los aborígenes de la provincia. En vez, Chaco, Formosa, Corrientes y Entre Ríos no produjeron ni carreras ni escuelas antropológicas de investigadores locales, salvando a Antonio Serrano en los '50, graduado como maestro pero dedicado a la arqueología de su provincia natal, Entre Ríos, y a una significativa orientación en lingüística en la sede Resistencia de la Universidad Nacional del Nordeste, que surgió a fines del siglo XX.

En efecto, de esta última subregión se encargaban varios antropólogos de la Universidad del Litoral con sede en Rosario, luego promovida a Universidad Nacional de Rosario, con su escuela de Historia, de donde egresaron figuras significativas como Edgardo Garbulsky, Pedro Krapovickas, Ana Lorandi, Víctor Núñez Regueiro y Myriam Tarragó, entre otros. La relación con el eje porteño-platense, sin embargo, se mantuvo desigual en la producción de académicos.

Córdoba funcionó como una verdadera usina de arqueólogos que no se encuadraban en la Escuela Histórico-Cultural, bajo la conducción de una figura que ya hemos mencionado, el arqueólogo nacido en la Provincia de Buenos Aires, médico de la UNC y doctorado en antropología en la Universidad de Columbia, Alberto Rex González, quien ya había trabajado sitios arqueológicos en San Luis y en Córdoba, área que venían transitando algunos porteños como Francisco de Aparicio y luego el mismo Menghin. El gran proyecto de González era establecer una cronología fehaciente del Noroeste argentino. Por eso envió a sus jóvenes colegas Núñez Regueiro, José Cruz, Osvaldo Heredia y José Pérez Gollán a Catamarca (sitios Alamito, Laguna Blanca y Ambato), a Pérez a Jujuy (Humahuaca), a Heredia a Salta (Candelaria), a Eduardo Berberían a Tucumán (Tafí) y a Tarragó a la Puna argentino-chilena. Este movimiento regional le permitió a González postular y, en verdad, descubrir la cultura de La Aguada. Sin embargo, la mayoría de aquellos jóvenes antropólogos cordobeses (a quienes habría que agregar a la antropóloga social Beatriz Alasia) terminó radicándose en el eje Buenos Aires-La Plata y/o fueron al exilio a México, Brasil y

Venezuela. Otros permanecieron en sus ciudades pero desvinculados de la academia, y muy pocos lograron sostener sus carreras ajustándose a cambios político-académicos intempestivos.

De manera que Buenos Aires y La Plata siguió avanzando sobre un interior algo desarticulado, particularmente desde el cierre de las carreras de Antropología de Rosario y de Antropología Social de Mar del Plata y Salta en 1975. El área de Pampa-Patagonia, predilecta de algunos etnólogos y de los arqueólogos de la UBA, careció de una instancia propia de formación antropológica hasta fines de los '80 (Olavarría) y el 2011 (Río Negro).

Es cierto que en este arduo proceso los quiebres institucionales interrumpieron la continuidad necesaria para el establecimiento de comunidades académicas. Sin embargo, esas interrupciones no tuvieron los mismos efectos en todos lados. La verdaderamente sangrienta intervención de julio del '66 tuvo efectos muy dispares para los antropólogos argentinos. Mientras que exilió de la academia e incluso del país a notables investigadores de la Universidad de Buenos Aires, también permitió cierta circulación de los renunciados por otras universidades públicas. Tal fue el caso de José Cruz, que renunció a Córdoba para pasar a La Plata, adonde estaba establecido González tratando de innovar en los programas y en la práctica arqueológica rioplatense. De este devenir, los primeros años '60 fueron cruciales en instaurar una trama institucional que, de haber tenido continuidad en recursos y en personal especializado, hubiera dado sumos frutos, pluralizando la antropología argentina. Mariela Zabala se ocupa de este proceso, focalizando en la primera Convención de Antropología, una reunión en dos partes convocada a iniciativa de académicos de distintos puntos del país que, sin excluir a la antropología porteño-platense, añadía al debate otras orientaciones, formaciones y modos de pensar y de hacer antropología. Pero no se trataba de modos aislados o elementales. Precisamente de González y la introducción de un inapelable método químico de datación absoluta de restos orgánicos, trata el artículo de Gastón Gil que muestra cómo este “experimento crucial” llegó a poner en jaque al ya viejo castillo de los ciclos culturales del *establishment* porteño-platense.

#### **4. Entonces...**

Los autores de este volumen tenemos distintas historias intelectuales y profesionales, pero nos encontramos formando parte de un colectivo de investigación que fue subsidiado por una división relativamente nueva y dedicada a financiar la investigación científica, la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica, dependiente por entonces de la Secretaría de Investigación en Ciencia y Tecnología, hoy con rango de ministerio. Ese colectivo tuvo la particularidad de reunir a investigadores localizados en instituciones de distintos puntos del país, cada cual con su propia historia antropológica: Gastón Gil venía por Mar del Plata, que a fines de los '60 fue sede de una breve pero potente licenciatura en Antropología Social a cargo de la entonces Universidad Provincial de Mar del Plata. Desde allí Gil encaró sus investigaciones sobre los debates de mediados de los '60 acerca del cientificismo y las correlativas afirmaciones antiimperialistas en las ciencias sociales en tiempos del discutido Plan Camelot financiado por el gobierno de los EE.UU. y luego, con el Proyecto Marginalidad financiado por la Fundación Ford (2011). Rolando Silla venía por la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires, sede Olavarría, cuyo segmento antropológico resultó de la gestión en los '80 de algunas figuras que formaron parte del Museo Etnográfico "Dámaso Arce" creado por Enrique Palavecino y continuado por Madrazo, a comienzos de los '60. Silla iniciaba algunas indagaciones acerca de la personalidad más problemática de la antropología porteña y figura influyente en el resto del país, Marcelo Bórmida. Mirta Bonnín, Andrés Laguens y Mariela Zabala participaron por el Museo de Antropología de Córdoba, herencia del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Monseñor Pablo Cabrera". Bonnín y Laguens, de origen platense, se trasladaron a Córdoba por invitación, para desempeñarse como docentes del Instituto de Antropología; años más tarde se sumaron al proyecto arqueológico en el Valle del Ambato (Catamarca), generaron un plan de gestión para renovar el Museo de Antropología de la UNC (ex Instituto de Antropología), como puntapié inicial para profesionalizar la antropología en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la UNC. Para entender la tan tardía profesionalización de la antropología en la universidad más antigua del país, Zabala comenzó a recorrer la antropología cordobesa y se remontó desde los años '60 a una figura descollante de la historiografía provincial pero ignorada



por la antropología argentina, en parte debido a su investidura eclesiástica: Monseñor Pablo Cabrera fue el protagonista de su tesis de maestría en la muy joven maestría antropológica de la UNC. Desde un sitio parecido, Sergio Carrizo participó en el grupo junto al nodo Córdoba, pero venía de Tucumán y se dio a conocer, precisamente, con una ponencia en congreso nacional de antropología, acerca de la primera licenciatura en antropología del país, que buscó establecer Luis Osvaldo Paulotti en el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán. Como Zabala, Carrizo también se retrotrajo a y se detuvo en una figura breve pero intensa y prácticamente desconocida por la historiografía antropológica argentina. Desde el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán, Radamés Altieri desarrolló innovadoras investigaciones no sobre los pueblos originarios locales sino sobre los quipus incaicos. Precisamente, Altieri era uno de los discípulos de Imbelloni, figura que Carrizo indagó para su licenciatura en Historia, y una de cuyas elaboraciones presenta en este volumen. Desde el Gran Buenos Aires, en la Universidad Nacional de Quilmes pero también como docente y residente en La Plata, Germán Soprano venía investigando los avatares de una “disciplina interdisciplinaria” en el Museo de Ciencias Naturales de la universidad de esa ciudad. Y desde el Instituto de Desarrollo Económico y Social, con su Centro de Antropología Social (CAS) fundado en 1974, quince años después que el IDES fuera establecido como *think-tank* del desarrollismo y editor de la revista *Desarrollo Económico*, Belén Hirose, Susana Luco y Rosana Guber venían trabajando sobre el desarrollo del Folklore, la arqueología patagónica de Buenos Aires y la constitución del campo de la antropología social en los años '60, respectivamente.

Bajo el título de “Antropología social e histórica del campo antropológico en la Argentina, 1940-1980” y codificado como PICT-R 2006-1728, la propuesta fue iniciar un diálogo que permitiera reunir, sin homogeneizar ni disciplinar, nuestros distintos caminos y elucubraciones junto a los caminos y elucubraciones de aquellos que por afinidad y por oposición, por inspiración y por imposición, nos precedieron y nos formaron para ejercer un nombre con los distintos quehaceres de la ciencia natural, la ciencia social y las humanidades, para entender la economía y la política, la familia y las artes, a los sabios ancestrales y a los universitarios. La propuesta fue, entonces, comprobar un verdadero prejuicio de formación: que es posible describir,

analizar y comprender a los *otros* aun cuando esos *otros* fueron los hacedores de uno de los períodos más antinómicos y excluyentes de la historia argentina.

## Bibliografía

ARCHETTI, EDUARDO P., (2006) “How many ‘centers’ and ‘peripheries’ in anthropology? A critical view on France”, en Gustavo Lins Ribeiro y Arturo Escobar (eds.), *World Anthropologies: Disciplinary transformations within systems of Power*, New York, Berghahn.

ARENAS, PATRICIA y ELVIRA I. BAFFI, (1991-92) “José Imbelloni: una lectura crítica”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, vol. XX, Buenos Aires, UBA FFyL-Instituto de Antropología.

ARENAS, PATRICIA, (2011) *Etnografía de la Antropología, Espacio, Tiempo y los otros en la Escuela Histórico-Cultural en la periferia del mundo: Argentina, 1926- 1958*, Tesis de Doctorado inédita, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

BARTOLOMÉ, LEOPOLDO J., (1980) “La Antropología en Argentina: Problemas y Perspectivas”, en *América Indígena*, XL(2), México DF, pp. 207-215.

BLANCO, ALEJANDRO, (2004) “La sociología: una profesión en disputa”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 327-370.

BONNÍN, MIRTA, (2010) “Osvaldo Heredia: los proyectos de investigación, el aula y otros contextos de instrucción en la arqueología de los años ’60 y ’70” en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 195-204.

BONNÍN, MIRTA y GERMÁN SOPRANO, (2011) “Antropólogos y antropología entre las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral

y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, N° XXXVI, Buenos Aires, pp. 37-59.

BOSKOVIC, ALEXSANDAR (2008) *Other peoples' anthropologies*, Londres, Berghahn.

BRIONES, CLAUDIA N. y ROSANA GUBER, (2008) “Argentina: Contagious Marginalities”, en Deborah Poole (ed.), *A Companion to Latin American Anthropology*, Oxford, Blackwell.

BRUNATTI, OLGA; MARÍA ADELAIDA COLANGELO y GERMÁN SOPRANO MANZO, (2002) “Observar para legislar. Métodos etnográficos e inspección del trabajo en Argentina a principios del siglo XX” en Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.), *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia, pp. 79-125.

CARDOSO DE OLIVEIRA, ROBERTO, (1990) “Identidade e diferença entre antropologías periféricas” en G.C.L. Zarur (org.), *Antropología na América Latina*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

CARDOSO DE OLIVEIRA, ROBERTO y GUILLERMO RUBEN (orgs.), (1995) *Estilos de antropología*, Campinas, Brasil, Unicamp.

CARRIZO, SERGIO R., (2000) *José Imbelloni (1885-1967): entre la Antropología y la Historia. Un aporte para la construcción de la Historiografía antropológica Argentina*, Tesis de Licenciatura inédita, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

CARRIZO, SERGIO R., (2008) “Nacimiento, ocaso, dispersiones y ausencias. Breve relato de la Antropología en la Universidad Nacional de Tucumán”, en IX CAAS, Posadas, Misiones.

CARRIZO, SERGIO R., (2010a) “Documentos, quipus, clases e indios. Andrés Radamés Altieri en el Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Tucumán”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 239-250.

CARRIZO, SERGIO R., (2010b) “Exploraciones arqueológicas en la

construcción del territorio tucumano de fines del siglo XIX y principios del XX”, en Javier Natri y Lúcio Menezes Ferreira (comps.), *Historias de arqueología sudamericana*, Buenos Aires, Ed. Fundación de Historia Natural “Félix de Azara”, pp. 55-76.

CARRIZO, SERGIO, (2010c) “Alfred Métraux: mito, exotismo y salvataje. La etnología francesa en la Universidad Nacional de Tucumán”, en VI Jornadas de Investigación en Antropología Social, ©SEANSO-ICA-Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.

CENTRO ARGENTINO DE ETNOLOGÍA AMERICANA (CAEA), (1985) *Evolución de las ciencias en la República Argentina 1872-1972. Antropología*, , Tomo X, Buenos Aires, Sociedad Científica Argentina.

COLEGIO DE GRADUADOS EN CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS, (1988) *Jornadas de Antropología: 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

FÍGOLI, LEONARDO, (1990) *A ciencia sob olhar etnográfico. Estudo da Antropologia Argentina*, Tesis doctoral, Brasilia, Universidade de Brasilia.

FÍGOLI, LEONARDO, (1995) “A Antropología na Argentina e a construção da nação”, en Roberto Cardoso de Oliveira y Guillermo R. Ruben (orgs.), *Estilos de Antropologia*, Campinas, Unicamp, pp. 31-63.

FONTÁN, MARCELINO, (2001) “El Ministro de Educación de Austria durante el *Anschluss* en la Universidad de Buenos Aires” en *Índice. Revista de Ciencias Sociales*, N° 21, Separata “Racismo y Derechos Humanos”, Buenos Aires, DAIA, Centro de Estudios Sociales, pp. 3-13.

FONTÁN, MARCELINO, (2005) *Oswald Menghin: ciencia y nazismo. El antisemitismo como imperativo moral*, Buenos Aires, Fundación Memoria del Holocausto.

GARBULSKY, EDGARDO, (2000) “Historia de la antropología en la Argentina”, en Mirtha Taborda (comp.), *Problemáticas antropológicas*, Rosario, Laborde editor.

Gil, Gastón J.

2010. “Neoevolucionismo y ecología cultural. La obra de Julián Steward y la renovación de la enseñanza de la antropología en la Argentina”. *Revista del Museo de Antropología* 3:225-238. Córdoba.

GIL, GASTÓN J., (2011) *Las sombras del Camelot. Las ciencias sociales y la Fundación Ford en la Argentina de los '60*, Mar del Plata, EUdeM - Editorial de la Universidad de Mar del Plata.

GINGRICH, ANDRE, (2005) “The German-Speaking Countries”, en Fredrik Barth, Andre Gingrich, Robert Parkin y Sydel Silverman, *One Discipline, Four Ways. British, German, French and American Anthropology*, Chicago, The Chicago University Press, pp. 61-156.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (2000) *Tiestos dispersos. Voluntad y azar en la vida de un arqueólogo*, Buenos Aires, Emecé.

1. GUBER, ROSANA, (2008) “Committed or Scientific? The Southern whereabouts of Social Anthropology and *Antropología Social* in 1960-70 Argentina”, en Aleksandar Boscovich (ed.), *Other People's Anthropologies*, Londres, Berghahn Books.

GUBER, ROSANA, (2009) “Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía socio-antropológica en las periodizaciones de la antropología argentina”, en *Cuadernos del IDES*, N° 16, publicación electrónica disponible en: <http://ides.org.ar/wp-content/uploads/2012/03/16.jpg>

GUBER, ROSANA, (2010) “La autonomía etnográfica. El trabajo de campo de los antropólogos sociales argentinos entre 1960 y 1975”, en *Antípoda*, N° 11, Bogotá, Universidad de los Andes, julio-diciembre, pp.189-213.

GUBER, ROSANA (comp.), (2010) “Dossier Otras antropologías y otras historias de la antropología argentina”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 169-250.

GUBER, ROSANA, (2013) *La articulación etnográfica. El descubrimiento de Esther Hermitte en los Altos de Chiapas (1959-1964)*, Buenos Aires, Biblos.

GUBER, ROSANA; MIRTA BONNÍN y ANDRÉS LAGUENS, (2008) “Tejedoras, topos y partisanos. Nociones y prácticas del tra-

bajo de campo en la antropología argentina”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, volumen especial 70º aniversario, tomo XXXII, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 381-406.

GUBER, ROSANA y SERGIO E. VISACOVSKY, (1998) “Controversias filiales. La imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXII-XXIII, Buenos Aires, SAA, pp. 25-54.

GUBER, ROSANA y SERGIO E. VISACOVSKY, (2000) “Nación, marginalidad crítica y el Otro interno en la antropología social argentina de los 1960s-70s”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, Nº 40, Instituto de Desarrollo Económico y Social, pp. 289-316.

GUREVICH, ESTELA y ELEONORA SMOLENSKY, (1988) *La antropología en la Argentina 1973-1983*, Informe de investigación, Universidad de Buenos Aires. Manuscrito.

HERMITTE, ESTHER, (1978) “International Aspects of Anthropological Publications: One Latin American’s Point of View”, Conferencia en representación de CLACSO, Grupo de Articulación Social, Michigan State University. Manuscrito.

HERRÁN, CARLOS A., (1985) “Antropología Social en la Argentina: Apuntes y perspectivas”, en *Simposio sobre teoría e investigación de la Antropología Social Mexicana*, El Colegio de México, mayo, pp. 11-14.

HIROSE, MARÍA BELÉN, (2010) “El movimiento institucionalizado. Danzas folklóricas argentinas, la profesionalización de su enseñanza”, en *Revista del Museo de Antropología*, Nº 3, Córdoba, pp.187-194.

IMBELLONI, JOSÉ, (1948) “Cuatro Palabras”, en *Runa*, vol. I, Buenos Aires, UBA, pp. 5-7.

IMBELLONI, JOSÉ, (1949-50) “Antropología. Investigadores e investigaciones. Etapas de esta ciencia en nuestro país”, en *Publicaciones de la Subsecretaría de Educación de la Nación*, Buenos Aires I(4).

KOHL, PHILIP L. y JOSÉ A. PÉREZ GOLLÁN, (2002) “Religion,

Politics, and Prehistory. Reassessing the Lingering Legacy of Oswald Menghin”, *Current Anthropology*, 43(4):561-586.

KROTZ, ESTEBAN, (1997) “Anthropologies of the South. Their rise, their silencing, their characteristics”, en *Critique of Anthropology*, 17(3):237-251.

KROTZ, ESTEBAN, (2006) “Comments to Other Anthropologies/ Anthropologies Otherwise”, en *Critique of Anthropology*, 26(2):478-483.

KUPER, ADAM, (1991) “Anthropologists and the History of Anthropology”, en *Critique of Anthropology*, 11(2):125-142.

LINS RIBEIRO, GUSTAVO y ARTURO ESCOBAR (eds.), (2008) *Antropologías del mundo*, Popayán, Enviación/CIESAS/The Wenner-Gren Foundation.

LUCO, SUSANA, (2010) “Tensión político-académica en la Universidad de Buenos Aires 1975-1983: el cambio de paradigma en la arqueología patagónica”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 211-224.

MADRAZO, GUILLERMO B., (1981) “Una misión para la antropología”, en *Clarín* 12 de agosto, Buenos Aires.

MADRAZO, GUILLERMO B., (1985) “Determinantes y orientaciones en la Antropología Argentina”, en *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, 1:13-56.

NAME, MARÍA JULIA, (2013) “Temas y debates en el estudio de la historia de la antropología en la Argentina”, en *Journal of the World Anthropology Network*, JWAN, WAN-RAM, revista online.

NEIBURG, FEDERICO, (1998) *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.

PERAZZI, PABLO, (2003) *Hermenéutica de la barbarie. Una historia de la antropología en Buenos Aires, 1935-1966*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

POLITIS, GUSTAVO, (2005) “Los aportes de Guillermo Madrazo a la arqueología pampeana”, en *Andes*, N° 16, Salta, CEPIHA, pp. 1-19



RATIER, HUGO E. y ROBERTO R. RINGUELET, (1997) “La antropología social en la Argentina: un producto de la democracia”, en *Horizontes Antropológicos*, N° 3, Porto Alegre, Universidade Federal do Rio Grande do Sul, pp. 10-23.

RESTREPO, EDUARDO y ARTURO ESCOBAR, (2005) “Other Anthropologies and Anthropology Otherwise: steps to a world anthropology network”, en *Critique of Anthropology*, 25(2): 99-128.

SILLA, ROLANDO, (2010) “Pureza de origen: la expedición argentina a Rapa Nui”, en *Estudios en Antropología Social*, vol. 1, N° 2, Buenos Aires, CAS-IDES.

SILLA, ROLANDO, (2012) “Raza, raciología y racismo en la obra de Marcelo Bórmida”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 5, Córdoba, pp. 65-76.

SOPRANO, GERMÁN F., (2009a) “La antropología física entre la Universidad y el Estado. Análisis de un grupo académico universitario y sus relaciones con las políticas públicas del Instituto Étnico Nacional (1946-1955)”, en *Estudios Sociales*, N°37, Santa Fe, pp. 63-95.

SOPRANO, GERMÁN F., (2009b) “Política, instituciones y trayectorias académicas en la universidad argentina. Antropólogos y antropología en la Universidad Nacional de La Plata entre las décadas de 1930 y 1960”, en Mónica Marquina, Carlos Mazzola y Germán Soprano (comps.), *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Nacional de San Luis/Prometeo, pp. 111-152.

SOPRANO, GERMÁN F., (2010) “La enseñanza de la arqueología en el Museo de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata. Un análisis del liderazgo académico de Alberto Rex González y de Eduardo Mario Cigliano (1958-1977)”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 171-186.

SOPRANO, GERMÁN F., (2012) “Desafíos políticos, institucionales y académicos de la universidad pública argentina del siglo XXI”, en *TodaVía. Pensamiento y cultura en América Latina*, N° 28, Buenos Aires, Fundación OSDE, pp. 9-15.

STOCKING, GEORGE W., (1982) “Afterword: A View from the Center.”, en *Ethnos*, 47(1):173-186.

TARRAGÓ, MYRIAM NOEMÍ, (2005) “Aportes del doctor Guillermo Madrazo a la arqueología del noroeste Argentino”, en *Andes*, N°16, Salta, CEPIHA, pp.81-92.

URIBE, CARLOS A., (1997) “A Certain Feeling of Homelessness: Remarks on Esteban Krotz’s ‘Anthropologies of the South’”, en *Critique of Anthropology*, 17(3):253-61.

VERMEULEN, HAN F. y ARTURO ALVAREZ ROLDÁN (eds.), (1995) *Fieldwork and Footnotes. Studies in the History of European Anthropology*, Londres, Routledge.

VESSURI, HEBE M.C., (1990) “El sísifo sureño: las ciencias sociales en la Argentina”, en *Quipu*, N° 7, México pp. 149-185.

VESSURI, HEBE. M.C., (1992) “Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas”, en Oteiza, Enrique (dir.), *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

VISACOVSKY, SERGIO E., (2002) “Santiago Bilbao y el folklore como el pasaje a una antropología de la gestión estatal” en *Etnía* 45, Universidad Nacional del Centro-Eudeba, edición online. También en Sergio Visacovsky y Rosana Guber (comps.) *Historias y estilos del trabajo de campo en la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia, pp. 317-345.

VISACOVSKY, SERGIO E., ROSANA GUBER y ESTELA GUREVICH, (1997) “Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires” en *Redes*, N° 10, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 213-258.

ZABALA, MARIELA E., (2010) “Etnografía Argentina: la cátedra libre de Monseñor Pablo Cabrera, 1925”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 205-210.

ZABALA, MARIELA E., (2013) *Las verdades etnológicas de Monseñor Pablo Cabrera. Una etnografía de archivos en la ciudad de Córdoba*, Buenos Aires, Editorial Antropofagia.

# 1. PUNTOS, LÍNEAS Y ROMBOS PROYECTADOS EN EL BIOSÓLIDO CRANEAL:

## Los inicios de la trayectoria académica de José Imbelloni en la antropología argentina

*Sergio Carrizo<sup>10</sup>*

Surgida en el área germánica y en sintonía con el registro ideológico del idealismo, la Escuela Histórico-Cultural sostuvo durante la primera mitad del siglo XX propuestas analíticas difusionistas y culturalistas. Se opuso a las formulaciones del Evolucionismo que hasta entonces dominaba el campo científico antropológico y arqueológico mundial. En la Argentina, la introducción de estas ideas difusionistas se le atribuyen a José Imbelloni (1885-1967). En los relatos historiográficos la figura de este antropólogo aparece “cristalizada”, ya que es presentado como un actor consolidado, dispuesto a buscar proyección académica y siempre definido en aquellas ideas histórico-culturales.

---

10 Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras. Cátedra de Prehistoria. Agradezco infinitamente el aprendizaje compartido con todos mis compañeros del PICT Redes 1728/2006. Las profundas “miradas” de Rosana Guber han enriquecido este texto. Retribuyo a Rolando Silla la oportunidad de haber leído y aportado de igual manera. Los comentarios y las agradecidas apreciaciones del experto Darío Olmo han dejado tranquilo a un neófito como yo en cuestiones de Antropología Física.

Durante las décadas de 1920 y 1930 Imbelloni buscó desarrollar una “Ciencia de la Americanística”, basada en una propuesta metodológica prescriptiva. Amparado en el difusionismo, intentó luego conformar una etnología integral, a la que denominó “Culturología”. Previo a esto, transitó por ideas de un implícito transformismo de corte lamarckiano, las cuales fueron plasmadas en su tesis doctoral. Allí demostró variaciones morfológicas en los seres humanos fundamentadas y expuestas a través de mediciones craneales. Pero casi nada ha sido reconstruido de ese camino inicial. Desandar sobre esos comienzos nos permite dar cuenta de las posiciones y auto adscripciones en el campo socio-político y académico en el que este actor se movió. También nos ayuda a reflexionar acerca de la gravitación que poseen los relatos historiográficos de la Antropología en la Argentina.

Este trabajo analiza ese primer recorrido en la trayectoria académica de Imbelloni. Primero expone la paralización configurada por los relatos históricos provenientes de la Arqueología y la Antropología Cultural. Éstos lo detuvieron en el tiempo a instancias de un “esplendor” donde se le incriminan cuestiones de plano axiológico, vinculándolo al fascismo. Lejos de querer “salvar” su figura, mostraremos otras apreciaciones como las sugeridas por la historiografía de la Antropología Física, para luego concentrarnos en su tesis doctoral, capítulo sumamente relevante de su trayectoria que, sin embargo, ha sido escasamente analizada e incorporada a la caracterización de su figura académico-política.

### ***1. Imbelloni, una posición dentro de la historiografía antropológica***

José Imbelloni nació el 29 de agosto de 1885 en Lucania, Italia, y falleció el 25 de diciembre de 1967 en Buenos Aires. Permaneció la mayor parte de su vida en la Argentina, a la que había llegado con veinte años. Entre 1905 y 1915 se dedicó al periodismo en forma permanente, manteniendo luego esta actividad con colaboraciones esporádicas, hasta la década de 1930, en columnas de los diarios porteños *La Prensa* y *La Nación*. Por estos primeros años también realizó publicaciones en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*. Durante la Primera Guerra Mundial se enroló en las filas del ejército italiano. En su país de origen realizó estudios universitarios en me-

dicina y el 15 de marzo de 1920 se doctoró en Ciencias Naturales en Padua con su tesis *Introduzione a nuovi studi di cranitrigonometría*. Al regresar a la Argentina en 1921, inició su actividad científica y docente. Publicó su tesis en español en los *Anales del Museo de Historia Natural de Buenos Aires*, donde trabajó unos años antes de viajar a Europa. También en 1921 obtuvo el cargo de profesor suplente de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Y el año siguiente fue nombrado encargado de investigaciones antropológicas del museo de esta Facultad. En 1931 accedió a la dirección de la sección de investigaciones antropológicas del Museo Argentino de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”. Para el año 1933 alcanzó el grado de profesor extraordinario de Antropología y Etnología General de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y en 1937 el de profesor titular de la cátedra de Antropología. Fue profesor encargado –honorariamente– de la cátedra de Historia del Antiguo Oriente en dicha facultad entre 1953 y 1955, también en la misma universidad.

Junto a Eduardo Casanova, Francisco de Aparicio, Enrique Palavecino y Félix Outes, fundó en 1936 la Sociedad Antropológica Argentina. En 1946 fue creador y primer director de la revista *RUNA*, órgano de difusión del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. A partir de 1947 fue llamado a dirigir el Instituto y el Museo Etnográfico de esa misma facultad, cargos a los cuales estuvo adscripto durante el auge y la caída del peronismo, hasta el golpe de estado de 1955, cuando accedió al régimen jubilatorio.

Tuvo también cátedras fuera de la Universidad de Buenos Aires, como por ejemplo, el de profesor titular de Historia Antigua en la Universidad del Litoral desde 1922 a 1930, y el de miembro correspondiente de la Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires desde 1927 a 1937. Luego pasó a formar parte de la Academia Nacional de la Historia a partir de 1938, y fue miembro correspondiente de la *Deutsche Gessellschaft fur Volkerkunde* de Hamburgo en 1950. Al retirarse de la UBA, ingresó en 1957 como organizador y primer profesor de la cátedra de Antropología y Etnología General de la facultad de Historia y Letras de la Universidad Católica del Salvador de la ciudad de Buenos Aires, de la que egresó en 1962 como profesor emérito. Obtuvo la Medalla Holmberg para el año 1933, otorgada por la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Física y Na-

turales, por su monografía *Los pueblos deformadores de los Andes*. También obtuvo el premio Nacional de Cultura por su trabajo del año 1953, *Las tabletas parlantes de la Isla de Pascua, monumentos de un sistema gráfico indo - oceánico*<sup>11</sup>.

Fue en las décadas de 1930 y 1940 cuando Imbelloni ocupó un lugar referencial dentro del sistema académico antropológico argentino. Pero es esta imagen la que ha quedado “cristalizada”, solidificando en la historiografía antropológica a un Imbelloni siempre pleno de poder y con *auctoritas* científica.

Cartografiando los trabajos que desde la historiografía antropológica buscaron comprender aquella autoridad, podemos marcar “tres tipos distintos de Imbelloni”. Un arqueólogo, un etnólogo y un antropólogo físico. El mismo actor académico fue mirado desde formas muy distintas por los especialistas de la disciplina que él mismo cultivó y por sus propios biógrafos. ¿Acaso no se debe esta pluralidad a la ramificación tan notable de la misma Antropología?

La formación inicial de Imbelloni en Europa fue en Ciencias Naturales, especializándose en Antropología Física. Durante los primeros años en la Argentina comenzó a investigar sobre temáticas craneales, de allí la producción de su tesis doctoral. Pero además incursionó en otras disciplinas: periodismo, historia y política. La primera publicación formal de Imbelloni que se conoce en nuestro país data de 1914, *La guerra y el pacifismo*. Este fue un ensayo que publicó en la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, creada por el abogado rosarino Rodolfo Rivarola (1857-1942). La revista sirvió al estudio de lo político y al análisis de la situación del país de principios del siglo XX. Su creador la entendió como un tratado de las realidades concretas y necesarias para la formación de la conciencia nacional<sup>12</sup>. Durante los años previos y posteriores al centenario de la Revolución de Mayo el clima político-intelectual del país transitó por una serie de planteos críticos y perspectivas de cambio. Así, en con-

---

11 Los datos biográficos fueron realizados con varias fuentes como las del Centro Argentino de Etnología Americana: CAEA; el Currículo Vitae de José Imbelloni ubicado en el Archivo del Museo Etnográfico y biografías realizadas por varios autores. Ver bibliografía de este trabajo.

12 Hasta el momento de la aparición de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, 1910, existía como única publicación abarcadora del derecho, la historia y las letras argentinas la *Revista de Derecho, Historia y Letras*, creada en 1898 por el doctor Estanislao S. Zeballos.

traste al optimismo y reconocimiento por los logros alcanzados en la “Argentina moderna”, aparecieron críticas al sistema político imperante (Devoto, 1996) que no solo buscaron terminar con el conservadorismo continuador del roquismo, sino que además propiciaron la transformación de las prácticas políticas. Junto a ello asomó en el horizonte una crítica al “progreso indefinido” y a las virtudes del crecimiento económico. Las transformaciones políticas experimentadas en la Argentina y la experiencia bélica europea marcaron a la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*. Inserto en este ámbito de cambio, Imbelloni analizó el fenómeno de la guerra, al que concibió como un hecho permanente durante toda la historia de la humanidad. Entre 1914 y 1916 criticó al pacifismo con afirmaciones que exhibieron determinismo geográfico e ideas de biologicismo social, consonantes con perspectivas evolucionistas (Garbulsky, 1987 y Figoli, 1990).

Hasta la década de 1930, momento en el que Imbelloni se posicionó en el campo de la Antropología Física, produjo conocimientos, divulgó y ejerció la docencia en torno a temáticas de historia antigua y medieval euroasiática. Esta condición lo ubicó entre dos ciencias: la Historia y la Antropología (Carrizo, 2000). Su tarea estuvo entonces intersectada por ambas disciplinas. Sin embargo, el proceso de profesionalización y diferenciación experimentado desde la década de 1920, tanto por la Historia como por la Antropología, será acotado y cada vez más selectivo. Imbelloni fue, poco a poco, optando por la Antropología.

Paul Mercier mostró que ese movimiento de separación y especialización disciplinar se concretó con el avance del siglo XX. Diversidades terminológicas y el dominio sobre objetos de estudio fueron disyuntivas latentes tanto en Europa como en América. Por ejemplo, la tradición antropológica francesa se desarrolló entre 1905 y 1920 bajo el “patronazgo sociológico” (1974:12). En este caso, Alan Barnard (2004) observó las influencias cruzadas y los desarrollos paralelos entre la Sociología y la Antropología<sup>13</sup>. Así, las obras de Emile Durkheim (1858-1917) y Marcel Mauss (1872-1950) fueron adquiridas en varias áreas de la naciente antropología francesa que comenzaba a desprenderse a principios del siglo XX de la exclusividad física- médica. Los textos de Mauss publicados en la revista *Année sociologique* sirvieron a los antropólogos francoparlantes para

---

13 Podrían marcarse, ya no solo en Francia, relaciones vinculares entre: la Antropología y la Psicología; la Antropología y la Geografía; la Etnología y la Historia, etc.

incursionar en aspectos tales como la ecología cultural, el sacrificio, la magia, el concepto de persona y el intercambio de regalos.

A esas mismas instancias Imbelloni se encontró en la Argentina dotando a la Antropología local con herramientas conceptuales y objetos de estudios propios. Una forma de aportar presencia a los temas antropológicos y de autoconstruirse como antropólogo que encontró Imbelloni fue a través de la prensa, medio que le permitió revelar sus conquistas científicas. En la década de 1920 la mayoría de sus publicaciones fueron artículos de divulgación periodística como los del diario porteño *La Prensa*, donde trataba sobre los descubrimientos arqueológicos, discusiones sobre Tiahuanaco, los etruscos, el inicio del alfabeto y la revolución religiosa egipcia del año 1380 a.C., entre otros<sup>14</sup>.

Así, la producción imbelloniana de los primeros años en la Argentina tuvo dinamismo y copiosidad. A pesar ello, los relatos historiográficos la detuvieron en el tiempo y le quitaron temporalidad. Por ejemplo, para cierta historiografía antropológica, los escritos políticos de Imbelloni solo fueron relevantemente útiles para justificar la afinidad de este antropólogo con las ideas histórico-culturales, pero no para relacionarlo con el evolucionismo. Y en algunos casos, la actividad periodística e histórica ni siquiera es tenida en cuenta a la hora de relatar la trayectoria de este actor académico.

El primer tramo de esa trayectoria<sup>15</sup> de Imbelloni, hasta in-

---

14 Imbelloni, José: *Nómina de Publicaciones relacionadas con las Ciencias del Hombre (1921- 1930)*, Títulos presentados al Concurso de Antropología del Museo de La Plata, abril de 1930.

15 El concepto de trayectoria es tomado en el sentido propuesto por Bourdieu como “serie de posiciones sucesivamente ocupadas por un mismo agente (o un mismo grupo) en un espacio en sí mismo en movimiento y sometido a incesantes transformaciones” (Bourdieu, 1997:82). Cabe aquí plantear al menos reflexiones acerca de las acciones y elecciones realizadas por los agentes en la conformación de una trayectoria. Por ejemplo, si el agente se mueve ¿es el mismo el que comienza del que termina? ¿Cuándo se puede decir que un agente actúa racionalmente? ¿Una trayectoria académica es planeada proyectivamente en el tiempo? Sin pretender develar en este trabajo estos interrogantes, tomamos análisis de los estudios sociales, para nada taxativos, sobre la cuestión. Así, nos resulta útil la propuesta de Frederic Schick (2000), quien ofrece una visión no matemática de la Teoría de la Decisión, considerando los problemas suscitados en las tomas de elecciones. Y el aporte de Bunge (2001), quien considera que ni esta última teoría ni el Interpretativismo (*Verstehen*) total sirven para dar cuenta de la comprensión de los procesos sociales. Es más, para Bunge ambas teorías: decisión e interpretativismo deben ser complementarias para lograr penetrar metodológicamente en la naturaleza



sertarse plenamente en el campo antropológico argentino, ha sido poco analizado. Los sucesivos lugares ocupados, las temáticas y las múltiples disciplinas practicadas por él hasta su “consagración” académica dan muestra de distintos movimientos y transformaciones. Al recuperar la figura de sus primeros años y desde sus primeras publicaciones, observamos algunas decisiones, lógicas y cambios que no suelen tenerse en cuenta en la historiografía antropológica. La participación de Imbelloni con su “cristalización” en un tiempo (fines de la década de 1930 y comienzos de 1940), junto a un determinado espacio (Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires), proveen una imagen estática y unidireccional pensada hacia el éxito académico.

Las más de cuatro décadas de trayectoria de Imbelloni han sido desiguales en función de factores e intereses teóricos-académicos y políticos de quienes han escrito la historia de la antropología en la Argentina desde 1981.

Rosana Guber (2009) ha planteado que los pasados disciplinares tienen mucho que ofrecer si se los atiende socio-antropológicamente, porque de esta forma es posible detectar puntos míticos o mitologizables, patrones de duración, continuidad y discontinuidad. Esta autora analizó tres periodizaciones historiográficas de la Antropología en la Argentina redactadas entre 1981 y el 2000 por antropólogos etnohistoriadores, arqueólogos y socio-culturales: Guillermo Madrazo (1981/1985), Edgardo Garbulsky (1990/1991; 2000) y Hugo Ratier con Roberto Ringuelet (1997). Para Guber la relación entre los segmentos temporales que componen esas periodizaciones no es de evolución ni de acumulación; la sucesión de segmentos no implica la superación de posiciones en base a la discusión y a los mejores trabajos, sino una relación teleológica marcada por el devenir político nacional. Los autores definen los períodos por rupturas institucionales, sin dar lugar a pasajes, transiciones, desarrollos o transformaciones internas; se trata, fundamentalmente, de confrontaciones sucesivas entre posturas unívocas de las que poco o nada se consigna en cuanto a su capacidad de caracterización de las culturas y períodos en estudio. Así, siguiendo el juego de aquellas periodizaciones, la simple ubicación de un actor en un tiempo y una institución parece implicar tanto una posición política, ideológica como teórica. La crítica realizada por Guber a esas propuestas de historización nos es útil, ya que nos permite reconocer a los antropólogos del pasado sin subsumirlos en una temporalidad esquemática y simplista.

---

subjetiva de las acciones de los agentes.

La trayectoria de Imbelloni ha sufrido precisamente de este “quietismo” por parte de cierta historiografía antropológica. Al respecto podemos reconocer dos posturas. La primera corresponde a los historiadores de la disciplina antropológica, en general, y de la Antropología Cultural y de la Arqueología, en particular. Algunos arqueólogos y antropólogos culturales delinearon la imagen particionada y a la vez estática de un Imbelloni detenido en la década de 1940. Es irónico que las principales críticas a la Escuela Histórico-Cultural y al mismo Imbelloni hayan sido, precisamente, su quietismo intelectual. La segunda postura, en cambio, corresponde a los historiadores de la Antropología Física, y es algo diferente.

Jorge Fernández (1979), historiador de la arqueología argentina, ubicó a Imbelloni dentro de la etapa denominada “Consolidación universitaria”, y en el momento de la introducción de la disciplina en la universidad: 1925-1949. Por su parte, el antropólogo social Leopoldo Bartolomé (1982) utilizó una idea que el arqueólogo Alberto Rex González le había expresado en una entrevista, y que luego será reproducida en varias interpretaciones acerca de Imbelloni y de la Escuela Histórico-Cultural. Para González el “vacío teórico” dejado luego de la “caída” del evolucionismo clásico fue sustituido por la propuesta histórico-cultural germana. Las arqueólogas María Teresa Boschín y Ana María Llamazares (1986) no solo reforzaron esta idea sino que, además, mostraron a Imbelloni como eje fundador y difusor por varias generaciones de las ideas histórico-culturales en la Argentina. Posteriormente, González (1985 y 1991-92) retomó aquella concepción y mostró a un Imbelloni sin oposición y con una profunda gravitación sobre los investigadores argentinos, el representante de una “nueva guardia” instalada desde la década de 1920. En esta misma línea, Patricia Arenas y Elvira Baffi (1991-92) subrayaron su teoría etnológica general, donde abogaban por la unidad de la raza y la cultura. Para el etnohistoriador y arqueólogo Guillermo Madrazo (1981/1985) el vacío teórico permitió una alienación general que impidió a la disciplina en la Argentina fundar una “antropología de lo real”. Más recientemente, el antropólogo social Hugo Ratier (2010) reprodujo las apreciaciones de Madrazo, y rescató de Imbelloni su combate al etnocentrismo. Pero para Ratier esa fue sólo una actitud de respeto retórico que chocó con “el trasfondo ideológico fascistizante y racista” propio del antropólogo ítalo-argentino (2010:26). Por su parte, el antropólogo

social Pablo Perazzi (2003) lo ha caracterizado como el *big man* de la antropología rioplatense y el disciplinador de la disciplina, pero no representó una excepción ni el resultado imprevisto de un supuesto “vacío teórico”. Leonardo Figoli, antropólogo cultural rosarino radicado en el Brasil, exponía esta idea en su tesis *A ciencia sob olhar etnográfico* (1990); según él la emergencia y consolidación de la antropología argentina se produjeron a la luz del proceso de construcción de la nación. Las ideas antropológicas de Imbelloni daban continuidad a un clima sociopolítico e ideológico de nacionalismo exacerbado imperante en el mundo y en la Argentina desde principios del siglo XX, la hipótesis del “vacío teórico” caía. Figoli se explayaba así en apreciaciones que ya habían sido expuestas por el historiador y antropólogo rosarino Edgardo Garbulsky (1987). Según él la producción imbelloniana comenzó en 1914 con trabajos enmarcados en un biologicismo social, dentro del positivismo, y con críticas al pacifismo sustentadas en la filosofía de la historia del napolitano Giambattista Vico (1668-1774). Garbulsky propuso que las controversias entre la paz y la guerra, imperantes a principios del siglo XX, le sirvieron a Imbelloni para demostrar las formas de adaptación de las sociedades humanas que, como las especies animales, crean equilibrios y desequilibrios, dualismos, atracciones y repulsiones. Figoli, además, y en consonancia con Garbulsky, entendía que la filosofía de los ciclos Viquianos anticipó en Imbelloni su adhesión ulterior a la etnología de los ciclos difusionistas propuestos desde la Escuela Histórico-Cultural de origen germano. Posteriormente Figoli (2005) arremetió con su tesis al expresar que:

“El firme arraigo de las ideas de Imbelloni y de la Escuela Histórico-Cultural alemana en la antropología practicada en la Argentina –que llegó a hacerse dominante– no parece resultar de una suerte de ‘vacío intelectual’ producido en el campo científico a consecuencia de las críticas sufridas por el evolucionismo clásico. Todo lleva a concluir que sus ideas fueron aceptadas por su firme inserción en los círculos intelectuales del país, portadoras de un agresivo nacionalismo de inspiración italiana. Así lo demuestra un conjunto de artículos de juventud sobre la ‘guerra y el pacifismo’, cuestiones que agitaban los círculos políticos de

la época. Una particular lectura viquiana del fenómeno le permite a Imbelloni presentarlas como ciclos inevitables a la manera de los *corsi e ricorsi* del filósofo italiano. Junto a una aversión declarada hacia las ideas del ‘progreso ilimitado’ (base del pacifismo), sus reflexiones anticipan su posterior adhesión a los postulados de la corriente difusionista germánica de la antropología” (Figoli, 2005:76-77)<sup>16</sup>.

Tanto los trabajos de González y Bartolomé como los de Garbulsy y Figoli orientaron las posteriores discusiones sobre la trayectoria de Imbelloni en la historia de la antropología argentina. Sus miradas solaparon, sin embargo, sus complejos recorridos iniciales, la diversidad teórica, disciplinar y temática del antropólogo ítalo-argentino, pues se concentraron sólo en el análisis de su filosofía política.

Si bien Garbulsy y Figoli investigaron los comienzos de la trayectoria imbelloniana, de su primera etapa, sólo focalizaron sus análisis en la cuestión ideológica-política y en el ocultamiento que de algunos trabajos hicieron los biógrafos del antropólogo ítalo-argentino. Fue Garsbulsy (1987) quien advirtió que Benigno Martínez Soler<sup>17</sup> omitió en las producciones bibliográficas de Imbelloni algunos de los primeros artículos. En efecto, tanto la compilación de Martínez Soler en 1945, como la versión que amplió junto a Vidal Fraits en 1967, proponen que la producción científica de Imbelloni en la Argentina comenzó en 1921 con la publicación de su tesis sobre Antropología Física. En cambio para Figoli (1990), fijar la fecha de llegada de Imbelloni a la Argentina y del inicio de sus realizaciones intelectuales-académicas, lejos de ser un “preciosismo”, es relevante porque permite conocer el entorno tanto exterior como en el ámbito argentino del desarrollo de las ideas nacionalistas, y permite marcar las condiciones del futuro apego por parte de Imbelloni a las teorías de origen germano.

El antropólogo físico de nacionalidad croata Branimiro Males (1954), en una nota biográfica, no sólo no citaba los trabajos de Imbelloni en la Argentina entre 1910 y 1920, sino que además excluía del listado de libros y monografías su tesis doctoral. Otro compilador-biógrafo de la obra imbelloniana, el arqueólogo suizo

---

16 Nótese que en esta cita Figoli utiliza “vacío intelectual” en lugar de “vacío teórico”.

17 Benigno Martínez Soler (1916-1978), etnólogo, docente e investigador. Fue biógrafo y sucesor de Imbelloni en su cátedra de la Universidad del Salvador.

de orientación histórico-cultural Juan Schobinger (1961), tampoco citaba su tesis. Ambas omisiones son llamativas y podrían dar lugar a la especulación sobre competencia académica, disputas de prestigio, etc. Sin embargo, una menos evidente y de mayor sustentación, como veremos es la sospecha de que, tal vez, el trabajo iniciático de Imbelloni contradice los criterios que permitieron ubicarlo como “el referente” argentino de la corriente histórico-cultural.

*Introducción a nuevos estudios de Craneometría*, publicada en los Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires en 1921, definió una línea de investigación en Antropología Física y, específicamente, en el estudio de la cuestión craneal en la Argentina, siempre a tono con los últimos hallazgos en la antropología europea. A diferencia de otras obras emblemáticas de Imbelloni –*La Esfinge Indiana* (1926); *Epítome de Culturología* (1936) y *La Segunda Esfinge Indiana* (1955)–, la tesis de doctorado no tiene una misma dirección proyectiva y genera divergencias para con los elementos cristalizadores de un Imbelloni “hacedor” de un difusionismo de corte histórico-cultural.

Las historias de la antropología en la Argentina se basan en los mismos datos, fechas e ideas, y reiteran la misma base bibliográfica, igual que sus biografías y obituarios, cristalizando de manera unilateral la trayectoria de Imbelloni. Así, por ejemplo, el prestigioso antropólogo físico español Juan Comas (1975) retomó la lista bibliográfica de Imbelloni publicada por Martínez Soler en 1945, en 241 títulos. También desde Martínez Soler, Schobinger (1961) repitió la lista de trabajos y sólo agregó que su tenaz ambición fue dejar un nutrido grupo de discípulos que pudieran continuar su obra.

Por su parte, la antropóloga social e historiadora de la Antropología Patricia Arenas (2011), en su análisis de la Escuela Histórico-Cultural en la Argentina, retomó de Imbelloni, como Garbulsky (1987), el positivismo y biologicismo social de sus primeros años. Para la autora la publicación del *Epítome de Culturología* (1936) fue la presentación definitiva del programa histórico-cultural en la Argentina, ya anunciado en la revista *Solar*<sup>18</sup>. Con ambos trabajos, según Arenas, Imbelloni pretendía ahondar en las propuestas metodológicas de la escuela germana, delimitando el campo específico de la Antropología y presentando la aplicación práctica de sus postulados.

---

18 La autora hace referencia al trabajo de 1931: “Introducción al estudio de las civilizaciones según el método Histórico-Cultural”.

Esa estrategia metodológica histórico-cultural surgió a principios del siglo XX, utilizando el concepto de difusión para explicar los procesos de cambio que se presentaban en las diferentes culturas. Atribuía al género humano una escasa inventiva, contribuyendo así a la conformación de un modelo histórico conservador, que negaba la dinámica de los mecanismos de la evolución cultural, y partía del supuesto de que el difusionismo excluye toda explicación basada en la invención independiente (Harris, 1979; Gil, 2009). Su programa de corte nomotético se fundaba en la observación de similitudes entre objetos pertenecientes a diferentes culturas. El contacto cultural había sido, según esta orientación teórica, el fundamental instrumento que confluía y construyó la complejidad del desarrollo histórico-cultural. Así, las leyes de difusión sostienen que el préstamo de rasgos culturales opera en un proceso de asimilación, adaptación y descarte, de acuerdo a las necesidades de los diferentes grupos humanos. Entre los representantes más importantes de la Escuela Histórico-Cultural encontramos a los etnólogos alemanes Fritz Graebner (1877-1934) y Leo Frobenius (1873-1938), y a dos austriacos, el sacerdote jesuita y etnólogo Wilhelm Schmidt (1868-1954) y el prehistoriador Oswald Menghin (1888-1973). Metodológicamente, esta escuela se concentraba en la búsqueda certera de evidencias de la difusión de los fenómenos culturales. El gran acopio de material era su máxima prescripción. Este material debía estar sometido a intensos criterios de autenticidad, ya que con ellos se podía comprobar la difusión.

La historiografía antropológica argentina consagró a Imbelloni como el introductor de este pensamiento, particularmente de las ideas de Graebner, durante la década de 1930<sup>19</sup>. Pero nada indica que anteriormente haya tenido contacto directo y afinidad con aquellas ideas. Es más: su pretendida introducción de la Escuela Histórico-Cultural fue singular y progresiva, incorporando algunos elementos de aquella y descartando otros. En *Epítome de la Culturología* (1936) se aferró al despliegue de los *ciclos y círculos culturales*, que a su criterio mostraban las diferencias culturales en el plano histórico. Pero tanto en *La esfinge indiana* (1926) como en *La segunda esfinge indiana* (1955) discutió los procesos extremos de difusión.

---

19 German Soprano, en este volumen, analiza la obra del antropólogo Márquez Miranda (1897-1961), quien realizó el prólogo del libro *Metodología Etnológica* de Fritz Graebner, publicado en 1911 en Europa pero editado en castellano por la Universidad Nacional de La Plata en 1933.

La necesidad de comprobar estos procesos le dio a Imbelloni una imagen respetada en el ámbito arqueológico de su tiempo. Pero a pesar de que realizó varios trabajos arqueológicos<sup>20</sup>, la historiografía antropológico-arqueológica mira su contribución según la asociación de Imbelloni con otros actores: el prehistoriador Menghin, llegado a la Argentina en 1948 y comprometido funcionalmente con el nazismo en Austria, y el romano Marcelo Bórmida (1925-1978), su principal discípulo, de declarada afinidad con el fascismo italiano. Los historiadores de la Arqueología ubican a Imbelloni como soporte epistémico de Menghin y de Bórmida (Boschín, 1986; González, 1985 y 1991-92; Luco, 2009, entre otros), y desde la historia de la antropología, según vimos, como vocero de ideas políticas racistas y retrógradas. No se destacan los aportes que Imbelloni realizó a la Arqueología, sino su afiliación a ideas pan-germánicas. Javier Nastri (2004) desplegó comparativamente seis periodizaciones realizadas por historiadores de la disciplina arqueológica. En ellas, el período de predominio de la Escuela Histórico-Cultural, y por ende de Imbelloni, está provisto de negatividad, determinado por el sincronismo, la orientación histórica, la falta de cientificidad, características todas que se condensan en una “época de tinieblas”<sup>21</sup>.

Por su parte, la revista *Relaciones* de la Sociedad Argentina de Antropología, consagró un volumen que compiló relatos de la historia de los primeros 70 años de la institución y de la disciplina. Allí, la figura de Imbelloni aparece en forma reiterada, no sólo porque fue uno de sus fundadores, sino también porque sus producciones ocuparon un lugar destacado en torno a las discusiones referidas a temas nodales de la arqueología argentina. Tanto es así que en un artículo, los arqueólogos Luis Borrero y Lucía Miotti (2007) dan por título “La tercera esfinge indiana: la edad del poblamiento de argentina”, empleando el concepto de “esfinge” (enigma) planteado por Imbelloni para presentar un panorama de las discusiones relacionadas con el poblamiento prehistórico y el lento proceso de evaluación de la existencia de una profundidad temporal Pleistocena. En este trabajo aflora un Imbelloni que propuso el ingreso tardío de los grupos humanos al territorio argentino, propuesta que ayudó a llevar la mirada hacia las sociedades estatales prehispánicas como Tiahua-

---

20 Ver el listado de publicaciones de Imbelloni en Martínez Soler.

21 Denominación que Nastri tomó de Olivera (1994)

naco o Diaguitas, y que □[...] hizo torcer el curso de la investigación hacia la arqueología de los grandes monumentos arquitectónicos, la lingüística y otras cuestiones de etnología□ (Borrero y Miotti, 2007: 58). Pero además, para estos autores los planteos imbellonianos estuvieron apoyados sobre hipótesis surgidas en la Antropología Física, acopladas a las conflictivas tipologías de razas y sus implicancias racistas. Es allí donde las miradas teóricas de la arqueología y de la antropología cultural anclan, se conjugan y retroalimentan para cristalizar a un Imbelloni, simplificando sus interpretaciones sobre las relaciones culturales y biológicas de las sociedades pasadas.

## **2. Imbelloni en la historiografía de la Antropología Física, continuismo y variación**

Las evidencias óseas fueron el mayor y mejor elemento de validación que utilizó Imbelloni para construir modelos de poblamiento (Imbelloni, 1937). En estos modelos los cráneos tuvieron una atención preferencial, ya que se habían convertido desde fines del siglo XIX en la característica distintiva del quehacer de la Antropología Física. Para Máximo Farro (2011) en la terminación de aquél siglo se practicó un *commercium craneorum* en función del registro, medición y la circulación en forma de tablas, que a modo de □dispositivos□, sirvieron para definir y contraponer los tipos raciales del orbe. Imbelloni, que se formó académicamente como antropólogo físico durante la primera década del siglo XX, se dispuso a generar esos dispositivos. Propuso entonces modelos explicativos sobre el desarrollo primitivo humano, y en particular americano, a través de los cráneos. Sin embargo, esa tarea no la inició con el apoyo de las ideas histórico-culturales, a las que adscribió recién en las décadas de 1930 y 1940. A diferencia de lo que comúnmente plantea la historiografía antropológica argentina, en su trayectoria inicial, Imbelloni se acercó a ideas de variabilidad y transformismo cercanas al evolucionismo. Para 1920, cuando regresó a la Argentina, la cuestión de la etnogénesis, los cráneos americanos y el problema de la antigüedad del hombre eran temas harto debatidos (Marcellino, 1985; Podgorny y Politis, 2000; Carnese y Pucciarelli, 2007, Farro, 2011, entre otros). En el Museo de Ciencias Naturales y en la Universidad Nacional de La Plata, Francisco Moreno (1852-1919) y Florentino Ameghino (1854-1911) estaban unidos por el cometido



de descifrar la naturaleza de los enigmas americanos, pero distanciados teórica y académicamente. Irina Podgorny (2005) mostró las complejidades que dejaron expuestas esos dos linajes separados. Marcellino (1985) también se explayó en el análisis de aquellos actores y temáticas insertas en un multivariado pero saludable fermento intelectual gestado en las últimas tres décadas del siglo XIX. Allí, las ideas ameghinianas fueron “osadas” porque intentaron construir un modelo explicativo prácticamente integral sustentadas en la perspectiva transformista en torno a la autoctonía, los tiempos geológicos y la cuestión del hombre fósil de las pampas argentinas.

Paradójicamente, el puntapié inicial de la cuestión no ocurrió en la Argentina sino en el Brasil. En 1835, el danés Peter Wilhem Lund encontró en Lagoa Santa, estado de Minas Gerais, restos humanos asociados a especies animales extinguidas. Así se despertó en tierras americanas la controversia de la autoctonía que desde Europa era enfáticamente negada. Pero además, a nivel local-regional el hallazgo dejó expuestas las aspiraciones de detentar la representatividad en el plano político, económico y científico de lo “sudamericano”. Durante todo el siglo XIX, y hasta avanzado el siglo XX, la Argentina y Brasil disputaron aquella representatividad. Botafogo Gonçalves (2003) realizó una breve sinopsis histórica de las relaciones bilaterales entre ambos países, observando períodos de tensiones inspirados en problemas de naturaleza territorial, desconfianzas recíprocas, crisis diplomáticas y largos períodos de interregnos o de mutua indiferencia, hasta la integración regional actual. Sin pretender marcar una direccionalidad determinante desde el plano político hacia las cuestiones académicas, podemos presenciar durante el siglo XIX y para el caso de la antigüedad del hombre americano, fluctuaciones similares. Así, para Lopes (2008), la tarea de Lund despertó en este marco una rivalidad que Ameghino constantemente buscó sobrepasar.

Las últimas tres décadas del siglo XIX fueron de intenso debate e intercambio entre Europa y América del Sur y, en este último espacio, entre la Argentina y Brasil por la exclusividad de las respuestas al enigma de lo americano. La disputa por las vinculaciones, subjetividades, utilidades teóricas y los negocios para la compra de bibliografía e instrumental científico generaron prácticas que sirvieron para organizar redes de cooperación internacional entre ambos países sudamericanos (Marcellino, 1985; Podgorny, 2005 y Lopes,

2008). Pero este contexto sirvió además para el desarrollo de ideas nacionalistas y para la ampliación de las prácticas paleoantropológicas que, sustentadas teóricamente en el evolucionismo, buscaron una respuesta local al enigma del origen americano. Así, las publicaciones de Ameghino entre 1881 y 1889 (*Los mamíferos fósiles*, *Filogenia* y *La antigüedad del hombre*) intentaron construir un modelo explicativo de la cuestión. Partiendo de ideas transformistas, proponía diferencias entre una raza primitiva americana y algunos tipos raciales que poblaban el continente. Observó que los indígenas de Tierra del Fuego diferían de las tribus de Patagonia por la dolicocefalia<sup>22</sup>, adelantándose en más de un lustro, según Alberto Marcellino (1985), a los trabajos del antropólogo Hermann ten Kate (1859-1931), y desplegando también conceptos fundacionales para las clasificaciones poblacionales como las que luego realizaron von Eickstedt e Imbelloni.

Podemos observar que la historiografía de la Antropología Física de la Argentina ubicó a la figura de Imbelloni en intersticios y pasajes entre diferentes coyunturas del desarrollo disciplinar. Marcellino (1985) mostró un Imbelloni productor de “continuidismo” de las temáticas y problemáticas que desde fines del siglo XIX se venían discutiendo. Sus trabajos iniciados en 1920 no sólo fueron significativos porque aportaron a cuestiones de análisis físicos-morfológicos y de medición craneana, sino también porque mostraron que los indígenas americanos no formaban una raza única y homogénea. Marcellino analizaba, además, los trabajos de la trayectoria de Imbelloni entre 1923 y 1946. Contrariamente a la historiografía arqueológica y antropológico-cultural, Marcellino observaba que la idea del hombre fósil que se había consustanciado hacia fines del siglo XIX con las ideas ameghinianas no tan sólo tuvo continuidad, sino que puede reconocérsele una proyección investigativa en el tiempo. Roberto Lehmann-Nitsche (1872-1938), médico alemán que se desempeñó como jefe de la Sección Antropológica del Museo de La Plata desde 1897, publicó en 1907 *Nouvelles recherches sur la Formation Pampeña et l'Homme Fossile de la République Argentine*. Consideraba allí que el hombre tuvo existencia en el espacio pampeano desde el Plioceno. En esta línea avanzaron a principios del siglo XX Carlos Ameghino (1865-1936), el zoopaleontólogo Lucas Kraglievich (1886-1932) y el médico Alfredo Castellanos (1893-1975), en-

---

22 Cráneo de forma estrecha y alargada.

tre otros. Sin embargo, para los historiadores de la Arqueología y los de la Antropología Cultural pesó más el “golpe de gracia” que le propició a la paleantropología argentina el checo Alex Hrdlicka con su trabajo *Early Man in South America* (1912)<sup>23</sup>. Esta obra habría borrado de plano a las interpretaciones de corte evolucionista, y en especial la propuesta de Florentino y Carlos Ameghino.

Entre la década de 1910 y 1920 Imbelloni se relacionó académicamente con la línea ameghineana. Fue Carlos quien contribuyó con los materiales craneales que Imbelloni utilizó para su tesis, dando continuidad a un modelo de análisis, generando metodologías y aportando elementos físicos probatorios a las temáticas en torno a los enigmas americanos que Florentino venía construyendo desde fines del siglo XIX.

Francisco Carnese, José Cocilovo y Alicia Goicoechea (1991-1992) analizaron la historia de la Antropología Física en la Argentina. Para ello tomaron algunos elementos que ya había desplegado Marcellino en su trabajo para el CAEA<sup>24</sup> en 1985. De los tres períodos que identificaron, ubicaron en el segundo a la figura de Imbelloni, retomando algunos aportes provenientes del análisis de la historiografía de la Antropología Cultural, como el de Arenas (Carnese, Cocilovo y Goicoechea, 1991-1992:40). Desde esta mirada le atribuyeron una perspectiva anti-materialista y anti-evolucionista. Pero, en vez de limitarse a esta imagen, avanzaron en sus aportes específicos que a la Antropología Física dio Imbelloni. Aunque plantearon sí que la concepción tipológica de la variación racial imbelloniana se impuso en el medio antropológico, su figura resultaba moderada, pues no era presentado como el único productor y generador omnipotente de riquezas académicas. A diferencia de la estampa de *big man*, expuesta por la historiografía de la Antropología Cultural y de la Arqueología, para Carnese, Cocilovo y Goicoechea (1991-92) Imbelloni se encontraba actuando en el campo de la Antropo-

---

23 Este trabajo derribó las asignaciones geológicas de elevada antigüedad y el supuesto primitivismo anatómico de los restos humanos encontrados en las barrancas del río Luján por Ameghino (Podgorny y Politis, 2000)

24 El Centro Argentino de Etnología Americana es un instituto de investigaciones, actual unidad ejecutora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), creado en 1973 por Marcelo Bórmida. Desde sus inicios, el CAEA se dedicó particularmente a la Etnología Americana. Su órgano de difusión es la revista *Scripta Ethnologica*.

logía Física en relación a las contribuciones de varios especialistas, como las del naturalista Carlos Marelli (1886-1967), a quien le atribuían la primacía en la utilización de técnicas estadísticas y de diseños experimentales para el análisis de datos antropológicos, junto a la publicación del mayor banco de información métrica de la Patagonia.

Pero además de moderar la influencia de la figura de Imbelloni, Carnese, Cocilovo y Goigoechea (1991-92) proponían que con una serie de trabajos (1937a, 1938, 1939, entre otros) había innovado la eficacia heurística al incorporar la técnica de análisis de los Sistemas Grupales Sanguíneos en las investigaciones concernientes a poblaciones aborígenes americanas. En *Razas humanas y grupos sanguíneos* de 1937, Imbelloni renovaba ideas sobre la temática que lo había definido en una trayectoria investigativa desplegada desde sus comienzos como antropólogo físico. A los criterios morfológicos, fisonómicos, pigmentarios y fisiológicos, Imbelloni le agregó el serológico en pos de lograr una clasificación de las razas americanas, a pesar de la crítica de algunos especialistas (1991-92:40). Con estos elementos volvió a la carga de lo que, a su criterio, inútilmente había intentado Hrdlicka en 1912 al buscar propiciar un patrón morfológico común de los pueblos americanos aborígenes. Pero, además, encontraba que muchos puntos esenciales de las doctrinas que había desarrollado durante años se veían confirmados con sólidas comprobaciones serológicas.

La “variabilidad” biológica es reconocida por Carnese, Cocilovo y Goigoechea (1991-92) en autores como Imbelloni y Bórmida que, aunque adscriptos a la Escuela Histórico-Cultural y con trabajos morfológicos, tuvieron como principal preocupación sistematizar la información paleo americana. Los tres autores (1991-92) destacaban, particularmente de Imbelloni, su comprensión de la idea de que los caracteres serológicos se heredan independientemente de la edad y el sexo, y que no se modifican durante el desarrollo ontogénico ni con la influencia ambiental. De allí en más, los autores le atribuyeron a Imbelloni haber generado relaciones genéticas y rutas migratorias de los primitivos americanos, tarea que venía realizando desde la década de 1920. De esta forma, el ítalo-argentino no mantuvo su rol conservador, al menos en este aspecto técnico-metodológico, ni se observa el quietismo en su trayectoria. Esta perspectiva condice con la que proponen Carnese, Cocilovo

y Goicoechea (1991-92) cuando muestran que desde 1930 en adelante se produjeron cambios en las técnicas más que en los aspectos teóricos o en la posición del antropólogo con respecto a su objeto de estudio. Los cambios vendrían posteriormente, desde la década de 1960, la tercera etapa de la periodización sugerida por los tres autores, cuando se comenzaría a utilizar el concepto de “población” y se cambiaría la denominación de Antropología Física por la de Antropología Biológica. Para entonces Imbelloni ya estaría retirándose de la escena antropológica y en el final de su vida.

En la compilación histórica de *Relaciones*, la historia de la Antropología Física en Argentina estuvo a cargo de Francisco Carnese y Héctor Puciarelli (2007), quienes reafirmaron la relevancia de los estudios genético-serológicos circunscriptos exclusivamente a la determinación del sistema ABO<sup>25</sup> que Imbelloni introdujo entre los años 1926 y 1939. Para Carnese y Puciarelli, la idea de la variabilidad en pos del crecimiento de los estudios de tipos neoevolucionistas apareció en el intersticio posterior a Imbelloni, pero en base a las contribuciones del italiano con los estudios serológicos. Desde la Biología actual se entiende que la humana, como otras especies, presenta variabilidad para un gran número de caracteres tanto anatómicos como fisiológicos. Hay incluso dentro de una misma población diferencias entre individuos que podemos considerar dentro de una amplitud normal de variaciones. Curtis, Barnes, Schnek, y Flores (2000) afirman que para que ocurra evolución deben producirse variaciones entre los individuos, y estas variaciones deben constituir la materia prima sobre la cual operan las fuerzas evolutivas.

En un artículo más reciente, Carnese (2011) expuso que actualmente y con el desarrollo de la Antropología Biológica se puede observar una eclosión de datos sobre la variabilidad de los sudamericanos. Remonta esa contribución a la inclusión de los estudios de grupos sanguíneos en los análisis bioantropológicos, dando fuerza a las ideas proyectadas ya por Imbelloni en torno al surgimiento de nuevas hipótesis acerca del origen de los amerindios, a los contactos, rutas migratorias y a la sucesión en el interior del continente.

En suma, la historiografía de la Antropología Física-Biológica mostró una faceta distinta de Imbelloni. No lo cristalizó desde sus ideas políticas, y mostró que con el empleo de las herramien-

---

25 Este sistema descubierto por el médico Landesteiner en 1901 determina el grupo de antígenos o anticuerpos de los diferentes tipos de sangre

tas técnico-metodológicas disponibles en su época pudo dar continuidad al enigma de las poblaciones originarias de América. En la actualidad esta tarea prosigue en el interior de las disciplinas que conforman a la Antropología, y obedece a los avances, contribuciones, ensayos-errores, conocimientos acumulados y cambiantes que actores como Imbelloni pudieron aportar.

El problema que aquí se presenta es si el carácter conservador de los aportes imbellonianos para con la Antropología fue tal, o si se trata, más bien, de una condición configurada por cierta historiografía antropológica. Se hace necesario al menos discurrir en lo ya establecido. Que las investigaciones de un pensador se encuentren en un ámbito de teoría y filosofía social conservadora, no nos debe llevar a inferir que todas sus producciones científicas asuman un carácter “conservador”. Esto es: si Imbelloni trajo en dos épocas diferentes renovaciones para la Antropología Física, primero con cierto tipo de mediciones craneométricas, y luego con análisis serológicos para la identificación de los grupos-razas, ¿puede ser considerado conceptualmente como un conservador? Este interrogante nos ubica frente a la cuestión de la sobreentendida naturaleza “estática” del conservadurismo. El término se presenta ambiguo y confuso cuando generalmente se asocia de manera unidireccional el conservadurismo político al conservadurismo intelectual. Para analizar esta cuestión, el húngaro Karl Mannheim (1893-1947) utilizó dos metáforas: la constelación, de naturaleza astronómica, y la de perspectiva de orden pictórico-artístico. Esta instrumentalidad metafórica permitió a Mannheim describir la complejidad que surge al determinar el carácter de un pensamiento “como conservador”. Él entendía que si bien en toda sociedad persisten tradiciones, éstas resultan de formas reactivas e inconscientes. Esas formas devienen de configuraciones de una constelación particular existente en sociedades dinámicas y modernas caracterizadas por la profunda diferenciación en clases o grupos sociales enfrentados entre sí. Cada grupo social busca construir cosmovisiones, genera tradiciones y diferentes estilos de pensamiento. Entonces, para Mannheim, los intelectuales desarrollan sus distintas perspectivas según la pertenencia a determinado grupo social. En ese afán hay innovaciones operativas dinámicas que se enfrentan a las formas de pensamiento “progresistas”. En *Ideología y Utopía* (1987)<sup>26</sup> Mannheim consideró

que los diferentes estilos de ver las cosas de los pensadores de cierto período reflejan perspectivas cambiantes de sus grupos sociales. Las modificaciones del aparato conceptual de todo un grupo se producen dentro de una constelación cambiante debido a factores teóricos y extra teóricos que afectan la vida del propio grupo. De esta manera y siguiendo a Mannheim, podemos advertir la posibilidad no estática del conservadorismo y también la hipertrofia de la figura y de la obra de Imbelloni.

Dotando de historicidad al Imbelloni de los primeros años, debemos encuadrarlo dentro de la lógica de un conservadorismo epistémico que se desplegó en una constelación académica diseñada por un grupo intelectual de raíz social profundamente elitista. Pero en las primeras décadas del siglo XX este sector innovó sobre el positivismo decimonónico dominante hasta entonces. El historiador panameño Ricaurte Soler Batista (1979) planteó que el denominado “positivismo argentino” fue un conjunto de direcciones filosóficas, una constelación en términos de Mannheim, de orientación muy diferente a la que tomó en Europa. Dentro de tal conjunto predominó el naturalismo mecanicista. Este naturalismo en la Argentina adquirió un estilo monista y evolucionista desde fines del siglo XIX, es decir, una concepción según la cual todas las cosas estaban constituidas por un solo *arjé*, causa o sustancia primaria, de propiedad material<sup>27</sup>. Para Ricaurte Soler, la inmigración a la Argentina de principios del siglo XX configuró una realidad socioeconómica y política que explica la renovación que adoptó la mentalidad positivista de raíz darwiniana. La crítica a la democracia liberal por parte de los grupos sociales burgueses tomó un tinte progresista y dinámico adoptando el materialismo darwinista. Sin embargo, persistió con ello una base conservadora que sustentó el pensamiento intelectual y político, ambos en profunda retroalimentación. Es dentro de estas posibilidades cosmológicas que Imbelloni innovó metodológicamente, pero epistémicamente se mantuvo en los cauces conservadores. Dio credibilidad a las hipótesis de las teorías que utilizó, concentrándose en el experimento como elemento crucial y amparándose en datos observacionales, condición propia y necesaria del positivismo. Con el avance de la década de 1920 una cosmología epistémica de inspiración idealista y espiritualista, con esti-

---

27 Existían otros positivistas de monistas espiritualistas que entendían la sustancia primaria basadas en ideas o espíritu. Son los positivistas católicos. Ver Ricaurte Soler.

los kantianos y neo-kantianos, desplazó al pensamiento positivista. Imbelloni se readaptó a la situación, aunque hasta entonces había logrado ingresar, permanecer y hasta consolidarse en el ambiente académico argentino. Parte de este logro se debió a su tesis doctoral, pieza clave de su trayectoria.

### **3. Volviendo a la tesis: triángulos y rombos dibujados en los cráneos**

*Introducción a nuevos estudios de Craneometría* fue publicada en Buenos Aires en 1921<sup>28</sup>. Su novedad consistió en proporcionar el conocimiento de los mecanismos de la transformación humana. Valiéndose de la geometría, buscó la progresión de las formas del cráneo en el tiempo y los movimientos e índices de las correlaciones mecánicas que se han perfeccionado en el ser humano y midió y trazó líneas entre los distintos puntos de las bóvedas craneales. Luego plasmó esas mediciones en gráficos cuya resultante eran triángulos y rombos. Para Imbelloni las variaciones milimétricas entre un dibujo triangular o romboidal de algunos cráneos sobre otros expone la progresión transformadora que culminó en la forma craneal del hombre actual.

Pese a su complejidad, deberemos internarnos en su razonamiento para mostrar que en su tesis Imbelloni mantuvo un sustrato epistémico de “transformismo mecanicista”, distinto al “fijismo creacionista” que puede atribuírsele en su etapa de identificación y auto adscripción como antropólogo histórico-cultural.

Imbelloni buscaba demostrar que el mecanismo transformador es la evidencia de que la naturaleza humana es el resultado de “variaciones”. Para ello debió apelar al uso de la Osteometría desarrollada a lo largo del siglo XIX y constituida en uno de los implementos estandarizados que la Antropología Física diseñó para el estudio del organismo humano. La complejidad e integración de los distintos niveles de organización de la materia viva se encuentran representadas en las diferentes estructuras: la de las células, los tejidos, los órganos y los sistemas. La de los tejidos, y en particular

---

28 Nótese aquí una diferencia de fechas. El texto que citamos forma parte de la *Revista Anales del Museo de Historia Natural de Buenos Aires* del año 1923. Si bien la tesis fue difundida en 1921, en 1923 fue publicada en los *Anales del Museo*.



el óseo, puede ser estudiada desde la Osteometría que tiene en la Craneometría uno de los tantos puntos de cuantificación y comparación. Por lo tanto, en la Craneometría confluyen una serie de orientaciones disciplinares.

Junto a otros antropólogos de su tiempo, Imbelloni propuso el uso de la matemática, y particularmente de la trigonometría, para representar variaciones y procesos de transformación entre tipos de cráneos. Para ello ordenó su tesis en cinco capítulos. El primero titulado “Histórico” presenta el estado de la cuestión y los aportes de cada uno de los autores referenciales. El segundo, “Noticia sobre el material y la técnica empleada”, explica el acceso que tuvo el autor a los cráneos que estudió. El tercero, “Leyes de la craneotrigonometría”, expone en detalle pormenorizado las aplicaciones nomotéticas que Imbelloni tuvo en cuenta para su análisis práctico-diagráfico. Por último, los capítulos cuarto y quinto “Enunciación de nuevas constantes relaciones de la base del cráneo con los planos de orientación” y “Aplicaciones de la geometría craneana”, presentan las conclusiones y aportes de la tesis.

En el capítulo histórico Imbelloni explicó que a pesar de que dentro de la literatura antropológica la geometría craneana fue considerada como una innovación de pura técnica, ella amerita ser estimada por los nuevos rumbos, medios de indagación y finalidades que por entonces ha generado. El objetivo es la conquista de la forma craneana. Para ello identificó dos criterios y grupos de estudiosos. El primero está integrado por quienes partieron de la premisa morfológica y se basan en la idea de forma siguiendo el método descriptivo tanto en su aspecto puramente numérico (cráneometría), como en el sintético-artístico (craneoscopia). Del segundo grupo formaban parte quienes siguieron la premisa mecánica, evidenciada a través del método geométrico o geometría craneana. Él se ubicaba implícitamente en este segundo grupo porque le atribuía a este tipo de estudios una visión dinámica y un método capaz de dar la evidencia de transformación.

Unió los dos grupos y criterios, el morfológico y el mecánico, a través de la obra de Moritz Benedikt (1835-1920), neuropsiquiatra austrohúngaro que estudió matemáticas, física y en 1859 se doctoró en Medicina. Desde 1870 Benedikt se dedicó a buscar la localización extraordinaria neurológica de la moralidad en el cerebro humano, a la que creyó encontrar en las par-

tes finales de los lóbulos occipitales. Pero además afirmó que la falta de cobertura del cerebelo, descubierto en los monos y los delincuentes, apuntaba a la carencia de moralidad. Curiosamente, de forma parcial Imbelloni en su tesis citó uno de los libros más polémicos de Benedikt del año 1889: *Manuel technique et pratique d'anthropométrie cranio-céphalique (méthode, instrumentation) à l'usage de la clinique, de l'anthropologie générale et de l'anthropologie criminelle*. Pero Imbelloni se apartó de las connotaciones criminalísticas y moralistas de la obra de Benedikt, y ni siquiera citó el título completo de aquel libro. En vez, se abocó a producir fórmulas geométricas que buscasen las relaciones analíticas entre los puntos, las líneas y los planos encontrados en el biosólido craneal humano, para generar un análisis de carácter científico y abstraerse de discusiones, controversias y miradas especulativas sobre la temática.

El problema de la tesis de Imbelloni era descubrir las incógnitas del proceso de formación y las bases del acuerdo íntimo entre las varias “regiones” del biosólido craneal. Para ello buscó las leyes de su arquitectura, o sea las razones, las fuerzas centrífugas y las inercias centrípetas que hicieron de la forma craneana una obra acabada. Trató de descifrar entonces la mecánica craneal proyectada en las relaciones entre los distintos puntos y espacios del cráneo que daban formas a las que él convertía en notaciones geométricas. La finalidad era, pues, encontrar constantes transformaciones que permitieron la existencia del cráneo humano actual. En esas constantes la geometría craneana o cráneotrigonometría se proponía descifrar lo fundamental y central, *per analogiam*, de toda la especie humana, o bien de una entera variedad en su conjunto. Para Imbelloni el método geométrico craneal, como técnica diagráfica, fue criticado por varios autores<sup>29</sup> por haber estado abocado a la pura métrica y por haber llevado la medición a extremos absurdos y racistas. Amparándose en ideas del antropólogo alemán Rudolf Martin (1864-1925)<sup>30</sup>, aclaraba que:

---

29 Hermann Klaatsch, Fritz Falkenburger, Velio Zanolli, autores todos que citan a su vez al libro *Analytische Grundzüge einer systematischen Kraniometrie*, de Aurel Von Török (1890) en el que se proponen 6.000 medidas posibles para el cráneo humano.

30 Este profesor de Zúrich y München publicó en 1914 *Lehrbuch der Anthropologie*, un tratado general de antropología física muy difundido.

“Actualmente, si se quiere hacer un balance de los conocimientos alcanzados, debe reconocerse que no es la orientación racial la que cuenta con más victorias. [...] Por eso es que la antropología física comparativa mediante la craneografía tiene en contra la opinión de varios sabios, encontrándose ésta compendiada en la afirmación de Martin, que hasta hoy los referidos experimentos no han dado resultados positivos para el diagnóstico diferencial de las razas” (Imbelloni, 1923:34).

Así como no hay una determinación taxativa por la marcación racial, durante todo el trabajo se observa que la mayor preocupación de Imbelloni fue no “esquematizar” los cráneos, ya que propuso no reducir la complejidad del biosólido craneal a una figura simple. Nunca negó el uso de la prescripción que implica marcar una raza. Pero la mayoría de los textos de interpretación historiográfica de la obra imbelloniana, sobre la Escuela Histórico-Cultural y sobre el desarrollo de la Antropología Física en la Argentina solo quedaron encerrados en la cuestión de lo filético-racial y en la presencia o no del evolucionismo como sistema teórico.

Clark Spencer Larsen (2010) advirtió que este tipo de críticas es lo común en los trabajos de Antropología Física de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Esto se debe a las confusiones entre teorías, técnicas, temáticas y objetos de estudio analizados, ya que no es lo mismo un estudio de primatología que uno de raza, o de orígenes humanos, o de eugenesia, de osteometría, etc. Ya sea por confusión o desconocimiento, el estudio del cuerpo humano trae aparejadas controversias moralizantes. En 2010 se celebró un simposio mundial en Brasil donde se discutieron estas controversias y se analizó el pasado, el presente y el futuro de la Antropología Física/Biológica. La revista *Current Anthropology* publicó en 2012 los resultados de este encuentro, y trazó los estilos nacionales, las redes internacionales y los linajes de la disciplina. Al estudiar la influencia racial de la Antropología Física alemana, Veronika Lipphardt (2012) observó que la escuela de Rudolf Martin, al que Imbelloni citó de manera referencial, rechazó toda posibilidad de herencia entre los rasgos intelectuales, mentales, psicológicos o culturales con los atributos biológicamente adquiridos. El trabajo de Lipphardt además rompió con “los lugares comunes”: que los antropólogos alemanes

sólo pensaban en función de cuestiones raciales. La autora demostró que, previo al nazismo, existió una comunidad de antropólogos físicos de intereses heterogéneos, donde la noción de raza aparecía como expresión dinámica de procesos evolutivos y transformismo larmarckiano.

Entonces, ¿por qué las lecturas sobre las obras de Imbelloni siempre convergen en reduccionismos simplistas que nos lleva al lugar común del racismo? La respuesta está en el objeto de estudio preferido por Imbelloni: el cráneo. Pero ¿qué es el cráneo para el antropólogo y para la Antropología? Tanto ayer como hoy, el cráneo es una caja de información y no una simple conjunción de huesos, ya que contiene pruebas visibles de las variaciones de la ontogénesis humana. Pero el cráneo humano unifica y guarda en sí la complejidad de dos variables de la realidad, lo natural y lo cultural. Ambas variables se condensan en la misma anatomía humana. Imbelloni tuvo en cuenta estas dos variables, y avanzó sobre ellas para descifrarlas conjuntamente a partir del estudio sistemático de las *deformaciones craneales*, a las que posteriormente dedicó gran parte de su trayectoria académica (Imbelloni, 1923, 1933, 1937 entre otros). Recordemos que por el manejo de esta temática obtuvo distinciones académicas, como la Medalla Holmberg del año 1933 por el trabajo *Los pueblos deformadores de los Andes*.

Mientras tanto, y volviendo a su tesis doctoral, Imbelloni usó a la trigonometría como una manera más de aportar a la difícil tarea de internarse en el complejo conocimiento del cráneo. No estuvo jugando solamente con formas geométricas y números, ángulos y posiciones, cual científico proveniente de las ciencias formales, sino que planteó a través de aquellas mediciones las variaciones, las irregularidades y las constantes de lo humano. Aparentemente, podría parecer natural colocar un cráneo en un laboratorio y comenzar a medir o dibujar rectas de un punto a otro. Con fines utilitarios en la actualidad, disciplinas como la Anatomía o la Odontología tienen estipulados puntos y planos craneales. Pero a principios del siglo XX, graficar en los cráneos y determinar puntos referenciales conllevaba fuertes discusiones entre los científicos (Herrera Fritot, 1964 y Gould, 1989). Por eso Imbelloni siguió los ocho planos ortogonales que había estipulado Benedikt, dejando asentado que no era de utilidad complicar el problema morfológico del biosólido craneal con discusiones sobre la proyección de los planos. Para él estas discusiones representaban una “vieja antropología”.

Denotó la influencia de la escuela de Padua y de la impronta del naturalista Paolo Mantegazza (1831-1910), la cual empleaba un sistema muy sencillo introduciendo el triángulo Prostion-Basion-Sinfision<sup>31</sup>. Al polígono que resulta del gráfico de esta triangulación, Imbelloni lo marcó como la expresión completa y sencilla de la conformación craneana. Insistió entonces en que el sistema diagráfico no fue una innovación de pura técnica, y que no había que dar importancia exclusiva a los medios instrumentales, pues entendía que podían construirse diagramas con medios muy sencillos. Tampoco era necesario, a su entender, poseer cráneos para la propia disposición, ya que bastando con conocer trece medidas absolutas podían definirse algunas cuestiones más generales.

El material craneano que Imbelloni utilizó para su tesis fue una combinación de 86 piezas cuyo estado de conservación, según él, era perfecto. Las unidades de análisis se constituyeron con una serie de 25 cráneos italianos adultos, braquimorfos<sup>32</sup>, de diversas procedencias, en su mayoría de Todi (Perusa) y Padua. Otros 25 cráneos infantiles italianos, de procedencia florentina y paduana, junto a 3 cráneos fetales. Aparece destacada una serie de control compuesta por un cráneo dolicomorfo<sup>33</sup> (Sassari), uno escafocefalo, uno ultrabraqui, uno ultrabraqui esferoides (Civiale del Friuli), uno acrocefálico (Bologna) y uno oxicéfalo-batriocéfalo<sup>34</sup> napolitano. Completan la serie uno deformado de Solivia (deformación circular o *dressée*), uno Malabar y un Botocudo. A ellos se suma otra serie de 24 cráneos de monos antropomorfos de los cuales 9 eran chimpancés, 6 gorilas y 9 orangutanes divididos según las edades en 7 antropoides infantiles, 8 juveniles, 6 adultos y 3 maduros.

La procedencia de las bóvedas craneales da cuenta de los vínculos y espacios académicos por los que Imbelloni transitó du-

---

31 Cada uno de estos nombres representan un punto distinto en el cráneo. El Prostion es el punto situado en el centro del maxilar, justo por encima de los incisivos centrales. El Basion es el punto medio del borde anterior del foramen occipital (el foramen es el nombre del orificio mayor situado en la parte pósteroinferior) y el Sinfision es la intersección de la sutura coronal con la sutura esfeno-parietal.

32 Cráneo cuya forma es poco elevada, ancha y gruesa o rechoncha.

33 Cráneo cuya forma es delgada, elevada, esbelta y espigada.

34 Las denominaciones: escafocefalo, ultrabraqui y oxicéfalo se deben a distintas formas de ensanchamientos o alargamientos de los huesos del cráneo producidos de manera prematura en el momento del cierre u sutura final (sinostosis).

rante los primeros años de trayectoria académica. Todo el material humano, los 25 cráneos italianos adultos y la serie de control pertenecían al Instituto de Antropología de la Real Universidad de Padua. La otra serie de monos antropoides, con una excepción, formaban parte del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires. Las instancias experimentales de esta tesis fueron iniciadas en Padua en julio de 1918, y finalizadas en Buenos Aires en mayo de 1921, gracias a la colaboración de Carlos Ameghino. Imbelloni destacó haber podido alcanzar las series que en América no se encontraban, sobre todo la adulta y la colección de niños y fetos de Padua.

Con respecto a los factores del sexo de las piezas estudiadas, Imbelloni aclaró que no le prestó atención, al menos en esta tesis, a las cuestiones particulares expresadas en el dimorfismo sexual debido a que el carácter de sus indagaciones tendió al problema mecánico y estático del cráneo en general. Prefirió demostrar una faceta de trabajo experimental y un proceso crítico de las interpretaciones ya expresadas por otros en la literatura antropológica, postergando para un nuevo trabajo toda tentativa de síntesis. Su aporte consistió entonces en mostrar el manejo de las recomendaciones esgrimidas para las mediciones. Así, cuando analizó los cráneos infantiles tuvo en cuenta observaciones que sobre la técnica diagráfica “tiene expuestas mi honorable maestro, el profesor E. E. Tedeschi” (Imbelloni, 1923: 46). En su tesis no sólo nombraba a Enrico Tedeschi, jefe del Instituto de Antropología de la Universidad de Padua, sino también y reiteradamente a Carlos Ameghino y a Alfredo J. Torcelli, “a quienes principalmente debo esta edición” (op. cit).

Un trato particular merece el uso de las leyes de la craneo-trigonometría que Imbelloni utilizó, generando una serie de correlaciones y abriendo el camino a indagaciones para construir un corpus de conocimientos acerca de las formas y variaciones craneales humanas. Algunas de esas leyes a que refirió Imbelloni fueron las de *Losange de Klaatsch*. El doctor anatomista y antropólogo alemán Hermann Klaatsch (1863-1916), estudioso entre otras cuestiones de los análisis dactilares, propuso que el estudio de la grafía craneana debe centrarse en una especie de “rombo” (*losange*) trazado por un diagrama de cuatro líneas rectas. Los puntos que deben unirse para formar el *losange* son: el nasion con el bregma, este con el lambda, el lambda con el basion y el basion con el nasion. De allí se obtienen cuatro triángulos rectángulos, respectivamente triángulos internos.

Klaatsch proponía que ese *losange* debe ser objeto de comparación y estudio, tanto en lo concerniente al ángulo del centro, como en la longitud respectiva de los lados del rombo. Klaatsch estudió Medicina en Heidelberg y trabajó por un período en el laboratorio del médico patólogo-citólogo y fundador en 1869 de la German Society for Anthropology, Rudolf Virchow (1821-1902). En 1890 comenzó a dictar cursos en Heidelberg y desde aquí prestó atención considerable al problema de la evolución, tomando partido en la discusión sobre el hombre de Neanderthal, los rasgos pre neanderthales y las discusiones sobre el Musteriense. Los debates europeos sobre la naturaleza y antigüedad Neanderthal (Stringer y Gamble, 1996; Trinkaus, 1993 y Stringer, 2002) no estaban tan alejados de las mismas controversias que presentaban las evidencias de los humanos primitivos de Lagoa Santa o de las pampas argentinas. Posteriormente a principios del siglo XX, Klaatsch viajó a Australia y a Java donde investigó a los aborígenes y luego aceptó un puesto en la Universidad de Breslau. Según el antropólogo físico Bruno Oettking, Klaatsch tenía una clara concepción de la evolución humana (Oettking, 1916).

La tendencia evolutiva, los detalles morfológicos y los aspectos descriptivos-métricos de las variedades humanas esgrimidas en las mensuras craneales realizadas por Klaatsch, fueron también prerrogativas prescriptivas en la tesis craneométrica de Imbelloni. Él mismo afirmó haber comprobado la longitud de los lados del *losange*, al igual que otro estudioso germano de las mediciones y deformaciones craneales, Fritz Falkenburger. Pero para Imbelloni la novedad de su propio trabajo fue que en lugar de experimentar en grupos de piezas “exóticas”, eligió tres series normales europeas. Con ellas comprobó el comportamiento de la ley de Klaatsch en los tres estadios de desarrollo (adulto, infantil y fetal). Y lo que más le interesó es que dicha ley lo ayudó a tener indicios de movimiento, premisas de dinámica y mecánica. En definitiva, Imbelloni evidenció el transformismo a través de las leyes matemáticas con las cuales alcanzaba cierto grado de certeza sobre algo tan sólido pero tan polimorfo, controversial y enigmáticamente complejo como es el cráneo humano.

Pero Imbelloni sabía que podía haber errores de cálculo. Al indagar la precisión de los ángulos del *losange*, consideró que gracias a su complejidad los científicos suelen optar por la posición

más cómoda y abstenerse de generar conocimientos “exactos”. Para fundamentar esta advertencia, en una cita al pie de página Imbelloni parafraseaba al filósofo biólogo francés Le Dantec (1869-1917), quien propuso que las verdades matemáticas sufren generalmente una perturbación en su valor absoluto cuando llegan a ser verdades tangibles en el orden físico<sup>35</sup>. La obra de Le Dantec *Éléments de Philosophie biologique* (1907) ponía en sintonía a Imbelloni con principios de asimilación, herencia y variación de los caracteres biológicos. A su vez, Le Dantec sustentaba sus ideas en el transformismo generado por herencia y vinculado a factores externos propuesto por Lamarck<sup>36</sup>. El filósofo Gustavo Caponi (2011) mostró los lazos complementarios entre las ideas de Lamarck y Le Dantec al definir fundamentos en torno a la constitución de las morfologías, o de formas de vida, con las fisiologías o funciones de los organismos vivos.

Es esa compleja constitución entre forma y función la que interesa a Imbelloni en sus estudios craneales. Y el uso de Le Dantec supone al menos un sustrato epistémico de origen “pre-evolucionista”, que cierta historiografía antropológica argentina no podría atribuir a la cristalizada figura de Imbelloni. La utilidad de aquella filosofía biológica hace acertado el análisis de Ricaurte Soler (1979) sobre el materialismo monista, darwinista de tendencia mecanicista que imperó dentro de la constelación positivista argentina de principios del siglo XX, de la que Imbelloni formó parte. Recién a finales de la década de 1930 la propuesta imbelloniana enlazó la sistemática antropológica (física) con las indagaciones teóricas histórico- culturales<sup>37</sup>. Hasta entonces, las prácticas métricas y el intento

---

35 Nota al pie de la tesis de Imbelloni: página 56.

36 Según Curtis, Barnes, Schnek, y Flores (2006) fue Jean Baptiste Lamarck (1744-1829) el primer científico moderno que elaboró un concepto sistemático de la evolución. Consideró a los seres vivos desde el punto de vista de una complejidad en continuo aumento, y a cada especie como derivada de una más primitiva y menos compleja. Interpretó estas evidencias como si las formas más complejas hubiesen surgido de las formas más simples por una suerte de progresión. De acuerdo con su hipótesis, esta progresión –o evolución, para usar el término moderno– depende de dos fuerzas principales. La primera es la “herencia de los caracteres adquiridos”. Los órganos en los animales se hacen más fuertes o más débiles, más o menos importantes, por su uso o su desuso, y estos cambios, de acuerdo con la propuesta de Lamarck, se transmiten de los padres a la progenie. Su ejemplo más famoso fue la evolución de la jirafa.

37 En *Fuequidos y Laguidos*, del año 1937, Imbelloni marcó el cruzamiento de la taxonomía humana con la historia racial de la humanidad propuesta por Egon Eickstedt.



de descifrar relaciones complejas expuestas en las formas y en las mecánicas de las deformaciones craneales, estarán sustentadas en ideas de diversidad y variabilidad.

Fue esa misma concepción de diversidad observada en el mundo natural, la que le permitió a Imbelloni marcar la posibilidad de divergencias frente a lo establecido nomotéticamente en el mundo académico. Así, en su tesis, Imbelloni señalaba que la ley de Klatsch del *losange* o rombo craneal ha sido confirmada satisfactoriamente en los adultos, pero no en los infantes. Más aún, esperaba que los cráneos fetales dieran un valor todavía más divergente de lo que proponía la ley. Esas divergencias para con las leyes<sup>38</sup> y sus experiencias personales fueron presentadas en la tesis a modo de novedad científica. Imbelloni pudo afirmar que con los índices numéricos que había encontrado podían conseguirse elementos nuevos para entender la morfogénesis del cráneo del hombre en los primates, y la de éstos entre los mamíferos. Frente al uso de las leyes, Imbelloni advertía que no todas pueden emplearse para la resolución de un mismo problema, ya que algunas se abocan a cuestiones de conocimiento del desarrollo ontogénico, otras al de la estática, otras al de la filogenia, etc. Con el uso de algunas leyes, Imbelloni prosiguió en el estudio de los planos de orientación y equilibrio facial. Sobre esta última cuestión, por cierto muy compleja debido a las controversias que presentaban los estudios de frenología<sup>39</sup>, Imbelloni propuso la utilidad del sistema geométrico. A su entender, con las mediciones podrían comprobarse las variaciones o apariciones de los “elementos extraños”. Pero éste no era el problema central de su tesis. Sin embargo, al tratar la cuestión del equilibrio facial, observamos un elemento más de relación con el transformismo larmarckiano.

Imbelloni eligió medir el centro del círculo circunscripto al triángulo facial para poder determinar las propiedades singulares que le permitieran analizar el proceso ontogénico en el desarrollo de la cara humana. Propuso que el estudio del desarrollo facial permite también determinar analíticamente la pro-

---

38 Otras leyes utilizadas en la tesis fueron: la Ley del ángulo craneofacial de Falkenburger, la Ley de Tedeschi sobre el radio de la curva cupular y la Ley de Thompson y Randall-Maciver.

39 Teoría muy difundida a fines del siglo XIX y principios del siglo XX que afirmaba que el carácter y la personalidad junto a las tendencias criminales se sustentan en la forma del cráneo, cabeza y facciones.

porción exacta de la cara en relación a las coordenadas del cráneo. Para ello hizo gráficos cartesianos proyectivos sobre los ejes “x” e “y” (ordenada y abscisa) que le sirvieron como evidencia para mostrar la variación y transformación de los movimientos faciales experimentados por los seres humanos luego de la vida extrauterina. Es allí donde Imbelloni encontró la naturaleza del fenómeno biomecánico. Los cambios experimentados en la cara eran evidencias del movimiento transformista dentro de la naturaleza. La regularidad y la constancia de los gráficos le sirvieron a Imbelloni para formular una “ley de equilibrio facial”. Y aunque buscó en las series de cráneos “polígonos extraños” que comprobaran “objetivamente la rareza de la cara”, nunca mencionó que esto influyera en el carácter del individuo. Una vez más, Imbelloni buscaba apartarse de las opiniones controversiales-moralizantes en torno a su objeto de estudio, muy habituales por entonces (Gould, 1989), pero que sin embargo luego sirvieron para estigmatizarlo en la literatura académica.

Las diferencias de los triángulos y rombos encontrados entre antropoides, de todo tipo: humanos y monos, le sirvieron a Imbelloni para entender procesos ontogenéticos. Este fue el mérito de su tesis, y es a la vez la muestra de su relación con propuestas de tipo evolucionista. Él mismo remarcó la importancia de la comparación entre homínidos de todo tipo, ya que otros especialistas como Klaatsch o Falkenburger tuvieron escasos materiales, y en algunos casos falta de cráneos auténticos. Así, para Imbelloni, los valores obtenidos por estos y por otros investigadores no pudieron generar informaciones completas, ni continuas, ni significativas en cuestiones morfológicas y filogenéticas. Por eso les agradecía nuevamente a Carlos Ameghino y al Museo de Historia Natural de Buenos Aires por generar la oportunidad, al parecer casi única, de medir y graficar triángulos craneales tanto de monos como de humanos.

En suma, esta tesis tiene más relación con ideas y actores provenientes del ámbito evolucionista que con los de la órbita difusionista germana con la que posteriormente se lo ligó de manera cristalizada.

#### **4. Reflexiones finales**

Hemos indagado algunos de los relatos históricos de la antropología argentina que dieron un carácter configurativo estático a la figura de Imbelloni. Se hace necesario cuestionar los mecanismos que determinan la configuración de las imágenes históricas proyectadas sobre ciertos antropólogos, sus producciones, sus ideas y trayectorias. Tal vez el solo hecho de haber estudiado cráneos en un cierto período histórico y de haber utilizado formas matemáticas, pudo solapar algunas ideas sobre otras, y determinar lecturas unidireccionales sobre la tarea antropológica realizada por Imbelloni.

Los gráficos, cálculos y demostraciones matemáticas expuestos en su tesis tuvieron como objetivo defender y fortalecer la Antropología Física. Según Imbelloni, aquella disciplina atravesaba por entonces un momento de “crisis” debido a innegables errores metodológicos. Para autores como Alberto Marcellino (1985) esa crisis derivó a principios del siglo XX por el avance de la Ciencias Sociales. Los errores metodológicos que Imbelloni observó, no sólo desacreditaron a la Antropología Física, sino que también desestimaron las indagaciones étnicas, morfológicas, paleontológicas y filogenéticas. Además, como vimos, sirvieron para denostar a sus trabajos con consideraciones unidireccionales de racismo.

En el momento de presentación de su tesis doctoral, Imbelloni encontró una práctica disciplinar polarizada en dos corrientes principales que se contendían sobre un campo. A su entender la lucha estuvo dada por las dos escuelas opuestas, la de los “carpinteros de huesos” y la de los “morfólogos”. Ante este panorama Imbelloni prefirió intentar nuevas direcciones y explorar otras posibilidades de complementación. Entonces Imbelloni no quitó mérito a las escuelas craneométricas, sino que resaltó la naturaleza modélica de las acciones prácticas realizadas sobre los cráneos. Es en ese afán de mayor y mejor reconstrucción de las piezas encontradas, donde las leyes de la craneotrigonometría adquieren una utilidad incuestionable, ya que con los gráficos y las mediciones junto a la marcación de puntos de referencia se puede, según Imbelloni, recobrar las formas de cráneos incompletos. En esta acción rescató a Falkenburger, quien fue para Imbelloni el sistematizador en procedimientos de reconstrucción. La acción reconstructiva tenía, para el ítalo-argentino, un beneficio relevante pues ayudaba a determinar lazos filogenéticos comparativos entre el ser humano y otros primates, avalando así ideas de neto corte evolucionista:

“Hay una objeción, en el orden de la filosofía natural, que no debe callarse por amor a la tesis: nos está prohibido postular a priori que la morfología exacta de los cráneos contemporáneos pueda ser empleada sin más en la reconstrucción de piezas diluviales humanas, y aún menos en las de primates que se califican como tipos de transición. Hay, pues, que explorar cuáles son los caracteres peculiares a esas formas ancestrales, y demostrar a posteriori si existen leyes constantes que se verifiquen en ellos, y cuáles de las que enumeramos para el hombre actual pueden ser empleadas en la reconstrucción de sus perfiles. Es preciso, además, conseguir el conocimiento de la morfología craneana de los primates, y especialmente de los monos antropomorfos, para establecer sobre bases sólidas la antropología comparativa” (Imbelloni, 1923:93-94).

El carácter defensivo y la naturaleza refrendaria sobre el método lo acercaron a cuestiones epistémicas de fondo propias del evolucionismo de corte transformista. Imbelloni pensó que algunos autores han concebido la cráneotrigonometría tan sólo como un medio descriptivo para considerar la inmutabilidad de las formas. Sin embargo, para él, este método lo llevó a entender la progresión de las formas a través del tiempo y el movimiento expresado en correlaciones mecánicas. Esta idea la manifestó explícitamente y en primera persona: “Yo justifico aquí la preocupación dinámica que me ha guiado en mi trabajo, porque entiendo que la geometría craneana puede proporcionarnos el conocimiento del mecanismo de transformación” (Imbelloni, 1923: 94).

En estas cuestiones de carácter transformista, cierta historiografía antropológica no ha reparado. Y a instancias de producir conocimientos sobre los mecanismos de desarrollo evolutivo humano, ese transformismo era determinante para Imbelloni. Eduardo Garbulsky expresó: “Es que los determinismos en Imbelloni no son simples” (Garbulsky, 1987: 9). Efectivamente, no fueron taxativos los determinismos en las interpretaciones que Imbelloni realizó en los momentos iniciales de su trayectoria académica. Con su tesis doctoral la antropología argentina demostró continuidad en torno a las temáticas generadas desde Ameghino. Pero esto tampoco impli-

ca una total adherencia al evolucionismo. El transformismo fue una variante interpretativa en momentos en que las ideas darwinianas fueron revisadas y reutilizadas dentro del positivismo argentino de principios del siglo XX.

La tesis de José Imbelloni no sólo fue su carta de presentación académica; fue también una de sus primeras contribuciones a la *Osteología Cultural*. Esta propuesta abrió un universo de futuros trabajos que lo colocarían, años más tarde, como uno de los mayores referentes mundiales en la cuestión (Comas, 1975). El estudio de las deformaciones craneales o alteraciones suturales intencionales de la sinostosis, realizadas por diferentes grupos americanos, fue un eje central en sus futuras investigaciones. En esas modificaciones craneales se inscribirían datos para una larga discusión que atraviesa la historia toda de la Antropología: la relación compleja entre la Naturaleza y la Cultura (Ingold, 1990).



## Bibliografía

ARENAS, PATRICIA y ELVIRA BAFFI, (1991-92) “José Imbelloni: una lectura crítica”, en *Revista Runa*, XX, Buenos Aires, UBA, pp. 167-176.

ARENAS, PATRICIA, (2011) *Etnografía de la Antropología, Espacio, Tiempo y los otros en la Escuela Histórico-Cultural en la periferia del mundo: Argentina, 1926-1958*, Tesis de Doctorado, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

BARNARD, ALAN, (2004) *History and theory in Anthropology*, Cambridge, University of Edinburgh.

BARTOLOMÉ, LEOPOLDO, (1982) “Panorama y perspectivas de la antropología social en la Argentina”, en *Revista Desarrollo Económico*, N° 22, Buenos Aires, Instituto de Desarrollo Económico y Social, pp. 400-420.

BONTE, PIERRE y MICHEL IZARD, (2005) *Diccionario Akal de etnología y antropología*. Madrid, Akal.

BOSCHÍN, MARÍA TERESA y ANA MARÍA LLAMAZARES, (1986) “La escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico en la Arqueología Argentina”, en *Etnia*, N° 32, pp. 101-151.

BOTAFOGO GONÇALVES, JOSÉ, (2003) “Alianza estratégica entre el Brasil y la Argentina antecedentes, estado actual y perspectivas”, en *Integración de Ideas*, Tucumán, IDELA/Universidad Nacional de Tucumán, pp. 2-24.

BOURDIEU, PIERRE, (1997) *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Anagrama.

BORRERO, LUIS y LAURA MIOTTI, (2007) “La tercera esfinge india: la edad del poblamiento de Argentina”, en *Revista Relaciones*, XXXII, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 55-74.

BUNGE, MARIO, (2001) *Crisis y reconstrucción de la Filosofía*, Madrid, Gedisa.

CAPONI, GUSTAVO, (2011) *La segunda agenda darwiniana. Contribución preliminar a la historia del programa adaptacionista*, México, Centro de estudios filosóficos, políticos y sociales Vicente Lombardo Toledano.

CARNESE, FRANCISCO; JOSÉ COCILOVO y ALICIA GOICOECHEA, (1991-1992) “Análisis histórico y estado actual de la Antropología Biológica en la Argentina”, en *Revista Runa*, XX, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, pp. 35-67.

CARNESE, FRANCISCO y HÉCTOR PUCCIARELLI, (2007) “Investigaciones antropológicas en Argentina, desde la década de 1930 hasta la actualidad”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXII, Buenos Aires, pp. 243-280.

CARNESE, FRANCISCO, (2011) “Los aportes de la bioantropología al conocimiento de la variabilidad biológica de los sudamerindios. Descripción y análisis”, en *Antípoda, Revista de Antropología y Arqueología*, 13, Bogotá, Colombia, pp. 29-54.

CARRIZO, SERGIO, (2000) *José Imbelloni (1885-1967): entre la Antropología y la Historia. Un aporte para la construcción de la Historiografía antropológica Argentina*, Tesis de Licenciatura, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

COMAS CAMPS, JUAN, (1975) “Necrológica: José Imbelloni (1885-1967)”, en *Anales de Antropología del Instituto de Investigaciones Históricas*, VII, México.

CURTIS, HELENA; SUE BARNES; ADRIANA SCHNEK y GRACIELA FLORES, (2000) *Biología*, 6º Edición, Buenos Aires, Panamericana.



Devoto, Fernando, (1996) “De nuevo el acontecimiento: Roque Sáenz Peña. La reforma electoral y el momento político de 1912”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentino y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 14, Buenos Aires, UBA, pp. 93-113.

FARRO, MÁXIMO, (2011) “Colecciones de cráneos, fotografías y manuscritos en el desarrollo de la antropología física y de la etnografía lingüística en la Argentina a fines del siglo XIX”, en Lopes, María y Heizer, Alda, *Coleccionismos, prácticas de campo e representações*, Campina Grande, EDUEPB, Ciência y Sociedade collection, pp. 93-104.

FERNÁNDEZ, JORGE, (1979) *Historia de la Arqueología Argentina*, Mendoza, Anales de Arqueología y Etnología.

FÍGOLI, LEONARDO, (1990) *A ciencia sob olhar etnográfico. Estudo da Antropologia Argentina*, Tesis doctoral, Brasilia, Universidade de Brasilia.

FÍGOLI, LEONARDO, (2005) “Origen y desarrollo de la antropología en la Argentina: de la Organización Nacional hasta mediados del siglo XXI”, en *Anuario de Estudios en Antropología Social*, N° 1, CAS-IDES, pp. 71-82.

GARBULSKY, EDUARDO, (1987) “José Imbelloni: Positivismo, Organicismo y racismo”, en *Cuadernos de la Escuela Antropológica*, N° 3, Rosario, pp. 1-23.

GIL, GASTÓN JULIÁN, (2009) *Teoría e Historia del pensamiento antropológico. Una Introducción*, Mar del Plata, Estanislao Balder.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1985) “Cincuenta años de Arqueología del NOA 1930 - 1980. Apuntes de casi un testigo y lago de protagonista”, *American Antiquity*, N° 50, pp. 507-517.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1991-92) “A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para una Historia de la Antropología Argentina”, en *Revista Runa*, XX, Buenos Aires, pp. 91-110.

GOULD, STEPHEN, (1989) *La falsa medida del hombre*, Buenos Aires, Hyspamerica.

GUBER, ROSANA, (2009) “Política nacional, institucionalidad es-

tatal y hegemonía socio-antropológica en las periodizaciones de la antropología argentina”, en *Cuadernos del Instituto de Desarrollo Económico y Social*, N° 16, Buenos Aires.

HARRIS, MARVIN, (1979) *El desarrollo de la teoría antropológica*, Madrid, Siglo XXI.

HERRERA FRITOT, RODOLFO, (1964) *Craneotrigonometría. Tratado práctico de geometría craneana*, La Habana, Departamento de Antropología, Comisión Nacional Academia de Ciencias.

IMBELLONI, JOSÉ, (1923) “Introducción a nuevos estudios de cráneo trigonometría”, en *Anales del Museo Nacional de Historia Natural*, N° 31, Buenos Aires, pp. 31-94.

IMBELLONI, JOSÉ, (1926) *La Esfinge Indiana. Antiguos y nuevos aspectos del problema de los orígenes americanos*, Buenos Aires, El Ateneo.

IMBELLONI, JOSÉ, (1931) “Introducción al estudio de las civilizaciones según el método Histórico-Cultural”, en *Revista Solar*, N° I, Buenos Aires, pp. 123-152.

IMBELLONI, JOSÉ, (1933) □Los pueblos deformadores de los Andes. La deformación intencional de la cabeza como arte y como elemento diagnóstico de las culturas□, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia*, XXXVII, Buenos Aires, pp. 209-254.

IMBELLONI, JOSÉ, (1936) *Epítome de Culturología*, Buenos Aires, Editorial Nova, Colección Humanior.

IMBELLONI, JOSÉ, (1937) “Fuéguidos y Láguidos. Posición actual de la raza paleo-americana de Lagoa Santa□”, en *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia*, N° 39, Buenos Aires, pp. 79-103.

IMBELLONI, JOSÉ, (1955) *La Segunda Esfinge Indiana*, Buenos Aires, Librería Hachette.

INGOLD, TIM, (1990) “Sociedad, naturaleza y el concepto de tecnología”, en *Archaeological Review from Cambridge*, 9(1):5-17. Traducción Andrés Laguens, editorial Mimeo.

LARSEN, CLARK, (2010) *A Companion to Biological Anthropology*, Gran Bretaña, Wiley-Blackwell.

LE DANTEC, FELIX, (1907) *Elements de Philosophie biologique. Ghargé de cours à la Sorbonne*, Paris, Felix Alcan Editeur.

LIPPHARDT, VERONIKA (2012) “Isolates and Crosses in Human Population Genetics, or: A Contextualization of German Race Science”, en *Current Anthropology*, 53:69-82, Chicago, The University of Chicago Press.

LOPES, MARIA MARGARET, (2008) “Cenas de tempos profundos: ossos, viagens, memórias nas culturas da natureza no Brasil”, en *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 15(3):615-634. Rio de Janeiro.

LUCO, SUSANA, (2009) *De prehistoriadores a arqueólogos. Una etnografía del cambio de paradigma en la práctica académica de la arqueología patagónica. UBA (1975-1983)*, Tesis de Maestría, Buenos Aires, IDES/ IDAES-Universidad de San Martín.

MADRAZO, GUILLERMO, (1985) “Determinantes y orientaciones de la antropología argentina”, en *Boletín del Instituto Interdisciplinario Tilcara*, N° 1, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 13-56.

MALES, BRANIMIRO, (1954) “José Imbelloni”, en *Revista Humanitas*, N° 2, Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán, pp. 375-382.

MANNHEIM, KARL, (1963) *Ensayos sobre sociología y psicología social*, México, Fondo de Cultura Económica.

MANNHEIM, KARL, (1987) *Ideología y Utopía. Una introducción a la Sociología del Conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica.

MARCELLINO, ALBERTO, (1985) “Antropología Física”, en *Evolución de las Ciencias en la República Argentina. 1872-1972*, tomo X, Buenos Aires, Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA), Sociedad Científica Argentina, pp. 105-151.

MARTÍNEZ SOLER, BENIGNO, (1945) “Bibliografía de José Im-

belloni. Clasificada y compilada”, en *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, VIII, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 100-117.

MARTÍNEZ SOLER, BENIGNO y MERCEDES VIDAL FRAITS, (1967) “Bibliografía de José Imbelloni. 1921- 1960”, en *Anales de la Universidad del Salvador*, N° 2, Buenos Aires, Universidad del Salvador, pp. 223-241.

MERCIER, PAUL, (1974) *Historia de la Antropología*, Barcelona, Editorial Península.

NASTRI, JAVIER, (2004) “La arqueología argentina y la primacía del objeto”, en Politis, Gustavo y Pereti, Roberto (comps.) *Teoría Arqueológica en América del Sur*, Editorial INCUAPA, Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, pp. 213- 223.

OETTEKING, BRUNO, (1916) “Hermann Klaatsch”, *American Anthropologist*, 18:422-425, American Anthropological Association.

OLIVERA, DANIEL, (1994) “A corazón abierto: reflexiones de un arqueólogo en el NOA”, en *Rumitacama*, Catamarca, Dirección de Antropología de Catamarca, pp. 1-7.

PERAZZI, PABLO, (2003) *Hermenéutica de la Barbarie: una historia de la antropología en Buenos Aires: 1935-1966*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

PODGORNY, IRINA y GUSTAVO POLITIS, (2000) “It is not all roses here: Ales Hrdlicka’s travelog and his visit to Buenos Aires in 1910”, en *Nova Revista de História da Arte e Arqueologia*, N° 3, Sao Paulo, Brasil, pp. 95-106.

PODGORNY, IRINA, (2005) “La derrota del genio cráneos y cerebros en la filogenia argentina”, en *Saber y tiempo*, N° 20, Buenos Aires, Asociación Biblioteca José Babini, pp. 63-106.

RATIER, HUGO, (2010) “La Antropología Social argentina: su desarrollo”, en *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, VIII, Buenos Aires, Colegio de Graduados en Antropología, pp. 17-46.

RICAURTE SOLER, BATISTA, (1979) *El positivismo argentino*,

México, UNAM.

SCHICK, FREDERIC, (2000) *Hacer elecciones. Una reconstrucción de la teoría de la decisión*, Barcelona, Gedisa.

SCHOBINGER, JUAN, (1961) “75<sup>o</sup> Aniversario del Dr. José Imbelloni”, en *Anales de Arqueología y Etnología*, tomo XVI, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, pp. 273-276.

STRINGER, CHRIS, (2002) “New perspectives on the Neanderthals”, en *Evolutionary Anthropology*, 11(1):58-59.

STRINGER, CHRIS y CLIVE GAMBLE, (1996) *En busca de los Neanderthales*, Barcelona, Crítica.

TRINKAUS, ERIK y PAT SHIPMAN, (1993) *The Neanderthales. Changing the Image of Mankind*, Nueva York, Knopf.



## 2. **Lecturas, interpretaciones y usos de la Escuela Histórico-Cultural en la producción arqueológica y etnográfica de Fernando Márquez Miranda**

*Germán Soprano*<sup>40</sup>

### **Introducción**

Fernando Márquez Miranda (1897-1961) fue en su tiempo un destacado antropólogo argentino que desarrolló una extensa y diversificada producción especializada en temas de “arqueología” y “etnografía” de poblaciones indígenas. Tuvo una influyente –aunque discontinuada– inserción institucional en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, así como en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y en el Instituto del Museo y Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata<sup>41</sup>. En estas dos últimas unidades académicas llegó a ser decano

---

40 En la escritura de este texto me he beneficiado con las ideas de mis compañeros del PICT Redes 1728/2006, especialmente de las precisas sugerencias de Belén Hirose, Gastón Gil y Rosana Guber. También estoy agradecido por las recomendaciones documentales y observaciones críticas efectuadas por Roxana Boixados, Silvina Smietniansky, Alejandra Ramos y Cristian González. Desde ya, ninguno de ellos es responsable por los eventuales defectos de este artículo.

41 Los términos “arqueología”, “etnografía”, “escuela histórico-cultural” han sido entrecomillados, pues nos proponemos comprenderlos de acuerdo con los sentidos y usos contextuales que Fernando Márquez Miranda y, eventualmente, otros antropólogos les atribuyeron en la época.

en 1945 y entre 1955 y 1958, respectivamente. Su pública adscripción a las ideas del movimiento reformista universitario le valieron la exoneración de sus cargos entre 1946 y 1955; pero posteriormente determinaron su consagración político-institucional como decano interventor de la Facultad de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de La Plata en tiempos de la “Revolución Libertadora”<sup>42</sup>.

Sus posicionamientos teóricos en el campo de la antropología han sido asociados con la denominada “escuela histórico-cultural”, una corriente intelectual sumamente arraigada y reconocida por los antropólogos en la Argentina de los años 1920 a 1970. Entre las décadas de 1930 y 1950, sus aportes al conocimiento de las culturas aborígenes sudamericanas se centraron, principalmente, en las poblaciones prehispánicas y del período de la conquista en el Noroeste argentino. Pero su obra también es expresiva de su interés por inscribirse y participar en debates de la arqueología europea sobre el espacio cultural mediterráneo, así como por los estudios antropológicos sobre diferentes regiones del mundo. Fue un comentarista constante de las antropologías norteamericana, británica y francesa, de Argentina y de otros países latinoamericanos, siendo testimonio de ello sus persistentes esfuerzos por elaborar reseñas para diversas revistas especializadas y la prensa gráfica.

No obstante, a pesar de sus productivas y difundidas intervenciones en debates antropológicos de alcance nacional e internacional, la legitimidad académica, política e institucional que gozó en esas tres décadas se vio crecientemente devaluada –cuando no olvidada– desde su muerte en 1961. Por un lado, los cambios político-institucionales y teórico-metodológicos que acompañaron el afianzamiento en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires de liderazgos académicos expresivos de otras vertientes histórico-culturales (como la expresada por Oswald Menghin, la perspectiva imbelloniana de Ciro René Lafón o la fenomenología de Marcelo Bórmida) impidieron la consolidación de un linaje ligado a su figura<sup>43</sup>. Y, por otro lado, en la Facultad de Ciencias Naturales

---

42 Nos hemos ocupado de analizar en forma más detallada la trayectoria institucional de Fernando Márquez Miranda en la Universidad Nacional de La Plata, en Soprano (2007 y 2009); su inserción en la Universidad de Buenos Aires ha sido referida por Buchbinder (1997) y Guber (2005).

43 Para un análisis de los cambios teóricos y metodológicos producidos en años 1940-1970 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA por el influjo histórico-cultural



y Museo de la Universidad Nacional de La Plata su obra fue cuestionada por la renovación teórico-metodológica y sustantiva de la antropología de raíz evolucionista norteamericana promovida por Alberto Rex González; o bien su herencia fue actualizada por su discípulo Eduardo Mario Cigliano, desde una concepción y práctica de la arqueología que terminó produciendo una discontinuidad efectiva con quien reconocía como su maestro<sup>44</sup>. Tan notable fue la devaluación ocurrida en el legado intelectual de Márquez Miranda, que en el estudio de citas bibliográficas sobre dos prestigiosas e influyentes revistas antropológicas argentinas efectuado por Mirta Bonnín y Andrés Laguens (1984-1985), sus textos estaban ausentes de la nómina de cualquiera de las categorías correspondientes a artículos publicados entre 1961 y 1982: trabajos teóricos, de síntesis, informe de sitio, estudio técnico, periodización, otras ciencias, antropología, etnohistoria, enfoque ecológico. Un fenómeno que no fue extensivo a su discípulo, Cigliano, cuyos trabajos figuran entre los más citados.

En suma, teniendo en cuenta estos comentarios preliminares, nos proponemos efectuar una revisión de influencias teórico-metodológicas y sustantivas que marcaron las concepciones y producción antropológica de Fernando Márquez Miranda, tomando como referencia algunos trabajos significativos de su obra, especialmente, referidos al estudio de la denominada “cultura diaguita”<sup>45</sup>. Buscaremos responder a las siguientes preguntas: ¿cómo interpretaba el enfoque y metodología “histórico-cultural” de la antropología de Graebner? ¿Qué usos o adecuaciones hizo de aquéllos en sus

---

y la fenomenología, remito a los estudios de Visacovsky, Guber y Gurevich (1997), Guber (2005), Luco (2010) y los artículos reunidos en este libro.

44 Se ha abordado ese período en el caso de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata en Soprano (2010), Bonnín y Soprano (2011) y en el texto de Gastón Gil en este libro.

45 Quisiera reiterar que el objetivo de este trabajo no es ponderar los beneficios o evaluar los defectos sustantivos que la producción antropológica de Márquez Miranda aparejó en el conocimiento de las culturas aborígenes del Noroeste argentino y, en particular, la de los Valles Calchaquíes en el período prehispánico y de la conquista española. Estas cuestiones han sido el objetivo de los aportes de los pioneros estudios críticos de Alberto Rex González y de ulteriores revisiones de arqueólogos y etnohistoriadores. Para una evaluación de síntesis de la influencia de las concepciones histórico-culturales en la arqueología del noroeste argentino y de Márquez Miranda en particular, me he apoyado principalmente en Boschín y Llamazares (1984), González (1990), Politis (1995), Tarragó (2003), Nastri (2004), Rodríguez y Lorandi (2005), Raffino (1987), Coll Moritan (2009).

investigaciones sobre “arqueología” y “etnografía” americana, en especial, del Noroeste argentino? Y ¿qué consecuencias tuvieron esas apropiaciones en sus análisis sustantivos de dichas poblaciones?

Al llegar aquí, quisiera efectuar dos observaciones. En primer lugar, me he servido de la distinción entre antropologías metropolitanas y antropologías periféricas, considerando que dicha conceptualización permite diferenciar entre, por un lado, centros institucionales e intelectuales productores de conocimientos antropológicos dominantes en los debates tenidos como “internacionales” por los grupos académicos. Y, por otro lado, unas periferias que también son activas en la producción de conocimientos, pero posicionándose de modo subordinado, ya sea porque reproducen taxativamente los enfoques, métodos y temas de agenda de los centros metropolitanos, o bien porque se los apropian actualizándolos. Esta distinción entre metrópolis y periferias en modo alguno puede des-historizarse (Cardoso de Oliveira, 2004); por el contrario, su utilidad hermenéutica es contextual, dependiendo de los actores sociales, las instituciones, las formas de circulación de ideas y personas en diferentes períodos y localizaciones, pudiendo dar lugar en ciertas circunstancias a estilos antropológicos nacionales y a la emergencia y consolidación de antropologías periféricas de vanguardia. En segundo término, quiero destacar que la referencia y caracterización de la “escuela histórico-cultural” no puede considerarse como un todo indiferenciado; más bien, sus desarrollos intelectuales e institucionales en las antropologías metropolitanas británica, norteamericana, alemana, austríaca e italiana, así como sus configuraciones periféricas, han sido diversos.

En este sentido, varios de los artículos reunidos en este libro han buscado dar cuenta de esa heterogeneidad en la trayectoria antropológica argentina entre las décadas de 1920 y principios de 1970. Un mapa de la antropología de la Argentina de esos años permite demostrar que el influjo de los enfoques “histórico-culturales” excedía con creces las producciones de antropólogos considerados desde hace cuatro décadas en la Argentina como sus cultores canónicos: José Imbelloni y Oswald Menghin. Una revisión empíricamente informada por la lectura y el análisis de las publicaciones de la época, que no pretenda establecer relaciones mecánicas y lineales entre teorías “histórico-culturales” y posicionamientos políticos autoritarios o fascistas, que efectúe un relevamiento institucionalmen-

te diverso y menos porteño-céntrico, que sea sensible a las diferencias existentes al interior de esta corriente antropológica, así como a las alianzas y rivalidades interpersonales, nos ayudaría a reconocer esa corriente intelectual en otros autores<sup>46</sup>.

### **1. Márquez Miranda y su interpretación del programa “histórico-cultural”**

El “evolucionismo” y el “difusionismo” fueron las dos grandes tradiciones intelectuales –cada una con sus variaciones internas–, que orientaron la elaboración de conocimientos antropológicos durante la segunda mitad del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX, universidades y museos de los Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania-Austria fueron sus principales referencias institucionales y de producción académica. A grandes rasgos, el “evolucionismo” sostenía que las sociedades o culturas humanas se habían desarrollado de modo progresivo desde formas más simples o elementales hacia formas más sofisticadas o complejas. En tanto que el “difusionismo” focalizaba su análisis en la determinación de culturas que desarrollaban invenciones independientes o paralelas, o bien en la identificación de centros culturales desde los que se difundían invenciones simbólicas o materiales por medio de las migraciones de población, comercio, guerras o conquistas. Asimismo, sostenían que las invenciones culturales de la civilización se diluían conforme se propagaban hacia regiones periféricas o marginales. A su vez, el “evolucionismo” enfatizaba una perspectiva de análisis diacrónico, pues sólo en una secuencia temporal era posible reconocer el movimiento de la evolución progresiva (unilineal y/o multilineal) de las sociedades o culturas. En tanto que el “difusionismo” articulaba sincronía y diacronía, ya que en un mismo corte temporal podía delimitar centros y periferias en la difusión de la

---

46 En este sentido, Ana Teresa Martínez, Constanza Taboada y Alejandro Auat (2003) analizan las duras críticas formuladas a Ducan y Emilio Wagner en la *Semana Antropológica* de 1939 (luego publicadas en la revista *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo II, 1940) por diferentes antropólogos consagrados, demostrando que el sustrato teórico sobre las cuales se construían sus interpretaciones acerca de la denominada “civilización chaco-santiagueña” no fue objeto de crítica, pues las concepciones “histórico-culturales” sobre la difusión cultural eran constitutivas de los consensos intelectuales establecidos entre los arqueólogos de la época.

cultura y, luego, abocarse a construir una secuencia temporal donde determinaba que las invenciones más antiguas se correspondían necesariamente con un centro de creación original. Por esta última razón, el “difusionismo” también fue conocido con la denominación de enfoque “histórico-cultural”.

El “difusionismo” o la “escuela histórico-cultural” de raíz pangermánica tuvo su desarrollo institucional entre fines del siglo XIX y principios del XX principalmente entre Berlín, Munich y Viena, con autores paradigmáticos como Fritz Graebner, Bernhard Ankermann, Leo Frobenius y Wilhelm Schmidt. Se proponía establecer “complejos culturales” que resultaban de la determinación de “círculos” y “ciclos culturales”<sup>47</sup>. Para Andre Gingrich (2005) ya a comienzos del siglo XX la antropología producida y enseñada en Alemania y Austria se despegó de las concepciones y debates académicos emergentes en la sociología francesa y en las antropologías británica y norteamericana, y desarrolló un vigoroso y original programa intelectual. Así pues, el ascenso de la escuela durkheimniana, del funcionalismo de Bronislaw Malinowski, el estructural-funcionalismo de Alfred Radcliffe Brown y el particularismo de Franz Boas fueron contemporáneos de la consolidación del “difusionismo” o de la “escuela histórico-cultural” en aquellos dos países europeos. Esta afirmación nos permite constatar que esta última corriente antropológica no era por entonces un fenómeno intelectual *demodé*, carente de arraigo institucional e influencia en los debates antropológicos internacionales en academias metropolitanas y periféricas, tal como a menudo se ha sostenido erróneamente cuando se proyecta a la primera mitad del siglo XX la marginalidad y caída en desgracia en que quedó sumida la antropología de raíz germano-vienesas tras la derrota del régimen nazi y de Alemania en la Segunda Guerra Mundial<sup>48</sup>.

---

47 Se denominaba “círculo cultural” a los “centros”, “ámbitos” o “áreas territoriales” desde los cuales se consolidaba y desplegaba una “cultura”; al tiempo que el concepto de “ciclo cultural” daba cuenta del patrimonio material y simbólico relativamente homogéneo o de los rasgos distintivos que definía una cultura a partir de la descripción de su economía, habitación, vestido, adornos y alteraciones corporales, armas, instrumentos, arte, rito, mito y culto (Harris, 1983).

48 Gingrich (2005) destaca además que el predominio “histórico-cultural” hasta el ascenso de los nazis al poder en la década de 1930, coexistió con el desarrollo de otras tres corrientes: una vertiente positivista moderada abocada a la antropología aplicada en las colonias, otra de impronta marxista y una precursora antropología de las mujeres.

La formación y desempeño académicos de Fritz Graebner (1877-1934) estuvieron inicialmente centrados en la historia medieval europea, pero desde su incorporación como curador de las colecciones de Polinesia en el Museo Etnológico de Berlín, se especializó en el estudio de los “círculos culturales” de Oceanía, extendiendo luego sus intereses a escala mundial. Consideraba que el análisis de las semejanzas observables entre elementos individuales de la “cultura” de dos sociedades diferentes o geográficamente distantes (por ejemplo, instrumentos o artefactos de uso en la vida cotidiana) o bien similitudes más amplias de “complejos culturales” (tales como instituciones del parentesco o rituales) manifestaban el desarrollo de la “difusión cultural” en la historia de la humanidad. Su libro *Metodología Etnológica* (originalmente publicado en 1911) fue editado en castellano por la Universidad Nacional de La Plata como parte de una colección denominada Teoría, creada en 1933 por el Presidente de la Universidad, Ricardo Levene. La colección incluía obras de “autores no latinos, sobre ciencia y filosofía contemporáneas”, prologadas por prestigiosos profesores de esa casa de estudios<sup>49</sup>. La traducción del libro estuvo a cargo de otro antropólogo de formación “histórico-cultural”, Salvador Canals Frau, por entonces recientemente llegado de España<sup>50</sup>. En el prólogo, Márquez Miranda

---

49 Hasta 1940 se publicaron en esta colección de la Universidad Nacional de La Plata las siguientes obras (entre paréntesis se indica el autor del prólogo y año de edición): *Filosofía de la sociedad y de la historia* del sociólogo y etnógrafo Alfred Vierkandt (Ricardo Levene, 1934); *Teoría del desarrollo biológico* del biólogo austriaco Ludwig von Bertalanffy (Max Birabén, 1934); *La sociedad primitiva* del antropólogo norteamericano Lewis Morgan (Alfredo Palacios); los textos reunidos en *Fundamentos pedagógicos del siglo XX. La enseñanza pública en Prusia* del pedagogo alemán Otto Boelitz y de Georg Grunwald (Adolfo Korn Villafañe, 1935); *Crisis y reconstrucción de las ciencias exactas* del físico-químico austriaco Herman Mark, el físico austriaco Hans Thirring, matemático austriaco Hans Hahn, el matemático y físico austriaco Georg Nöbeling y el economista polaco fundador de la Escuela de Economía Neoclásica de Viena Carl Menger (Julio R. Castiñeiras, 1936). Esta somera revisión de los autores y títulos publicados en la colección dan acabada cuenta del interés de los editores y prologuistas por el desarrollo científico alemán y austriaco de los años de entreguerras. Esta notable presencia de la germanofilia en la política editorial de la Universidad Nacional de La Plata no puede entenderse como un fenómeno casual ni excepcional; en el período de entreguerras se produjo en América Latina una tenaz disputa política, económica y cultural entre Francia y Alemania, en un escenario donde, además, se producía la creciente influencia de los Estados Unidos y el reflujo de Gran Bretaña.

50 Márquez Miranda también recordaba que el libro de Graebner había sido elogiado por José Imbelloni en su *Epítome de culturología*, Buenos Aires, Humanior, 1936.

proponía dar cuenta de seis cuestiones que juzgaba relevantes en relación con este libro de Graebner:

1) La productividad interpretativa que resultaba de la intersección entre el análisis histórico y el etnográfico en el estudio de las culturas.  
2) La consistencia teórica y metodológica del enfoque “histórico-cultural”.

3) La necesidad de situar o actualizar las premisas metodológicas de Graebner sobre la determinación de la autenticidad de los vestigios materiales y la localización temporal-espacial (considerando el estudio de las propiedades físicas de esos vestigios, el establecimiento de sus lugares de procedencia y la circulación y técnicas implicadas en su producción) a los contextos sudamericanos. Para ello, entendía que era imprescindible servirse de investigaciones de antropólogos argentinos (como Félix Outes, Juan Bautista Ambrosetti, Luis María Torres, Eduardo Casanova, Antonio Serrano, Milcíades A. Vignati, Emilio y Duncan Wagner o él mismo), peruanos (Rafael Larco Hoyle y Edmundo Escomel) y europeos (Eric Boman, Max Uhle, Roberto Lehmann-Nitsche, Alfred Mettraux, Arthur Posnansky, Samuel Kirkland Lothrop, Louis Baudin, Erland Nordenskjöld, S. Linné, Luis Pericot).

4) La importancia de la utilización de “crónicas” y “relaciones” del período de la conquista para comprender las culturas originarias de América, pero aplicándoles los procedimientos de “crítica externa” y “crítica interna” propios de la historiografía, esto es, sometiéndolas, por un lado, a un análisis de sus condiciones de producción y circulación histórica y, por otro, efectuando un estudio de su construcción textual con vistas a constatar (en términos positivistas) la veracidad o falsedad de sus argumentos<sup>51</sup>.

---

51 En una reseña Márquez Miranda definía con precisión qué entendía por las nociones de crítica interna y externa de fuentes. “¿Cómo alcanzar el difícil dominio de un tema histórico? Los técnicos de la historia ciencia lo saben. Primero es necesaria la reunión exhaustiva de todos los elementos que hacen al tema, de todas las fuentes, directas o indirectas, que sobre él ilustran. Esa recopilación intensa y laboriosa y no exenta de dificultades se llama heurística. Enseguida es necesario depurar ese material, sometiéndolo a la investigación crítica. La depuración se logra realizando sucesivamente dos tipos de crítica de fuentes: la externa y la interna. La primera se refiere a asegurarnos que las características externas del monumento, numisma o documento, que constituye la fuente a utilizarse, está ajustada a lo que puede esperarse legítimamente de ellos [...] Enseguida debemos someter la misma fuente examinada a una segunda criba, que es la de la crítica interna. Cuando comenzó a difundirse, en la Antigüedad Clásica, la idea de que debían emplearse documentos para la confección de las historias, uno de los errores

5) El carácter “interpretativo” de la indagación arqueológica sobre artefactos, construcciones, petroglifos y pictografías. Sobre este punto Márquez Miranda se manifestaba crítico del modo “superficial” con que Graebner sostenía en su libro que la utilidad de un objeto arqueológico era “fácilmente perceptible” considerando sus propiedades o cualidades exteriores<sup>52</sup>. Por el contrario, para el antropólogo argentino en la materialidad de los objetos no había nada culturalmente evidente; de allí que la “cultura material” debía ser pasible de “interpretación”.

6) La definición de “áreas culturales” y de procesos de “aculturación” en el conocimiento de los “pueblos primitivos” de América del Sur y, en particular, los del Noroeste argentino. Sostenía que estos últimos presentaban casos de “diversos préstamos culturales” y “articulaciones” como aquellas que “típicamente” se producen “entre pueblos de cultura superior cuando tomaban contacto con los vecinos menos cultos”<sup>53</sup>.

En relación con este último punto, quisiera introducir un comentario crítico de Márquez Miranda a las interpretaciones etnográficas que (incluso invocando la aplicación del “método histórico-cultural”) disolvían la homogeneidad de la “cultura diaguita” en componentes diferenciados. Tal sería la perspectiva de Enrique Palavecino en su estudio sobre “Áreas culturales en el territorio ar-

---

más comunes entre los autores fue el excesivo e inmotivado respeto por todo documento”. Reseña del libro *Historia de la historiografía moderna* de Eduard Fueter, Editorial Nova, Buenos Aires, 1953, publicada en *Ciencia e Investigación*, t. II, enero 1955, p. 34.

52 Como ejemplo de conexiones “superficiales” de “bienes culturales” Márquez Miranda mencionaba críticamente interpretaciones de Emilio y Duncan Wagner sobre las relaciones entre la “civilización chaco-santiagueña”, el denominado “Imperio de las Llanuras” y las civilizaciones egipcia y helénicas antiguas.

53 Tal como –decía– ocurrían los intercambios entre los “omaguacas, diaguitas y chaco-santiaguieños” y la “cultura incásica” (p.XLV). Márquez Miranda señalaba además que: “Desde la religión solar hasta el empleo de los metales, pasando, para los diaguitas, por la imitación perfecta del tipo aríbalo en la cerámica, esas aculturaciones han sido tan numerosas y compactas que han llevado a algunos autores a postular la existencia de un vasallaje o sometimiento en lo político que ninguna otra prueba corrobora. De ahí, pues, las vacilaciones de los arqueólogos frente al problema: para Serrano, por ejemplo, no habría duda de que los incas habían incorporado estos territorios a su Imperio, en tanto que Vignati lo rechaza, entre burlón e indignado” (p. XLV). Otros casos de aculturación mencionados por el autor fueron la “guaranización” producida por los “tupí-guaraní” sobre otras poblaciones vecinas, según los estudios de Alfred Métraux en *La civilisation matérielle des tribus tupi-guarani*. P. Geuthner, Paris, 1928.

gentino” en 1932. Según Márquez Miranda, Palavecino trataba erróneamente de considerar a los “diaguitas”:

“[...] no como una ‘nación’ homogénea sino, por el contrario, como un conjunto mal definido de, al menos, tres grupos culturales diferentes, que han tenido entre sí aculturaciones frecuentes [...] y, aunque reconociendo naturalmente la presencia de diferencias culturales, a veces muy marcadas, entre las tres subzonas culturales, considero que constituyen, sin embargo, un todo etnográfico indisoluble, una ‘nación’, tal como lo entendieron los que –como el jesuita Techo o el grupo de los que entraron en esa antigua Provincia con Rojas y Pérez de Xurita– les vieron en el apogeo de su indómita fiereza” (Márquez Miranda, 1940: XLVII-XLVIII)<sup>54</sup>.

Para Márquez Miranda la diversidad interna del “complejo etnográfico” de la “cultura diaguita” podía comprenderse por el modo dinámico en que se producían “procesos de comunicaciones” o, en un sentido amplio, por cómo se daban formas de “aculturación”. Así pues:

“Graebner escribe poco después: ‘Cuando en el transcurso de la historia de la cultura, una cultura se propaga y se desborda por áreas de cultura originariamente distintas... casi nunca desplaza completamente a las viejas culturas;

---

54 Se refería al trabajo de Enrique Palavecino: “Áreas culturales del territorio argentino”, publicado en las *Actas y Trabajos Científicos del XXV Congreso Internacional de Americanistas I*, Buenos Aires, 1934. pp. 223-234. En una reelaboración ulterior de este trabajo, Palavecino expresaría: “Las tres grandes divisiones propuestas para las culturas aborígenes de Sud América por Ehrenreich, Schmidt y Cooper son aquí aprovechadas para agrupar las culturas de nuestro territorio ya que operamos como representantes de las tres categorías”. *Áreas y capas culturales en el territorio argentino*, Buenos Aires, Imprenta y Casa Coni, 1948. p. 447. Cabe señalar que el concepto de área cultural no sólo remite a las perspectivas “histórico-culturales” de la Escuela de Berlín y Viena, sino a los usos descriptivos que de ella hizo la antropología norteamericana difusionista (Otis Mason y Clark Wissler), el particularismo boasiano (Alfred Kroeber) o la ecología cultural (Julian Steward). Gastón Gil (2010) recuerda las influencias que los “histórico-culturales” tuvieron en antropólogos norteamericanos como Alfred Kroeber y Robert Lowie, así como las intensas actividades académicas desplegadas por Wilhelm Schmidt en Berkeley –de las cuales participó Steward como estudiante–.



ni siquiera la superposición es total, por regla común, no siéndolo sobre todo en el sentido de que todos los elementos de la nueva cultura aparezcan en todas las partes de la zona de dispersión'. Así ocurre con la cultura andina en su avance sobre el noroeste argentino, en donde señala más o menos fuerte y uniformemente su huella, en elementos tan diversos como, por ejemplo, la agricultura en andenes, la domesticidad de la llama y del perro, las casas de piedra del tipo cuadrado, el empleo del kquero, del aríbalo y del palito con asa zoomorfa, el uso de los metales, los instrumentos musicales –y, especialmente, la flauta de Pan– la religión solar, los sacrificios de párvulos, la agrupación en pueblos, etc. conservándose, sin embargo, como *substractum*, elementos culturales que corresponden a las primitivas formas del vivir autóctono” (Márquez Miranda, 1940:XLIX).

Márquez Miranda sostenía que el reconocimiento de “áreas de difusión” y “círculos culturales” en América del Sur –como aquellas identificadas en torno de la difusión de la “cultura andina” y su influencia en el Noroeste argentino– había sido posible gracias a los aportes de los “estudios de arqueología comparada” de Erland Nordenskjöld y sus discípulos de la “Escuela de Gotemburgo”<sup>55</sup>. Aseguraba que:

“La determinación del número de veces en que es necesario hallar un elemento o forma particular, para juzgarle como suficientemente probatorio de su existencia real en un territorio también determinado, es variable y depende, como lo asegura bien Graebner, de un cierto tacto personal. Así, con sólo tres casos documentados –por ejemplo– he podido establecer que el área de difusión de la decoración batracomorfa, que antes se creía exclusivamente diaguita, alcanza en su extensión septentrional hasta la Quebrada de Humahuaca. De la misma manera, la observación de que los restos de las antiguas culturas se encuentran arrinconados en regiones extremas y apartadas y en comarcas de escaso valor económico, encuentra su ratificación sud-

---

55 Márquez Miranda aludía específicamente a la contribución de Erland Nordenskjöld en *Comparative ethnographical studies*, I-IX, Göteborg, 1919-1931.

americana en lo que ocurre con los fueguinos, pueblos que –según Imbelloni– han debido ocupar antes regiones mucho más extensas y abundosas que su limitadísimo y pobre territorio actual. Que ‘la investigación de detalle enlaza a veces áreas separadas y disuelve formaciones complejas’, es cosa que no ofrece dudas a los estudiosos americanos de las ‘ciencias del hombre’. Para el primer caso, tenemos la relación que el estudio del detalle del peinado –ratificado luego por el de la cerámica, el de la forma del cráneo y de la talla individual, etc.– me ha permitido realizar entre los primitivos hopi de Arizona y los diaguitas del noroeste argentino. Para el segundo, recuérdase cómo el estudio de detalle de la pseudos ‘civilización calchaquí’, de Ambrosetti, ha permitido señalar la existencia de varios conglomerados culturales diversos dentro del ámbito geográfico que aquél les asignaba” (Márquez Miranda, 1940:L-LI-LII)<sup>56</sup>.

Para Graebner no sólo la identificación de artefactos culturales permitía establecer “áreas de difusión” y “círculos culturales”. También los “testimonios lingüísticos” constituían referencias útiles. Márquez Miranda consideraba, no obstante, que en el estudio de la dispersión lingüística en América del Sur debían guardarse ciertos reparos, especialmente, al comprender la “guaranización”,

56 Los dos trabajos de Márquez Miranda mencionados en esta cita eran: “El peinado diaguita”. En: *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (citado como “en prensa”). “Breve inventario de las culturas del noroeste argentino”. *Conferencias de intercambio universitario*. Publicaciones de la Universidad Nacional de La Plata, XXI, N°9, La Plata, 1937, pp.4-5. Otras trabajos citados propios citados en este artículo son: “Aborígenes de América del Sur” en *Historia de América*, vol. II, Buenos Aires, 1940, pp. 192-193 y pp. 270-271. “El ‘pucará’ del pie de la cuesta de Colanzulfi”, en *Notas preelminares del Museo de La Plata*, II, Buenos Aires, 1934, pp.267. “La vivienda aborígen en la Provincia de Salta”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, I, Buenos Aires, 1937. “Los Tokis. A propósito de un nuevo toki de la Araucanía”, en *Notas del Museo de La Plata*, IV (Antropología N° 11), Buenos Aires, 1939, pp. 17-45. “La navegación primitiva y las canoas monoxilas (contribución a su estudio)”, en *Revista del Museo de La Plata*, XXX, Buenos Aires, 1931, pp.60-66. “Arqueología de la laguna de Lobos (provincia de Buenos Aires)”, en *Actas y trabajos científicos XXV Congreso Internacional de Americanistas*, II, Buenos Aires, 1934, pp.75-100. “Ampliación del área de dispersión de la cerámica con decoración batracomorfa en el noroeste argentino”, en *Notas preelminares del Museo de La Plata*, II, Buenos Aires, 1934, pp. 281-285. *La antigua provincia de los diaguitas* (citado como “en prensa”). *Los diaguitas. Inventario patrimonial arqueológico y paleoetnográfico* (citado como “en prensa”).

“araucanización” y “quichuización” en tiempos de la conquista, pues en muchos casos se trataba de una difusión idiomática “artificial”, producto *ex post facto* de la evangelización de los misioneros católicos. En este sentido, cabe observar que Márquez Miranda no se apropiaba como un todo del enfoque, métodos y recomendaciones de análisis de esta obra de Graebner. Más bien, destacaba aquellos aspectos que él mismo reconocía coincidentes con sus intereses “arqueológicos” y “etnográficos”. Es por ello que entiendo que esta revisión del Prólogo a “Metodología etnológica” puede servirnos como anticipo al estudio sobre las concepciones y el quehacer antropológico de Márquez Miranda en sus estudios sobre la “cultura diaguita” en el noroeste argentino.

## **2. Etnografía y Arqueología de los Valles Cachaquies: los “Diaguitas”**

Del análisis de estos textos de Márquez Miranda sobre las poblaciones de los Valles Calchaquíes en el Noroeste Argentino, puede determinarse, en primer lugar, que construyó una interpretación de aquellas poblaciones reconociéndoles una homogeneidad socio-cultural que le permitía caracterizarlos como “diaguitas”, es decir, sirviéndose del término con que fueron nominadas en tiempos de la conquista española. A tal efecto, el recurso metodológico a las denominadas “relaciones”, “crónicas” u otros textos escritos por conquistadores, sacerdotes y viajeros de la época, constituyeron un insumo fundamental en sus estudios sobre las culturas de aquella región. El modo en que se servía de aquéllas muestra que no sólo reconocía validez (previa realización de la denominada “crítica interna” y “externa” de documentos) a las interpretaciones sobre las poblaciones efectuadas por los protagonistas de la conquista; también les atribuía una proyección o profundidad temporal que desatendía la historicidad o la comprensión de la evolución y el cambio social en estas culturas precolombinas<sup>57</sup>. Así pues, tendió a buscar una necesaria complementariedad entre el recurso a las informaciones pro-

---

57 Tal como fuera observado por Alberto Rex González en su crítica a las interpretaciones de Márquez Miranda sobre las culturas del Noroeste Argentino. Las diferencias profesionales –en la perspectiva de González– quedaron explicitadas en su artículo: “Observaciones al trabajo de F. M. Miranda y E. M. Cigliano. `Ensayo de una clasificación tipológico-cronológica de la cerámica santamariana” de 1959.

vistas por los registros producidos por los “arqueólogos modernos” y los documentos “históricos” escritos por occidentales contemporáneos a los sucesos de la conquista que alimentaban sus interpretaciones “etnográficas”. A esa singular conjunción la denominó en el “Prólogo” al libro de Graebner “síntesis arqueo-etnográfica”. Veamos cómo los aplicó en estudios sustantivos sobre poblaciones específicas del noroeste argentino.

“La antigua provincia de los diaguitas” es un trabajo de Márquez Miranda publicado en 1936 en el volumen I de la *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, con dirección de Ricardo Levene y dedicado a los “tiempos prehistóricos y protohistóricos”. El plan de la obra incluyó una primera parte destinada al estudio del “hombre prehistórico” en el que se incorporó sólo un artículo del geólogo Joaquín Frenguelli que inscribía la antigüedad del poblamiento en el actual territorio de la Argentina en la serie geológica. La segunda parte –“Los aborígenes prehispánicos e históricos”– comprendía un trabajo de José Imbelloni sobre lenguas aborígenes y otros sobre poblaciones indígenas agrupadas en cinco áreas culturales: “culturas indígenas del Noroeste”<sup>58</sup>, “culturas indígenas del Chaco”<sup>59</sup>, “culturas indígenas del Río de la Plata”<sup>60</sup>, “culturas indígenas de la pampa”<sup>61</sup> y “culturas indígenas de la Patagonia”<sup>62</sup>.

El artículo de Márquez Miranda sobre los diaguitas localizaba a esta población en los valles o quebradas de la actual provincia de Catamarca, sudoeste de Salta, occidente de Tucumán, La Rioja (excepto el sur), oriente de San Juan y la región sudoeste de Santiago del Estero colindante con Catamarca. En tiempos de la conquista esta región era conocida con el nombre de “Gobernación del Tucumán” (con la sola excepción de la zona correspondiente a la provin-

---

58 “La Quebrada de Humahuaca” y “El altiplano andino” (Eduardo Casanova), “La antigua provincia de los Diaguitas” (Márquez Miranda), “Las llanuras de Santiago del Estero” (Emilio y Duncan Wagner) y “La antigua provincia de los comechingones” (Francisco de Aparicio).

59 “Las culturas aborígenes del Chaco” (Enrique Palavecino).

60 “El Paraná y sus tributarios” (Francisco de Aparicio) y “Los tributarios del Río Uruguay” (Antonio Serrano).

61 “Las culturas indígenas de la pampa” (Milcíades Alejo Vignati).

62 “Las culturas indígenas de la Patagonia” (Vignati) y “Culturas indígenas de la Tierra del Fuego” (Imbelloni).

cia de San Juan). Desde el punto de vista “antropológico” (como se denominaba en la época a la antropología física), caracteriza a esta población –sirviéndose de los análisis de Herman Ten Kate, Carlos Bruch y José Imbelloni– como braquicefálica y con amplia difusión de la deformación artificial del cráneo<sup>63</sup>. Las “fuentes documentales” para su estudio las clasificaba en “históricas” y “arqueológicas”. Así pues, en primer término refería a los “documentos históricos”, “documentos directos” o “etnográficos” con descripciones producidas por conquistadores, misioneros y viajeros de los siglos XVI y XVII que tuvieron “un conocimiento directo” sobre los “diaguitas” (por ejemplo, ponderaba al sacerdote jesuita Pedro Lozano que “conoció personalmente el Tucumán y confrontó documentos”). Este tipo de fuente era sometida por Márquez Miranda a una evaluación metodológica de sus afirmaciones y contenidos (la ya mencionada crítica histórica “interna” y “externa”). De la valiosa *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* de Lozano decía:

“Desgraciadamente Lozano –en quien suelen encontrarse contradicciones singulares y moralejas teologales harto tediosas– tiene, para nuestro tema, tres graves defectos: uno, común a todos los escritores de su época, consiste en que trata la conquista dando un enorme y casi exclusivo predominio a los sucesos militares y políticos, y encarándola mucho más desde el punto de vista del relato de lo español y no del indígena. Otro, que ignora la geografía de la región diaguita e incurre por ello en errores frecuentes que han dado pie en escritores posteriores, a más de un juicio aventurado. Por último, que los datos que nos da sobre los diaguitas se encuentran diseminados a lo largo de aquellos

---

63 En relación con las deformaciones craneanas, se mencionaban también las clasificaciones de Fernando Thibon, Juliane Dillenius, Carlos A. Marelli. Citaba a Imbelloni para sostener a modo de síntesis que: “El área Diaguita, por consiguiente, es una zona de deformados erectos y los cráneos de otra forma son ciertamente alóctonos. Este es el significado que debe darse a la frase. ‘deformación calchaquí’, que se encuentra empleada tan a menudo, no siempre con dominio exacto de su significado [...] Imbelloni explica, también, que el número de los circunferenciados, relativamente bajo, se debe, en parte, a que las medidas han sido tomadas directamente de los cráneos, sin tomar en cuenta las momias. Los hallazgos de esta clase, hechos en el área diaguita, se han practicado siempre en zonas periféricas (las pendientes montañosas del oeste y del norte) y representan, según el autor citado, un elemento alófilo” (Márquez Miranda, 1936:126-127).

dos volúmenes, repetidos en alguna ocasión hasta tres veces, en vez de haberlos agrupado en la forma metódica que lo hiciera la *historia* de del Techo que le sirvió, sin embargo, de base” (Márquez Miranda, 1936:128).

En tanto que en relación con la *Historia Provinciae Paraguariae Societatis Jesu* (1673) del padre Nicolás du Toit (cuyo nombre castellanizado era del Techo) destacaba que:

“Aunque naturalmente inclinado a laudarlo con parcialidad la obra de la Compañía, esta fuente es una de las más importantes para nuestro objeto por la forma clara y metódica con que nos ilustra acerca de la etnografía de los diaguitas y, después de los documentos directos de la primera época, es la más segura que poseemos” (Márquez Miranda, 1936:127-128).

Por otro lado, Márquez Miranda se servía de los documentos arqueológicos o registros arqueológicos efectuados en terreno por los arqueólogos y/o reunidos en colecciones de museos como el Etnográfico de Buenos Aires (colección Juan B. Ambrosetti), el de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia (colección Zabaleta), el Museo de La Plata (colecciones de Francisco P. Moreno, Samuel Lafone Quevedo, Carlos Bruch y Muñiz Barreto) y el Museo de la Universidad Nacional de Tucumán (colección de Rodolfo Schreiter).

Empleando en forma complementaria la documentación histórica y arqueológica, Márquez Miranda establecía cuál era el área correspondiente a la “cultura diaguita”. En sus propias palabras: “La determinación de esta región se funda en la lectura de los cronistas coloniales que más directamente han tratado de Tucumán del siglo XVI, Bárzana, del Techo, Lozano y Guevara y de las corroboraciones realizadas por los arqueólogos modernos” como Eric Boman, Herman Ten Kate, Antonio Serrano y Milcíades Alejo Vignati. Dicha complementariedad entre diferentes tipos de fuentes no siempre resultaba solidaria. Por ejemplo, la inclusión del oriente sanjuanino como parte de la “cultura diaguita” la establecía a partir de vestigios arqueológicos como cerámica, viviendas o sepulturas<sup>64</sup>, en tanto

---

64 “En efecto, desde el punto de vista arqueológico, hay una analogía perfecta entre la cultura diaguita y la de los habitantes de la región montañesa de la provincia

que, reconocía, la “crónica” y la “etnografía” definían a aquellas poblaciones como “huarpes”<sup>65</sup>.

El modo en que Márquez Miranda explicaba en el párrafo anterior, a modo de hipótesis, las asimetrías existentes para el caso sanjuanino entre las interpretaciones fundadas en registros “etnográfico” y “arqueológico”, habilita a explorar otro tipo de explicaciones que localicen las culturas estudiadas en una temporalidad precedente a la de las poblaciones referidas por las crónicas de la conquista española. Sin embargo, Márquez Miranda no avanzó en esta vía de indagación ni en este artículo ni en futuros trabajos, vedando así la posibilidad de atender a una de las principales críticas que se formularon a su análisis de los “diaguitas” desde la década de 1950 al presente: incluir bajo esta nominación a una heterogeneidad

---

de San Juan. Las publicaciones de series de objetos de la colección Aguiar y de otras más recientes, recogidas éstas con recaudos más científicos, nos permiten señalar la más estricta vinculación entre ellas y las diaguitas, desde el doble punto de vista de la forma y del decorado. Tanto, que hoy es posible repetir con Boman que ‘no hay una sola pieza que pueda ser considerada como característica de San Juan; se las reencuentra a todas en Salta, Catamarca o La Rioja’. No se detiene allí el parecido. Las ruinas prehispánicas de la Lambería, en Calingasta, son de un carácter muy semejante a las que pululan en la región diaguita. Y, por último, el valor de estas afirmaciones está subrayado por el de la antropología. En su monografía de conjunto sobre el articular, Ten Kate señala con acierto, después de estudiar 119 cráneos diaguitas, que la mayoría de los encontrados en Jachal, en Calingasta y en las inmediaciones de la ciudad de San Juan, procedentes de las sepulturas prehispánicas, ‘se parecen tanto a ciertos cráneos calchaquíes, que hay derecho a preguntarse si no se trata de verdaderos calchaquíes’” (Márquez Miranda, 1936:130).

65 “Esto es lo que se observa leyendo a Ovalle, que escribió ochenta años después de la conquista y que establece con prolijidad las diferencias entre éstos y los araucanos, en punto a talla, pigmentación y lengua. El jesuita Techo nos da una descripción ratificatoria del anterior, hablándonos de esos indios *Cuyoenses*, de piel muy oscura, delgados y altos, que corrían con extrema ligereza y persistencia. Y agrega, en otra oportunidad posterior, que el misionero jesuita Domingo González sabía la *lengua guarpana*. Ovalle señala que los huarpes construían moradas miserables de tierra, sin ningún arte, viviendo al uso troglodita en cuevas semisubterráneas hachas a inmediaciones de las lagunas (se refiere a Huanacache). Techo, también les da la misma vivienda –agregando que tenían ‘tiendas fabricadas con esteras’– e idéntica distribución. Es evidente, pues, que no se trata de quienes identificaron en la Tambería de Calingasta los hermosos edificios de piedras y en cuyas excavaciones se encuentran manifestaciones superiores de la cerámica y aún el arte de fundir el cobre para realizar con él instrumentos diversos. No es el caso insistir, por lo tanto, en la división de los huarpes en *allentiac* (sanjuaninos) y *millcayac* (mendocinos), ni en el problema de sus afinidades o desemejanzas lingüísticas tanto más cuanto que el *allentiac* ha desaparecido totalmente, aún en la toponimia, para ser reemplazado por el *quichua*” (Márquez Miranda, 1936:130-131).

de poblaciones del Noroeste argentino desigualmente distribuidas en el espacio y el tiempo<sup>66</sup>.

El resto del artículo se organizaba a partir del análisis de dos tópicos sustantivos. 1) Patrimonio o vida material: economía, vivienda, vestido, alfarería, objetos de piedra, cestería, tejidos, trabajo en madera y hueso, metalurgia, armas e instrumentos. 2) Vida espiritual: organización social, familia y derecho, religión, artes: decoración, música y danza y juegos y recreaciones. Aquí también su interpretación de estos fenómenos se construía en interlocución con los testimonios de cronistas históricos (Narváez, Lozano, Núñez del Prado, Romero, Monroy, Bárzana, del Techo, Figueroa y Mendoza), los resultados de las investigaciones en diversos sitios arqueológicos del Noroeste argentino efectuados por arqueólogos que consideraba “clásicos” (Boman, Ambrosetti, Quiroga, Bruch, Outes, Ten Kate, Lafone Quevedo, G. Lange y Debenedetti) y otros contemporáneos suyos (Casanova, Vignati, Héctor Greslebin, Odilia Bregante); así como por el estudio de colecciones (como la Zavaleta o las colecciones Lafone Quevedo y Muñiz Barreto –que Márquez Miranda tenía a disposición en el Museo de La Plata–). Los resultados evidenciados en las investigaciones producidas en diferentes sitios arqueológicos lo llevaban a reconocer (apoyándose también en los estudios de otros autores) variaciones culturales locales, tal como destacaba al referirse a las tipologías cerámicas con las denominaciones de “tipos” y “subtipos” de urnas. Sólo en unas pocas ocasiones recurría a la comparación a fin de establecer similitudes o diferencias con otras culturas prehispánicas americanas. El artículo, por último, incluía fotografías de sitios, cartas arqueológicas y mapas, dibujos de piezas de las colecciones Muñiz Barreto y Lafone Quevedo.

---

66 Otro caso de diferencias existentes entre la información provista por los “documentos históricos” y los “documentos arqueológicos” estaba referido al uso que hacían los cronistas del período de la conquista del término “calchaquíes” como un sinónimo de “diaguitas”. Márquez Miranda señalaba que desde la publicación de *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du désert de Atacama* (1908) ese solapamiento de los términos ha sido objeto de crítica y, más recientemente, también lo había consignado Antonio Serrano al referir a las “tribus y parcialidades diaguitas que conocemos a través de las crónicas de la conquista” como los “calchaquíes, quílnes, amaychás, anguinahaos, casmichangos, upingaschas, anchapas, famatinas, abancanes, hualfines, andalgalás, pquilines, colpes, colalao, tucumenes, tocpos, vocabiles, tafis” (Márquez Miranda, 1936:132).



En su libro *Los Diaguitas y la Guerra*, publicado en 1943 como volumen de los Anales del Instituto de Etnografía Americana de la Universidad Nacional de Cuyo, Márquez Miranda afirmaba que la “extraordinaria aptitud para la guerra y su indomable fiereza” era una “característica fundamental” atribuida por los “cronistas” al “conglomerado etnográfico que denominaron diaguitas”. Sostenía que las “fuentes históricas” del tiempo de la conquista de los Valles Calchaquíes recogían testimonios sobre sucesos anteriores a la llegada de los españoles que demostraban que los “diaguitas” se “opusieron, por dos veces, al avance de los ejército del Inca sobre los territorios de su ‘nación’ en épocas plenamente prehispánicas”<sup>67</sup>. Esa común “característica guerrera” había coexistido con fuertes disputas internas entre las “tribus diaguitas”. Sirviéndose de “pruebas documentales” escritas por los sacerdotes Pedro Lozano, Nicolás del Techo, Julián de Cortázar, los gobernadores Lucas de Figueroa y Mendoza, Alonso Mercado y Villacorta, Felipe de Albornoz, y de otros testimonios extraídos de la compilación de *Documentos del Archivo de Indias para la Historia del Tucumán* publicada por A. Larrouy en 1927, Márquez Miranda daba cuenta de las denominadas “técnicas guerreras” diaguitas. Y aquí, una vez más, advertía sobre la necesidad de revisar metodológicamente las “crónicas” o “relaciones” producidas por conquistadores y misioneros, a fin de despejar las “costumbres puramente diaguitas” de otros fenómenos expresivos del influjo introducido por la “aculturación blanca”. Consideraba también que las investigaciones arqueológicas de las primeras décadas del siglo XX habían contribuido a definir “características” de los “diaguitas”, como en la identificación de los rasgos específicos de la “arquitectura militar” de los “pucará diaguitas” observados por los estudios en terreno efectuados por Ten Kate, Bruch, Quiroga, Lange, Lafone Quevedo, Boman, Ambrosetti y Ardisone. En el aná-

---

67 No deberíamos pasar por alto que Márquez Miranda escribió *Los Diaguitas y la Guerra* durante la Segunda Guerra Mundial. En consecuencia, observamos que algunas preocupaciones contemporáneas adquirieron relevancia en su análisis de los “diaguitas” y las “guerras” en el siglo XVII, como su caracterización mediante el recurso del concepto de “guerra total”, es decir, una en la que “no hubo distinción marcada entre combatientes y no combatientes y en que los niños, mujeres y ancianos, sufrieron por igual con los guerreros el acecho enemigo” (Márquez Miranda, 1943:4). “Otro aspecto de la guerra total fue que, de uno y otro lado, se acusó un interés de destruir las fuentes de producción económica: quemado de sementeras y robo de ganado la jalonan” (Márquez Miranda, 1943:57).

lisis de las armas de guerra de los diaguitas incorporaba, además, los aportes de estudios arqueológicos de Debenedetti y Vignati<sup>68</sup>. En suma, en *Los Diaguitas y la Guerra* el recurso a las fuentes “etnográficas” del período de la conquista y las pruebas “arqueológicas” contemporáneas, permitían a Márquez Miranda confirmar su hipótesis de la unidad cultural de la “nación diaguita”.

Unos años después, en 1946, Márquez Miranda publicaba en la *Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie)*, Sección Antropología, tomo III, “Los Diaguitas. Inventario Patrimonial Arqueológico y Paleo-etnográfico”. En esta oportunidad hacía un balance sobre el artículo “de síntesis, despojado de toda posibilidad de discutir problemas y considerar matices por la inexcusable tiranía del espacio, sin más indicaciones bibliográficas que una asaz somera lista final” realizado para la Academia Nacional de Historia. Y, al mismo tiempo, destacaba los aportes de este nuevo trabajo diciendo que esperaba ahora: “Repensar los problemas, visitar el terreno, acuciar la búsqueda bibliográfica, observar las contradicciones de los autores entre sí, de los autores con los hechos nuevos o mal interpretados”. Este nuevo texto –según afirmaba– constituía una actualización de dos trabajos previos: la exposición inédita que presentó en 1936 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid para optar por el título de Doctor en la especialidad Historia y otra concretada en 1938 en ocasión del concurso para el cargo de profesor titular de la cátedra de Arqueología y Etnografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires<sup>69</sup>. En el prólogo escrito en septiembre de 1944 decía:

“[...] es una reelaboración del tema y una puesta al día del caudal bibliográfico, que cada vez crece, y tiene una razón de ser que es la de servir de necesaria introducción al estudio de los muy copiosos materiales que constituyen el núcleo principal de la gran colección arqueológica inédita que reunión en vida don Benjamín Muñiz Barreto y que tengo a estudio desde tiempo atrás. He creído necesario, antes de publicar los resultados de esa investigación que vengo

---

68 El artículo incluía fotografías de diferentes sitios arqueológicos y también piezas atribuidas a los “diaguitas” que integraban el acervo del Museo de La Plata.

69 Márquez Miranda decía que el estallido de la Guerra Civil el mismo año de la defensa de su tesis (1936) impidió sustanciar su publicación en España.

practicando –y que comprenderá una serie de monografías– establecer cuál es el estado actual de lo que sabemos acerca de los diaguitas” (Márquez Miranda, 1946:6).

Se proponía abordar el problema de las “subzonas en que puede dividirse el mundo diaguita”. Sobre esta vital cuestión, adoptaba un punto de vista que había defendido previamente: se trataba, pues, de comprender esa diversidad de “formas culturales” como “divisiones internas” de una “unidad cultural” que no era “perfecta”.

[...] hasta el presente, los límites geográficos de lo que denomino subzonas no están precisados totalmente en el terreno, ni mucho menos, y las manifestaciones culturales, iguales o afines, cabalgan sobre los límites territoriales supuestos, sin que se alcance, todavía, la precisión indispensable para una separación cabal. Finalmente, lo he hecho así porque el examen minucioso de las fuentes escritas me ha permitido asegurarme de que, para el blanco conquistador, diaguitas fueron todos los aborígenes que poblaron ese amplio territorio, pese a los nombres regionales o locales que poseían las diferentes tribus. Por encima de la retahíla de nombres tribales, el gentilicio diaguita se mantiene inalterable y vivaz. Celebro publicar este trabajo en momentos en que el problema diaguita está tan sobre el tapete, como lo prueba el proyecto de dedicarle las próximas *Semanas de la Sociedad Argentina de Antropología*. Que esta monografía sea considerada como una tentativa de colaboración en tal proyecto son los deseos del autor de la misma” (Márquez Miranda, 1946:6-7).

Aquí también destacaba con elocuencia la validez interpretativa de las “fuentes etnográficas” y los cronistas del período de la conquista en la definición de la unidad cultural “diaguita”:

“Cronistas españoles, entre los cuales se suelen encontrar los maestros más altos en materias de descripción etnográfica, sabían distinguir muy bien las diferencias esenciales que es menester establecer entre los miembros de uno y otro agregado social. Esta eficacia en la percepción de los

matices diferenciales y de las huellas más profundas del corte racial, que los fragmentaban dentro del Continente, se traduce también en su vocabulario. A cada gran región etnográfica que alcanzaban, en medio de penalidades diversas y a veces muy intensas, ellos denominaban ‘provincia’, así como llamaban ‘nación’ a los indígenas que allí se encontraban. En la mayor parte de los casos –y fuera de algunas pequeñas diferencias que la erudición moderna ha corregido– estos límites se manifiestan como muy exactos, con lo que nuestros estudios actuales encuentran a cada paso motivos de ratificación de los diceres de aquellos antiguos descriptores [...] Ellos han designado con el nombre de ‘provincia de los diaguitas’ al territorio ocupado por diversas de las actuales provincias argentinas, o por parte de ellas, por lo cual, según el estado actual de nuestros conocimientos sobre esta materia, debemos entender como territorio perteneciente a los indígenas que serán el objeto de esta monografía, el suroeste de Salta, la provincia de Catamarca, los valles del oeste de Tucumán, el norte y centro de La Rioja, la zona montañosa de San Juan (en una extensión que actualmente se discute) y la región de Santiago del Estero colindante con Catamarca. En el curso de este trabajo he de tratar de precisar más precisamente aquellos límites, por producirse, en algunos puntos, zonas de aculturación con las ‘naciones’ vecinas” (Márquez Miranda, 1946:7-8).

Y daba los fundamentos de la inscripción espacial de los “diaguitas”:

“La determinación de esta región se funda en la lectura de los cronistas coloniales que más directamente han tratado del Tucumán del siglo XVI, Bárzana, del Techo, Lozano y Guevara y de las corroboraciones realizadas por los arqueólogos modernos. La inclusión del oriente sanjuanino se debe al testimonio de Ovalle y a los muy cortos datos de los estudiosos actuales, según ha de verse. Por otra parte, y como ocurre en el estudio de todo conglomerado histórico, los límites de su expansión no son estáticos y es por ello que ciertas áreas indivisas –verdaderas *no man’s lands*

protohistóricas— son indispensables. Además (sostiene con Antonio Serrano) ‘es necesario hacer notar que a la llegada de los españoles esta región tendía a ensancharse hacia el Chaco por un lado, hacia el norte por la Quebrada del Toro y hacia los llanos de La Rioja y Santiago del Estero por otros’ ” (Márquez Miranda, 1946:53-54).

El trabajo se organizaba conformando la siguiente secuencia de tópicos: 1) Introducción geográfico-geológica al mundo diaguita. 2) Raza, lengua y fuentes para el conocimiento de la cultura diaguita. 3) La antigua Provincia de los Diaguitas. 4) El patrimonio (vida material). 5) Técnica. 6) Vida espiritual (organización social, familia y derecho; guerra y técnica guerrera; religión; artes). 7) Vinculaciones con otras culturas. Por su contenido, interlocutores antropológicos y referencia a fuentes etnográficas y arqueológicas, el texto no difería significativamente del precedente. Pero aún así nos interesa destacar algunas innovaciones. Por un lado, incorporaba aportes de análisis geográficos producidos por Romualdo Ardissonne, Pierre Denis, Rafael Cano, Juan José Nágera, Federico Daus, Gualterio Davis y Héctor Ceppi, a la comprensión del espacio regional en la que se inscribió la “cultura diaguita”. Por otro lado, desarrollaba con más detalle sus diferencias con las interpretaciones de otros antropólogos clásicos y contemporáneos respecto de la definición y localización “diaguita”. Particularmente, mencionaba contradicciones en la obra de Boman cuando en diferentes trabajos optaba por incluir o excluir el sur de la actual provincia de La Rioja como parte de la “provincia diaguita”, o bien cuando establecía su expansión hasta el norte en la frontera con la denominada cultura de los “atacamas” en la meseta homónima<sup>70</sup>. Respecto a esta cuestión de la delimitación de la frontera norte, manifestaba también sus reservas frente a las hipótesis de Francisco P. Moreno, Ten Kate y Vignati<sup>71</sup>. Asimismo,

---

70 “Boman, partidario decidido de la ‘tesis quichuista’, cree que las relaciones entre ambos pueblos (diaguitas y atacamas) fueron establecidas por los Incas, lo que implicaría una desvinculación entre ellos hasta una fecha muy próxima a la de la conquista hispánica. Nada de lo poco que conocemos hasta ahora, autoriza, sin embargo, a sostener tal afirmación” (Márquez Miranda, 1946:54).

71 “La delimitación de esta área, en su parte septentrional, difícil ya para el propio Boman en punto al límite entre diaguitas y atacamas, ha de verse facilitada, quizás, por una oportuna revalorización de las constancias documentales y arqueológica como la intentada por Vignati para obtener la inclusión de los chichas, entre los pueblos

se posicionaba críticamente en relación con las explicaciones que planteaban relaciones demasiado estrechas entre la “cultura diaguita” y la denominada “civilización chaco-santiagueña”<sup>72</sup>. Y, por último, señalaba coincidencias con los estudios de Salvador Canals Frau, Salvador Debenedetti, Alfred Métraux, Ten Kate, Serrano y Vignati que testimoniaban la presencia “diaguita” en localidades de la provincia de San Juan, aun cuando su constatación fehaciente – decía – requería profundizarse dado que “el problema no parece, todavía, resuelto en forma que concilie todas las opiniones, basadas en circunstancias arqueológicas, etnográficas, lingüísticas y de examen de fuentes, que no siempre aparecen sin contradicciones” (Márquez Miranda, 1946:58). Al respecto, observaba en polémica con Canals Frau:

“Hace algún tiempo, en extensa comunicación, presentada en el curso del año 1938 en la Sociedad Argentina de Antropología, el señor Canals Frau ha intentado negar que toda el área acordada generalmente por los arqueólogos, al influjo diaguita, dentro de la provincia de San Juan, haya sido efectivamente ocupada por ellos. En su

---

aborígenes integrantes del noroeste argentino y para denunciar lo que él cree el verdadero territorio de los atacamas” (Márquez, Miranda 1946:54). El texto de Milcíades A. Vignati citado era: “Los elementos étnicos del noroeste argentino”, *Notas Preliminares del Museo de La Plata*, I, 1931. pp.115-157.

72 “Un asunto particularmente interesante hoy, es el que se refiere al establecimiento, es el que se refiere al establecimiento de diaguitas en Santiago del Estero. El padre Bárzana les consideraba como pobladores de una parte de ese territorio, lo cual tiene importancia en conexión con los datos suministrados por los descubrimientos arqueológicos de la llamada ‘civilización chaco-santiagueña’ que tanta semejanza tiene, en más de un aspecto, como veremos luego, con la cerámica del noroeste argentino. Y no olvidemos que para Serrano, esta supuesta ‘civilización’ sólo tiene carácter de facie dentro del complejo diaguita, hecho que, a mi entender, parece exagerar la importancia reconocida a las vinculaciones existentes entre los diaguitas y chaco-santiagueños. Por razones de proximidad geográfica y de contacto, los Diaguitas fueron, entre los andinos, los que más influencia tuvieron en la formación de esa cultura, que no puede ser considerada, sin embargo, como una nueva sub-zona de aquellos (como lo serían Santa María, Barreales y Angualasto, en la clasificación sugerida por Palavecino), sino una ‘provincia’ separada y con personalidad etnográfica propia, de la manera que lo son los Omaguacas con respecto a los Diaguitas” (Márquez Miranda, 1946:57). Los trabajos mencionados en este pasaje eran: Antonio Serrano, *La etnografía antigua de Santiago del Estero y la llamada civilización chaco-santiagueña* (1938); Fernando Márquez Miranda, “Exégesis”, *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, II (1940).

opinión, tales indígenas habrían poseído únicamente la fracción montañosa más septentrional, cuyo límite, hacia el sur, estaría constituido por el río Jachal. El resto del territorio de la provincia, montañoso o llano, pertenecería a los huarpes. El texto publicado por el Museo Etnográfico de Buenos Aires, ha sido citado ya varias veces en el desarrollo de este trabajo. Esta comunicación, pese al plausible esfuerzo que significa, en cuanto al intento de coordinación de datos provenientes de disciplinas diversas –particularmente lingüística y toponimia– que el señor Canals Frau ha pretendido combinar, fue objetado, desde el punto de vista de la arqueología, por algunos de los especialistas presentes en dicha sesión, comenzando por el autor de estas líneas. Desgraciadamente el reducido número de piezas arqueológicas sanjuaninas de cuya procedencia se está seguro es muy breve y faltan, casi totalmente, estudios sistemáticos del terreno. Trabajos de esta índole, en un futuro próximo, podrán dilucidar, según lo esperamos, la cuestión. Para coadyuvar a su solución, el autor de la presente monografía ha realizado dos viajes a la provincia de San Juan, en los años 1939 y 1940. Los resultados de tales viajes no han sido aún publicados, aunque algunos de los materiales arqueológicos obtenidos se hallan en exhibición o en depósito en el Museo de La Plata” (Márquez Miranda, 1946:62).

Consideraba además que no estaba suficientemente probada la existencia de “diaguitas” en Córdoba, como sugería Antonio Serrano en un artículo de 1945; mostrándose más bien partidario del punto de vista de Francisco de Aparicio, para quien los comechingones “representan una etapa cultural extremadamente rudimentaria, hasta la cual no ha llegado la serie de influencias septentrionales que dio margen y razón al desenvolvimiento cultural a que llegaron otros pueblos del noroeste” (Márquez Miranda, 1946:282)<sup>73</sup>. A modo de conclusión en este nuevo trabajo sostenía:

---

73 Antonio Serrano, (1945) “El problema étnico de Córdoba”, en *Ciencia e Investigación*, año 1, n°1, pp. 6-12. Francisco de Aparicio, (1936) “Antigua Provincia de los Comechingones”, en Ricardo Levene, *Historia de la Nación Argentina*, vol.1, Buenos Aires.

“[...] es posible advertir que el mundo diaguita ha estado rodeado de poblaciones de culturas dispares que, en mayor o menor grado, han hecho sentir su influencia cultural dentro de su ámbito. El problema de discriminar el origen, antigüedad y fuerza penetrante de estas influencias, es por demás difícil [...] Los estudios más modernos de arqueología americana tienden a considerar a la serie de agregados humanos sometidos a su estudio no como elementos estáticos, aparecidos como normas sociales y con grados de desenvolvimiento de la cultura material y espiritual, de una vez y para siempre, sino como formas en continuo devenir y evolución constante, de acuerdo con una serie de estímulos, ya propios, ya ajenos, que inciden sobre sus diversas manifestaciones culturales para provocar formas de vida social nuevas. Contemplado desde este unto de vista novedoso el campo de los diaguitas, podemos apreciar que la visión del investigador se ensancha con una serie de posibilidades nuevas y que, a la visión estática de los antiguos autores le sucede una visión dinámica que anhela llegar al establecimiento de etapas culturales o de capas de cultura superpuestas en el orden del tiempo, con perduración parcial de las normas esenciales de cada una de ellas al producirse el enriquecimiento de las formas culturales con el advenimiento de las influencias externas” (Márquez Miranda, 1946:281).

En este sentido, Márquez Miranda presentaba hipótesis que permitirían explorar esas “etapas o capas de la cultura” en las que se inscribiría la “cultura diaguita”. Retomaba así ideas aportadas por de Aparicio, para quien “la arqueología de comechingones y diaguitas demostraría que ambos pueblos tienen en común los elementos más simples propios de una cultura andina”<sup>74</sup>. En consecuencia, afirmaba que:

“Las manifestaciones culturales de estos comechingones, sería, pues, el espejo en el que habría de mirarse la situación de los diaguitas en la primera etapa de su desenvol-

---

74 Recordemos que los “comechingones” eran localizados en la región serrana de Córdoba y San Luis.



vimiento cultural. Acaso esta situación inicial correspondiera a una gran capa cultural de civilización, sumamente primitiva, que habría llegado, en épocas muy remotas, hasta la región de Córdoba y de la cual sólo allí, se mantuvo o se encuentra testimonio arqueológico” (Márquez Miranda, 1946:282).

En su opinión, las influencias de la cultura andina del “Tiahuanaco” se habrían producido ulteriormente. En función de esta hipótesis, se servía de argumentos anteriormente expuestos por autores con desiguales interpretaciones como Philip Means, Debenedetti, Max Uhle y Boman:

“Dada la mayor antigüedad de esta cultura, la amplitud de su radio de difusión, su superioridad cultural demostrada en muchos detalles de técnica y, particularmente, en la erección de la ciudad misma que le da su nombre, la consecuencia única que puede sacarse de estas afinidades y coincidencias, es la de que la cultura más poderosa ha influido sobre la menos desenvuelta y que los elementos culturales semejantes que anotamos dentro del mundo diaguita, han llegado a él por vía de infiltraciones culturales cuyo punto de partida es Tiahuanaco” (Márquez Miranda, 1946:284-285) <sup>75</sup>.

---

75 Salvador Debenedetti, (1912) “Influencias de la cultura de Tiahuanaco en la región del noroeste argentino. Nota preliminar”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, tomo XVII, N° 11, Buenos Aires, Publicaciones de la Sección Antropológica, Facultad de Filosofía y Letras, UBA; Philip Means, (1915) “An outline of the cultural sequence in the Andean Area”, en *XIX Congreso Internacional de Americanistas*, Washington. Desde el punto de vista de Márquez Miranda, Means consideraba erróneamente que la cultura diaguita era anterior al Tiahuanaco. Por su parte, Debenedetti sostenía que la influencia de Tiahuanaco procedió del Altiplano y no de las “tribus chiriguanas” del Chaco. En cuanto a Max Uhle, se refería a su texto “Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina”, en *XVII Congreso Internacional de Americanistas*, Buenos Aires (1912). Allí, tomando como referencia estudios de Lafone Quevedo sobre sitios en Santa María y Chañar Yaco, Uhle definía el desarrollo de la alfarería del noroeste argentino en tres períodos: 1° de los vasos draconianos; 2° preincaico de los vasos propiamente calchaquíes; 3° incaico. Por último, el trabajo de Eric Boman mencionado era *Los ensayos para establecer una cronología prehispánica en la región diaguita (República Argentina)*, Quito (1923). De acuerdo con Márquez Miranda, Uhle aceptaba influencias del Tiahuanaco sobre la “cultura diaguita”, aunque “sin concederles la fuerza de penetración y papel capital de Debenedetti”.

Y si bien no estaba dispuesto a otorgar una completa influencia de la “cultura incaica” sobre la “diaguita” (como planteó Boman con la hipótesis de una prolongada dominación de la primera sobre la última) concluía que:

“[...] creemos que de todas las influencias que en el orden del tiempo debió de recibir este pueblo, la de los Incas ha sido, sin dudas, la más importante, culturalmente hablando, y la integrada por más distintos y variados elementos. Sin embargo, limitar únicamente a los quichuas esta influencia, creer que antes de ellos no existió –todo lo insignificante que se quisiera– una cultura autóctona, o no aceptar la llegada, en épocas anteriores o contemporáneas de otros elementos de aportaciones culturales de otros pueblos, implicaría simplificar en forma excesiva el panorama de las relaciones culturales del mundo diaguita con los conglomerados humanos de su contorno, cosa que podría llegar por eliminación de factores, a producir una deformación del cuadro de sus relaciones culturales, alejándolo de la realidad. Esta realidad ha sido, sin duda, mucho más rica y más compleja. No sólo ha existido, probablemente, como lo postulamos al comienzo de este capítulo, una cultura elemental autóctona, sino que a las sucesivas aportaciones de las culturas andinas septentrionales, que se escalonan a lo largo del tiempo, debe agregarse las intercomunicaciones de los diaguitas con sus pueblos vecinos del oeste, noroeste y del este” (Márquez Miranda, 1946:289)<sup>76</sup>.

---

76 Márquez Miranda señalaba que la hipótesis sobre la prolongada dominación incaica no explica con suficiencia “si las estrechas vinculaciones que aquí se advierten demuestran únicamente un influjo puramente cultural o revelan, asimismo, un dominio político sobre la zona [...] Para Boman, la magnitud y profundidad de esta influencia no puede extenderse sin la aceptación de una subordinación política de los diaguitas a los Incas. Para otros autores (Francisco de Aparicio), ha habido una situación de vasallaje, estando éste garantido por la existencia de fortalezas incásicas, situadas en lugares estratégicos, que aseguraban la puntual entrega de los tributos y las posibilidades del tránsito por región tan abrupta y accidentada” (Márquez Miranda, 1946:288). Consideraba también que no estaban probadas fehacientemente las influencias trasandinas preincaicas sobre la cultura diaguita, tal lo expuesto por Ambrosetti –aludiendo a la cultura “calchaquí de Chile”– y por Serrano –para quien “el conocimiento de la metalurgia diaguita se habría operado por penetración de las culturas preincásicas de la costa sur del Perú, no

Aún contando con esta hipótesis, reconocía que para establecer una periodización más precisa de la “cultura diaguita” requería todavía de “un conocimiento minucioso y profundo de las características de formas y decorados de vastas series arqueológicas, así como también de las condiciones especiales del hallazgo, vale decir, de las condiciones del terreno” (Márquez Miranda, 1946:286).

Finalmente, mencionemos que en el reconocido *Handbook of South American Indians*, editado por Julian Steward y publicado por la Smithsonian Institution entre 1946 y 1950, los capítulos sobre los “Diaguita de Argentina” y la “Cultura chaco-santiagueña” recayeron en la autoría de Márquez Miranda<sup>77</sup>. Steward convocó a antropólogos de diferentes formaciones teóricas. No obstante, como observa Gastón Gil, en su concepción del proyecto del *Handbook* “sobrevuela implícitamente la distinción analítica entre el núcleo cultural y los rasgos culturales secundarios” (2010:231). Sobre esa empresa intelectual Márquez Miranda sostuvo que Steward había establecido “áreas” culturales a partir de la identificación de comunes “características socio-políticas-religiosas”. De este modo, le re-

---

por vía andina, sino por vía del Pacífico, con trasposición de la Cordillera, en la última faz”– (Márquez Miranda, 1946:287). Y, además, entendía que era necesario explorar aún más las “aculturaciones” procedentes desde el norte por contacto con “omaguacas y atacamas”, según precisara Ambrosetti en su estudio sobre La Paya. “Esto probaría, de acuerdo con la tesis de Boman, la existencia de una serie de avances de los diaguitas hacia el norte, documentados también en los yacimiento del pucará de Tilcara y de otros lugares de la Quebrada de Humahuaca” (Márquez Miranda, 1946:290). Por último, las influencias de culturas del este –“civilización chaco-santiagueña”– (estudiadas por los hermanos Wagner) y del noreste como los “chibchas” (Vignati), “guaraníes” (Boman) y “tupí guaraní” requerían –según Márquez Miranda– de la obtención de nuevos y mayores hallazgos arqueológicos.

77 No nos detendremos en esta oportunidad en el análisis de estos dos textos de Márquez Miranda por limitaciones de espacio. Los capítulos sobre poblaciones del “Gran Chaco” estuvieron a cargo de Alfred Métraux y Juan Belaieff. Las contribuciones al estudio de las poblaciones indígenas de Pampa y Patagonia no fueron realizadas por antropólogos argentinos, como Vignati, con investigaciones sobre ese territorio; aunque las publicaciones de este último sobre “antropología física”, “arqueología” y “etnografía moderna” sobre esta región (y la de Cuyo) fueron mencionadas por los autores de estos capítulos: John Cooper y Gordon Willey. A su vez, otros antropólogos produjeron capítulos relativos a los “huarpe” y a la “expansión de los araucanos” (Salvador Canals Frau), los “charrua” (Antonio Serrano), las “culturas de la Puna y la Quebrada de Humahuaca” (Eduardo Casanova), los “comechingones y sus vecinos de las Sierras de Córdoba” y sobre las culturas del “Río Paraná” (Francisco de Aparicio), “deformaciones cefálicas de los indígenas de la Argentina” (José Imbelloni).

conocía al antropólogo norteamericano haber producido “un método para visualizar mejor el cuadro general de las regiones culturales en esta parte meridional del Continente americano” (Márquez Miranda, 1958:29)<sup>78</sup>.

### **3. Cuestiones de método y técnica en el terreno: los “viajes de exploración arqueológica”**

Los cuatro “viajes de exploración arqueológica” a los departamentos de Iruya y Santa Victoria (provincia de Salta), efectuados por Márquez Miranda entre los años 1934 y 1938, ofrecen un relato personal ajustado de la metodología de trabajo de campo desarrollada en sus salidas al terreno. De acuerdo con su interpretación, estos viajes representaban un esfuerzo por indagar en un “tema arqueológico fundamental: el de las relaciones de las culturas primitivas del noroeste argentino con las de los pueblos autóctonos del Chaco, así como los de esa región tan ignorada arqueológicamente que es el sur de Bolivia”<sup>79</sup>. Comprendía la idea del “viaje de exploración” como un desplazamiento en el espacio hacia regiones remotas de la metrópoli (la ciudad de Buenos Aires o La Plata) donde el antropólogo reside, enseña, investiga en el laboratorio y escribe; un conocimiento de lo desconocido o de lo escasamente conocido de la geografía y las culturas. Y suponía también un proceso de transformación personal del viajero:

“La Quebrada de Humahuaca, con todo su renombre tan legítimamente ganado, es sólo el umbral de una región en las que estas bellezas se repiten y se acrecientan a medida que el viajero se aleja de aquella zona transitada para internarse en lugares a los que el turismo no ha alcanzado [...] Hay que transponerla para penetrar a esa región de ensueño a la que nadie llega. Hay que atreverse a abandonar el ferrocarril –vale decir, la civilización– hay que compromete-

---

78 En *Pueblos y culturas de América*, Buenos Aires, Nova, 1958, se interesó por revisar diversos autores y textos clave de la antropología norteamericana.

79 Para un “estudio más técnicamente arqueológico” sobre viviendas, remitimos a su trabajo: “Arquitectura aborígen en la provincia de Salta”, publicado en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, I, Buenos Aires, 1937, pp. 141-166.

terse a entregarse al destino de un viaje incierto, por veces peligroso, por caminos que no tienen de ello más que el nombre. Hay que olvidarse del mundo, incomunicarse totalmente, prescindir del envío o la recepción de cartas, frecuentar seres mudos, de caras herméticas y gestos tardos. Hay que transportar consigo todo lo indispensable –desde la casa (transformada por vía de eliminación en la somera tienda de campaña)– a la comida –y olvidarse de costumbres tan asentadas en nuestras costumbres diarias como el baño... A cambio de todo ello, se recibe la impresión de uno de esos viajes imborrables. De esos viajes que establecen un jalón en nuestra vida espiritual; que nos sacuden y nos renuevan; que nos lavan de tanta belleza almibarada y subalterna que, en otras regiones, nos sofoca y perturba [...] Allí se esconde la vida humana, abrumada por el poder excesivo de lo terreno. El hombre es ahí una brizna imperceptible, un átomo más junto a miríadas de átomos. Un pequeño accidente, un resbalón de la mula en el franquear frecuente de precipicios de centenares de metros de profundidad, que a veces se prolongan más de lo que la prudencia conceptuara razonable, un mareo provocado por el enrarecimiento del aire o por la pujante reverberación solar, son más que suficientes. El hombre y la tierra volverían a formar una unidad diferenciada. Esta probabilidad, siempre permanente, comunica a este viaje emocional cierta discreta vibración patética. El hombre, dominando el sentimiento, se siente más hombre todavía, porque sabe que sólo de sí mismo puede lograr ayuda. Y esta plena satisfacción de sentirse vivir plenamente no es uno de los menores placeres de este viaje inolvidable” (Márquez Miranda, 1939:93 y ss.).

También invocaría esta definición en otras publicaciones, por ejemplo, cuando evocaba épicamente en su libro *Siete arqueólogos. Siete culturas*, dedicado al estudio biográfico de arqueólogos europeos y recordaba que:

“[...] quizá tenga algún interés para el lector saber que este relato de siete vidas de arqueólogos ha sido escrito

por quien también es arqueólogo profesional, es decir, por quien sabe lo que es sufrir privaciones, hambres y fatigas y hasta exponer la vida en los azares de duras campañas en el terreno [...] Ser arqueólogo no es cosa fácil ni baladí [...] son necesarias un cúmulo de condiciones, tanto mentales como morales y físicas, que disminuyen de manera automática el número de especialistas auténticos [...] Todo arqueólogo auténtico es un salvador de vidas, un rescataador de existencias devoradas por el tiempo, de culturas sumidas en el olvido” (Márquez Miranda, 1959:23-24-25)<sup>80</sup>.

Su relato, además, daba cuenta de observaciones relativas a diversos elementos de lo que arriba hemos denominado –siguiendo su propia terminología– como la “cultura material”, tales como descripciones de tipos de vivienda, cultivos, instrumental de labranza y vestimenta de los pobladores actuales de la región. Recogía tiestos, restos de vasijas y material lítico en superficie. También vasijas y piezas de metal que esperaba transportar en las mulas, esperando engrosar el patrimonio del Museo de La Plata:

“He efectuado una visita a dicho lugar, que -por la gran cantidad de ‘tiestos’ de cerámica que se hallan en la superficie del terreno –ha correspondido, en épocas primitivas, ha uno de los tantos lugares de habitación de los autóctonos pobladores. Continuando la inspección, me fue dable encontrar numerosos trozos de asa y fondos o asientos de vasos. La mayor parte de estas asas eran toscas, sin decoración ninguna, verticales u horizontales. En esta breve visita hice acopio de una serie de dichos fragmentos o ‘tiestos’ como allí se les llama, pero no pude disponer la realización de excavaciones por estar sembrados estos campos en oportunidad de mi visita y porque, de haberlo intentado hubiese sido necesario indemnizar a los arrenderos de los prejuicios que se le ocasionaran. Mi bolsa no estaba suficientemente provista como para ello. Más aún, no creo que lo hubiesen consentido por una suma razonable. Sin

---

80 Los siete arqueólogos estudiados en ese voluminoso libro eran: Boucher de Perthes, Émile Cartailhac, Adolf Schulten, Flinders Petrie, Jacques de Morgan, Heinrich Schliemann y Arthur Evans.

embargo, no dudo, por los motivos expuestos, que trabajos de excavación en este lugar darían proficuos resultados” (Márquez Miranda, 1939:136-137).

En el terreno, Márquez Miranda realizaba excavaciones sin definir un cuadrículado sistemático del sitio, procurando obtener más materiales y restos humanos enterrados, los cuales levantaba con el auxilio de peones contratados en el terreno. Sólo en el cuarto viaje se hizo acompañar por un ayudante de laboratorio, Domingo García, un joven “aprendiz” al que esperaba formar en las tareas en el terreno. Consultaba a los pobladores por la presencia de antiguas construcciones de viviendas, fortalezas, pircas y sepulturas. Y al hallarlas llamaba la atención sobre el contraste entre lo que sería el desarrollo de la cultura material de los antiguos pobladores de la región y la “involución” en la que en su perspectiva están sumidos los actuales:

“Aquellas poblaciones no fueron solamente más numerosas, sino también más cultas que los actuales mestizos, de los que posiblemente no son siquiera ascendientes directos. Con respecto a los primitivos pobladores, los actuales son pueblos involucionados, en estado cultural regresivo. Harto habría que hacer con el mejoramiento de las condiciones de existencia de estos puñados de argentinos nativos, desperdigados en este inmenso y lejano páramo solitario batido por los vientos. Enquistados en las serranías, adheridos a la tierra, modelados por las fuerzas naturales que se ciernen sobre ellos, las noticias del mundo se deforman y se pierden antes de llegarles. Quizá nuevas corrientes de intercambio humano, que en adelante se establezcan, puedan contribuir a devolver a la comunidad de los hombres a estos seres a quienes sofoca la montaña” (Márquez Miranda, 1939:97).

Los relatos de estos viajes permiten reconocer que Márquez Miranda centraba el desarrollo del trabajo de campo recurriendo preferentemente a observaciones de construcciones en superficie y mediante excavaciones producidas en forma a-sistemática –como queda explicitado en los diagramas de los sitios excavados que

acompañan el texto de los “Cuatro Viajes”–, priorizando la búsqueda de piezas arqueológicas y restos humanos que sirvieran en las ulteriores indagaciones de laboratorio y que contribuyeran a engrosar las colecciones del Museo de La Plata:

“He podido hacer llegar, indemne, hasta el Museo de La Plata, uno sólo de ellos. Su tamaño, la debilidad frecuente de sus paredes –derivada ya de la delgadez de las mismas, ya de su resquebrajamiento por la propia presión de la tierra o por las raíces de las plantas espinosas de la región– han impedido que la cosecha arqueológica de este nuevo tipo de cerámica sea, hasta el presente más abundante (fig.22). Por otra parte, su gran tamaño constituye un serio obstáculo para el traslado, que debe realizarse con infinitas precauciones, que quizá no sean apreciadas, de primera intención, por quienes vean aquella enorme vasija exhibida en nuestro Instituto del Museo [...] Igualmente, hay un predominio numérico, en el centenar de piezas recogidas, del material lítico sobre la alfarería. Este está representado, sobre todo, por una innumerable cantidad de hachas y palas planas, de los tipos señalados por Eric Boman en las *Antiquités*, por Eduardo Casanova en sus *Tres ruinas y Titiconte*, y por mí en *El “pucará” del pié de la cuesta de Colanzulí*. Se encuentran, además, buen número de rompecabezas redondos o redondeados, y objetos agrícolas con agujero central para su enmangamiento, morteros y manos de mortero, *conanas*, y otros elementos de ajuar doméstico, cual collares de *guaycas*, grandes y pequeñas. El instrumental metálico está constituido por pequeñas placas pectorales o de adorno, de oro y de plata, lisas, con agujeros de suspensión, tal como algunos elementos de cobre y otros que podrían hacer presuponer un contacto o influencia hispánica, así como algún ejemplar de las conocidas ‘manoplas’ descriptas por Ambrosetti y otros autores” (Márquez Miranda, 1939:136-137).

Tal concepción del trabajo en el terreno no era excepcional, sino expresiva de un modo de practicar la arqueología en la época, un estilo que vendría a transformarse notablemente y renovarse



en la década de 1950 por las concepciones que introducirían en la Argentina dos arqueólogos de desigual inspiración teórica: Oswald Menghin y Alberto Rex González.

Asimismo, esta somera revisión del modo de trabajo en terreno llevado a cabo por Márquez Miranda quedaría incompleta, si no se atendiera al hecho de que sus expediciones también estaban orientadas por hipótesis que construía –como hemos visto más arriba– a partir de la lectura e interpretación de información provista por las “crónicas” o “relaciones” del período de la conquista, esto es, de la llamadas “fuentes etnográficas”. Tal combinación de influencias disciplinares tomadas de la arqueología y la historia encuentra inspiración en la labor de arqueólogos europeos clásicos, como los que abordó en *Siete arqueólogos. Siete culturas*, en los que encontró inspiración teórica y metodológica a lo largo de “más de treinta años de interés por la prehistoria y la arqueología del Viejo Mundo” (Márquez Miranda, 1959:23).

#### **4. Reflexiones finales**

La orientación teórica que obró como presupuesto en la comprensión de Fernando Márquez Miranda sobre las culturas prehispánicas de la región Noroeste de la Argentina y, en particular, en su conocimiento de la “cultura diaguita”, se inscribe en el marco de los enfoques antropológicos “histórico-culturales”. En tanto que los métodos que empleó para obtener resultados sustantivos fueron tributarios de lo que denominó, siguiendo a Fritz Graebner, como “síntesis arqueo-etnográfica”, esto es, la complementariedad entre el trabajo arqueológico en terreno y el análisis de documentos históricos como “crónicas” o “relaciones”.

Este reconocimiento explícito de la influencia de Graebner debe considerarse, sin embargo, teniendo en cuenta dos precisiones adicionales. Por un lado, observando que no se trataba de una pretensión de aplicar en forma estricta el enfoque y método del antropólogo alemán, en la medida en que Márquez Miranda señaló críticas y propuso adecuaciones para el estudio de las poblaciones que él analizaba. Y, por otro, entendiéndolo que esa impronta “histórico-cultural” no excluía el conocimiento y el diálogo con otras corrientes antropológicas significativas en la primera mitad del siglo XX para las investigaciones empíricas y los debates sobre el espacio andino,

en especial, atendiendo a los aportes provistos por los estudios de “áreas culturales” de arqueólogos sudamericanos, europeos y norteamericanos. Más ampliamente, en los artículos reunidos en *Pueblos y culturas de América*, publicado en 1958, Márquez Miranda también revisaba contribuciones de la “etnología norteamericana”, comprendiendo allí a la “escuela evolucionista” de Lewis Morgan, el particularismo de Franz Boas y su herencia intelectual en Alfred Kroeber, Alexander Goldenweiser, Clark Wissler, Robert Lowie, Edward Sapir, Ruth Benedict y Margaret Mead, así como referencias al neo-evolucionismo de Julian Steward y la incidencia de la obra de Robert Redfield en el desarrollo de los “estudios de comunidades” en George Foster, Ralph Beals, Melville Herskovits, Sol Tax, Charles Wagley y Elsie Parsons<sup>81</sup>.

Asimismo, si inscribimos a Márquez Miranda en la antropología producida en la Argentina entre las décadas de 1920 y 1950, puede constatarse –como sostiene Myriam Tarragó (2003)– que los enfoques “histórico-culturales” y las investigaciones empíricas efectuadas en sitios arqueológicos de modo aislado, de forma no relacional y priorizando la obtención de materiales para su ulterior clasificación, su análisis comparado e incorporación a colecciones museológicas, constituyeron rasgos o características distintivas de la antropología concebida y practicada en ese período. En este sentido, Márquez Miranda expresaba unos enfoques y métodos antropológicos más generalizados, cultivados de manera dominante por otros antropólogos en las instituciones universitarias y museos de la época. Además debe destacarse que –al igual que otros colegas de su generación– las renovaciones teóricas y metodológicas ocurridas en la arqueología enseñada y practicada en el país a partir de la década de 1950 –especialmente aquellas que tuvieron a Oswald Menghin (otro “histórico-cultural”) y Alberto Rex González (un “neo-evolucionista”) como referentes– no atrajeron su interés ni tuvieron incidencia o gravitación en sus investigaciones. Y, de igual forma, las transformaciones en los estudios de la etnohistoria andina pro-

---

81 En uno de los artículos de este libro incorporó un capítulo dedicado al “aporte femenino” en los estudios antropológicos, refiriendo a las figuras de Margaret Mead, Ruth Benedict, Elsie C. Parsons y Cora Du Bois; otro sobre el “psicoanálisis y las proyecciones de Rorschach”, y uno sobre “antropología aplicada”, dando cuenta con ello –una vez más– de que seguía con atención el desarrollo de los debates sobre teorías antropológicas y las producciones etnográficas metropolitanas.

ducidas en los años 1940-1950 por los trabajos de John H. Rowe y John Murra, tampoco imprimieron cambios en su concepción sobre la arqueología e historia de esa región, tal como puede constatarse confrontando, por un lado, las referencias a sus interlocutores en textos suyos revisados en el presente artículo; y, por otro, identificando las innovaciones teóricas, metodológicas y sustantivas ocurridas por entonces en ese campo de estudios, de acuerdo con la explicación ofrecida del mismo por Ana María Lorandi y Mercedes del Río (1992) y, más recientemente, por Alejandra Ramos (2011)<sup>82</sup>.

Finalmente, quisiera señalar que como antropólogo “histórico-cultural”, Márquez Miranda no puede ser comprendido por la hipótesis que asocia linealmente esta tradición antropológica con el fascismo, el nazismo y otros autoritarismos políticos de derecha, de acuerdo con su específica aplicación a los casos de otros cultores de este enfoque como José Imbelloni y Oswald Menghin, por citar dos reconocidos referentes intelectuales y líderes institucionales de la Universidad de Buenos Aires entre la década de 1920-1950 y 1950-1970, respectivamente. Claramente, por sus ideas políticas liberales y por su defensa del reformismo universitario, Márquez Miranda no se ajusta a los presupuestos de dicha hipótesis. Ahora bien, dicha constatación empírica no constituye, no obstante, la última reflexión que se propone este artículo. Más bien, quisiera que la misma sea una invitación a explorar –tal como se procuró en estas páginas y en otros trabajos– los beneficios hermenéuticos que depara la suspensión de esa certeza, según la cual, es dado establecer apriorísticamente una relación de necesaria continuidad o de correspondencia taxativa entre ciertas ideas y prácticas políticas y un determinado corpus de teorías y metodologías antropológicas. Si conseguimos, pues, así avanzar en la identificación, análisis situacional y comparado de las trayectorias intelectuales, políticas e institucionales de diversos “histórico-culturales” argentinos, en definitiva, podremos entonces constatar si la figura de Fernando Márquez Miranda ha constituido apenas una excepción a la regla; o bien si es posible ob-

---

82 Ramos (2011) señala que entre la década de 1950 y 1970 la etnohistoria andina fue renovada por la confluencia de tres tradiciones de las antropologías metropolitanas: el historicismo o particularismo de raíz boasiana en John Rowe, el funcionalismo en John Murra y, por último, el estructuralismo de Tom Zuidema. En tanto que Lorandi y del Río (1992) sostienen que el neo-evolucionismo de Julian Steward habría tenido una influencia relativa menor en esos cambios.

tener una pluralidad de nuevos resultados sustantivos que den lugar a una reconsideración del actual presupuesto e hipótesis dominante, se planteen relaciones más diversas o contingentes entre ideas políticas y científicas y, en consecuencia, renovemos las investigaciones sobre historia de la antropología en la Argentina en el siglo XX.

## Bibliografía

BONNÍN, MIRTA y ANDRÉS LAGUENS, (1984-1985) “Acerca de la arqueología argentina de los últimos 20 años a través de las citas bibliográficas en las revistas Relaciones y Anales de Arqueología y Etnología”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, N° XVI, Buenos Aires, 7-25.

BONNÍN, MIRTA y GERMÁN SOPRANO, (2011) “Antropólogos y antropología entre las Universidades Nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, N° XXXVI, Buenos Aires, pp. 37-59.

BOSCHIN, MARÍA TERESA y ANA MARÍA LLAMAZARES, (1984) “La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la arqueología argentina”, *Etnía* N° 32, Olavarría, pp. 101-156.

BUCHBINDER, PABLO, (1997) *Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Eudeba.

CARDOSO DE OLIVEIRA, ROBERTO, (2004) “El movimiento de conceptos en la Antropología”, en Alejandro Grimson, Gustavo Lins Ribeiro y Pablo Semán (comps.), *La antropología brasileña contemporánea. Contribuciones para un diálogo latinoamericano*. Buenos Aires, Associação Brasileira de Antropología-Prometeo, pp. 35-54.

COLL MORITAN, VICTORIA, (2009) “Medio ambiente, espacio y paisaje en el Noroeste Argentino: una mirada a través de la historia”, en *Comechingonia Virtual*, N° 3, Córdoba, 154-174.

GIL, GASTÓN, (2010) “Neoevolucionismo y ecología cultural. La obra de Julián Steward y la renovación de la enseñanza de la antropología en la Argentina”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 225-238.

GINGRICH, ANDRE, (2005) “The German-speaking countries”, en Fredrik Barth et. al., *One Discipline, Four Ways: British, German, French and American Anthropology*, Chicago y Londres, University of Chicago Press, pp. 61-156.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1990) “A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la antropología argentina”, en *Anuario IEHS*, N° 5, Tandil, pp. 1-28.

GUBER, ROSANA, (2005) “Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires”, *Avá. Revista de Antropología*, N°8, Posadas, pp. 26-56.

HARRIS, MARVIN, (1983) *El desarrollo de la teoría antropológica. Historia de las teorías de la cultura*, Madrid, Siglo XXI.

LORANDI, ANA MARÍA y MERCEDES DEL RÍO, (1992) *La etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

LUCO, SUSANA, (2010) *De prehistoriadores a arqueólogos. Una etnografía del cambio de paradigma en la práctica académica de la arqueología antagónica. UBA (1975-1983)*, Tesis de Maestría Antropología Social, Buenos Aires, IDES/IDAES-UNSAM.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1936) “La antigua provincia de los diaguitas”, en Ricardo Levene (dir.), *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, Vol.1, Buenos Aires, El Ateneo, pp. 122-201.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1939) “Cuatro viajes de estudio al más remoto noroeste argentino”, en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), Tomo I, Antropología N°6, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, pp. 93-243.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1940) “Prólogo”, en Fritz Graebner. *Metodología etnológica*, La Plata, Biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, pp. I-LV.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1943) *Los Diaguitas y la Guerra*, Mendoza, Anales del Instituto de Etnografía Americana de la Universidad Nacional de Cuyo.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1946) “Los Diaguitas. Inventario Patrimonial Arqueológico y Paleo-etnográfico”, en *Revista del Museo de La Plata* (Nueva Serie), Tomo III, Antropología, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 5-300.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1958) *Pueblos y culturas de América*, Buenos Aires, Nova.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1959) *Siete arqueólogos. Siete culturas*, Buenos Aires, Hachette.

MARTÍNEZ, ANA TERESA; CONSTANZA TABOADA y ALEJANDRO AUAT, (2003) *Los hermanos Wagner: entre ciencia, mitos y poesía. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero (1920-1940)*, Santiago del Estero, Ediciones Universidad Católica de Santiago del Estero.

NASTRI, JAVIER, (2004) “Aproximaciones al espacio calchaquí”, en *Anales del Museo de Gotemburgo*, Vol. 2003, Gotemburgo, pp. 99-125.

POLITIS, GUSTAVO, (1995) “The socio politics of the development of archaeology in Hispanic South America”, en P. Ucko (ed.) *Theory in Archaeology. A World Perspective*. Londres, Routledge, pp. 197-228.

RAFFINO, RODOLFO, (2007) *Poblaciones indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social precolombino*, Buenos Aires, Emecé.

RAMOS, ALEJANDRA, (2011) *La etnohistoria andina antes de su consolidación. Confluencias disciplinares y propuestas teórico-metodológicas*, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología.

RODRÍGUEZ, LORENA y ANA MARÍA LORANDI, (2005) “Apropiaciones y usos del pasado. Historia y patrimonio en el valle Calchaquí”, en *Bulletin del Institut Français d'Études Andines*, 34(3):431-442, París.

SOPRANO, GERMÁN, (2007) “Continuidad y cambio en los estudios en etnología de poblaciones indígenas contemporáneas y comunidades folk en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de

la Universidad Nacional de La Plata (1930-1976)", en *Anuario de Estudios en Antropología Social*, N° 3, Buenos Aires, pp. 23-52.

SOPRANO, GERMÁN, (2009a) "La antropología física entre la Universidad y el Estado. Análisis de un grupo académico universitario y sus relaciones con las políticas públicas del Instituto Étnico Nacional (1946-1955)", en *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, n° 37, Santa Fe, pp. 63-95.

SOPRANO, GERMÁN (2009b) "Política, instituciones y trayectorias académicas en la universidad argentina. Antropólogos y antropología en la Universidad Nacional de La Plata entre las décadas de 1930 y 1960", en Mónica Marquina, Carlos Mazzola y Germán Soprano (comps.), *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento-Universidad Nacional de San Luis-Prometeo Libros, pp. 111-152.

SOPRANO, GERMÁN, (2010) "La enseñanza de la arqueología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Un análisis sobre el liderazgo académico de Alberto Rex González y Eduardo Mario Cigliano (1958-1977)", en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 171-186.

TARRAGÓ, MYRIAM, (2003) "La arqueología en los Valles Calchaquíes en perspectiva histórica", en *Anales del Museo de Gotemburgo*, Gotemburgo, pp. 13-42.

VISACOVSKY, SERGIO; ROSANA GUBER y ESTELA GUREVICH, (1997) "Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires", en *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, N° 4, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 213-258.



### 3. Sobre un “cambio conservador” en la obra de Marcelo Bórmida

*Rolando Silla*

*Durar es cambiar*  
(Gabriel Tarde)

#### I

El proyecto de la modernidad implicó la creencia en la constitución de dicotomías, objetos y esferas puras del mundo y la vida social que implicaban que unos elementos estuviesen en oposición a otros. También que algunos elementos se pretendan más dinámicos; pero además, que los que llevan la carga del progreso, sean considerados mejores que los que se suponen quedan estancados. Así, lo moderno se opone a lo tradicional y lo revolucionario a lo reaccionario; y en donde la esfera más progresiva sería mejor, pues se supone va a hacia el cambio, y desde al menos después de la Revolución Francesa y nuestras propias revoluciones independentistas, todo cambio es considerado mejor que el estancamiento. El evolucionismo en antropología, las corrientes denominadas progresistas en política y las relacionadas con el desarrollismo en economía comparten este principio. Pero, ¿qué ocurre cuando sectores considerados políticamente conservadores realizan algún cambio substancial y producen nuevos movimientos en algún área de la vida social? ¿Cómo asimilamos el hecho de que un reaccionario pueda hacer un cambio y que éste no sea necesariamente en la dirección que noso-

tros consideramos como “progreso”?

En este capítulo quisiera tratar este problema a partir de la trayectoria de un antropólogo de gran influencia en la academia argentina de la segunda mitad del siglo XX y quien fuera considerado políticamente un fascista y vinculado a la última dictadura militar (1976-1983); pero que, pese a su impronta conservadora, no dejó de realizar “cambios” en su obra académica. Pero antes quisiera realizar algunas reflexiones sobre cómo considero debería encararse el estudio del desarrollo de la antropología en contextos como el de la academia argentina.

## II

Al referirse a la obra de “un antropólogo menor” como Godfrey Lienhardt, Marcio Goldman señaló varios inconvenientes con los que nos encontramos al contar la historia de la antropología: describirla siguiendo un progreso lineal en el conocimiento y la teoría, generando así una lectura algo evolucionista de una disciplina que pretende justamente hacer del combate al evolucionismo uno de sus mayores esfuerzos; ocultar bajo varios “ismos” y escuelas la producción de diversos autores, conceptos e ideas, cuando es sabido que la codificación de estas teorías, conceptos y escuelas se realizan en un segundo momento y no durante su desarrollo y, derivado de lo anterior, forzar ciertas dimensiones del pensamiento de los propios autores, previamente ubicados por nosotros en una escuela, para que encajen en el modelo ya diseñado (1998:9). Si la antropología es una disciplina que critica al evolucionismo y la idea de progreso, algo en lo que, con matices, considero hay consenso, ¿es válido entonces hacer una historia de la antropología basada en la idea de progreso? ¿de escuelas que estarían retrasadas en relación a otras que estarían avanzadas?

Otra falla aparece cuando dejamos el evolucionismo pero entramos en otra de las grandes matrices también considerada superada, como el difusionismo, en principio más obsoleto que el primero. Sin embargo, es común tomar como verdadero e incontestable el hecho de que la disciplina se inició en varios de los países considerados centrales para luego difundirse (un poco imitando un poco recreando) hacia las periferias. ¿No estamos entonces concibiendo un foco de creación y lugares y rutas de difusión de la

disciplina? ¿No asumimos así la existencia de sociedades que crean y sociedades que copian? Siguiendo este camino hacemos que las “antropologías metropolitanas” se conviertan en el *sujeto* de todas las antropologías, quedando el resto condenado a ser variaciones más o menos interesantes de una narración maestra, como lo serían las antropologías de los Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia; y, como veremos, aun muchas antropologías europeas, como la de lengua germánica o italiana, quedan relegadas frente a las primeras. Esta es una matriz que permea las relaciones entre centro y periferia tanto en la política como en las cuestiones académicas y científicas. Propongo entonces que, en vez de pensar la antropología argentina en términos negativos (como carente de algo o como copia) lo hagamos positivamente (como creativa); y en vez de pensar las relaciones entre centro y periferia (o sea, entre dominantes y dominados, y como original e innovadora una y mala o buena réplica la otra, como universal la primera y local la segunda) ver cómo diferentes antropologías se constituyeron mutuamente y, a partir de esa mutualidad, analizar cómo se fueron estableciendo las relaciones de dominación y subordinación, sin considerar estas relaciones y sus elementos como apriorísticos.

Respecto a la historia de la ciencia, comparto la idea de varios especialistas que señalan la tendencia de considerar al conocimiento obsoleto, superado o rechazado, como error. En mi caso, lo trataré también como conocimiento que, en un campo de debate de determinada época, quedó descartado por diferentes motivos que es necesario analizar (Shapin y Schafer, 2005:39). Por ello mi propósito en este texto no es evaluativo sino descriptivo y explicativo. Esto me dará la posibilidad de considerar si al pensar nuevas estrategias no podríamos “redescubrir prácticas descartadas” (Clifford, [1988]1995:74) y hasta tal vez encontrarles una nueva utilidad científica o académica.

### III

Nuevos problemas surgen cuando la historia de la antropología se relata sólo para fundamentar un presente, y destruyendo a los predecesores para crear la ilusión de una actualidad gloriosa o de combate perpetuo. En general, este tipo de relato no es sólo científico o académico, sino que tiene un matiz fuertemente moral e ideo-

lógico, pues destruir a un antecesor puede ser una buena forma de crear un presente e intentar fundamentar por qué y cómo los actuales funcionarios (progresistas) de una institución académica ocupan los mismos cargos y funciones que sus antecesores (reaccionarios). El relato así construido intenta validar el por qué de la actual situación. Entonces el pasado ya no es un mero hecho de lo que ocurrió sino que, y parafraseando a Bronislaw Malinowski cuando habla del mito, está *activo* ([1948]1985:129) y por ende es susceptible de manipulación para explicar y operar sobre un aquí y ahora. Claro que para este autor esto es lo que diferenciaba al mito (subjetivo) de la Historia (objetiva). En nuestro caso, relativizaremos también esta nueva dicotomía.

Estos relatos “activos” quedan claramente ejemplificados en el caso de muchos antropólogos argentinos que cuentan la historia de la disciplina fusionando el tiempo político nacional con el tiempo académico. Entonces “los nombres de cada período pasan a designar sucesos políticos institucionales y gestiones de gobierno federal en vez de referirse a escuelas teóricas u orientaciones generales de la disciplina” (Guber, 2009:8). En esos relatos no hay pasajes ni transiciones, y tampoco desarrollos, sino confrontación entre posturas constituidas de las que prácticamente no se consignan transformaciones internas (2009:24). Así, los antropólogos predecesores a las actuales autoridades académicas quedan condenados mientras éstos últimos se auto-asumen como ideológica y teóricamente más sofisticados que los primeros. Por otro lado, las fallas del actual sistema, son atribuidas a lastres del pasado quedando los actuales miembros libres de toda responsabilidad. Entonces los antecesores pasan a ser meros chivos expiatorios, y el conocimiento que intentaron generar, mera ideología<sup>83</sup>.

No pretendo desligarme de lo que la ciencia tiene de ideológico, pero creo que los que hacemos ciencia, más allá de nuestras

---

83 Por ejemplo, analizando “Las jornadas de los 30 años” de la carrera de Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (FFyL-UBA) en noviembre de 1988, Guber y Visacovsky demuestran cómo en el relato de los expositores (todos ellos profesores, profesionales o directivos en el momento de las jornadas, pero varios de ellos simultáneamente formando parte de la cohorte de primeros egresados) aparecen en sus narrativas como luchadores por las minorías, las clases subalternas y por una antropología comprometida, frente a sus antiguos profesores, comprometidos con las dictaduras en Argentina, el fascismo o el nazismo en Europa, así como retrasados teóricamente (1999).

propias convicciones políticas, tenemos cierta pretensión de verdad que también debemos considerar en quienes sostienen posturas teóricas (y políticas) distintas de las nuestras, y a ellos debe reconocérseles también una diversidad de matices y de recursos que solemos ignorar cuando recurrimos a clasificaciones simplistas que homogeneizan y cristalizan el contenido de dichas categorías. Tendemos a imaginar homogéneo todo lo que ignoramos y, por ello, el desconocimiento y simplificación manifiesto que se ha hecho sobre la Escuela Histórico-Cultural (EHC) en Argentina produce lo que señalara Guber más arriba: la sensación de que sus miembros eran una masa informe. Uno de los efectos de tal razonamiento es que la trayectoria de la EHC y de sus miembros aparece sin cambios en el tiempo, esto es, deshistorizada. Paradójicamente, esa misma escuela concebía a las sociedades no occidentales como homogéneas, estables y pasivas, y por eso fue duramente criticada. Pero como tempranamente señalara Gabriel Tarde, “más nos acercamos al elemento individual, más variabilidad existe en los fenómenos observados” ([1895]2006:78) y por ende, mayor complejidad encontramos. Por ello, propongo un estudio microsociológico e infinitesimal: analizar las pequeñas diferencias que produjo y transitó en un momento específico de la trayectoria académica quien fuera apodado por uno de sus críticos “el zar” de la antropología argentina (Bartolomé, 1982:412): Marcelo Bórmida.

#### IV

Bórmida (1925-1978) es tal vez una de las figuras más polémicas de la antropología argentina. Su perfil fue rescatado por la primera generación de antropólogos de Buenos Aires, todos ellos sumamente críticos de su pensamiento y su trayectoria política, pero encantados por su erudición e inteligencia: “brillante y contradictorio” para Leopoldo Bartolomé (1982:7), “el único profesor con un proyecto político e ideológico”, según Blas Alberti (Alberti en Visacovsky y Guber, 2006:15), “de gran influencia sobre los alumnos” para Hugo Ratier (Ibíd.:16) y como “la figura más importante en la antropología argentina (...) si bien siempre del lado del poder”, según Eduardo Menéndez (Ibíd.:16).

Nacido en Roma, estudió Ciencias Biológicas en la universidad homónima y trabajó con el raciólogo Sergio Sergi hasta 1946, cuando se radicó en Argentina. Continuó sus estudios en la FFyL-

UBA donde obtuvo los títulos de profesor, licenciado y doctor casi simultáneamente con dos tesis: “El complejo ergológico y mítico del Churinga en Australia” y “Los antiguos patagones”<sup>84</sup>, ambas presentadas en 1953 y dirigidas por José Imbelloni (1885-1967). En 1957 obtuvo por concurso la titularidad de la cátedra de Antropología en la UBA, donde además de profesor fue, sucesivamente, Director del Instituto de Antropología del Departamento de Ciencias Antropológicas y del Museo Etnográfico (Fígoli, 1990:320) y protagonista de la creación de la licenciatura en Ciencias Antropológicas de la UBA en 1958, un año después que en La Plata. Dirigió la revista del Museo de nombre *Runa* e iniciada por Imbelloni; escribió numerosos artículos en revistas argentinas e internacionales y hasta fue homenajeado con un artículo central publicado por la revista del IUAES *Current Anthropology* (ver Espíndola, 1980). En CONICET, presidió la Comisión Asesora de Ciencias Antropológicas, Arqueológicas e Históricas desde 1969 (Boschín, 1991-92:128).

Su capacidad para continuar con sus investigaciones y cargos en la academia argentina pese al convulsionado contexto político de la segunda mitad del siglo XX es una de sus principales características, resaltadas previamente ya por otros autores (Boschín, 1991-92:129; Guber-Visakovsky,1999). Así, Bórmida ocupó un lugar central en la antropología argentina entre 1956 y 1978, continuando su influencia hasta varios años más después de su deceso<sup>85</sup>. Pero es una parte de su trayectoria la que quisiera aquí desarrollar: aquella a la que refiere al momento en que realiza la primera crítica a la EHC, y el primer intento de realizar un cambio teórico y metodológico, en especial sobre la noción de *ciclo cultural*.

---

84 Hasta la década de 1990 considerada “una obra clave de la escuela morfológica argentina” (Carnese-Cocilovo-Goicoechea, 1991-92:40).

85 Hacia inicios de la década del '80 casi todos los integrantes de la EHC y la posterior fenomenología, fueron expulsados o marginados de las universidades y CONICET. Desde el punto de vista político se los acusó de haber sido cómplices de la dictadura. Desde un punto de vista académico se los trató de tener teorías obsoletas (ver Tiscornia y Gorlier, 1984; y en especial el “Informe de la Comisión ad-hoc de la Comisión Asesora en Antropología, Historia, Geografía y Urbanismo del CONICET”, así como las evaluaciones que hicieron Leopoldo Bartolomé y Alberto Rex Gonzalez, 1986).

## V

Durante una buena parte del siglo XX la antropología argentina estuvo hegemonizada por la EHC. Se considera que uno de los grandes organizadores fue Imbelloni. Doctorado en la Universidad de Padua, trajo a la academia argentina de comienzos de 1920 un método denominado *craneotrigonométrico* que estaba basado en el estudio de la sección sagital mediana del cráneo (Arenas-Baffi, 1991-92:174), la parte del cuerpo humano que se consideraba más apta para determinar las razas. Era entonces un especialista en razas y poblamiento de América con una gran cantidad de publicaciones al respecto. Para ilustrar lo dicho señalaremos dos, y a partir de cómo fueron reseñadas, consignar su importancia y recepción. Si bien algunas reseñas pueden hacerse por encargo, también es cierto que existe alguna razón para hacerlas, por ejemplo que el volumen reseñado merezca ser citado o comentado, incluso discutido. Una reseña tampoco es un simple resumen transparente de lo dicho por el autor de la obra. Indefectiblemente debe existir una interpretación del que reseña: una selección de lo que considera relevante, de lo que cree debe ser destacado y de lo que debe ser considerado superfluo del libro reseñado. La reseña termina así cobrando cierta autonomía del original.

En 1950 Imbelloni publicó un artículo denominado “The Peopling of América” en una antología editada por Henry Schuman en New York, y organizada por Earl W. Count, en ese entonces titular de antropología del Hamilton College (NY), titulada *This is race. An Anthology Selected from the International Literature on the Races of Man*. El libro compilaba las doctrinas raciológicas desde el siglo XVIII, seleccionando textos de autores como Buffon, Lamark o Cuvier y finalizando con investigadores contemporáneos, entre los cuales estaba Imbelloni. Una de las reseñas de ese libro en un sobretiro fechado en 1950 del *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, editado en México pero en este caso organizado por el propio Imbelloni, la escribió Enrique Palavecino (1900-1960), por entonces expulsado de la universidad por decisión de agentes del gobierno del Gral. Juan Domingo Perón (1945-1955). La reseña celebraba lo completo y minucioso de la compilación y la presencia de un argentino entre tantas eminencias. El segundo artículo al que me referiré ahora es “Rassentypen und Biodynamik von America”

publicado en 1952 en *Historia Mundi*, una enciclopedia editada en Berna, Suiza, cuya primera parte estaba destinada al poblamiento humano en los diferentes continentes. El comentario de este artículo fue escrito por el español radicado en la Argentina Salvador Canals Frau (1893-1958) y apareció en el Volumen VII de la *Revista Runa* de 1956. En este caso la reseña era una abierta crítica a Imbelloni, donde se lo acusaba de no acoplarse a la unificación de la nomenclatura antropológica que varios americanistas venían intentando, por no decir nada nuevo en los últimos años, por presentar un trabajo plagado de incongruencias, por no prestar atención a los factores ambientales en la plasmación o modificación de los tipos humanos, etc.

Cabe señalar que en la sección “Crónicas” del mismo volumen, una especie de “noticiero” académico antropológico internacional, y en un párrafo dedicado a la Argentina, se destacaba que “la influencia de la Revolución Libertadora que se produjo en septiembre de 1955 se ha hecho sentir profundamente en la reorganización de los cuadros docentes universitarios de todo el país, nombrándose interinamente nuevos profesores para muchas de sus cátedras” (1956:142); también se informaba que Canals Frau había sido nombrado director del Museo Etnográfico, profesor de antropología y director del Instituto de Antropología del Museo, y que Imbelloni se había “jubilado, cesando en todos los cargos y actividades docentes y directivos” (Ibíd.:142); además, “las nuevas autoridades universitarias, inspiradas en el deseo de reparar las injusticias cometidas por el gobierno depuesto, reintegraron a sus respectivas cátedras a numerosos profesores”, entre ellos a Palavecino en la cátedra de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Nacional de Tucumán (Ibíd.:142).

Señalo todo esto para remarcar básicamente cómo Imbelloni, además de ser un partidario de Perón en el plano político, era un raciólogo de cierto reconocimiento internacional; que, por otro lado, una vez depuesto el gobierno del que era partidario fue expulsado de la UBA y criticado por sus pares; pero también para puntualizar que pese a todas esas internas en el campo de la academia o conflictos en el plano de la política nacional o internacional, la EHC parecía aglutinar a un importante número de antropólogos de prestigio en la Argentina, y que, más allá de amistades, conflictos o diferencias políticas, todos se reconocían en un diálogo al interior de



ella. Los antropólogos se sucedían, siguiendo avatares personales o de índole político-partidario, en un momento en donde la política y los lineamientos del Estado no estaban divorciados del conocimiento académico; pero la EHC quedaba.

En el resto de este artículo me detendré en otro aspecto que contraría el sentido común de muchos historiadores de la antropología en nuestro país. Los antropólogos argentinos que participaban de la EHC no estaban desactualizados ni “aislados del mundo”, como por ejemplo señala Bartolomé (1982:419), sino que su marco de referencia no eran tanto las antropologías denominadas “metropolitanas” (para la antropología social, al menos) sino las escuelas europeas de habla germana e italiana, en baja desde la Segunda Guerra Mundial (SGM).

## VI

La EHC es de origen germánico y deriva de los estudios filológicos del siglo XIX. Término acuñado por Friedrich A. Wolf en 1777 (Said, [1978] 2002:184), la filología era “un sustituto naturalizado, modernizado y laico de un supernaturalismo cristiano” (Ibíd.:172) “cuyos éxitos principales incluían la gramática comparada, la nueva clasificación o agrupación de las lenguas en familias y el rechazo de los orígenes divinos del lenguaje” (Ibíd.:189). Según Edward Said, al descubrirse empíricamente que las lenguas llamadas sagradas (principalmente el hebreo) no eran de una antigüedad primordial ni de procedencia divina y que el lenguaje era un fenómeno enteramente humano, se generó un profundo interés por los propios orígenes de éste (Ibíd.:189). Entonces la idea de un primer lenguaje edénico fue desplazada por la noción heurística de protolengua (el indoeuropeo, el semítico) cuya existencia nunca se debatía porque se reconocía que una lengua de este género no podía ser reestablecida, sino solamente reconstruida a través de un proceso filológico. Así, habría “familias de lenguas (que Said asocia con las simultáneas clasificaciones de las especies y anatómicas que en la época comenzaban a realizarse), una forma lingüística perfecta (la cual no necesita corresponderse con ninguna lengua real) y lenguas originales solo como una función del discurso filológico y no de la naturaleza” (Ibíd.:191, mis paréntesis).

La filología presuponía que un grupo de lenguas que tenían

algo en común derivaban de una lengua única y extinta, por ello se podía, a partir de las actuales lenguas, construir un tronco lingüístico y llegar, en un camino inverso, a una supuesta lengua original y primera. Por ejemplo, Friedrich Schlegel (1772-1829) sostenía que el sánscrito, el persa, el griego y el alemán tenían más afinidades entre sí que las lenguas semíticas, chinas, americanas o africanas; y además consideraba que la familia indoeuropea, desde un punto de vista estético, era simple y satisfactoria, características que no tenía la semítica, lengua aglutinante, no estética y mecánica. Por ello se consideró, por ejemplo, a los semitas diferentes, inferiores y retrasados (Saïd, 2002:142); y un autor de la relevancia de Ernst Renan afirmaba que éstos eran un ejemplo de desarrollo detenido; entonces ningún semita moderno, por muy moderno que se considerara, podía separarse de sus orígenes (Ibíd.:312). Así, una jerarquía en términos de desarrollo potencial fue introducida entre el indogermánico y otras lenguas (Gingrich, 2005:69).

Extrapolando el método, y a partir de los planteos de antropólogos como Fritz Gräbner (1877-1934) y Wilhelm Schmidt<sup>86</sup> (1868-1954), la EHC consideraba que también se podía inducir que un grupo de culturas emparentadas pertenecía a una cultura primera, y por ende podíamos establecer un ciclo cultural (Figoli, 1990) y finalmente llegar a reconstruir una supuesta cultura originaria y prístina de la humanidad. Se asumía entonces que “si las lenguas eran tan distintas entre sí como los lingüistas decían que eran, también, de modo similar, los usuarios del lenguaje –sus mentes, culturas, potenciales e incluso sus cuerpos– eran diferentes” (Saïd, 2002:311). De ahí la relación que se gestó entre las nociones de raza y cultura.

## VII

En Argentina se asocia a la EHC con la extrema derecha y el racismo (Garbulski, 1992:16) y el final de su hegemonía como el comienzo de una nueva era en donde los antropólogos argentinos dedicaron sus esfuerzos a diagnosticar problemas “del presente” y de mayor relevancia en cuanto a constituir un programa político,

---

86 Un católico conservador pero perseguido por el gobierno de Hitler una vez que éste ocupó Austria y obligado al exilio en Suiza durante la SGM (Gingrich, 2005:109).

económico y social que tienda a la igualdad de los argentinos y en especial de las minorías (étnicas, de género, económicas, etc.) que integran el territorio nacional. Retomaban así, el programa que se gestó a partir de 1962 y que quienes lo sustentaban llamaban *antropología social* (Guber, 2007).

Indudablemente, el arribo de Bórmida a la Argentina estaba en relación con la finalización de la SGM y la caída del Eje frente a los Aliados, pues junto a Imbelloni eran reconocidos fascistas, si bien el grado y nivel de compromiso de tal adhesión no está del todo claro<sup>87</sup>. Pero también debemos tener en cuenta que liberales como Fernando Márquez Miranda (1897-1961) también adhirieron a esta escuela (Briones-Guber, 2008) y, por lo tanto, no podemos establecer un paralelo automático entre la EHC y las posiciones de extrema derecha. También vimos cómo algunos de sus miembros eran peronistas mientras otros eran antiperonistas, y cómo simultáneamente fueron premiados o perseguidos en diferentes contextos políticos; y en Argentina el difusionismo existió al menos desde finales del siglo XIX, cuando el antropólogo alemán Lehmann-Nitsche se incorporó

---

87 Aplico este término con cierta generalidad, pues definir qué es el fascismo en Argentina no es del todo fácil, ya que parece ser un apelativo que se aplica a un espectro muy amplio de la ideología política, estética y moral. Federico Finchelstein, por ejemplo, describe al fascismo de la primera mitad del siglo XX como aquella ideología política que reemplaza la lucha de clases por la lucha nacional (2010:46), pero que también posee un discurso pro-imperialista, “un imperialismo proletario” que, aunque paradójico, sería anticolonialista (Ibíd.:70); que considera a la violencia y a la guerra como un fin en sí mismas (Ibíd.:68) y, por ende, plantea la existencia de un enemigo, que el autor denomina “imaginario”, y que serían el capitalismo y el comunismo (Ibíd.:54). El fascismo sería un tanto diferente del nazismo, pues este último sólo sería su forma más extrema, pero ambos son igualmente antisemitas (Ibíd.:41) y contrarios a la democracia liberal (Ibíd.:207). En mi opinión un poco exagerado y reduccionista, Finchelstein considera que en Argentina el fascismo es sinónimo de nacionalismo (Ibíd.:19); una ideología que, si bien tiene mucho en común con el fascismo europeo, no era una copia y no estaba necesariamente alineada a la Italia de Mussolini (Ibíd.:178), pues en Argentina se caracterizó por ser asimilacionista (Ibíd.:95), católica y valorizadora de las raíces latinas (españolas e italianas) (Ibíd.:121). El fascismo-nacionalismo en este país fue de reducido número de adherentes pero de gran influencia ideológica (Ibíd.:123) y fundamentalmente identificó sus intereses con los del Estado (Ibíd.:207). No he encontrado un texto político de Bórmida, y hasta el momento no puedo afirmar que aceptara todos estos valores, que abiertamente tuviera un diálogo con los intelectuales nacionalistas argentinos o italianos o cuál fue exactamente su postura ideológica una vez terminada la SGM y arribado a Argentina. De todas maneras, es evidente que se encuentran muchos de los presupuestos arriba señalados en la obra de Bórmida, y también en la de Imbelloni.

al Museo de La Plata en 1897, mucho antes de la aparición del fascismo y el nazismo.

Por otro lado, si bien el arribo de estos intelectuales europeos fortaleció la escuela en un contexto internacional en dónde estaba perdiendo prestigio frente a las corrientes anglosajonas y el estructuralismo francés (Rex González, 1992:93; ver Gil y Luco en este volumen), debemos tener en cuenta que el difusionismo no desapareció del debate antropológico ni en Argentina ni en el mundo; y como dije al comienzo, el difusionismo sigue en muchos aspectos siendo una verdad de sentido común en las Ciencias Sociales.

En la “Historia de la Etnología”, cuya primera edición en los EE.UU. fue en 1937, su autor Robert H. Lowie consideraba al difusionismo una corriente teórica útil para la antropología, y a su versión germánica como más sólida que la inglesa (1974:217). Este planteo cambió radicalmente una vez finalizada la SGM. Asimismo, si hasta la década del '30 el alemán había sido la lengua franca de la vida académica internacional, luego de 1945 el inglés pasó a ser prácticamente la única lengua de la ciencia en Occidente (Gingrich, 2005:137). Entonces, tanto la lengua como los planteos de los pensadores germánicos pasaron a un segundo plano respecto al pensamiento anglosajón y francés.

El avance de las ciencias sociales anglosajonas implicó el pasaje del erudito al técnico (Said, 2002:406). Se acostumbra a pensar en esta transformación como plenamente positiva. En el caso de la antropología es verdad que, por ejemplo, el abandono de la unidad raza-cultura significó un avance importante, tanto en términos teóricos como políticos. Pero también hizo que la disciplina se escindiera en tres líneas –social, arqueológica y biológica– cuya unidad sería difícil de restablecer, llevando el diálogo entre ellas a un nivel mínimo. Esto hizo que se perdiera el interés por los estudios sobre largos períodos de la humanidad, y que se focalizara en los últimos siglos, precisamente en el tramo de la hegemonía europea (Ingold, 2002:7). Por otro lado, si bien el aporte de Malinowski fue introducir el estudio de las lenguas nativas de un modo sociológico –en su contexto y situación– y fue de los primeros en advertir la capacidad performativa del lenguaje, la difusión y éxito de su método hizo que los trabajos de transcripción, traducción textual y conocimiento profundo de una lengua vernácula fueran relegados (Clifford, 1995:49), y se asumió que un etnógrafo que residía uno o dos años en una aldea

conocía más de su gente que, por ejemplo, un misionero que había vivido en esa misma aldea por una buena parte de su vida, conocía y era conocido por todos y dominaba la lengua nativa (Ibíd.:43). Por ello, creo interesante la observación que hiciera Márquez Miranda al analizar la antropología cultural y ecológica estadounidense: las consideraba “una renovación” (1958:39), pues el estudio detallado de comunidades ofrecía un conocimiento muy profundo del caso particular; pero se trataba finalmente de “una serie de investigaciones aisladas, que no permitían la obtención de consecuencias generales (Ibíd.:28), como según él, sí lo permitía la EHC.

Respecto a la antropología francesa, si bien es verdad que la vertiente sociológica de Emile Durkheim y Marcel Mauss, el posterior estructuralismo de Claude Levi-Strauss y el estructural-marxismo ocuparon el espacio central del campo académico, el difusionismo no desapareció del debate en ese país y, por ejemplo, el americanista Paul Rivet en un libro publicado por primera vez en 1943, titulado *Los orígenes del hombre americano* (1974), defendió el difusionismo y apoyó la tesis del poblamiento sudamericano desde Oceanía tal cual lo defendían Imbelloni y Bórmida, apoyándose incluso en trabajos de estos dos últimos y varios antropólogos argentinos, como Armando Vivante, o que trabajaron en el país, como Lehmann-Nitsche.

Un crítico del difusionismo, como el antropólogo mexicano Juan Comas, reconoció al igual que Lowie 30 años antes, que la versión germánica de la EHC era teóricamente más sólida que la británica (1975:13) y vio en ella potencialidades y debilidades. En la Argentina, Carlos Reynoso, el traductor pero también detractor de la llamada “antropología posmoderna” norteamericana, quien publicara un resumen monumental sobre las actuales corrientes de la antropología (1998) y caracterizado por llevar al extremo la crítica teórica, señala que “al tratar cada sociedad por separado y ‘en sus propios términos’, el particularismo termina ignorando que esos términos u otros muy similares son también propios de otras sociedades” (2006:95), y fue capaz de reconocer que “la EHC poseía una capacidad comparativa que hoy se ha perdido” (Ibíd.:109).

Retornando al personaje central de este artículo, señalamos que Bórmida presenta una serie de variaciones teóricas a lo largo de su vida académica. Desde 1948 (con la publicación de algunas reseñas) hasta 1956, Bórmida se dedicó a la Antropología, a la cual

refería como el desarrollo progresivo de las razas humanas. Su categoría central, y de la cual derivó todos sus postulados, fue en efecto la raza, entendida no como el estudio de las relaciones sociales marcadas por la racialización que producen los grupos sociales entre sí, sino como tipo físico de un grupo que determina todo su ser<sup>88</sup>. Aunque esta posición debe haberla heredado de sus maestros Sergi e Imbelloni, se trata de una idea que suele atribuírsele al filósofo alemán Christoph Meiners, que en un libro publicado en 1785 trató “las diferencias anatómicas de los grupos humanos junto con sus características sociales” (Lowie, 1974:21). Meiners es considerado también un predecesor del difusionismo y de las teorías de los ciclos culturales (Gingrich, 2005:74).

## VIII

En 1955 la Revolución Libertadora derrocó a Perón de la presidencia. Esto significó la expulsión de Imbelloni, quien pasó al Instituto del Salvador, una institución jesuita que se convirtió en universidad desde 1958. Bórmida, en cambio, permaneció en la UBA e inició una próspera carrera académica. En 1956 publicó “Cultura y ciclos culturales. Ensayo de etnología teórica”<sup>89</sup>, en la revista *Runa*. Allí proponía una modificación de la EHC, observando los conceptos *ciclo cultural* y *Antropología*. Con respecto al primero señaló, críticamente, que los representantes de la Escuela no lo consideraban como un modelo o herramienta analítica sino como la realidad misma, objetiva y unitaria. Con respecto a la Antropología, Bórmida afirmaba que la disciplina debía cambiar su nombre por el de *Etnología*, definida como la “ciencia de la cultura” (Bórmida, 1956:6). Buscaba así deslindar definitivamente a las ciencias del Espíritu (donde la *Etnología* formaba parte de la historia universal, tal cual la definía Gräbner) de las ciencias de la Naturaleza (donde la *Antropología física* se integraría como una rama de la historia natural, junto a la zoología y a otras especialidades) (Ibíd.:6). En este primer trabajo Bórmida avanzaba hacia una separación entre la raza y la cultura.

---

88 Análisis de la etapa raciológica de Bórmida en Silla, 2012.

89 Reeditado como *documento clásico* en el *Boletín de Antropología Americana*, N° 4, 1981.

Desde hacía tiempo tanto Imbelloni como Bórmida estaban preocupados por encuadrar a la antropología como ciencia natural o como disciplina humanística (Fígoli, 1990). Aunque esta discusión sigue vigente entre los antropólogos, en el caso que nos ocupa es necesario recordar que también fue un debate en Italia, el ámbito académico de donde ambos provenían. Comentando la actividad y preocupaciones de la antropología en ese país hacia mediados de siglo XX, Tulio Tentori señalaba la disputa entre evolucionistas como A. C. Blanc, para quien “su interpretación de los fenómenos culturales partían de la observación de la analogía entre los fenómenos evolutivos de la genética, biogenética, antropología física y etnología”, y los representantes de la EHC de Viena como R. Boccassino, quien consideraba que Blanc aplicaba el determinismo biológico a las ciencias morales y de ahí su invalidez. Al debate se sumaban posturas como la del etnólogo y folklorólogo Ernesto De Martino para quien la EHC de Viena estaba afectada por el naturalismo, dado que separaba arbitrariamente a la Historia de la Filosofía (Tentori, 1950:283). La propia antropología italiana estaba profundamente influenciada por la antropología germánica y particularmente por la etnología del Padre Schmidt que residió en algunas universidades peninsulares (Saunders, 1984).

También en el caso alemán, los términos *Volk* y *Rasse* cayeron en desgracia luego de la SGM, por haber sido una categoría central del nazismo. En las décadas siguientes, muchas instituciones alemanas cambiaron sus nombres para incluir la palabra *Ethnologie* en vez de *Völkerkunde*, así como para hacer clara la separación entre la antropología física y la sociocultural (Gringrich, 2005:138). Bórmida estaba planteando algo semejante para la antropología argentina. Simultáneamente, y también después de la SGM, Schmidt y Koppers volvieron a Viena y reestablecieron allí la teoría de los ciclos culturales (Ibíd.:139), pero una vez fallecidos, en 1954 y 1961 respectivamente, sus sucesores declararon esta teoría obsoleta (Ibíd.:141). Sin querer quitarle particularidad a las contribuciones de Bórmida, es evidente que el pasaje del término Antropología al de Etnología ocurrió más o menos simultáneamente en la antropología germana e italiana. El mismo Bórmida lo explicará unos años más tarde:

“en los países de lengua alemana, aunque exista en algunos investigadores el deseo de mantener una expresión

que incluya a todos los diferentes enfoques del estudio del hombre, Antropología se utiliza únicamente en el sentido de antropología física y es colocada, como una especialidad de la Biología, dentro de la Ciencias Naturales. La ciencia del Hombre-cultura es rotulada generalmente con la expresión Etnología y se considera como parte integrante de las Ciencias del Espíritu [...] sigue la tradición filosófica que desde fines del siglo pasado (XIX), tiende a separar y a considerar irreductibles, en cuanto a su objeto y a su metodología, a las *Naturwissenschaften* y a las *Kulturwissenschaften*. En Francia, por el contrario, dónde han sido más vigorosas y duraderas las influencias del naturalismo positivista y materialista, Antropología se usa comúnmente en el sentido más comprensivo del estudio del hombre en todos sus aspectos; sin embargo, en la práctica, el estudio del aspecto cultural del hombre se distingue del físico mediante una adecuada terminología” (1958-59:269).

Hacia la década de 1920, en la antropología germánica, “raza” se convirtió en un concepto central y la disciplina que la estudiaba se llamaba *Rassenkunde* (ciencia racial). Esta definición fue simultánea al avance de los idearios nacionalistas y racistas que se impusieron en Alemania desde 1930. Finalizada la SGM, la antropología de ese país no sufrió demasiados cambios ni en sus principios fundantes ni en el cuerpo de los investigadores que había revistado en la era nazi (Gingrich, 2005:136; Kaszycka, Štrkalj y Strzałko, 2009:51). No queremos hacer extrapolaciones directas entre la antropología alemana y la que desarrollaba el italiano Bórmida en la Argentina, pero sí creemos que estaba fuertemente influenciado por aquellos desarrollos teóricos y políticos. Por eso resulta interesante puntualizar y analizar cómo Bórmida hizo un movimiento de la Antropología a la Etnología al mismo tiempo que en otros contextos académicos de Europa centro-oriental, lo cual prueba que ni Bórmida ni la academia argentina estaban aislados ni desactualizados.



## IX

En su artículo de 1956, Bórmida distinguía a la “cultura” de sus múltiples expresiones. La primera “es el contenido mental del hombre que le es proporcionado por la sociedad en la que vive” (1956:7). Pero la cultura como tal no puede captarse. Debido a su concepto platónico de cultura, Bórmida afirmaba que sólo podemos acceder a “sus manifestaciones externas y tangibles que son los bienes culturales o invenciones: un artefacto, un mito, una forma social, etc.”; los bienes de una sociedad son el reflejo externo de una cultura, no la cultura en sí (Ibíd.:7). También alegaba que la cultura no era individual sino social, por lo que “el estudio de la cultura se resuelve en el estudio de los patrimonios sociales” (Ibíd.).

Para Bórmida “el ciclo cultural es un tipo de civilización, caracterizado por un patrimonio determinado e integral, originado en alguna parte de la ecúmene y difundido luego en un área más o menos vasta del mundo” (Ibíd.:10). Por ello, el ciclo nunca es ni homogéneo ni estático. Entonces encontró equivocada la posición de la mayoría de los principales exponentes de la EHC que consideraban que estos ciclos no eran un modelo sino la realidad misma:

“todos los clásicos de la escuela consideran más o menos explícitamente al ciclo cultural como una entidad real, objetiva y unitaria. El ciclo nos es presentado por ellos como una verdadera cultura unitaria y, en cierto sentido, perfecta, que existió de manera concreta y que podemos reconstruir a través del análisis comparativo de las culturas actuales que se han originado en ella; culturas que serían, por lo tanto, *facies* impuras de una cultura originaria, producidas por una serie de transformaciones y mezclas. A esta ideación se unen necesariamente el concepto de degradación cultural y el de difusión a manera de árbol genealógico” (Ibíd.:12).

Este método, que en su opinión era necesario poner en revisión, se desprendía de la aplicación de varios principios de la lingüística histórica (una vertiente contraria a la lingüística estructuralista

que dominaba bajo diferentes modalidades el pensamiento francés y anglosajón) a la etnología. Así, en lingüística se comenzaba buscando “unidades elementales, vinculadas morfológicamente (tales como lenguas o dialectos) para luego llegar a sistemas cada vez más comprensivos de isoglosas (como fonemas y morfemas que se consideraba tenían algo en común) hasta llegar a un sistema insuperable que representaba justamente la lengua madre” (Ibíd.:15, mis paréntesis). Cada lengua indoeuropea era considerada la resultante de un proceso de diferenciación de una lengua madre originaria, antiquísima, que era justamente el indoeuropeo. Por el contrario, Bórmida alegó que de acuerdo a ciertos estudios realizados por J. Schmidt y Schuchard ya no se podía argumentar la existencia de una lengua madre unitaria. Esto marcaba un cambio en la concepción clásica de la filología. Para Bórmida estos autores estaban renovando la lingüística histórica, como cuando sostenían que toda innovación surgía en un punto determinado del territorio lingüístico y se difundía alrededor como ondas. Por ello, un grupo de lenguas podía tener elementos comunes, pero también otros irreductibles a una supuesta lengua madre (Ibíd.:17).

Bórmida extrapolaba este razonamiento al orden de la cultura. Si existía un constante movimiento de las innovaciones y sus subsecuentes transformaciones al entrar en contacto con otras culturas, éstas no eran estáticas sino que se encontraban en constante devenir. Por eso Bórmida afirmaba que “los ciclos culturales concretos y unitarios no han existido jamás” (Ibíd.:19) y que un ciclo es sólo “un sistema de *isoidas* que expresa un tipo de civilización abstracto, reflejo subjetivo de un conjunto cultural polimorfo (Ibíd.:20). Así no sólo estaba encarando un cambio en la teoría; Bórmida también estaba “permitiéndoles” cambiar a las culturas que estudiaba, dejando de pensarlas como entidades estáticas e intentando atraparlas en su devenir histórico.

Por otro lado, la etnología no se podía reducir a una región ni a una nación, sino que la investigación de un ciclo debía realizarse en el mundo entero o, cuando menos, debía tender a abarcarlo, pues existiría la posibilidad de que la difusión del ciclo haya quedado limitada a una parte de la ecúmene o que su disgregación por efecto del tiempo no permitiera rastrearlo en ciertas áreas donde vive en un estado críptico (Ibíd.:24). Por ende, la disciplina era, en la concepción de Bórmida, un proyecto global, más allá de

que etnólogos concretos sólo puedan estudiar pequeñas porciones de la ecúmene.

Este cambio teórico era también un tibio intento de salir de cierta concepción de pureza originaria. El carácter prístino de los orígenes era una premisa muy cara a la EHC. Por ejemplo, en su estudio sobre Gianbattista Vico, Imbelloni señalaba que los problemas de origen eran fundamentales y que debían ser prioritarios para la ciencia. El origen contenía una mezcla de verdad, pureza y sencillez que posteriores ciclos de decadencia irían desvirtuando, complicando y velando (1945:8). Imbelloni entendía por “orígenes”:

“los primeros tiempos en que nacieron las cosas humanas, de donde es obvio deducir que Primos son los aspectos y elementos primordiales de esas cosas humanas (por ende) es exigencia peculiar de la ciencia el remontarse a esos primeros aspectos, propios de los Orígenes, de tal manera que nadie pueda aducir otros anteriores” (1945:78, mis paréntesis).

Está implícito en esta posición otro concepto central de la EHC: el de *decadencia* (Gräbner, 1940:93) y, por ende, la necesidad de reconstruir la historia de la humanidad hacia atrás, y así, “una vez fijados y abstraídos los movimientos y modificaciones culturales más recientes, y prosiguiendo siempre en la misma operación, se llega a procesos y complejos más antiguos, más prístinos y frecuentemente de mayor extensión” (Ibíd.:185). Bórmida siguió estos mandamientos en su primera etapa. En su estudio sobre historia pascuense, al referirse al problema de la formación de las leyendas, señaló que “cuanto más antigua es la versión tanto más fielmente refleja la forma genuina de la tradición” (Bórmida, 1951:23).

Pero para el Bórmida del artículo de 1956, la pureza no parece estar en un origen sino en la idea de cultura en sí. Así lo manifiesta un comentarista contemporáneo de ese texto como Vivante,

“según Bórmida, los ciclos deben ser concebidos como un sistema de *isoidas* que expresen un tipo de civilización abstracta, reflejo subjetivo de un conjunto cultural polimorfo (...). Establecido un sistema de *isoidas* mundiales, tal sistema no es para siempre, al modo como podría pen-

sarse desde el punto de vista de la escuela, pues al variar las culturas que las determinan varían las *isoidas*. Se trata pues, de un perpetuo devenir” (1958-59:334).

Esta cita es parte de un artículo titulado “Revisionismo en la Etnología”, aparecido en el número siguiente al que apareció el texto de Bórmida de la revista *Runa*. En él Vivante consideró que “la actitud de Bórmida es crítica, revisionista y, a la vez, constructiva frente a las formulaciones clásicas de la EHC” (1958-59:333); sin embargo, criticó el extremo idealismo de éste ya que consideraba que no busca “la cultura como cultura, sino como manifestación histórica de la idea que se objetiviza en el suceder histórico” (Ibíd.:338) y señaló además que “su heterodoxia asoma cuando piensa que las culturas son un continuo devenir y, por tanto, imposible fijarlas de un modo concreto y para siempre” (Ibíd.:339). Mientras Vivante consideraba que las culturas eran estáticas, Bórmida comenzaba a desconfiar intentando, sin salirse de los parámetros de la escuela, ver cómo analizar la dinámica interna y externa de las culturas.

Vivante también señalaba el error de Bórmida respecto a su interpretación del idealismo y el platonismo, pues

“en el idealismo de Bórmida la realidad está en las culturas actuales, formas de ser históricas de las Ideas, formas de su realización que es su esencia de su existir, porque sólo es lo actual en este idealismo existencialista. Los manojos de *isoidas* son abstracciones, artificios, *fata morgana*. En la concepción platónica es muy diferente, pues la realidad de los manojos tendría que ser anterior y esencial, y las culturas ficciones o reflejos sin ninguna importancia eterna, ya que los arquetipos de las mismas son celestiales (...) Se mueve dentro del pensamiento de la Escuela, utiliza sus criterios de trabajo, pero rechaza sus cuadros clasificatorios de las culturas por considerarlos imperfectos, cuando no irreales” (Ibíd.:341).

Sin embargo, pareciera que Bórmida iba más allá de lo que criticaba Vivante. Éste tenía razón cuando alegaba que el primero interpretaba mal a Platón, pues según este último, la Idea es anterior y esencial a cualquier fenómeno empírico concreto y observable. Pero esa

mala interpretación de Platón, ese equívoco, le da, en mi opinión, un viraje inesperado y que lo trae al problema de cómo aprender la vida social en movimiento, cómo describir el torbellino que es la vida social sin disecarlo en un tipo o un modelo. Vivante era partidario de una opción teóricamente más conservadora, pues si bien apreciaba el intento de realizar un esfuerzo para perfeccionar la Escuela, consideró que esto no se realizaba cambiando de método sino ajustando el ya existente:

“si uno se coloca del lado del idealismo que de Hegel pasa por Croce y concluye existencialista, debe reconocer que su posición (la de Bórmida) está bien. En esto uno debe reconocer que él procura hacer para la teórica etnológica lo que otros han hecho para el Derecho, la Teología, etc. Si uno se coloca en la corriente ortodoxa de la Escuela, agnóstica, empírica, fenomenológica, ve en la posición de Bórmida un pesimismo revisionista que exagera sus notas críticas; en este caso, en vez de teorizar tanto y volver a llevar a la etnología al campo de las vanas elucubraciones, convendría más ponerse a ajustar los cuadros clasificatorios de acuerdo a los datos concretos aportados por un mejor y más amplio conocimiento de la realidad etnográfica” (Ibíd.:342, mis paréntesis).

Es interesante que para Vivante la EHC poseía tres características que en general no solemos considerar: su agnosticismo (lo cual se desecha debido a su estrecha vinculación con la fe católica, en la figura del Padre Schmidt), su empirismo (mientras se considera que esta perspectiva proviene en antropología, de las escuelas de origen anglosajón), y su fenomenología (aunque se cree que la fenomenología fue una novedad implantada por Bórmida a fines de los '60, obviando el período al que me estoy refiriendo a fines de los '50).

O Vivante se equivocaba o nosotros deberíamos revisar nuestra interpretación. En cuanto al agnosticismo, como señalaba Said, la filología o parte de ella fue una respuesta laica a muchos problemas que planteaban los teólogos y filósofos cristianos. Por eso no es extraño que al menos algunos filólogos o difusionistas se consideren agnósticos. Si bien el término “agnóstico” puede ser bastante claro, Vivante no explicita qué entendía cuando afirma-

ba que la escuela era “empírica” y “fenomenológica”. Respecto del empirismo, es evidente que la EHC tenía un importante sesgo en este sentido. Pese a su variedad de significados, si equiparamos empírico a fáctico o correspondiente a los hechos (Ferrater Mora, 1999:998), la EHC siempre operó en un nivel de análisis que se correlacionaba con la obtención de datos (referentes a la cultura de los grupos humanos, a sus bienes materiales y a su constitución biológica). Por ejemplo, los análisis de Imbelloni y Bórmida sobre la Isla de Pascua son de base empírica. Imbelloni, por varias décadas, se dedicó a buscar y medir una buena cantidad de cráneos provenientes de la isla, hasta obtener una serie. Lo mismo hizo con las “tabletas parlantes” y demás objetos pascuenses. Bórmida viajó a la isla y tomó datos de tipo morfológico, lingüístico e histórico<sup>90</sup>. Claro que, por un lado, para ellos eran más importantes las series de objetos coleccionadas en los museos que los datos en las poblaciones mismas, siguiendo en este caso las tradiciones de la filología y de pensadores como Sacy, para quien eran fundamentales “los museos para que no se haga necesario viajar” (Said, 2002:228). Pero en términos estrictos, el análisis de cráneos en un museo no es menos empírico que la observación de un ritual. Los datos que Bórmida tomó en Pascua (básicamente información sobre lo que consideraba “leyendas” y medidas somatológicas) no eran el tipo de información que, por ejemplo, tomaría un antropólogo británico encuadrado en el estructural-funcionalismo. Pero esto no lo hace “menos empírico”.

A partir de estos datos, la escuela pegaba saltos (de los que sus cultores eran conscientes) hacia especulaciones referentes al origen cultural y racial de la humanidad, a sus corrientes migratorias, etc. Pero de alguna manera el origen de tal especulación partía de datos empíricos previos. Ocurre que el fundamento empírico de un hecho no lo convierte automáticamente ni en real ni en ser susceptible de otras interpretaciones. Respecto a concebir esta escuela como fenomenológica, Vivante estaba adscribiendo a una fenomenología anterior a Edmund Husserl y por ende la consideraba una teoría de la apariencia y el fundamento de todo saber empírico (Ferrater Mora, 1999:1238).

## X

“El papel de los pueblos primitivos en la Historia propiamente dicha es insignificante y pasivo; su choque con la cultura occidental se resuelve en episodios marginales, especies de epifenómenos de la Historia, que pueden tener, como mucho, un interés afectivo y que terminan siempre en su corrupción y su muerte como sociedades autónomas” (Bórmida,1956:28).

Pese a que en la actualidad esta frase puede resultar chocante a quienes nos formamos y trabajamos en antropología, es probable que buena parte de los académicos de otros campos y del público en general coincidan profundamente con ella; en todo caso, las sociedades y culturas no occidentales o que no se occidentalizaron, serían irrelevantes o retardatarias. Pero una cosa es sostener esta perspectiva y otra ubicarse en el pensamiento de derecha o racista. Fácil y tentador sería asociar esta frase a una posición política, asociar a los que lo dicen de fascista y racista y, en contraposición, ubicarnos como progresistas, humanitarios e intelectualmente avanzados. Nosotros, claro está, no creemos que haya pueblos primitivos, ni que los pueblos que se designan como tales se encuentren fuera de la historia, ni tampoco que sean pasivos, ni mucho menos que su exterminio, asimilación o subordinación haya sido un epifenómeno.

Es verdad que Bórmida guardó mucho del pensamiento racista anterior a la SGM y a la declaración de la UNESCO. Detengámonos para comprender los usos de la idea de raza, en dos autores cruciales: Karl Gustav Klemm (1802-1867) y Joseph Arthur de Gobineau (1816-1882). Ambos coincidían en que:

- a) todas las culturas de importancia tienen en su base simbiosis de razas;
- b) existen diferentes tipos humanos, que Gobineau denominó fuertes y débiles y Klemm activos y pasivos;
- c) las razas migran o, al menos, migran las activas;
- d) la migración lleva a la conquista de los fuertes sobre los débiles;
- e) como resultado de la conquista, las razas entran en una simbiosis que, por miscigenación o exterminio, acaba con la disolución de la raza activa conquistadora como una unidad diferente;
- f) cuando se disuelve la raza activa, desaparece la tensión política y

se establece una sociedad igualitaria (Banton, 1977:52). Imbelloni adhirió a estos postulados, y en artículos muy tempranos donde discutía con intelectuales pacifistas la situación de Europa y en especial de Italia a comienzos de la Primera Guerra Mundial, consideraba que:

“(en) cada pueblo debe *a priori* considerarse legítimo siempre el nacionalismo, y hasta su eventual imperialismo. Un pueblo, nos enseña la historia, que haya conseguido su madurez nacional, o sea un grado bastante firme de su proceso individuativo, puede acaso poseer todavía una tal reserva de fuerza afirmativa que deberá necesariamente proyectarla sobre el mundo exterior. Aquel pueblo tiende, entonces, hacia el imperio; pero, naturalmente, es otro tanto legítima la defensa de los demás contra el imperialismo” (1916:386).

Aquí el término raza es sustituido por el de nación, pero el principio rector es muy semejante. Al igual que para muchos pensadores del siglo XIX y buena parte del XX, Imbelloni consideraba que las razas, los Estados o las naciones, una vez estabilizadas y desarrolladas, indefectiblemente entraban en conflicto y en lucha. Queda manifiesto también la paradoja que consideramos al comienzo de este capítulo respecto al imperialismo y al anti-colonialismo como facetas de un mismo tipo de pensamiento<sup>91</sup>.

Si bien en los textos analizados Bórmida no cita a ninguno de estos autores alemanes, ellos deben haber ejercido alguna influencia directa o indirecta<sup>92</sup>. En su etapa anterior (la raciológica), la distinción entre razas activas y pasivas había sido muy clara y, en

---

91 Llama la atención la semejanza con una frase de Mussolini: “el fascismo ve en el espíritu imperialista, es decir, en la tendencia de las naciones a expandirse, una manifestación de su vitalidad. En la tendencia opuesta, cuando los intereses se limitan al propio país, ve un síntoma de decadencia. Los pueblos que se elevan y vuelven a elevarse son imperialistas, la renuncia es una característica de los pueblos en vías de extinción” (en Finchelstein, 2010:71). Téngase en cuenta que la cita de Imbelloni es de 1916 y la de Mussolini de 1932.

92 En un texto posterior considerará a Klemm, pero no como un teórico de la raza sino de la cultura, afirmando que es un antecesor de Tylor en lo referente a una definición moderna de ésta (Bórmida, 1958-59:311), e intenta revelar cómo el verdadero acuñador del concepto fue un alemán y no un británico, y cómo esto fue invisibilizado.



realidad, semejante al concepto de pueblo primitivo como *insignificante y pasivo*. En sus estudios sobre Pascua consideraba que el análisis somatológico y racial de los pobladores ofrecía indicadores irrefutables sobre ciertos procesos históricos y sociales que habían ocurrido en las islas. Por ende, el aspecto cultural estaba subordinado al racial. El análisis de Bórmida no era sociológico o cultural, sino raciológico. Al describir los relatos de exterminio entre los *Hanau-eepe*, finiquitados por los *Hanau-momoko* durante la guerra, concluía que se había tratado de una guerra de liberación. Pero entiéndase bien: no la liberación de un grupo de poder económico, político o cultural sobre otro, sino de una raza que oprimía a otra. La guerra entre los orejas largas y los orejas cortas había sido una guerra de emancipación racial, donde si bien la *aculturación* era posible, finalmente, cada raza implicaba una cultura. Este punto era central en su análisis: las razas eran portadoras de cultura, las había pasivas y activas y, una vez puestas en contacto, se destruían y mezclaban o imponían sus condiciones de existencia a otras razas a partir de las migraciones, las invasiones y la guerra.

Algo similar sostenía para las poblaciones prehistóricas de la Patagonia, pues “dentro del inevitable choque entre las dos culturas y las dos razas, los fuégidos debieron desempeñar un papel pasivo (ya que) fueron asimilados por los pámpidos o arrinconados definitivamente sobre la costa atlántica y en el extremo más meridional del continente” (Bórmida, 1953-54:96; mis paréntesis). Determinó entonces un choque entre unidades raciales-culturales (que como en el caso de los *Hanau-momoko* y los *Hanau-eepe*, resultaba inevitable) de las cuales una (la fuégida) era pasiva y susceptible de ser asimilada por la que podríamos suponer una raza activa: la pámpida.

Sabido es que la característica principal de las teorías racistas es establecer jerarquías raciales que se corresponden con jerarquías culturales y sociales. En nuestro caso, Bórmida establecía unidades de raza-cultura, algunas de las cuales serían más activas que otras, unidades racio-culturales que supuestamente serían motores del cambio en la prehistoria, y diferenciadas de otros contingentes que no habrían actuado debido a su atavismo cultural-biológico. El racismo que se desprende de esta postura es evidente ya que establece jerarquías de civilización fundadas en el concepto de raza. Si bien en el caso de los pueblos no occidentales Bórmida reconocía

pasivos y activos, frente a Occidente todos los no occidentales veían a ocupar una posición pasiva. Su pensamiento no sólo era racista, también era imperialista.

Después de 1956, Bórmida abandonó el concepto de raza y lo sustituyó por el de cultura. Pero como vimos en la cita más arriba (“el papel de los pueblos primitivos en la Historia propiamente dicha es insignificante y pasivo”), su concepción última no se modificaba: de ahora en adelante las pasivas y activas no serían las razas sino las culturas o los pueblos, y especialmente los pueblos primitivos (o “bárbaros”) respecto de Occidente. Así, el cambio de terminología no implicó necesariamente un pensamiento menos racista. El problema no estaba en la nomenclatura, algo que muchos pensadores, científicos e investigadores creyeron cuando después de la SGM decidieron desterrar el término raza (concepto biológico y que en la cosmología occidental se asocia a lo esencial, objetivo y verdadero) y promover el de etnia (asociado a lo cultural, subjetivo y construido socialmente).

## XI

Existe cierto paralelo entre lo que Said denominó Orientalismo con las concepciones de Bórmida y otros miembros de la EHC. Aunque Said no es claro en el concepto, en líneas generales afirmaba que Orientalismo es:

Un estilo de pensamiento que se basa en la distinción ontológica y epistemológica que se establece entre Oriente y Occidente; es un estilo occidental que pretende dominar, reestructurar y tener autoridad sobre Oriente [...] una cierta voluntad o intención de comprender –y en algunos casos, de controlar, manipular e incluso incorporar– lo que manifiestamente es un mundo diferente (alternativo o nuevo) [...] Es –y no sólo representa– una dimensión considerable de la cultura política e intelectual moderna, y, como tal, tiene menos que ver con Oriente que con nuestro mundo” (2002:21, 34, 35).

¿Podríamos denominar el análisis de la EHC y en especial de Bórmida como un “primitivismo”? Said dice que desde el momento mismo

en que occidente estableció una distinción radical entre Oriente y Occidente, estableció un abismo ontológico entre ambas entidades, que por otro lado, no quedó claro dónde empezaban y dónde terminaban. Por ejemplo, ¿el cristianismo corresponde a una ontología oriental u occidental? Desde el momento en que Bórmida estableció una distinción taxativa y jerárquica entre occidente y los pueblos primitivos, podríamos aplicar los mismos parámetros que Said al pensamiento orientalista y, por consiguiente, la misma falta de precisión.

En el caso de la EHC argentina, me parece peculiar el hecho de que, a diferencia del Orientalismo que describe Said, no es un pensamiento que se realizó desde alguna universidad, museo o centro de investigación metropolitano, sino desde un lugar periférico como lo fue, y lo es, la antropología argentina o incluso la italiana, si consideramos el origen de nacimiento de Bórmida y sus primeros pasos en raciología cuando estudiara con Sergio Sergi en Roma.

Los efectos de esta forma de razonamiento nos acompañan incluso en autores inesperados. Pongamos por ejemplo una frase harto conocida y discutida en varios círculos académicos, figura en el *Dieciocho Brumario de Luís Bonaparte* y pertenece a Karl Marx, quien afirmaba lo siguiente:

“existe entre los campesinos parcelarios una articulación puramente local y la identidad de sus intereses no engendra entre ellos ninguna comunidad, ninguna unión nacional y ninguna organización política, no forman una clase. Son, por tanto, incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre, ya sea por medio de un parlamento o por medio de una Convención. *No pueden representarse, sino que tienen que ser representados.* Su representante tiene que aparecer al mismo tiempo como su señor, como una autoridad por encima de ellos, como un poder ilimitado de gobierno que los proteja de las demás clases y les envíe desde lo alto la lluvia y el sol” ([1851-52]1973:134, mi énfasis).

¿No hay también aquí una dicotomía semejante a activo-pasivo? ¿Cómo es posible que un paladín de la reivindicación obrera de parte del siglo XIX y todo el siglo XX señalara también la existencia de sociedades y de grupos humanos más activos, y que limitara sólo a

algunos el carácter de sujetos históricos y motores de la historia? ¿Cuán lejos estaba en este aspecto Marx de un Klemm o un Bórmida?

El pensamiento racista, el nacionalista y el clasista comparten la idea de emancipación. En la Europa del siglo XIX se debatía fuertemente si lo que aglutinaba (y a veces oprimía) a los seres humanos era la raza, la clase o la nación; y si, por ende, la liberación debería ser de clase, nacional o racial. Así, tanto los intelectuales racistas del siglo XIX como los socialistas y marxistas sostenían dos conceptos semejantes: el de emancipación y el de agente, es decir, quién sería el agente activo (en el caso de la raza) o el sujeto histórico (en el caso del marxismo). Curiosamente, en ambos casos, el motor de la historia, el agente por naturaleza, era siempre el europeo. Para los racistas, el hombre blanco; para Marx y Engels, el obrero británico, o cualquiera que se le pareciera. En este sentido, es curioso cómo, para Marx, los habitantes de la India necesitaban de la presencia liberadora de los británicos, mientras que para Irlanda esa misma presencia se revelaba opresora. Para algunos intelectuales la emancipación sería racial, para otros, de clase y para otros, como Renan, nacional. En este sentido, el fascismo de Bórmida e Imbello ni compartía el ideal emancipador con los jóvenes de izquierda y con la antropología comprometida que se desarrollaría poco más de una década más tarde pero en su contra.

## XII

La EHC en la Argentina estuvo formada por diferentes antropólogos que no coincidían exactamente en todas sus premisas. Esto obedeció en principio a que, como toda teoría que está activa, lanzada al descubrimiento y a la innovación, no podían estar completamente claros cuales eran todas las premisas. Sin embargo, muchos importantes investigadores y profesores discutían desde el interior de ese marco. Esta unidad teórica iba más allá de eventuales posiciones políticas ya que, según vimos, no podemos reducir la EHC a la llamada derecha doctrinaria de comienzos del siglo XX.

También me interesa haber mostrado que la línea argentina no estaba aislada sino muy vinculada al mundo de la antropología germánica, italiana y al difusionismo francés. Vimos por último, que pensadores e investigadores que se adscriben a la derecha política pueden acometer y experimentar cambios. Lo cual enseña que no

debemos pensar el cambio y la estabilidad como sustancias diferentes, opuestas y en conflicto, sino como distintos momentos de un mismo movimiento. “Durar es cambiar”, como decía Tarde. Claro que podríamos discutir la “profundidad” de esos cambios. El debate sobre cambio estructural versus cambio coyuntural es interminable; sería relativamente sencillo alegar que el cambio de Bórmida fue más nominal que estructural. Pero debemos considerar que la evaluación sobre la profundidad e intensidad de un cambio, además de un problema teórico, es una herramienta ideológica. Tendemos a pensar que cualquier opositor sólo propondrá cambios coyunturales y superficiales, mientras que nosotros propondríamos cambios estructurales y profundos. Pero además, la profundidad o no de un cambio está en relación a la perspectiva y posición del que está evaluando ese cambio. Para los antropólogos que posteriormente se colocaron fuera de la EHC, como vimos al comienzo de este capítulo, el cambio de Bórmida parece imperceptible. Pero para investigadores insertos en el desarrollo de dicha escuela, como Vivante, dicho cambio era crucial y debía considerarse seriamente.

Como también señalé al comienzo de este capítulo, esto nos trae un problema muy caro a la antropología y a las ciencias sociales: cuanto más nos aproximamos a un fenómeno, más nos comprometemos con él, más nos afecta y más radical parece. Por eso, en vez de discutir la profundidad del cambio para finalmente llegar a la conclusión de que “los antropólogos comprometidos” de fines de los ’60 y comienzos de los ’70, habitualmente asociados con la antropología social, fueran quienes verdaderamente luchaban por un cambio, y volver así a caer en la distinción entre “sujetos activos comprometidos” con un cambio revolucionario y “sujetos pasivos” que sólo cambian para que nada cambie, como reza el famoso dicho, preferí partir de otros principios diferentes a los de la EHC y a los de la antropología comprometida. Digo “principios” porque justamente el problema está en el concepto de origen. Una de las soluciones al problema radica en tomar la noción de “infinitesimal”, o sea, considerar la diferencia como relación (y viceversa) y no como término (o unidad discreta) (Viana Vargas, 2006:20). Así, en vez de creer que en el comienzo está la pureza y la homogeneidad, convendría partir del principio de que “existir es diferir” (Tarde, 2006:73), y de que en vez de ver las diferencias a partir de saltos las analicemos en lo que tienen de infinitesimal. Lo importante es que Bórmida, a diferencia

de Vivante, se animó a cambiar. Cambió para durar. Los cambios que proponían los antropólogos más jóvenes eran más radicales e implicaban acabar con la EHC y con todos sus principios. Pero como vimos, no pudieron echar todo por la borda. Entre otras cosas, no dejaron de concebir un mundo poblado de sujetos activos que serían los liberadores de otros sujetos pasivos objetos de emancipación.

## Bibliografía

ARENAS, PATRICIA y ELVIRA I. BAFFI, (1991-92) “José Imbelloni: una lectura crítica”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. XX, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología.

BANTON, MICHAEL, (1977) *A idéia de raça*, Lisboa, Edições 70.

BARTOLOMÉ, LEOPOLDO, (1982) “Panorama y perspectivas de la Antropología Social en la Argentina”. En *Desarrollo económico*, Vol. 22, N° 87, Buenos Aires, pp. 409-420.

BÓRMIDA, MARCELO, (1951) “Algunas luces sobre la penumbrosa Isla de Pascua antes de 1722”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. IV, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología.

BÓRMIDA, MARCELO, (1951) “Somatología de la Isla de Pascua”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. IV, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología.

BÓRMIDA, MARCELO, (1953-54) “Los antiguos patagones. Estudio de craneología”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. VI, parte 1-2, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología, pp. 5-96.

BÓRMIDA, MARCELO, (1956) “Cultura y ciclos culturales. Ensayo de etnología teórica” en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. VII, parte I, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología, pp. 22-65

BÓRMIDA, MARCELO, (1958-59) “Bosquejo para una Historia general del pensamiento etnológico. II Parte. La antropología del materialismo”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol.

IX, parte 1-2, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología, pp. 51-98

BOSCHÍN, MARÍA, (1991-92) “Historia de las investigaciones arqueológicas en Pampa y Patagonia”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*. Vol. XX, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología, pp. 111-144

BRIONES, CLAUDIA y ROSANA GUBER, (2008) “Argentina: Contagious Marginalities”, en Poole, Deborah (ed.), *A Companion to Latin American Anthropology*, Oxford, Blackwell, pp.11-31.

CANALS FRAU, SALVADOR, (1956) “Reseña: Imbelloni J. ‘Rasentypen und Biodynamik von America’”, en *Historia Mundi*, Tomo I, pp. 188-203, Bern, 1952”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol.VII, parte 1, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología, pp. 130-133.

CARNESE, FRANCISCO; ALBERTO J.COCILOVO y ALICIA GOICOECHEA, (1991-92) “Análisis histórico y estado actual de la Antropología Biológica en la Argentina”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. XX, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología.

CLIFFORD, JAMES, ([1988]1995) *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*, Barcelona, Gedisa.

COMAS, JUAN, (1974) *Origen de las culturas precolombinas*, México, Secretaría de Educación Pública.

ESPÍNDOLA, JULIO CÉSAR, (1980) “Apropos of the Typological Model of Social Change: in Memory of Marcelo Bórmida”, en *Current Anthropology*, vol. 1, N° 3, pp. 329-355

FERRATER MORA, JOSÉ, (1999) *Diccionario de Filosofía*, Barcelona, Ariel.

FÍGOLI, LEONARDO H. G., (1990) *A ciência sob o olhar etnográfico. Estudo da antropologia argentina*, Tesis de doctorado (inédita), Brasilia, Universidade Nacional de Brasilia.

FINCHELSTEIN, FEDERICO, (2010) *Fascismo trasatlántico. Ideología, violencia y sacralizad en Argentina y en Italia, 1919-*



1945, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

GARBULSKI, EDGARDO O., (1992) “La antropología social en la Argentina”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. XX, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología.

GINGRICH, ANDRE, (2005) “Prelude and Overture: From Early Travelogues to German Enlightenment”, en F. Barth (comp.), *One Discipline, Tours Ways: British, German, French, and American Anthropology*, Chicago, University of Chicago Press.

GOLDMAN, MARCIO, (1999) “A experiência de Lienhardt: uma teoria etnográfica da religião”, en *Religião e sociedade*, 19(2), Río de Janeiro, ISER.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1992) “A cuatro décadas del comienzo de una etapa. Apuntes marginales para la historia de la antropología argentina”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. XX, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Ciencias Antropológicas.

GRÄBNER, FRITZ, ([1911] 1940) *Metodología etnológica*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata.

GUBER, ROSANA, (2007) “Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social porteña”, en *Revista Colombiana de Antropología*, 43:263-298.

GUBER, ROSANA, (2009) “Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía socio-antropológica en las periodizaciones de la antropología argentina”, en *Cuadernos del IDES* n.16, Buenos Aires.

GUBER, ROSANA y SERGIO VISACOVSKY, (1999) “Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, N° XXII-XXIII, Buenos Aires, pp. 25-53.

IMBELLONI, JOSÉ, (1916) “La bio-filosofía de la guerra y William Mackenzie”, en *Revista de Filosofía*, S/N, Buenos Aires.

IMBELLONI, JOSÉ, (1945) *La linfa de la Scienza nuova y sus manantiales*, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras.

INGOLD, TIM, (2002) “From the Perception of Archaeology to the Anthropology of Perception”, en *Journal of Social Archaeology*, vol

3, Londres, pp. 5-22.

KASZYCKA, KATARZYNA A.; GORAN ŠTRKALJ y JAN STRZAŁKO, (2009) “Current Views of European anthropologist on Race: Influence of Educational and Ideological Background”, en *American Anthropologist*, Vol. 111, N° 1, pp. 43-56.

LOWIE, R. H., ([1937]1974) *Historia de la Etnología*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

MALINOWSKI, BRONISLAW, (1985) “El mito en la psicología primitiva”, en *Magia, ciencia y religión*, Buenos Aires, Planeta-Agostini.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1958) *Pueblos y culturas de América*, Buenos Aires. Nova.

MARX, KARL, ([1851-52]1973) *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Buenos Aires, Polémica.

REYNOSO, CARLOS, (1998) *Corrientes en antropología contemporánea*, Buenos Aires, Biblos.

REYNOSO, CARLOS, (2006) *Antropología de la música. De los géneros tribales a la globalización*, Buenos Aires, Editorial SB.

RIVET, PAUL, ([1957]1974) *Los orígenes del hombre americano*, México, Fondo de Cultura Económica.

S/A, (1956) “Crónicas”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. VII, parte 1, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología, pp. 142-153.

SAID, EDWARD, ([1978]2003) *Orientalismo*, DeBolsillo, Barcelona.

SHAPIN, STEVEN y SIMON SCHAFFER, ([1985]2005) *El Leviatán y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

SILLA, ROLANDO, (2010) “Pureza de origen: la expedición argentina a Rapa Nui”, en *Estudios en Antropología Social*, Vol.1, N° 2, Buenos Aires, CAS-IDES, pp.17-35.

SILLA, ROLANDO, (2012) “Raza, raciología y racismo en la obra de Marcelo Bórmida”, en *Revista del Museo de Antropología*, Córdoba, pp. 65-76.

TARDE, GABRIEL, ([1895]2006) *Monadología y sociología*, Buenos Aires, Cactus.

TENTORI, TULLIO, (1950) “Italia, la actividad etnológica en el último decenio”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. III, parte 1-2, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología, pp. 282-286.

TISCORNIA, SOFÍA y JUAN CARLOS GORLIER, (1984) “Hermenéutica y fenomenología: exposición crítica del método fenomenológico de Marcelo Bórmida”, en *Etnia*, N° 31, Olavarría, pp. 20-38.

PALAVECINO, ENRIQUE, (1950) “Reseña: Count, Earl W, This is race. An Anthology Selected from the International Literature on the Races of Man. Henry Schuman Editor. New York, 1950. 747 pp.”, en *Lo andino y lo amazónico en el Noroeste argentino* (J. Imbelloni), sobretiro del Tomo XIII del Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, México.

VARGAS, EDUARDO VIANA, (2006) “Multiplicando los agentes del mundo: Gabriel Tarde y la sociología infinitesimal”, en Gabriel Tarde, *Monadología y sociología*, Buenos Aires, Cactus

VISACOVSKY, SERGIO y ROSANA GUBER, (2006) “The Birth of “ciencias antropológicas” at the University of Buenos Aires, 1955-1965”, en *Histories of Anthropology. Annual*, Vol. 2, Ed. by Darnel y Gleach, University of Nebraska Press.

VIVANTE, ARMANDO, (1958-59) “Revisionismo en la Etnología”, en *Runa. Archivos para la ciencia del Hombre*, Vol. IX, parte 1-2, Buenos Aires, UBA, FFyL, Instituto de Antropología.

### **Otras fuentes**

(1986) Algunas consideraciones sobre el contenido del expediente 012/86 del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas Titulado: “Centro Argentino de Etnología Americana. Informe de la Comisión ad-hoc de la Comisión Asesora en Antropología, Historia, Geografía y Urbanismo del CONICET”.



## 4. ¿Cómo se abandona una teoría? Un enfoque bibliográfico

*Susana Luco*

### Introducción

En abril de 1984, los arqueólogos platenses Mirta Bonnín y Andrés Laguens publicaron en *Relaciones*, la revista oficial de la Sociedad Argentina de Antropología (en adelante SAA), un artículo<sup>93</sup> en el que indagaban estadísticamente las referencias de orden teórico-metodológico más citadas en la bibliografía utilizada en los trabajos de investigación arqueológica publicados entre 1970 y 1982 en las revistas especializadas *Relaciones* de la SAA ( entre 1970 y 1981/82) y *Anales de Arqueología y Etnología* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo (entre 1961 y 1977/78)<sup>94</sup>. El creciente interés de los jóvenes investigadores por problematizar las bases teóricas que habían sostenido la producción arqueológica argentina (Boschín-Llamazares 1984, Fisher 1986-87) registraba un temprano antecedente en el artículo del arqueólogo Víctor Núñez

---

93 *Relaciones XVI* (Nueva Serie) de la Sociedad Argentina de Antropología (1984-1985).

94 El trabajo citado consideró dos unidades de referencias. Originales y citas, y de acuerdo a estas se determinaron un total de 11 categorías clasificatorias de primer y segundo orden. Se detallan a continuación las de primer orden por estar vinculadas al tema central del presente trabajo: Teoría, Síntesis, Informe de sitio, Estudio técnico, periodificación, Otras ciencias, Antropología, etnohistoria y enfoque ecológico.

Regueiro (1971)<sup>95</sup>, en el que, asignándole un estado de crisis a la producción arqueológica local, este autor indagaba su causalidad en el contexto mayor de la producción disciplinaria de Sudamérica. En consonancia con esta preocupación en expansión y apoyados en las referencias bibliográficas más empleadas por la comunidad científica local, Laguens y Bonnín orientaron su investigación en razón de conocer no sólo “la posición teórica del investigador, el desarrollo y cambio de interés temático de la disciplina a través del tiempo”, sino también en razón de “observar en larga duración las tendencias, posiciones teóricas e intereses dominantes en un tiempo determinado” (Laguens-Bonnín 1984: 8). Sus resultados señalaban una baja incidencia de los trabajos de índole teórica en general para ambas muestras (6% para lo publicado en *Relaciones* y 4% para los trabajos publicados en *Anales de Cuyo*) y, a su vez, una mayor incidencia de los de índole teórico-metodológica por sobre los estrictamente teóricos, que emergían con mayores citas. Así lo demostraba el hecho de que el denominado *Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos*, un informe metodológico presentado por el arqueólogo patagónico Carlos Aschero al CONICET en 1974, alcanzara a situarse como el trabajo más citado de los publicados entre 1960 y 1982.

En este mismo sentido, como señalamos en un trabajo anterior (Luco, 2010a), entre 1975 y 1983 se llevó a cabo un cambio del paradigma teórico dominante al interior de la subdisciplina arqueológica de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Este cambio revistió el carácter de un proceso ya que se desplegó en dos instancias: una primera de “quiebre metodológico” y una segunda de “ruptura teórica”. La determinación del quiebre de orden metodológico alude, precisamente, a la instalación y circulación académicas del informe de Aschero de 1974, una taxonomía del material lítico de Patagonia que la investigación de Laguens y Bonnín ubica como el más citado y, agregaríamos, el más utilizado por los colegas nacionales.

Los cuestionamientos a las prácticas dominantes de la arqueología nacional de entonces, propiciados por los estudiantes y practicantes de la década de 1970, fueron el correlato local de la nove-

---

95 “Conceptos teóricos que han obstaculizado el desarrollo de la arqueología en Sud-América”.

dosa direccionalidad epistemológica que la *New Archaeology* le venía imprimiendo a la práctica arqueológica mundial desde los tempranos '60 y que el *establishment* arqueológico porteño no había incluido en su bibliografía arqueológica oficial. No obstante, la *New Archaeology* ingresó al ámbito disciplinar argentino y alcanzó los mayores adeptos y su máxima repercusión a fines de 1970 entre buena parte de los practicantes, los jóvenes docentes y los graduados recientes que iniciaban sus investigaciones en la región de Patagonia desde la licenciatura antropológica de la UBA. La calurosa aceptación de este nuevo paradigma en la Universidad porteña se debió a las posibilidades teórico-metodológicas que brindaba al mostrar, en el trabajo de campo, la pérdida de efectividad del paradigma oficial preexistente implantado desde la institucionalización misma de las Ciencias Antropológicas en la UBA (1958).

La inclusión de la literatura especializada de la nueva perspectiva epistemológica en la formación de grado de la arqueología porteña, a consecuencia del cambio de paradigma, fue un proceso complejo y diverso que no fue operado desde el exterior como la mera importación de nuevos modelos, sino que fue llevado adelante por arqueólogos socializados en la Escuela Histórico-Cultural desde el interior mismo de la unidad institucional que administraba la formación y práctica de la subdisciplina arqueológica porteña (Luco, 2010).

Si las referencias bibliográficas contenidas en un trabajo de investigación o en la conformación de un programa destinado al dictado de un curso universitario permiten acceder a la postura epistemológica del investigador/autor tanto como a la vigencia y representatividad de un discurso paradigmático; el cotejo de algunos de los cambios bibliográficos operados en las asignaturas arqueológicas permite, como el que plantea el presente artículo, conocer cómo se fue dando el paulatino abandono de la perspectiva teórica de la Escuela Histórico-Cultural. Consecuentemente, en esta presentación nos proponemos comenzar también una indagación sobre cómo se inició, en el ámbito local, la construcción de una bibliografía propia que reflejara los postulados de la nueva perspectiva teórica anglosajona en acuerdo con las características del campo patagónico como resultado de la conjugación, desde la perspectiva de los arqueólogos dedicados a esta área, de un ajustado proceso local de selecciones, adecuaciones y reformulaciones de ese nuevo marco interpretativo.

## **1. El campo arqueológico patagónico en el marco de la enseñanza estatal de la carrera de ciencias antropológicas de la UBA**

A consecuencia de la dinámica de la organización político-institucional, en la Argentina la formación académica de la subdisciplina arqueológica sólo puede efectuarse en la universidad pública. De tal forma, la arqueología argentina ha debido resolver en distintos momentos de su historia como disciplina un vínculo de relación y tensión entre la academia entendida como campo disciplinar funcionando en la universidad pública y la política en tanto trayectoria institucional de la Argentina (Luco, 2010). Además de esta consecuencia política resultante del hecho de que la formación arqueológica sólo sea impartida por universidades estatales, hecho que, por otra parte, ubica a los arqueólogos tanto en sus espacios de investigación, predominantemente en el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICET) o de enseñanza (universidades) como personal del estado en su doble rol de docentes e investigadores, esta particular instancia dirige, ata y moldea la reproducción disciplinar de la arqueología a este único espacio: el estatal. Por consiguiente, las distintas instancias de la formación profesional –la enseñanza en las aulas universitarias administrando conocimientos teóricos y metodológicos, la realización del trabajo de campo y su correspondiente producción bibliográfica, el otorgamiento y recepción de becas de estudio e investigación y el ingreso a la carrera de investigador– estaban íntimamente relacionadas y formaron un mismo “conjunto académico”. Dentro de este conjunto y de acuerdo a los fines buscados por este trabajo, nos detendremos en su instancia bibliográfica.

La reproducción del discurso arqueológico utilizado en la formación universitaria se erige a partir de las dos instancias que organizan el quehacer arqueológico: la del trabajo de campo y la de la sustentación de teoría, generando cada una cierta bibliografía diferenciada. La bibliografía metodológica nutrida de los resultados de la práctica arqueológica de campo<sup>96</sup> con la que se conforman los datos y la bibliografía de índole estrictamente teórica que encauza a dicha práctica. El ítem bibliográfico es la materia prima del conjunto

---

96 Nos referimos a artículos de diversa índole, tales como los referidos a informes de avance de una investigación de una región determinada, los primeros informes de un sitio, los estudios técnicos o trabajos que plantean cuestiones de dataciones, etc.



académico y el propulsor de la reproducción de la disciplina. Por su intermedio los investigadores ponen en circulación, dentro de la comunidad académica, los resultados de sus propias investigaciones basados en sus trabajos de campo, y se constituyen a su vez en nueva bibliografía para otras investigaciones. Pero al mismo tiempo y en virtud de su rol docente, los investigadores son también receptores o usuarios de los productos de las investigaciones de campo de sus colegas, que incluyen en la bibliografía de la asignatura que tienen a su cargo. Estos trabajos de investigación que conforman la bibliografía de orden metodológico y técnico son el material de enseñanza universitaria y componen la bibliografía obligatoria, complementaria o supletoria de las asignaturas con las que se forma a los nuevos profesionales. En atención a nuestro objetivo de deslindar cómo fue que se abandonó la perspectiva histórico-cultural en la enseñanza y práctica de la arqueología patagónica a causa del cambio de paradigma promovido entre 1975 y 1983 a través de la bibliografía de las asignaturas arqueológicas de la licenciatura porteña, presentaremos brevemente algunas características de la enseñanza universitaria de la disciplina de esos años.

## **2. Bibliografía de autor.**

### ***La bibliografía histórico-cultural “viva”***

En 1948, el prehistoriador austriaco Oswald Franz Ambrosius Menghin (1888-1973) arribó a la Argentina valiéndose de la política de puertas abiertas promovida por el Estado argentino a favor de migrantes académicos europeos que, como él, se instalaron en el país al término de la Segunda Guerra Mundial, en este caso, a consecuencia de sus compromisos ideológico-políticos con el nacional socialismo. Menghin se había doctorado en 1910 en Filosofía en la universidad de Viena con especialización en Prehistoria y fue docente e investigador de esta especialidad en las universidades de El Cairo y de Barcelona (1939). Tras su llegada al país, Menghin fue nombrado profesor en el Instituto de Antropología de la UBA y más tarde, en 1958, al crearse la Licenciatura de Ciencias Antropológicas en la UBA, fue contratado como profesor Extraordinario, cargo que ejerció al frente de la cátedra de Prehistoria General y del Viejo Mundo correspondiente al segundo año de la carrera, hasta su retiro en 1968. Fue docente, además, de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de Universidad Nacional de La Plata en una cátedra de Prehistoria.

En su migración académica, Menghin transportó la concepción culturalista del difusionismo de la Escuela de Viena y transplantó los principios teóricos promovidos por el etnólogo austriaco Wilhelm Schmidt (1868-1954) y el etnólogo alemán Fritz Graebner (1877-1925). Si bien en sus inicios investigativos en la Argentina Menghin abordó problemáticas arqueológicas de diversas regiones, tal como lo demuestran artículos referidos al Altoparanaense (Menghin 1955/1956), al poblamiento histórico de Misiones (Menghin 1957) o al compartido con Alberto Rex González en el yacimiento cordobés de Ongamira (Menghin 1954), el prehistoriador vienés concentró sus investigaciones prehistóricas en las regiones de Pampa, donde compartió el trabajo de campo con su joven colaborador, el antropólogo romano Marcelo Bórmida (Menghin-Bórmida 1950), y de Patagonia, donde desarrolló la mayor parte de su producción académica y en la que se centra el presente trabajo.

La filiación difusionista de Menghin lo llevó a trazar una concepción ecuménica del desarrollo cultural con la que la prehistoria americana debía ensamblarse. Puesto que, según los difusionistas, el desarrollo cultural americano presentaba caracteres “conservativos y arcaizantes”<sup>97</sup>, Menghin debió adoptar una nomenclatura apropiada a este “peculiar carácter de la evolución cultural” del nuevo continente para detallar su desarrollo cultural. Según esta perspectiva teórica “el hombre” era originario del Viejo Mundo y su llegada a América se habría producido en oleadas sucesivas que ingresaron por distintas vías, produciendo “un verdadero mosaico cultural y racial”. Ante la necesidad de interpretar tal realidad, la perspectiva histórico-cultural se valía, desde el punto de vista de la arqueología prehistórica, de una clasificación cronológica que contemplaba una primera cultura indiferenciada y tres grandes reinos culturales posteriores –el del hueso, el de las lascas y el de las hachas de mano, así como de una clasificación tecnológica de los artefactos líticos–. Al inicio de su investigación prehistórica en Pampa y Patagonia, Menghin enfatizó los conceptos de contacto e intercambio cultural para explicar el cambio cultural alineando su búsqueda de evidencia material que le permitiera dar cuenta de las dispersiones mundiales en ambas regiones argentinas.

---

97 La expresión encodillada por nosotros ha sido extraída de la página 18 de la guía número 4 (Las culturas prehistóricas americanas) correspondiente a la sección Prehistoria y Arqueología de la asignatura “Introducción a las Cs Antropológicas” firmada por la Prof. Marta Pastore, discípula de Amalia Sanguinetti de Bórmida.

Hasta su llegada a la Argentina, Menghin se desempeñaba como docente e investigador en prehistoria histórico-cultural nutriendose de bibliografía afín a esta perspectiva y produciendo, a su vez, bibliografía en la misma clave. A poco de su arribo fue anexado al sistema reproductor de la disciplina nacional gracias al apoyo del antropólogo italiano José Imbelloni (1885-1967), ya posicionado en el país desde 1930, merced a su trabajo científico en universidades y museos argentinos (ver Carrizo en este volumen). En 1958 la incorporación de Menghin consolidó su legitimidad con la creación de la licenciatura porteña. Su trayectoria académica en la Argentina condensó una peculiar instancia bibliográfica pues mientras, por un lado, trajo consigo artículos e informes en clave histórico-cultural, publicados en academias del extranjero de los que él mismo era su autor, por el otro y ya aquí, fue productor de una nueva bibliografía que generaba *in situ* literatura ajustada al producto de sus trabajos de campo en las áreas de Pampa y Patagonia. De tal forma, la teoría histórico-cultural que migró con Menghin a la Argentina recibió en el traslado un cambio de campo; consecuentemente el soporte teórico se relocalizó.

El plan de 1958 que dispuso la creación de la licenciatura en Ciencias Antropológicas en la UBA ofrecía 4 asignaturas troncales para aquellos estudiantes que optaran por la formación en arqueología prehistórica: la parte correspondiente a esa especialidad incluida en la cátedra Introducción a las Ciencias Antropológicas y las asignaturas Prehistoria y Arqueología Americana, Prehistoria del Viejo Mundo también conocida como Prehistoria General y del Viejo Mundo, el Seminario de Arqueología Americana y finalmente el cursillo de especialización. Menghin tomó a su cargo el dictado junto a los arqueólogos argentinos Fernando Márquez Miranda (1897-1961) y Ciro Rene Lafón (1923-2006). Como señalamos más arriba, la elección de determinados autores e investigaciones para el dictado de diversas asignaturas universitarias se nos ofrece como una vía de acceso al posicionamiento alcanzado por determinada perspectiva teórica así como el alcanzado por los actores que, como en el caso de Menghin, delinearon el campo disciplinar arqueológico del Buenos Aires de entonces, integrando el heterogéneo panorama de lo que usualmente se conoce en arqueología como la perspectiva “histórico-cultural”.

## Plan 1958 según Resolución 505/1958

|                     |                                            |
|---------------------|--------------------------------------------|
| Ciclo introductorio | Introducción a la Filosofía                |
|                     | Introducción a la Historia                 |
|                     | Introducción a la Sociología               |
|                     | Introducción a las Ciencias Antropológicas |
| Materias básicas*   | Introducción a la Geografía                |
|                     | Folklore General                           |
|                     | Etnología General                          |
|                     | <b>Prehistoria y Arqueología Americana</b> |
|                     | Antropología                               |
|                     | <b>Prehistoria del Viejo Mundo</b>         |
|                     | Etnografía Extraamericana                  |
|                     | Etnografía Americana                       |
|                     | Folklore Argentino                         |
|                     | Técnica de la Investigación                |
|                     | <b>Seminario de Arqueología Americana</b>  |
|                     | Seminario de Etnología Americana           |
|                     | Seminario de Folklore                      |
|                     | Sociología Sistemática                     |
|                     | Lingüística                                |
|                     | Geografía Humana                           |
| Antropología Social |                                            |

|                                |                                    |                                                                |
|--------------------------------|------------------------------------|----------------------------------------------------------------|
| Materias complementarias**     | de proyección etno-histórica       | Historia de América I                                          |
|                                |                                    | Historia de América II                                         |
|                                |                                    | Historia Argentina I                                           |
|                                |                                    | Historia Argentina II                                          |
|                                |                                    | Historia Antigua I Oriente                                     |
|                                |                                    | Historia Antigua II Clásica                                    |
|                                |                                    | Introducción a la Literatura                                   |
|                                | de proyección antropológico-social | Teoría sociológica                                             |
|                                |                                    | Introducción a la Psicología Social                            |
|                                |                                    | Psicología social                                              |
|                                |                                    | Elementos de Metodología y Técnicas de la Investigación Social |
|                                | de proyección etno-filosófica      | Filosofía de las ciencias                                      |
|                                |                                    | Antropología filosófica                                        |
|                                |                                    | Filosofía de la historia                                       |
|                                |                                    | Historia de la filosofía antigua                               |
|                                | de proyección bio-psicológica      | Biología I                                                     |
|                                |                                    | Psicología General                                             |
|                                |                                    | Psicología Evolutiva I                                         |
|                                |                                    | Psicología Profunda                                            |
|                                | de proyección antro-geográfica     | Aerofotointerpretación                                         |
| Geología                       |                                    |                                                                |
| Geografía Física Argentina     |                                    |                                                                |
| Ciencias y Técnicas Auxiliares |                                    |                                                                |
| cursillo de especialización*** |                                    | <b>Arqueología</b>                                             |
|                                |                                    | Etnología                                                      |
|                                |                                    | Folklore                                                       |

Para mostrar el paulatino abandono que buena parte de la comunidad arqueológica patagónica hizo de la bibliografía teórica histórico-cultural en favor de la nueva corriente anglosajona de la *New Archaeology*, dividiremos la bibliografía utilizada en la enseñanza y práctica de esta subdisciplina en tres momentos diferentes.

El primero incluye la bibliografía utilizada en las asignaturas de segundo año de la licenciatura porteña Prehistoria General y del Viejo Mundo y Prehistoria y Arqueología Americana<sup>98</sup> para el período de 1958 -1983, por corresponder al pleno auge de la corriente “oficial” histórico-cultural, el segundo momento incluye la emergencia de la Tipología de Aschero y la bibliografía inicial de Ergología y Tecnología, una asignatura de la especialización arqueológica cuya titularidad ejerció Aschero (quinto año de la carrera), temporalmente transicional ya que fue dictada por primera vez en 1979; finalmente, en el tercer momento, identificaremos algunos reemplazos y adiciones hechos a la bibliografía de las tres asignaturas ya mencionadas así como de Arqueología Argentina y Modelos y Métodos de análisis en Economía Prehistórica, dos nuevas asignaturas representativas del nuevo plan de estudios instituido a partir del regreso democrático en 1984. Con esta fragmentación procuramos mostrar la incorporación paulatina de la literatura procesual a la estructura institucional de la enseñanza y de la práctica de la arqueología en la licenciatura, que primero incluyó la de autoría extranjera y, más tarde, la de producción teórica nacional sobre Patagonia, trazándose así en gran medida, el abandono de la literatura teórica precedente.

Con el repaso de la presencia de la producción de Menghin en el corpus bibliográfico de Prehistoria General y del Viejo Mundo y de Prehistoria y Arqueología Americana, pretendemos señalar las dos instancias de lo que hemos llamado la “bibliografía viva” de la producción académica de Menghin. Si bien la primera asignatura escapa al objetivo de este artículo vinculado a bibliografía acerca de Patagonia, se incluye porque muestra lo que este profesor traía consigo y que conforma el material con que se sustentó la enseñanza de la prehistoria tradicional europea, basamento inicial de la enseñanza en la licenciatura. Por su parte, Prehistoria y Arqueología Americana refleja la bibliografía histórico-cultural menghiniana producida a partir del nuevo campo proporcionado por las regiones de Pampa y de Patagonia y de la que focalizaremos sólo en la correspondiente a Patagonia. Prehistoria General y del Viejo Mundo tuvo a Menghin como profesor titular entre 1959 y 1968. En los primeros años de su

---

98 A través del plan de 1976 según Resolución 153/76, los objetivos de la asignatura Prehistoria y Arqueología Americana se desdoblaron en Prehistoria y Arqueología Americana I y Prehistoria y Arqueología Americana II. La primera de ellas abordaba el estudio de las sociedades cazadoras del continente americano, en tanto la segunda cubría los planteos arqueológicos de las llamadas altas culturas o sociedades complejas.

dictado apeló a una literatura específica con la que, en formato de manuales clásicos y grandes síntesis, introducía a los estudiantes en los autores y en los conceptos generalistas acordes a la perspectiva ecuménica-difusionista correspondiente al estudio prehistórico de los continentes de Asia y África y Viejo Mundo (Europa)<sup>99</sup>. Dentro de esa literatura específica incluyó, como bibliografía obligatoria o complementaria, algunos de sus trabajos más ecuménicos y, desde la perspectiva teórica difusionista, los de índole más especulativa, tales como: *El hombre del Paleolítico y Origen y desarrollo racial de la especie humana*, ambos del año 1950, *Weltgeschichte der steinzeit* (Menghin 1931), *La humanidad fósil alpina en la época glacial* que había publicado en Madrid (Menghin 1938), y *Sobre la cronología del Neolítico en Egipto* (Menghin 1966). Promediando la década de 1960 se sumaron a esta bibliografía de cátedra autores de la academia francesa de perfil tipológico cultural y que pasaron a engrosar la estructura bibliográfica de esta y otras cátedras histórico-culturales de la especialización tales como François Bordes, Denise de Sonneville-Bordes y Annette Lamming Emperaire.

Por su parte, Prehistoria y Arqueología Americana, cuya titularidad mantuvo Menghin hasta su retiro en 1968, constaba de dos partes. La general introducía un tema aún vigente en la arqueología de hoy, el poblamiento americano, al que la cátedra presentaba

---

99 La estructura bibliográfica y el contenido curricular de esta asignatura descansaba en los trabajos de investigación desarrollados por el propio Menghin. El propósito era, desde la perspectiva del prehistoriador vienés, presentar las grandes épocas de la Prehistoria europea con su tradicional división en fases temporo-culturales: Protolítico o de las culturas básicas, Miolítico o de las culturas constitutivas, Protoneolítico o de las culturas compuestas, Mixoneolítico o de las culturas complejas y la más tardía “época o edad de los metales” correspondiente a las llamadas culturas protohistóricas. Dentro de esta asignatura se impartían también los fundamentos geológicos del período Cuaternario y sus dos etapas Pleistoceno y Holoceno, así como también las nociones sobre la paleoantropología y la paleoarqueología. De acuerdo a los programas consultados para esta investigación los mismos incluían en su parte general los siguientes textos: “La Prehistoire de l’Afrique” de Alimen (1955), “La Historia Universal” de Almagro (1960), “The Prehistory of South Africa” de Clark (1959), “The Danube in Prehistory” de Gordon Childe (1929), “Les hommes de la Pierre ancienne” de Breuil y Lantier (1951), “The Prehistory of Eastern Europa” de Gimbutas (1956), “Circumpolar stone age” de Gjessing (1944), “The Stone Age of Northern Africa” de Mac Burney (1960), “Glacial Geology and the Pleistocene epoch” de Flint (1947), “El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad” de Obermaier-García Bellido y Pericot (1954), Zeuner “Dating the past” (1953), “Archaeology in the U.S.S.R.” de Mongait (1961) y “The Lower Paleolithic Cultures” of South and Western Asia” de Movius (1948).

mediante tres posturas: la discusión Hrdlicka/Ameghino, sustentada por dos trabajos de Márquez Miranda “Ameghino. Una vida heroica” (1951) y “Asia and North America, Transpacific contacts”<sup>100</sup>, la teoría de Paul Rivet a través de *Les océánides* publicado por la Universidad de Tucumán (1945) y, finalmente, el punto de vista de los histórico-culturales, apoyado en un trabajo de Márquez Miranda “Fritz Graebner y el método etnológico”, notas publicadas en la Universidad de La Plata en 1941. La “parte especial” de la asignatura sumaba dos segmentos: “las grandes culturas americanas” (Maya, Chibcha, Muisca, Chimú, Chancay, Tiahuanaco, Incas) y las sociedades complejas de la región del noroeste argentino (Atacama, Omahuaca, Diaguita, Chaco-santiagoña) y las cazadoras de Pampa y Patagonia. Es precisamente en esta segunda parte donde nos detendremos, ya que es aquí que se visibiliza esta suerte de condensación bibliográfica “viva”, encarnada en Menghin un profesor/autor presencial y de la que se fueron despegando las nuevas generaciones de arqueólogos patagónicos a partir de la segunda mitad de la década de 1970.

Menghin llevó adelante siete campañas arqueológicas en territorio argentino. Con sus resultados sistematizó, en un esquema conceptual de periodizaciones, el poblamiento temprano de la región patagónica. Esta sistematización se constituyó en el esquema “oficial” con el que recibieron su formación de grado las sucesivas cohortes de arqueólogos patagónicos desde el primer plan de la licenciatura en 1958 hasta el plan de 1984 que reorganizó la carrera tras el regreso democrático. Su correlato bibliográfico fueron artículos que, con el formato de trabajos de investigación, pasaron a engrosar las citas bibliográficas de los trabajos de investigación y el corpus bibliográfico de las asignaturas de la Licenciatura. Estos, como otros artículos de investigación, fueron dados a conocer en publicaciones especializadas en el desarrollo del campo antropológico del ámbito nacional. *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, fundada por Imbelloni en 1948 cuando dirigía el Instituto de Ciencias Antropológicas (ICA) de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y *Anales de Arqueología y Etnología* de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo, revista del Instituto de Arqueología y Etnología de dicha institución creado en 1940 bajo la gestión del Profesor Salvador Canals Frau,



eran espacios universitarios para la publicación académica antropológica y de sus subdisciplinas. En tanto, *Acta Praehistórica*, creada por Menghin con el apoyo de un mecenas en el contexto del Centro Argentino de Estudios Prehistóricos (Barberena, 2008)<sup>101</sup> y *Relaciones*, de la SAA, constituían espacios editoriales de sociedades o centros de investigación de la disciplina. La importancia y el prestigio académicos obtenidos por estas instancias editoriales alcanzaban a quienes publicaran en sus páginas.

Si es factible hablar de una jerarquía o categoría entre los textos académicos, fueron “Las pinturas rupestres de la Patagonia” (Menghin, 1952a), “Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia” (Menghin, 1952b), “Prehistoria de los indios canoeros” y “Estilos de arte rupestre de Patagonia” (Menghin, 1957) los que alcanzaron la categoría de textos centrales de la enseñanza y la práctica arqueológicas de entonces, debido a su perdurable inclusión como bibliografía de Prehistoria y Arqueología Americana a través de sus sucesivos programas –incluso después de 1984– y como citas bibliográficas de artículos de investigación. Del mismo modo, otro grupo de artículos de Menghin se hicieron acreedores del mismo rango jerárquico, debido a su permanencia en los programas de esta asignatura. Son aquellos de índole extra-patagónica pero que integraban la postura teórica de Menghin con respecto al lugar ocupado por América en el desarrollo cultural de la ecúmene: “Relaciones transpacíficas de América precolombina” (Menghin, 1957), “Vorkgeschichte Amerikas” (Menghin, 1957a), “Das protolithikum in Amerika” (Menghin, 1957b) escrito en alemán y traducido por Osvaldo Chiri, e “Industrias de morfología protolítica en Suramérica” (Menghin, 1963)

De acuerdo a los resultados estadísticos consignados por Laguens y Bonnin, “Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia” de Menghin, catalogado en ese esquema estadístico dentro de la categoría de “Síntesis o resumen de un área” así como de “Periodización” por establecer secuencias relativas o absolutas, alcanzó a ser el tercer título más citado en *Relaciones* (1970 y 1981/82), mientras que “Estilos de arte rupestre”, señalado como “Estudio técnico”, ocupó el cuarto lugar en *Relaciones* y el primero

---

101 En esta publicación donde se presentaban resúmenes de artículos en castellano y alemán, Menghin publicó algunos de sus trabajos, cuya traducción estuvo a cargo del Prof. Osvaldo Chiri (Menghin, 1958).

en *Anales de Arqueología y Etnología* (1961-1977/78), además de ser consignado como el más citado en la suma de ambas muestras en esas categorías.

Más allá de reseñar la inclusión de alguno de los trabajos del prehistoriador vienés entre los más citados en los trabajos de investigación arqueológica publicados entre 1970 y 1982, las conclusiones de Laguens y Bonnin enfatizan la baja representatividad teórica de la producción histórico-cultural menghiniana, argumento central de las críticas esgrimidas por los jóvenes arqueólogos que desde la segunda mitad de la década de 1970 se venían apartando de la producción bibliográfica de Menghin y demandando un cambio de clave teórica.

En atención al orden consignado para este artículo, veremos a continuación el segundo de los momentos, que corresponde a una suerte de transición bibliográfica operada tanto por el surgimiento e instauración de la “Tipología de Aschero”, en el proceso de abandono bibliográfico del paradigma histórico-cultural, como por la conformación de la bibliografía inicial de la asignatura “Ergología y Tecnología”, cuya titularidad compartió Aschero con su colega, la arqueóloga patagónica Ana Margarita Aguerre.

### **3. La bibliografía metodológica. Los “usos” nativos de la bibliografía histórico-cultural**

El diseño conceptual con el que Menghin introdujo, a fines de la década de 1950, la bibliografía correspondiente a la formación de grado de la licenciatura porteña establecía una correspondencia directa entre secuencias arqueológicas y secuencias culturales. En los primeros años de la década siguiente y para ampliar la perspectiva de interpretación basada en correlaciones culturales directas entre los grupos humanos del paleolítico y su “equipamiento material”, se incorporó a la enseñanza oficial de las cátedras el recurso metodológico-arqueológico de la tipología<sup>102</sup>, que el prehistoriador francés François Bordes<sup>103</sup> (1919-1981) había elaborado sobre la base de los

---

102 Este extendido recurso fue utilizado por las escuelas académicas de las arqueologías estadounidense, francesa y alemana para clasificar, ordenar y analizar los artefactos líticos y así interpretar el uso que se les había acordado en el pasado más remoto.

103 Estudió en Toulouse, en Burdeos y en París, doctorándose en Ciencias Naturales. Fue parte del CNRS entre 1945 y 1955 y titular de las materias de Geología

materiales de yacimientos del Paleolítico inferior y medio del Viejo Mundo –Pech-de l’Azé, Combe-Grenal y Corbiac– y que fue de aplicación inmediata a los materiales locales provenientes de la región patagónica. Pero una década más tarde, esa directa aplicación de herramientas metodológicas foráneas al material patagónico comenzó a naufragar y la validez y la representatividad de este diseño menghiniano fueron puestas en cuestión. En esa trama de intereses académicos y en plena vigencia de las nociones clasificatorias de Bordes aplicadas a los utensilios prehistóricos patagónicos, Aschero, “arqueólogo patagónico” socializado en el sistema histórico-cultural de “pensar lo tipológico” pero comprometido con su propia práctica de campo y de gabinete, incorporó otras perspectivas clasificatorias (Brian H. Wormington y B. Bagolini) con vistas a elaborar un criterio conceptual que le permitiera generar una clasificación más ajustada de la tecnología empleada en la manufactura lítica. El resultado de su búsqueda fue la presentación en 1974 de su Tipología titulada *Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos*. Allí, Aschero hacía una síntesis de las observaciones morfológicas sobre conjuntos líticos procedentes de distintas regiones del país. Su objetivo era “ahondar el análisis comparativo utilizando una nomenclatura especificada y sistematizada [...] que fuese común y que permita acceder a distintos niveles de comparación morfológica y una cierta gama de inferencias” (Aschero, 1975:1). Tres años después y en el marco del dictado de un seminario sobre Patagonia, Aschero fue más allá y puso a prueba no sólo la eficacia de su tipología sino también la representatividad histórico-cultural, al revisar junto a un grupo de estudiantes la caracterización de la industria patagoniense, definida por Menghin e incorporada a la bibliografía que unos párrafos más arriba mencionábamos como parte integrante del equipaje teórico difusionista (Menghin, 1952, 1957a, 1957b).

Si bien es cierto que su iniciativa era de preferencia técnico-metodológica, Aschero revelaba ya algunas discrepancias con los planteos difusionistas en los que se había formado. La instauración de una tipología más ajustada a las necesidades metodológicas de

---

del Cuaternario y Prehistoria en la Facultad de Ciencias de Burdeos (1956), dónde fundó el Instituto del Cuaternario (hoy Instituto de Prehistoria y Geología del Cuaternario del CNRS). Su mayor contribución se relaciona con las industrias líticas del Paleolítico inferior y medio y con una metodología empírica conocida como el “Método de Bordes”.

los arqueólogos en el campo patagónico aceleró, en la práctica profesional porteña, el “quiebre” definitivo de la autoridad académica histórico-cultural, al convalidar precisamente en el trabajo de campo la pérdida de efectividad de los instrumentos teóricos del viejo paradigma ajustados inicialmente a la realidad europea. En el traspaso del campo de aplicación desde Europa al territorio patagónico argentino, la perspectiva histórico-cultural con que investigaba Menghin sufrió modificaciones y, en consecuencia, también cambió su aplicación. Aun cuando estas incongruencias fueron percibidas por las nuevas generaciones, el viejo prehistoriador y algunos de sus seguidores continuaron produciendo interpretaciones que no guardaban relación con los datos obtenidos en el campo. De este modo, sin advertir “que cualquier adopción mecánica, esencialista o normativista traía aparejados serios problemas de aplicación al dificultar su adaptación al ámbito local” (Luco, 2010: 48), mantuvieron la transposición del modelo ecúmenico del Paleolítico europeo conservando la vigencia de las categorías reconstructivas del difusionismo a otra realidad empírica: la patagónica.

La gestión de Aschero y su tipología, cuyo objetivo formal era adecuar las concepciones tipológicas foráneas a los materiales líticos locales, activó el “uso nativo” de una noción tipológica importada a las prácticas de la arqueología patagónica y, más tarde, de todo el país. Fue, pues, una verdadera y necesaria operatoria de nativización de conceptos arqueológicos. En tanto proceso de conocimiento, fue también una adecuación metodológica a la realidad empírica de Patagonia, que prometía no atarse a consideraciones teóricas. Ello representó el primer paso en dirección al abandono bibliográfico del paradigma difusionista.

Vale la pena consignar que aun cuando, y tal como lo indican estadísticamente Laguens y Bonnin, fue una obra tan respetada y utilizada, la “Tipología de Aschero” se mantuvo inédita hasta la actualidad. Es probable, por el momento planteado y sólo a modo de hipótesis, que su condición de obra inédita facilitara el primer paso hacia un cambio que no operara por confrontación. La “Tipología ...” funcionó con el beneplácito de sus colegas pues permitió conocer con mayor exactitud los datos empíricos con que se operaba en Patagonia. Así, al reconocer que las condiciones tipológicas dadas en Europa no se verificaban fuera, la iniciativa de Aschero permitió una intervención en la arqueología local y con ella los primeros pasos de

una discusión con el modelo europeo de Menghin (Luco, 2010).

Al formular la noción de nativización para el tema señalado estamos haciendo referencia a una suerte de proceso de adaptación o de retraducción de un discurso, en este caso de orden metodológico constituido por saberes recibidos, a una realidad empírica diferente, con el objeto de subsanar las necesidades surgidas del trabajo de campo, en este caso, de los arqueólogos patagónicos, quienes ya no podían respaldar la discordancia entre sus hallazgos materiales, o lo que leían de ellos (datos), y la aplicación de la interpretación teórica preexistente, sellando así la suerte de las inferencias difusionistas.

Este cambio metodológico-técnico preparó el terreno para la introducción de la *New Archaeology* en un escenario demasiado alejado de las propuestas anglosajonas para la antropología toda, tanto arqueológica como socio-cultural. Permitió menguar la aparición de un paradigma absolutamente contrastante con el, hasta entonces, paradigma dominante, habilitando a estudiantes y docentes a indagar en alternativas que dieran cuenta de una arqueología patagónica hasta entonces privativa del *establishment* arqueológico (a diferencia del NOA, más abierto a otras influencias) (Ver en este mismo volumen el trabajo de Gastón Gil).

Con este contexto de cambio, en 1979 comenzó a dictarse Ergología y Tecnología, asignatura anual para alumnos de la especialización arqueológica pertenecientes al quinto año de la carrera, con una frecuencia semanal en su dictado de cuatro horas, condensando en cada uno de los encuentros las clases teóricas y las prácticas. Su concreción sintetizaba las modificaciones metodológicas y las nuevas líneas teóricas que Aschero venía introduciendo en la práctica arqueológica porteña. Sus clases, al brindar un espacio de discusión e interlocución entre alumnos y docentes, generaron las primeras marcas en el ámbito “oficial” universitario del proceso de cambio. Desde el punto de vista bibliográfico, esta suerte de usina para el cambio fue transicional, debido a la coexistencia, en un mismo programa, de los innovadores textos de Lewis Binford (1931-2011), que desde los tempranos años '60 venía impactando en la práctica arqueológica mundial (Binford, 1978, 1980, 1981, 1982), y su discípulo Flannery (1968, 1976), junto a los de autores de la academia francesa (Bordes, 1969, 1972, 1975, 1980, 1981; André Leroi-Gourhan, 1965, 1971, 1972, 1979; Annette Lamming-Empereire, 1967), como

con los de autores más cercanos a la tradición de la *Culture-History* estadounidense (Gordon Willey y Phillips, 1958; Willey, 1966-1971) y de otros autores de distintas filiaciones teóricas (C. Vita Finzi, Brian Herbert Wormington, Alan L. Bryan, Julian Steward, James Sackett, Kush o el propio Michel Brezillon).

El enfoque planteado por Ergología y Tecnología articulaba dos perspectivas: la descripción y análisis de las técnicas como datos de la actividad humana y el estudio de diversos modelos explicativos contruidos a partir de dichos datos<sup>104</sup>. Para ello, mediante el uso de “unidades temáticas” para el armado del programa de esta cátedra, se intensificaba la información brindada a los estudiantes mediante el análisis de las investigaciones realizadas en distintas áreas del territorio argentino por los propios integrantes/titulares de la cátedra.

#### **4. Estableciendo una bibliografía nueva y procesual**

Durante la segunda mitad de la década de 1970 fue creciendo en la comunidad académica arqueológica de la UBA una profunda divergencia con los planteos teóricos que todavía encuadraban el estudio del pasado más remoto de la Patagonia. Pero esa disidencia, que trasuntaba incluso una sensación de malestar, se planteó desde dentro de la institución y de mano de los propios agentes socializados en la Escuela Histórico-Cultural. En este contexto, la clasificación taxonómica de Aschero fue el estandarte detrás del cual se alineó buena parte de las nuevas generaciones que vieron en su Tipología una herramienta esclarecedora del trabajo metodológico en el campo. Pero otro sector de dicha comunidad científica no visualizaba la recuperación teórica de la práctica y de la enseñanza de la arqueología patagónica sólo a través de la restauración de los materiales de campo que Aschero proponía. Estos investigadores anhelaban superar el “aislamiento” y el “provincianismo” a los que la perspectiva teórica oficial había relegado a la arqueología de Patagonia y acceder a las propuestas de la arqueología procesual de gran predicamento epistemológico en la academia anglosajona y mundial.

La concreción material de esta “ruptura teórica” (Luco,

---

104 Texto extraído del apartado “Fundamentación y objetivos del programa” incluido en los programas de la asignatura Ergología y Tecnología de los años 1983, 1984 y 1986.

2010a)<sup>105</sup> estuvo precedida por una instancia de recepción porteña de un nuevo paradigma que se dirimió en términos del mayor o menor acceso a su bibliografía especializada, lo cual obligó a las nuevas generaciones a instaurar una suerte de “circuito de recepción” propio y autónomo con respecto al *establishment* arqueológico oficial (Farro/Podgorny/Tobías, 1999). De acuerdo a nuestros interlocutores ese circuito siguió dos caminos: el de los docentes y el de los alumnos. Quienes por entonces eran estudiantes rescatan su protagonismo como alumnos en el ingreso del Procesualismo a los estudios sobre Patagonia (Luco, 2010). La instauración de una red de circulación informal de literatura especializada venía a subsanar las restricciones bibliográficas impuestas por la formación institucional oficial con el objetivo de construir una unidad e identidad a favor de una “verdadera formación profesional”. El referido circuito informal tejido por los lectores de Binford, el gran mentor, fortalecía la idea de que su difusión se afirmaba más en las relaciones horizontales entre alumnos porteños y entre porteños y platenses que por las establecidas verticalmente entre docentes y alumnos. Así, la direccionalidad del aprendizaje de Binford en el marco de la universidad porteña fortalecía la hipótesis de que el Procesualismo se asentó sobre bases generacionales y no genealógicas para su conformación identitaria.

Si bien algunos hechos muestran que las propuestas bibliográficas en plena época de auge histórico-cultural no fueron ni tan monolíticas ni tan excluyentes, tal como lo revela la inclusión de la discusión en la que Binford y Bordes defendían dos modos teóricos contrapuestos para la determinación del cambio cultural en relación a conjuntos líticos de la cultura Musteriense del Paleolítico medio europeo<sup>106</sup>, en la bibliografía de trabajos prácticos de Prehistoria

---

105 Hemos sostenido que el cambio de paradigma en la arqueología patagónica practicada desde Buenos Aires fue una empresa conjunta, cuya promoción estuvo a cargo de arqueólogos socializados en la Escuela Histórico-cultural y representada por dos maneras diferentes pero secuenciales de iniciar la salida de la vieja arqueología en el período más oscuro de la historia política argentina. Se habría tratado, entonces, de una reformulación crítica a la línea de trabajo histórico-cultural o de “quiebre metodológico” impulsada por Aschero, guardando una continuidad teórica, quizás nominal, con la arqueología preexistente y, más tarde, una definitiva “ruptura teórica” que encabezó Borrero.

106 El hallazgo era sobre la industria Musteriense, una cultura englobada dentro del Paleolítico medio, cuya ubicación temporal se estima entre el 300.000 y el 40.000 AP. En base a las industrias del norte de Francia, Bordes lo subdividió en cuatro tipos, que él

y Arqueología Americana, con titularidad de Lafón y colaboración de Luis Abel Orquera, así como en el programa de 1976 de Prehistoria General y del Viejo Mundo, el tema en torno a su inclusión bibliográfica emerge con cierto grado de complejidad. La discusión Bordes/Binford, que debe entenderse como una disputa por un espacio en el campo académico mundial y símbolo de dos maneras de hacer arqueología, nos permite interrogar por qué las generaciones de arqueólogos patagónicos en formación de grado durante la segunda parte de la década del '70 coinciden con Borrero en cuanto a que, efectivamente, recibieron esa información en sus aulas como estudiantes, pero no la aprehendieron en ese momento. “Con Orquera (de profesor) vi la pelea con Bordes pero no fue un abordaje contextualizado de Binford” (Borrero, entrevista en 11/6/2007, nuestra aclaración)<sup>107</sup>. El arqueólogo patagónico José Luis Lanata va más allá, al sugerir, en una comunicación personal, que la efectiva inclusión de la propuesta de la *New Archaeology* estuvo más vinculada a su verdadera aplicación que a su simple mención áulica.

Se ha subrayado que muchos investigadores han incluido en su rol de docentes o formadores en la instancia universitaria la producción de Binford, ya fuera como referencia bibliográfica de un programa de estudio o como cita en un encuentro de colegas (Podgorny et al., 1999; Luco, 2010a). Los testimonios de Borrero y de Lanata contradicen tal aseveración. Nos interesa dejar planteado que, probablemente, la cuestión esté vinculada al cómo o al por qué de la transmisión teórica en la instancia de formación profesional de una disciplina de investigación. Esto es, Binford formulaba una literatura apropiada para investigar y probablemente este tipo de información bibliográfica requiriera de maneras de accesibilidad y de abordajes específicos, más próximas a las instancias de formación de cuadros profesionales que a las de una simple información brindada en un aula universitaria.

---

interpretó como correspondientes a grupos diferentes sin contacto alguno y cuya ocupación del lugar ocurrió en distintos momentos lo largo del tiempo. Esos cuatro grupos eran:

Musteriense de tradición Achelense, subdividido en tipos a y b.

Musteriense típico, carece de subdivisiones claras.

Musteriense de tipo Quina-Ferrassie, se divide en dos grupos.

Musteriense de denticulados, hay una proporción muy elevada de denticulados y muescas

107 Nos referimos a su trabajo de 1966 “A preliminary análisis of functional variability in the Mousterian of Levallois facies”.



## 5. El reto de la propia producción bibliográfica

Tras la apertura democrática de 1983, se instauró un nuevo plan de estudios y el resultado del cambio de paradigma se vio reflejado en la inclusión de bibliografía anglosajona de corte procesual en los programas de las viejas y nuevas asignaturas arqueológicas del nuevo plan de la licenciatura porteña<sup>108</sup>. El gran desafío era, ahora, el de gestar una producción bibliográfica propia y posicionarse con ella en el contexto académico internacional y en esa dirección se orientaron los intereses de aquellos jóvenes “arqueólogos patagónicos”. Las tempranas transformaciones metodológicas habían adecuado el terreno académico para la introducción de la *New Archaeology* y, en consecuencia, los primeros años de la década de 1980 sirvieron para que estudiantes y docentes autoadscriptos como procesuales investigaran diferentes opciones para establecer esta línea en los estudios sobre Patagonia como cauce teórico dominante.

Estos arqueólogos patagónicos tendieron a abandonar la bibliografía preexistente y emprendieron una producción local. Para mostrarlo elegimos unos pocos artículos de la década del retorno democrático, pues plantean tres instancias sucesivas y tres propósitos por los que pasó, a nuestro juicio, la fuerza argumentativa de quienes por entonces sostenían la perentoria necesidad de un cambio: discutir en clave político-ideológica nacional las bases teóricas sobre la Patagonia (Núñez Regueiro, 1971; Boschín-Llamazares, 1984), comenzar a señalar puntualmente los insalvables desacuerdos con la producción menghiniana e intentar contribuir a su superación (Fisher, 1986-87, y, finalmente, refutar los argumentos histórico-culturales, fundamentando los principios procesuales sobre los que se pretendía erigir una nueva manera de hacer arqueología y repensar así arqueológicamente a Patagonia (Borrero, 1989 y 1993).

Los artículos de Núñez Regueiro, primero, y de María Teresa Boschín con Ana María Llamazares, más tarde, responsabilizaban al difusionismo vienés por las consecuencias epistemológicas y por el retroceso en la producción disciplinar debido a su impositiva y autoritaria permanencia durante treinta años en la UBA, en los términos esgrimidos por Boschín y Llamazares en el siguiente párrafo

---

108 Las nuevas materias eran Modelos y Métodos de análisis en Economía prehistórica, Metodología y Técnicas de la Investigación arqueológica, Teorías arqueológicas contemporáneas y Arqueología Argentina.

“Creemos que en el caso particular de la arqueología argentina [...] uno de esos obstáculos ha sido la profunda influencia ejercida por la Escuela Histórico-Cultural. No solo porque algunos de sus postulados eran retardatarios y francamente acientíficos, sino porque en su implementación creció una suerte de totalitarismo científico que impidió el pluralismo ideológico en los ámbitos académicos y la libertad de investigación, condiciones ambas imprescindibles para el desarrollo de la ciencia” (Boschín-Lamazares, 1984:102).

En su trabajo “¿Existe la industria Jacobaccense?”, temporalmente más alejado de los últimos ecos institucionales del difusionismo, Alfredo Fisher contribuía a superar una etapa de la investigación patagónica revisando dos textos inéditos de Menghin (1959 y 1961). Así, y a través de la consideración de una evolución “poco fructífera” de la industria Jacobaccense, discutía su existencia y rechazaba el concepto Menghiniano de “industria”, que había llevado, a juicio del autor, a confusiones, contrasentidos y errores reiterados, a los investigadores de esa región. Fisher sintetizaba así su impresión acerca de la vana magnitud de la tarea investigativa propuesta hasta entonces por los histórico-culturales: “nos parece que hemos estado intentando probar con datos empíricos la existencia de objetos del dominio de las ideas, algo así como buscar vestigios de la raíz cuadrada” (Fisher, 1986/87:81).

Por su parte, fue Luis Borrero quien tomó el sayo y asumió la responsabilidad de refutar los razonamientos arqueológicos pre-existentes planteados hasta entonces para la región patagónica. Mediante cuatro trabajos que analizaremos brevemente y que fueron publicados en revistas de diversa representatividad del *staff* arqueológico del momento, mostraremos algunos de los razonamientos a partir de los cuales su autor justifica el abandono de la bibliografía tradicional.

Borrero eligió comenzar a discutir el corpus teórico de los histórico-culturales por la parte más débil de sus argumentaciones, la vinculada a la determinación temporal de sus hallazgos. En “Estratigrafía de los concheros de Bahía Solano. Campaña 1976-1977” (publicado en las *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina* de San Juan de 1978) refutó estrictamente los basamentos de las argumentaciones geomorfológicas esgrimidas por los histórico-culturales. Mientras que en “Problemas geomorfológicos y cronológicos relacionados con materiales arqueológicos atribui-

dos a las industrias Solanense y Olivienese” (1979), publicado por *Sapiens*, la revista del Museo Arqueológico de Chivilcoy, Borrero discutía, como Fisher, la asignación Menghiniana de “industrias” a dos unidades arqueológicas patagónicas ubicadas en Bahía Solano, al pie del Pan de Azúcar (provincia de Chubut), y al norte de Caleta Olivia (provincia de Santa Cruz), respectivamente. Allí objetaba la antigüedad de 12.000 años que proponía Menghin, así como su inclusión en la “tradicción cultural Miolítica” (Menghin, 1952:41). Tras reclamar un trabajo estratigráfico para estos sitios, cuestionaba, como en “Estratigrafía de los concheros de Bahía Solano”, la poco fundada determinación temporal de ambos hallazgos.

A finales de la década de 1980, Borrero presentó un artículo que, de acuerdo a buena parte de la joven comunidad de arqueólogos patagónicos de entonces y de hoy (Luco, 2010), fue una suerte de manifiesto o declaración del nuevo posicionamiento teórico patagónico. “Replanteo de la arqueología patagónica”, aparecido en 1989 en la publicación venezolana especializada *Interciencia*, fue el espacio desde el que Borrero se posicionó para discutir acerca de las diferencias teóricas que lo separaban de los difusionistas, pero muy específicamente, para manifestar su desacuerdo con la representatividad asignada a cada una de las unidades analíticas del edificio menghiniano. Al mismo tiempo, verificaba la utilidad de la noción de “secuencias tipo”, y discutía los porcentajes del instrumental y las nociones de industria y tradición. Pero además, ponía de manifiesto problemas de correspondencia, cronología y operatividad en las definiciones de “industrias” patagónicas “por dos causas principales: a) el carácter inductivo de definiciones derivadas de muestras muy pequeñas y b) que dichas definiciones han sido elaboradas sobre principios normativos que no dan lugar a variación” (Borrero, 1989:130).

En la segunda parte de este artículo, Borrero esbozaba lo que sería el eje de sus futuros escritos: trabajar a partir de modelos contrastables y presentar una alternativa de demografía humana para la comprensión de la adaptación del hombre a Patagonia y la consecuente noción de movilidad que éste delineó en ese territorio junto con sus sistemas de asentamiento, elementos con los que se allanaría la búsqueda sobre la celeridad del cambio cultural, fin último y primordial que guiaba el trabajo procesual. Concluía extendiéndole una suerte de certificado de defunción a “las unidades analíticas co-

múnmente utilizadas en Patagonia, (que) ya han cumplido su función” e invitaba a su reemplazo “[...] por otras que respondan a los nuevos problemas que nos estamos planteando” (Borrero, 1989:133, mi aclaración).

En “Artefacto y Evolución”, publicado en la revista de arqueología *Palimpsesto* (1993), Borrero señalaba, en coincidencia con el arqueólogo platense Luis Politis (Politis, 1992) y el trabajo de Lagues y Bonnín con el que iniciamos este artículo, que: “la teoría no ha ocupado un lugar central dentro de la discusión arqueológica sudamericana y creemos que debe dedicársele mayor atención” (Borrero, 1993:15). Si en “Replanteo de la arqueología patagónica” se centraba en concertar una serie de ideas destinadas a replantear la arqueología patagónica, en “Artefacto y Evolución” el objetivo era sumergirse en algunos de los problemas teóricos presentados en aquel trabajo desde un encuadre evolucionista centrado en el concepto de “selección”, desplazando al de “adaptación”. Con este objetivo rastreaba trabajos de autores nacionales y extranjeros procurando determinar sus aportes al estudio de la evolución de las poblaciones humanas y, en esa misma clave, indagaba los costos y beneficios que los artefactos líticos le habían significado a las poblaciones humanas. Situado en un rol de “interventor teórico”, la trama discursiva de Borrero traslucía su pleno conocimiento del problema que “aquejaba” a la arqueología patagónica y ponía a disposición de sus colegas los nuevos elementos teóricos que permitirían dilucidar “correctamente” la cuestión. Asimismo, los invitaba a una práctica científica de la arqueología que abandonara las experiencias que indujeron a errores en el pasado disciplinar, en clara alusión al difusionismo menghiniano. La fuerza de este discurso inaugural convivía con una instancia inclusiva o de “nosotros”, como cuando se suma a sus colegas al cierre del artículo y encuadra el trabajo profesional del arqueólogo: “La *New Archaeology* de los años 60 enseñó a no respetar la autoridad [...] También enseñó a dejar de disculparnos por las imperfecciones del registro arqueológico. Tenemos que reconocer que simplemente trabajamos con otro tipo de datos, que son peculiares, únicos. Dentro de ese marco tiene sentido que existamos los arqueólogos” (Borrero, 1993:23).

A diferencia de Menghin que trajo en sí mismo la teoría, y a diferencia de Aschero que nativizó la teoría recibida en su formación académica, Borrero introdujo junto a sus pares Guillermo Mengoni

Goñalons y Hugo Jacobaccio, entre otros, la nueva teoría que había recibido de Binford en su viaje a Estados Unidos (Luco, 2010a).

En 1975 se conoció la Tipología a la que definimos como la nativización bibliográfica o el primer paso para el abandono de la orientación teórica preexistente, que pese a su importancia en términos de aceptación y de utilización, jamás llegó a ser publicada. En cambio, la instancia de ruptura teórica necesitó más tiempo (fines de la década de 1980) para hacerse efectiva y finalmente ser incluida en los programas del nuevo diseño curricular de la licenciatura. Primero fue a través de los autores extranjeros que la forjaron y más tarde a través de autores nacionales. Con algunos años más y una mayor acumulación de capital empírico, se cimentó una construcción discursiva que reprodujo la nueva orientación procesual. Con el regreso democrático, nuevas asignaturas asumieron ese desafío de maneras diversas: Arqueología Argentina, a cargo de Myriam Tarragó y Vivian Scheinsohn, sucesivamente; Métodos y Modelos de análisis en Economía Prehistórica, bajo la titularidad y diseño curricular de Borrero, y Teorías arqueológicas contemporáneas, bajo la responsabilidad de Jacobaccio y Rafael Goñi.

“Replanteo de la arqueología patagónica”, de 1989, fue incluido al año siguiente en la bibliografía de Arqueología Argentina, correspondiente al quinto año de la licenciatura y ya parte de la especialización cuya titular, Tarragó, sostenía como propósito de la misma “efectuar un análisis crítico de las distintas perspectivas de estudio y visualizar el grado de correspondencia entre presupuestos teóricos y estrategias de investigación”<sup>109</sup>.

Con el inicio del plan 1984, la producción de Binford (1978, 1980, 1981, 1983, etc.) como eje teórico y el respaldo de otras tantas producciones bibliográficas de colegas y discípulos de aquél, se estructuró en un *continuum* teórico de materias troncales y especiales y de citas bibliográficas de investigaciones, mediante las cuales el practicante dialogaba, discutía y aprehendía de y con autores/ investigadores de la academia anglosajona y con los de la primera producción bibliográfica nacional en clave procesual. Julian Haynes Steward, David Leonard Clarke, Kennet Flannery, J. Yellen, Michael Brian Schiffer, Robert J. Sharer y Wendy Ashmore, Douglas B. Bamforth, James Sackett, James Adovasio, Robert Dunnell, Tim In-

---

109      Objetivos incluidos en la Introducción al programa analítico correspondiente al dictado del segundo cuatrimestre de 1990 de la mencionada asignatura.

gold, Charles Redman, Donald Hardesty, Frank Hole, Ian Hodder, David T. Nash y Michael D. Petraglia, Michael B. Schiffer y muchos otros coexistían en una bibliografía que sumaba además los primeros trabajos locales de Borrero, Mengoni y Yacobaccio.

Tal como lo revelan las innovaciones introducidas por el nuevo plan de 1984, tanto en la bibliografía correspondiente al segundo semestre de Arqueología Argentina de 1986 como en la del primer semestre de Prehistoria Americana y Argentina se reunían, en una suerte de transición, por primera vez en el apartado referido a Patagonia de la propuesta bibliográfica de un mismo programa, los nombres de los tres arqueólogos con los que hemos identificado la bibliografía viva, la transicional o de quiebre y la de ruptura o nueva: Oswald Menghin (1952), Carlos Aschero (1983) y Luis Borrero (1981), respectivamente.

Un párrafo aparte merece la cuestión de los espacios de publicación donde los trabajos hasta aquí citados fueron publicados. Nuñez Regueiro y Boschín-Llamazares divulgaron sus trabajos en publicaciones periféricas nacionales. El primero lo hizo en 1972 en el número inicial de *Estudios Arqueológicos*<sup>110</sup>, una publicación del museo arqueológico del departamento de Cachi (pcia. de Salta), en tanto que las segundas autoras publicaron su artículo en 1984 en *Etnia*<sup>111</sup>, una publicación gestada en Olavarría, ciudad de la provincia de Buenos Aires. Por su parte, Fisher publicó en 1986 su artículo en la revista *Relaciones*, el órgano editorial de de la Sociedad Antropológica Argentina. Como ya ha quedado consignado, Borrero publicó los artículos reseñados en publicaciones nuevas. Los artículos de Nuñez Regueiro, Boschín y Llamazares, así como el de Bonnín y Languens, fueron incluidos por primera vez en el programa del segundo cuatrimestre de 1990 de la cátedra de Arqueología Argentina bajo la titularidad de Tarragó.

---

110 En el año 1972 el Museo Arqueológico de Cachi editó el primer número de *Estudios Arqueológicos*. A partir del siguiente número, la revista pasó a llamarse *Estudios de Arqueología*, y las publicaciones se sucedieron de la siguiente manera: el N°2 en 1973; los N°3 y 4 en 1983 (edición conjunta); y el N°5 en 1992. El primer número de la nueva serie de la revista *Estudios de antropología e historia*, del Museo Arqueológico Pío Pablo Díaz de Cachi, se publicó en el año 2010. Actualmente se encuentra en edición el segundo número de la nueva serie.

111 Publicación periódica sobre estudios antropológicos y arqueológicos perteneciente al Museo Municipal Etnográfico Dámaso Arce, creado en 1920 y reabierto en 1963, y que alberga al Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría (IIAO).

## 6. Palabras finales

Centrados en aquellos corpus bibliográficos que transmiten teoría, sea como referencia bibliográfica de un trabajo de investigación o como parte del dictado de un programa de un curso universitario, nos hemos propuesto mostrar en estas páginas, a través de los cambios en los contenidos bibliográficos de las asignaturas arqueológicas de la licenciatura antropológica de Buenos Aires, de qué manera la comunidad arqueológica patagónica terminó de abandonar el marco histórico-cultural. Para ello rastreamos algunos de los cambios bibliográficos más representativos del abandono del difusionismo vienés a favor de la nueva perspectiva de la *New Archaeology*, a lo largo de tres momentos de la enseñanza de la arqueología patagónica.

El primer momento fue reseñado con los contenidos bibliográficos centrales de los programas de Prehistoria General y del Viejo Mundo y Prehistoria y Arqueología Americana, dos asignaturas de segundo año de la licenciatura, pues reflejan tanto la “bibliografía viva” que Menghin trajo consigo como la que produjo localmente y que fueron utilizadas para instaurar y reproducir, en larga duración (1958-1984), el fuerte bastión teórico de la prédica histórico-cultural, especialmente aplicada al estudio del pasado patagónico y pampeano. El segundo momento, fuertemente transicional, nos acercó a la instauración, en 1979, de Ergología y Tecnología, una asignatura generada para la especialización arqueológica por Aschero, con la que se incorporaron institucionalmente las primeras marcas bibliográficas de la nueva perspectiva teórica anglosajona, así como algo de la producción inaugural de los promotores del cambio de paradigma, aun en su condición de estudiantes o egresados recientes. El tercer y último momento, a partir de 1984, reseña la paulatina inclusión de la producción de literatura procesual extranjera y más tarde de la producción nacional en esa clave a las asignaturas de la estructura institucional de la enseñanza y de la práctica de la arqueología porteñas.

Nos interesa subrayar aquí la diversidad de usos de un corpus bibliográfico, sea éste el de formar a futuros profesionales, el de establecer posiciones propias, el de definir interlocutores nacionales y extranjeros o el de instaurar un campo de discusión. En ese sentido, enfatizamos, tal como lo demuestran los inconciliables testimonios de profesores y alumnos en torno a la discusión Bordes/

Binford, que la inclusión de un autor o de una producción teórica determinada en la constitución bibliográfica de una asignatura no asegura ni la total adhesión a su propuesta por parte del cuerpo docente, inclusive muchas veces representa todo lo contrario, ni certifica que su sola presencia forje conocimiento en el estudiantado.

Tal como ya hemos señalado, el cambio de paradigma en la arqueología patagónica practicada desde Buenos Aires trajo aparejado el reposicionamiento de un nuevo corpus bibliográfico de orden dominante, que se fue incorporando paulatinamente a la bibliografía de las diversas asignaturas de la subespecialidad arqueológica. Es probable que la persistencia de las fuertes desavenencias establecidas entre profesores y alumnos en torno a cómo explicar la aprehensión de la propuesta teórica de Binford tenga directa relación con el modo en que la comunidad arqueológica patagónica terminó de abandonar el marco histórico-cultural. Dicho de otro modo, que esta falta de acuerdo esté indicando alguna de las características con que se constituyó dicho cambio. Esto es, que el cambio tuvo lugar sólo cuando los docentes se constituyeron también en autores de la literatura del curso que dictaban, basando sus escritos en investigaciones propias llevadas adelante en la Argentina, o lo que es mejor, cuando la investigación se presenta aparejada a la docencia. En consecuencia, no era suficiente que los profesores incluyeran a Binford u otros autores del nuevo paradigma en la bibliografía de la asignatura a su cargo; era necesario además demostrar a los alumnos que los nuevos autores “servían” para trabajar. En ese sentido, este artículo aspira a saldar esas desavenencias señalando que la diferencia estuvo dada por Patagonia, es decir, por el campo entendido como el origen de las preguntas, la fuente de los datos, el área de especialización profesional y el lugar desde donde los arqueólogos patagónicos intervendrán de allí en más en los debates de la arqueología nacional y del mundo.



## Bibliografía

ASCHERO, CARLOS ALBERTO, (1975) *Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos*, inédito, Buenos Aires, CONICET.

ASCHERO, CARLOS ALBERTO, (1983) *Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos*, Apéndice A-C (Revisión), Cátedra de Ergología y Tecnología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

BARTOLOMÉ, LEOPOLDO, (1982) “Panorama y perspectivas de la Antropología Social en la Argentina”, en *Desarrollo económico*, N° 22, Buenos Aires, pp. 409-420.

BARBERENA, RAMIRO, (2008) “Vida de un arqueólogo, petroglifos y santuarios de alta montaña: entrevista con el Dr. Juan S. Schobinger”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXIII, Buenos Aires.

BONNIN, MIRTA y ANDRÉS LAGUENS, (1984-1985) “Acerca de la arqueología argentina de los últimos 20 años a través de las citas bibliográficas en las revistas Relaciones y Anales de Arqueología y Etnología”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XVI (Nueva Serie), Buenos Aires, pp. 7-25.

BORRERO, LUIS ALBERTO, (1980) “Problemas geomorfológicos y cronológicos relacionados con materiales arqueológicos atribuidos a las industrias Solanense y Olivienense”, en *Sapiens*, V (4), Chivilcoy, pp. 117-121.

BORRERO, LUIS ALBERTO, (1989) “Replanteo de la arqueología patagónica”, en *Interciencia* 14(3), Caracas, pp. 117-121.

BORRERO, LUIS ALBERTO, (1993) “Artefactos y Evolución”, en *Palimpsesto*, V (3), pp.15-32.

BORRERO, LUIS ALBERTO, (1994-1995) “Arqueología de la Patagonia”, *Palimpsesto*, V (4), pp. 9-69.

BORRERO, LUIS A y SERGIO ESTEBAN CAVIGLIA, (1978) “Estratigrafía de los concheros de Bahía Solano: Campaña 1976-77”, en *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, San Juan.

BOSCHÍN, MARÍA TERESA, (1993) “Historia de las investigaciones arqueológicas en Pampa y Patagonia”, en *Runa*, XX (1991-1992), Buenos Aires, pp. 111-144.

BOSCHÍN, MARÍA TERESA y ANA MARÍA LLAMAZARES, (1984) “La Escuela Histórico-Cultural como factor retardatario del desarrollo científico de la arqueología argentina”, en *Etnia*, 32, Olavarría, pp. 101-156.

CENTRO DE PUBLICACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, (Años varios) Programas de materias de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

COLEGIO DE GRADUADOS EN ANTROPOLOGÍA (CGA), (1989) *Jornadas de Antropología 30 años de la carrera en Buenos Aires (1958-1988)*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

FARRO, MÁXIMO; IRINA PODGORNÝ y MARÍA TOBÍAS, (1999) “Notas para un ensayo sobre la recepción de la “Nueva Arqueología” en la Argentina”, en *Revista del Museo de Arqueología y Etnología*, V (3), San Pablo, Brasil, pp. 221-234.

FISHER, ALFREDO, (1986-1987) “¿Existe la industria jacobaccen-

se?”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, V 17 (1), Buenos Aires., pp. 81-94

GUBER, ROSANA, (2006) “Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires”, en *Avá*, Revista del Posgrado en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones V (8):26-56. Argentina.

GUBER, ROSANA, (2009) “Política nacional, institucionalidad estatal y hegemonía socio-antropológica en las periodizaciones de la antropología argentina”, en *Cuadernos del Instituto de Desarrollo Económico y Social*, 16, Buenos Aires.

GUBER, ROSANA, MIRTA BONNÍN y ANDRÉS LAGUENS, (2008) “Tejedoras, topos y partisanos Nociones y prácticas del trabajo de campo en la antropología argentina”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, volumen homenaje a los 70 años de su fundación, Tomo XXXII, Buenos Aires, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 381-406.

GUBER, ROSANA y SERGIO VISACOVSKY, (1999) “Imágenes etnográficas de la nación. La antropología social argentina de los tempranos años setenta”, en *Serie antropológica*, 251, Brasilia.

GUBER, ROSANA, SERGIO VISACOVSKY y ESTELA GUREVICH, (1997) “Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires”, en *Redes*, 10(4), Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 213-258.

HABER, A. FABIO y ADRIÁN SCRIBANO, (1993) “Hacia una comprensión de la construcción científica del pasado: ciencia y arqueología en el noroeste argentino”, en *Alteridades*, V 3(6), México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, pp. 39-46.

KROTZ, ESTEBAN, (1993) “La producción de la antropología en el Sur: características, perspectivas, interrogantes”, en *Alteridades*, V 3(6), México, Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa, pp. 5-11.

LAFÓN, CIRO R., (1960) “Reflexiones sobre la arqueología del presente”, en *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomos XIV/XV, Mendoza, pp. 20-33.

LUCO, SUSANA, (2010a) “De Prehistoriadores a arqueólogos. Una etnografía del cambio de paradigma en la práctica académica de la arqueología patagónica, UBA (1975-1983)”, Tesis de Maestría en Antropología Social, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Instituto de Antor Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, inédita.

LUCO, SUSANA, (2010b) “Tensión política-académica en la Universidad de Buenos Aires (1975-1983): el capo de paradigma en la arqueología patagónica”, en *Revista del Museo de Antropología*, V (3), Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, pp. 211-224.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1931) *Weltgeschichte der steinzeit*, Viena, Austria, Editorial Anton Schroll.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1938) “La humanidad fósil alpina en la época glacial”, en *Actas de Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria*, Madrid, pp. 93-99.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1952a) “Las pinturas rupestres de Patagonia”, en *Runa*, V (5), Buenos Aires, pp. 5-22.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1952b) “Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia”, en: *Runa*, V (5), Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1956) “El Altoparanaense”, en *Amurias*, V (17-18), Barcelona, Menghin y Wachnitz, pp. 172-200.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1957) “Estilos del arte rupestre de Patagonia”, en *Acta Praehistórica*, Tomo I, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Prehistóricos, pp. 57-87.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1957) “El poblamiento prehistórico de

Misiones”, en *Anales de Etnología y Arqueología Universidad de Cuyo*, V (XII), Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, pp. 19-40.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1957b) “Das protolithikum in Amerika”, en *Acta Praehistorica*, Tomo I, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Prehistóricos (Traducción de Osvaldo Chiri), pp. 5-33.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1958) “Forschungen uber die chronologie der Altoparaná Kultur”, en *Acta Praehistorica*, vol 2, Buenos Aires, Centro Argentino de Estudios Prehistóricos.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1963) “Industrias de morfología protolítica en Suramérica”, en *Anales de la Universidad del Norte*, V (2), Antofagasta, Universidad del Norte, pp. 69-77.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1966) “Sobre la cronología del Neolítico en Egipto”, en *Acta Prehistórica*, V/VII(1961-1963), Buenos Aires, pp. 128-147.

MENGHIN, OSWALD, F.A., (1972) “Prehistoria de los indios canoeros”, en *Anales de Arqueología y Etnografía de Cuyo*, XXVI, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, pp. 9-42.

MENGHIN, OSWALD F.A., (1957) “Vorgeschichte Amerikas”, en *Abriss der Vorgeschichte*, Munich, pp. 162-218.

MENGHIN, OSWALD y MARCELO BÓRMIDA, (1950) “Investigaciones prehistóricas en cuevas de Tandilia.”, en *Runa*, V (XIII), Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas, Universidad de Buenos Aires, pp. 59-68.

MENGHIN, OSWALD y ALBERTO REX GONZÁLEZ, (1954) “Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira (Córdoba, República Argentina)”, en *Notas del Museo de la Plata. Sección Antropológica*, N° 67, La Plata, Museo de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata.

NÚÑEZ REGUEIRO, VÍCTOR, (1972) “Conceptos teóricos que han

obstaculizado el desarrollo de la arqueología en Sud América”, en *Estudios Arqueológicos*, V (1), Cachi, Museo de Cachi.

PÉREZ DE MICOU, CECILIA, (2006) “El modo de hacer las cosas. Artefactos y ecofactos en Arqueología”, Buenos Aires, Instituto de Ciencias Antropológicas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

POLITIS, GUSTAVO, (1995) “The Socio-Politics of the Development of Archaeology in HispanicSouth America”, en Peter John Ucko (ed.), *Theory in Archaeology: A world Perspective*, Londres, Routledge, pp. 197-228.

SCHEINSOHN, VIVIAN, (2009) “Evolución en la periferia. El caso de la arqueología evolutiva en la Argentina”, en G. López y Marcelo Cardillo (eds.), *Arqueología y evolución. Teoría, metodología y casos de estudio*, Buenos Aires, Editorial SB, pp. 73-86.

## 5. El carbono 14 en la antropología argentina.

### Ciencia, experimentos cruciales y controversias disciplinares

*Gastón Julián Gil*<sup>112</sup>

#### **1. La ciencia y los experimentos cruciales**

Los problemas filosóficos surgen cuando el lenguaje *hace fiesta*. Y *ahí* podemos figurarnos ciertamente que nombrar es algún acto mental notable, casi un bautismo de un objeto. Y podemos también decirle la palabra “esto” *al* objeto, *dirigirle* la palabra –un extraño uso de esta palabra que probablemente ocurra sólo al filosofar.

Ludwig Wittgenstein,  
en *Investigaciones filosóficas*

---

112 Este artículo es, en parte, el resultado del diálogo colectivo con todos los integrantes de este Proyecto de Investigación Científica y Tecnológico (PICT). En especial, deseo destacar la mirada crítica de Rosana Guber y los aportes concretos –junto con el aliento constante– de Germán Soprano. También quiero agradecer los comentarios de mi compañero en la cátedra de Antropología de la Facultad de Ciencias de la Salud de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Federico Valverde, quien me advirtió detalladamente sobre las previas y confusas referencias acerca de algunas técnicas arqueológicas, como en el procedimiento del carbono 14.

Un experimento crucial implica que dos teorías o, al menos, un conjunto de proposiciones con carga teórica, son puestas a prueba en un experimento que determina cuál de ellas se aproxima más a la verdad entendida como correspondencia con los hechos. Mientras que una de esas teorías es la que, por ejemplo de forma intersubjetiva, se acepta como provisionalmente verdadera, la otra la desafía a través de una serie de procedimientos de medición. Si la segunda obtiene mejores resultados, se pasa a aceptar la segunda variante y se está en presencia de un cambio de relevancia en una disciplina científica.

Lo que se acaba de describir, *grosso modo*, es el mecanismo de conjeturas y refutaciones que, según el epistemólogo Karl Popper, opera en la práctica científica. En palabras del propio autor:

“no sólo se somete a prueba una teoría aplicándola, o ensayándola, sino aplicándola a muchos casos especiales, casos en los que da resultados diferentes de los que habríamos esperado sin la teoría o a la luz de otras teorías. En otras palabras, tratamos de elegir para nuestros tests aquellos casos cruciales en los que cabría esperar que la teoría fracasase si no es verdadera. Tales casos son ‘cruciales’ en el sentido de Bacon: indican las encrucijadas entre dos (o más) teorías” (Popper, 1994a:147).

En el campo de la filosofía de la ciencia, existen muchas otras lecturas acerca del cambio en las disciplinas científicas, que otros destacados epistemólogos (Emmanuel Kuhn, Imre Lakatos, Carl Hempel, entre otros) desarrollaron con diverso grado de aceptación. Nociones como *paradigma* (o *matriz disciplinar*), *programa de investigación*, *núcleo duro*, *cinturón protector*, configuran algunos de los conceptos que mayor difusión han tenido. Pero todas esas formulaciones teóricas han sido planteadas para las llamadas ciencias duras, aquellas disciplinas que, según estos epistemólogos, cumplen con el requisito de científicidad. Ello no ha impedido que, generalmente y no con la mayor rigurosidad, se tomen esos conceptos para adaptarlos a las problemáticas de las ciencias sociales en las que, por ejemplo, difícilmente se pueda hablar de una *ciencia normal* en el sentido kuhniano<sup>113</sup>.



Pero volviendo a Popper, este epistemólogo austriaco desarrolló un “criterio de progreso” para la ciencia: la “elección racional” entre teorías rivales. Ese criterio se sostiene en un conocimiento metacientífico a partir del cual se establece “el *potencial* carácter satisfactorio relativo, o el carácter *potencial* progresista, de una teoría” (Popper, 1994a:26). Ello es independiente de los *tests* empíricos que puedan resistir, ya que se vincula con el grado de refutabilidad que posea esa teoría, es decir, la de mayor contenido empírico, la más audaz, la que sea susceptible de una más amplia testabilidad. Así es que “un alto grado de refutabilidad, o testabilidad, es uno de los objetivos de la ciencia; en verdad, se trata precisamente del mismo objetivo que el del elevado contenido informativo” (Ibíd.:269). Ese examen crítico de las teorías lleva, en el esquema popperiano, a la búsqueda sistemática de la refutación. De allí que aquellas teorías (como el marxismo y el psicoanálisis) que no ofrecen esa posibilidad –siempre en la epistemología de Popper– no sean consideradas como teorías científicas (Popper, 1994b). Por el contrario, la capacidad de soportar rigurosos *tests* empíricos en los que fracasaron otras teorías (e incluso pruebas más severas) es lo que le da sustento “racional” a las teorías. Así, “sólo buscando refutaciones puede la ciencia aprender y avanzar. Sólo examinando como pasan los test sus diversas teorías puede distinguir entre teorías mejores y peores, y hallar de este modo un criterio de progreso” (Popper, 1994a:149). Por consiguiente, cuanto más nos diga sobre el mundo una teoría, mejor para ella, porque su grado de refutabilidad es mayor, ya que al contener mayor información, mayor es su alcance explicativo y, eventualmente, predictivo. Se trata, en efecto, de uno de los grandes problemas de las disciplinas científicas ya que, cuanto más interesantes resultan sus postulados, más difícil resulta someterlos a los diversos testeos empíricos. En referencia a ello, Gellner tiene una visión particular de la historia de la antropología, cuando afirma que:

“el punto débil de la antropología premalinowskiana fue que sus datos no eran muy confiables, pero las preguntas que se formulaba eran extremadamente interesantes. Quizás la antropología malinowskiana se haya pasado un poco para el lado opuesto. Sus datos son admirables,

---

en la etapa precientífica, la noción de *paradigma* (o *matriz disciplinar*) es probablemente la más utilizada para enfrentarse con problemáticas epistemológicas en el campo de las ciencias sociales.

pero sus preguntas quizás estén un poco rancias” (Gellner, 1997:63).

En este artículo se analiza, entonces, la importancia que un hecho científico (que, según la lógica popperiana, se podría considerar un experimento crucial) tuvo para el desarrollo de la antropología argentina. Se trata del fechado radiocarbónico (el primero realizado en el país) que Alberto Rex González (1918-2012) concretó en 1957 con materiales de las grutas de Intihuasi en la provincia de San Luis y que estableció una diferencia de más 7 mil años con las especulaciones que se aceptaban en el medio antropológico local. Como se verá, la utilización del carbono 14 para la formulación de cronologías absolutas no sólo puede interpretarse como un experimento crucial sino que un adecuado análisis de su importancia permite entender una parte significativa de la historia de la antropología argentina, en particular por su lugar en la trayectoria académica de Alberto Rex González, quien quedaría ligado estrechamente con esa técnica de medición en carácter de *híbrido* (Latour, 2007). Es decir, como un actor humano, formaría parte de una compleja red, una “madeja” (Ibíd.) atravesada por dimensiones como la política, la tecnología, la academia y la química aplicada. Precisamente, uno de los ejes conceptuales que se tomarán de Latour tiene que ver con la importancia que se le asigna a los objetos (“artificiales” o “naturales”), o más bien, las entidades *no humanas*, que se consideran como actores de igual modo que los *humanos*. Es en esa línea que se incorpora el carbono 14 como un actor fundamental en el proceso de renovación de la antropología argentina, tal cual se ha hecho con el análisis de trayectorias claves de *humanos* (Gil, 2010b) que, en este caso, fueron los que interactuaron con esa entidad *no humana*. Para Latour, resulta esencial “destacar los sucesivos entrecruzamientos que han permitido que los humanos y los no humanos intercambiasen sus propiedades. Cada uno de estos entrecruzamientos tiene como resultado un cambio espectacular en las dimensiones del colectivo, en su composición y en el grado en que se entrelazan los humanos y los no humanos” (Latour, 2008:241).

La construcción del procedimiento del carbono 14 permitió un ejercicio metrológico que estableció criterios universales para la determinación, en el caso de la arqueología, de las primeras cronologías absolutas de las sociedades del Noroeste argentino (NOA). Por eso, el objetivo de este artículo apunta a analizar las transformaciones ocurridas en el campo de la antropología argentina desde la concreción del primer fechado radiocarbónico, que posibilitó imponer convenciones universales de medición a partir de una tecnología “revolucionaria”. Esa construcción implicó una transformación, porque tomó elementos del objeto y pasó por una serie de mediadores convencionales que permitieron traducir polvo, señales, números y papel en cifras concretas que marcan un período histórico determinado. Por supuesto, no es intención de este artículo aplicar el modelo popperiano al episodio del carbono 14, ni tampoco tomar literalmente la provocativa propuesta de teoría social de Bruno Latour. Principalmente, se toman de este autor algunos señalamientos importantes en el análisis de la *construcción de los hechos científicos*<sup>114</sup>, sobre todo una serie de categorías analíticas que posibilitan comprender el devenir científico con mayor precisión, tratando de superar los límites de los enfoques normativos y los alcances de la filosofía de la ciencia. Y mucho menos se postula una mirada determinista del papel del carbono 14 en la trayectoria de González y en las transformaciones del campo de la antropología argentina, más allá de que se lo tome como un eslabón fundamental –aunque no excluyente– en la construcción del liderazgo que este académico iría construyendo sostenida y progresivamente.

---

114 Es importante aclarar que, pese a que una lectura ligera de Latour lo coloca en el marco de constructivismo radical, nada se encuentra más lejano de la propuesta del investigador francés. Por construido, este autor entiende que no se trata de un “misterio” anclado en lo “social”, sino de una relación entre *humanos* y *no humanos* en el proceso de gestación de una determinada empresa, sea un edificio, un dispositivo ritual o, en este caso, un experimento de medición. Por ello, cuando se refiere a construcción, implica que el producto final de aquella empresa podría haber sido diferente, pero también lo asocia con robustez, calidad, estilo, durabilidad y valor. Ello supone, también, la idea de una “artificialidad total” pero también una “objetividad total”, que se mueven en paralelo. De allí que sostenga que “no podía haber duda de que los laboratorios, los aceleradores de partículas, los telescopios, las estadísticas nacionales, las redes satelitales, las supercomputadoras y las colecciones de especímenes eran lugares artificiales cuya historia podía ser documentada del mismo modo que la de los edificios, los microchips y las locomotoras” (Latour, 2008:132).

## **2. El mainstream antropológico de mitad del siglo XX**

El etnógrafo tiene por tarea, no única sino principal, hacer inteligible la experiencia de seres humanos en tanto que su pertenencia a un grupo social contribuye a determinarlo. Para llegar a eso, debe interpretar algunas de las representaciones culturales que ese grupo comparte. Explicar las representaciones culturales, interpretarlas: esas dos tareas son autónomas en su concreción, y complementarias en la comprensión de los fenómenos culturales.

Dan Sperber, *Le savoir des anthropologues*

Difícilmente se puedan encontrar en disciplinas como la antropología sucesos que den cuenta de encrucijadas que configuren experimentos cruciales como los analiza Popper, a partir de los cuales una teoría es completamente abandonada por otra. Inclusive otro referente de peso en la filosofía de la ciencia, como Carl Hempel, sostiene que tales experimentos cruciales no existen, dado que en cada una de estas encrucijadas se ponen a prueba, además de la hipótesis principal, toda una serie de hipótesis auxiliares. El representante del Círculo de Viena aseguraba que “ni siquiera la más cuidadosa y amplia contrastación puede refutar una de entre dos hipótesis y probar la otra; por tanto, estrictamente interpretados, los experimentos cruciales son imposibles en la ciencia” (Hempel, 1979:50-1). Al analizar experimentos como el de Foucault en 1850 y el de Lenard en 1903 sobre la naturaleza de la luz (la concepción ondulatoria versus la concepción corpuscular), Hempel entiende que, de forma rigurosa, no es posible realizar una estricta refutación entre teorías rivales dado que las hipótesis en juego no se pueden probar de manera concluyente por los datos disponibles, por precisos que puedan ser. En contrapartida, Hempel opta por afirmar que estos experimentos pueden aspirar a mostrar la inadecuación de las teorías en ciertos aspectos importantes y ofrecer un sustento de peso a la teoría rival.

Teniendo en cuenta todo ello, nuestro hecho “crucial” refiere a una medición de laboratorio, que desbarató las especulaciones cronológicas gestadas en el marco de la corriente histórico-cultural que hegemonizaba el campo disciplinar de la antropología argentina y que, de esa manera, sentó las bases para la conformación de un nuevo e importante liderazgo. En su particular contexto periférico, la antropología argentina fue liderada hasta mediados del siglo XX<sup>115</sup> por el italiano José Imbelloni (1885-1967), desde las sólidas posiciones institucionales que detentaba en la Universidad de Buenos Aires<sup>116</sup>. Imbelloni ejerció un liderazgo “carismático” entre sus discípulos, muchos de los cuales no dudaban en calificarlo como “gran maestro” (Gil, 2010a; Guber, 2011) varias décadas después, además de actuar como difusores de su prolífica e influyente obra intelectual. Bajo su impronta se formaron también quienes liderarían la antropología argentina durante el proceso de definitiva institucionalización, del cual Imbelloni quedó excluido por su explícita adhesión al peronismo<sup>117</sup>. Los grandes líderes intelectuales “carismáticos”

---

115 Según Podgorny (2004), los problemas fundamentales que definieron los especialistas de la arqueología argentina giraron en torno a la definición de lo que constituía “un indio”, para determinar si su población mostraba tendencias hacia la disminución o el aumento y, finalmente, qué hacer con ellos. En ese marco, la misma autora considera que el apoyo estatal a esta “costosa” disciplina se caracterizó por “el ritmo esporádico propio del apoyo a los congresos internacionales, a la cultura del banquete y a los acontecimiento conmemorativos” (Ibíd.:168). Es también importante destacar que, según la misma autora (Ibíd.), en las primeras décadas del siglo XX la limitada institucionalización de la disciplina se debió a “la incapacidad, por parte de los especialistas, de establecer una tradición heredable –un hecho ligado, quizás también, a la personalidad de algunos profesores, a la falta de canales claros para la integración de los egresados en la investigación y en el trabajo rentado, y a la supervivencia, en algunos casos, de los mecanismos de reemplazo y sucesión a través de redes internacionales” (Ibíd.:168-9).

116 El propio González abonó la teoría del “vacío teórico” para explicar el liderazgo ejercido por José Imbelloni en la antropología argentina, desde su “su prédica carismática en la cátedra de Antropología de la Universidad de Buenos Aires” (González, 1985:510). En esa sintonía, explicaba que frente a “la retracción de la teoría evolucionista de la cultura” (Ibíd.:510), el “vacío” fue llenado por la Escuela Histórico-Cultural en su versión vienesa.

117 Luego del derrocamiento de Perón, las universidades fueron intervenidas y se llevó adelante un proceso de “normalización” bajo los principios de la Reforma Universitaria de 1918, en el que tuvieron un papel determinante las agrupaciones estudiantiles, ya sea en la elección de las nuevas autoridades universitarias como en los concursos docentes. En este último caso, “cada candidato debía firmar un documento en el que declaraba no haber mantenido ningún tipo de compromiso con el antiguo régimen. Pero independientemente de este juramento, las autoridades universitarias se reservaban el derecho de impugnar las candidaturas de algunos individuos tomando como base

se construyen, de acuerdo con Collins (2002), a partir de intensos *rituales de interacción* que requieren la conformación de un grupo cuyos miembros focalicen conscientemente la atención en el mismo objeto o acción y que, además, compartan maneras y emociones comunes. Esos grandes líderes son habitualmente referenciados con mucha frecuencia y sus “hijos intelectuales” difunden sus ideas. En ese sentido, los vínculos verticales (cadenas de maestro-alumnos a través de las generaciones) y horizontales (relaciones de conocimiento entre contemporáneos) son fundamentales para la cristalización de estos académicos notables. Vínculos que necesitan un soporte institucional para adquirir una mayor solidez. Dentro de “esa organización vertical de las redes sociales a través de las generaciones” (Ibíd.:71), cobra una importancia clave haber *sido alumno de*, que refiere a conexiones verticales, que no son una mera cuestión de influencia. En esos contactos personales, se produce en primera instancia una transferencia de *capital cultural*, en este caso de las ideas y de lo que se puede hacer con ellas. En segundo lugar, se concreta la transferencia de *energía emocional*, que puede remitir a éxitos previos. El concepto de *energía emocional* es utilizado para describir el surgimiento de un impulso creativo que proviene de los intelectuales cuando están haciendo su mejor trabajo. Esta *energía emocional* necesita estar complementada por un volumen adecuado de *capital cultural*, entendido como un repertorio simbólico de diversos grados de abstracción y reificación, y con contenidos particulares y generales. El *capital cultural* depende, entonces, de la densidad social de las interacciones rituales en las que participan los individuos, quienes se ven envueltos en una gran variedad de situaciones, algunas de las cuales presentan el mayor atractivo de interacción. Son precisamente esas situaciones hacia donde los grupos suelen intentar canalizar su *capital cultural* y su *energía emocional*. Por eso, Collins (2002) concibe el mundo intelectual como una conversación masiva, en la que circula el *capital cultural* en intermitentes rituales de interacción. La *energía emocional* y el *capital cultural* dependen del modo en que se combinan con los de otros miembros de la comunidad con los que se entra en contacto, lo que envuelve oportunidades para desarrollar relaciones de solidaridad o de riva-

---

acusaciones relativas a su ‘conducta moral’ durante la década anterior” (Neiburg, 1998:223-4). En el caso concreto de Imbelloni, su salida de la Universidad de Buenos Aires (UBA) fue resuelta mediante una jubilación anticipada.

lidad. Pero sobre todo, la noción de *creatividad* resulta clave para comprender la grandeza intelectual, mensurable a partir del efecto que un determinado referente produce en la historia intelectual, influenciando a sus contemporáneos y a las generaciones siguientes.

Martínez y Taboada plantean que, al autopercebirse como un “iniciador y estimulador” (2011b:356), Imbelloni fue consolidando su carrera académica ganando paulatinamente espacios que le posibilitaron imponer sus lineamientos teóricos. Sus capacidades para presentarse como un referente teórico con sólidas credenciales académicas (su formación específica en la Italia natal) y como un iniciador de cadenas intergeneracionales de discípulos, se vieron fortalecidas por el contexto de la política nacional. De ese modo, pudo “ofrecer una alternativa teórica que fue monopolizando poco a poco el campo” (Ibíd.:356), excluyendo “durante alrededor de 30 años toda otra posibilidad teórica” (Ibíd.:356). En el marco de ese liderazgo, otros referentes del campo “negociaban sus ideas con más o menos rigor y en búsqueda de consensos” (Ibíd.:360), ocultando sus diferencias y privilegiando sus posiciones institucionales y el sentido de pertenencia a la “comunidad científica” antropológica. En ese sentido, el episodio de 1939 en el que se produjo la “expulsión tácita” (Ibíd.:364) de los hermanos Wagner de la antropología oficial argentina implicó todo un complejo *ritual de institución* (Bourdieu, 1991) en el que se definieron criterios de clasificación, pertenencia, legitimación y jerarquización en el campo académico. Se trató de un caso en el que consagraron e instituyeron las diferencias (Ibíd.), ya que “instituir, dar una definición social, una identidad, es también imponer *límites*” (Bourdieu, 1991:120). Al objetivar “lo no objetivado” (Bourdieu, 2008:21), los principales actores en el campo disciplinar establecieron –casi de forma explícita– los límites de esa comunidad científica, marginando no sólo a los autodidactas sino también a aquellos que propusieran marcos teóricos e interpretativos contrapuestos<sup>118</sup>. Así es que, en líneas generales, Guber (2006)

---

118 Los hermanos Emilio y Duncan Wagner protagonizaron un rico episodio de la historia de la antropología argentina. A partir de los restos arqueológicos que obtuvieron en el territorio de la provincia de Santiago del Estero, plantearon una extravagante hipótesis difusionista en la que imaginaron una “civilización chaco-santiagoueña”, un “imperio de las llanuras” de gran profundidad temporal, que se constituyó en un centro de irradiación cultural que excedió los marcos territoriales de América del Sur. En el profundo análisis de la obra y el impacto de la producción de los hermanos Wagner, Martínez y Taboada (2011a) mostraron, entre muchos otros aspectos, que más allá

sostiene que persistieron dos orientaciones en el Museo Etnográfico entre 1939 y 1947, “una más ecléctica que, aunque orientada al pasado, anclaba en el presente a través de la geografía humana, y la otra igualmente orientada a la reconstrucción del pasado en la línea histórico-cultural. Esta diferencia, que supo convivir por una década, modificó su sentido ni bien la política nacional ingresó a la academia en 1947” (Ibíd.:44).

Imbelloni adhería fervientemente a la corriente histórico-cultural alemana que –casi por completo– había perdido relevancia en el campo antropológico mundial, más allá de que algunos de sus postulados seguían parcialmente vigentes en una de las tres principales tradiciones metropolitanas como el culturalismo de Franz Boas (sobre todo la influencia de su maestro Adolf Bastian<sup>119</sup>) en los Esta-

---

de los excesos interpretativos y las deficiencias metodológicas (que eran propias de la arqueología argentina de la época) realizaron importantes hallazgos y hasta plantearon correlaciones plausibles. Pero en líneas generales, “es como si los Wagner, enamorados de su propia idea de haber descubierto a la vez un origen magnífico para la empobrecida provincia en que estaban concluyendo sus días, y un eslabón perdido en la más antigua historia universal, fueran incapaces de describir minuciosamente algún aspecto, descendiendo de las grandes generalidades del filósofo y del poeta, al humilde detalle que hace incomprendible al científico. A la desconfianza que ya existía, el texto tiene que haber agregado una dosis de malestar” (Ibíd.:286). Sus interpretaciones, además, contradecían los (falsos) postulados que dominaban el campo antropológico argentino que le asignaban una escasa profundidad temporal a las culturas del NOA. Y a ello se le debe sumar que los Wagner buscaron en primera instancia una legitimación externa a la academia (prensa regional y “nacional”, campo cultural santiagueño, política local), ocupándose de temas de alta sensibilidad para los referentes del campo. Martínez y Taboada (Ibíd.) plantean que las primeras intervenciones de los Wagner, dentro y fuera de la academia, parecen “haber alineado ya a hombres que, a pesar de proceder de diversas formaciones y tendencias se unen –posiblemente sin haberlo decidido– en un mismo bloque para excluir a otros colegas del mundo científico de entonces” (Ibíd.:302).

119 Adolph Bastian (1826-1905) confiaba en que las culturas, si bien poseen un origen común, luego habían protagonizado desarrollos particulares en direcciones diversas, sin por ello perder los vínculos históricos entre ellas. Rechazó, además, la visión romántica de la cultura como una suma de valores esenciales de un pueblo que pueden probarse a partir de la recolección de sus tradiciones, por lo que se preocupó por mostrar que las culturas y las razas son híbridas, y que la pureza, la distinción y la durabilidad son verdaderas falacias. De ese modo, atribuía las diferencias culturales tanto a los entornos naturales locales como al contacto. Y al explicar el cambio desde el azar, descartaba la existencia de patrones históricos fijos de evolución. Bastian elaboró la distinción entre *pensamientos elementales* (luego conocidos como universales culturales) y *pensamientos folklóricos*. Según Bastian, esas ideas elementales, de carácter innato, se encuentran en el origen de toda cultura pero son pasibles de modificación a partir



dos Unidos. Los referentes locales de la corriente histórico-cultural consideraban la disciplina antropológica dentro de los parámetros filosóficos del historicismo<sup>120</sup> y rechazaban tajantemente los enfoques (neo)evolucionistas y funcionalistas, estos últimos por la fuerte impronta sociológica en sus planteos. Entre otros aspectos, ello llevaría a que durante décadas –especialmente en los espacios institucionales de Buenos Aires y La Plata– la antropología social fuera excluida completamente de los planes de estudio o, como máximo, ocupara espacios marginales (Guber, 2007 y 2008; Gil, 2010a y 2010b)<sup>121</sup>.

En líneas generales, en esta teoría de los *círculos culturales* o *Kulturkreise*, el tema central es en qué medida la contigüidad puede ser utilizada como explicación de las diferencias culturales, dado que la invención independiente prácticamente nunca se dio (según esta concepción) en la historia de la humanidad. Esta adhesión al programa difusionista en la Argentina se advertía claramente en la influencia de Fritz Graebner (1877-1934), para quien la cultura –fiel a la concepción hegeliana– aparece como una unidad indivisible, propia de las características espirituales de cada pueblo, lo que constituye un paso irreversible hacia la esencialización de las identidades. Esta *Kultur*, que es algo nacional pero también personal,

---

fenómenos tales como los contrastes ecológicos, creando así *provincias geográficas*. Por ello, la gran cantidad de similitudes entre culturas de diferentes partes del mundo, son atribuidas a la convergencia de las líneas evolutivas, mientras que los *pensamientos folklóricos* representan las diferencias culturales, que generalmente se deben a cuestiones vinculadas con el ambiente y los sucesos históricos (Bonte y Izard, 2004). Así, los contactos entre civilizaciones habrían redundado en desarrollos históricos y culturales particulares, por lo que la etnología se define, en la lógica de este antropólogo alemán, como la búsqueda de poner en relieve las ideas elementales de la masa de las variaciones culturales particulares.

120 El naturalismo positivista había fijado el monismo metodológico, que provocó la reacción historicista, también llamada “hermenéutica” y que encabezaron filósofos y científicos sociales alemanes como Droysen, Dilthey, Simmel y Max Weber. Al postular la especificidad de las ciencias del hombre o del espíritu, esta posición estableció la dicotomía metodológica entre la *explicación* (objetivo de las ciencias naturales) y la *comprensión* de los fenómenos sociales, propósito de las ciencias del espíritu.

121 Imbelloni fustigaba a la antropología social por nutrirse de una matriz limitada “por un pensamiento de extrema relatividad” (Ibíd.:209). Al confiar en las fortalezas de una aproximación inductiva y filosófica frente a la concepción “práctica” y “normativa”, condenaba aquellos intentos de priorizar “la morfología interna de una cultura” (Ibíd.:209) que apenas reproduce “fórmulas caducas y cambiantes” (Ibíd.:209) y que persigue la armonía de los componentes internos.

alcanza lo artístico, lo intelectual y lo religioso, pero no los hechos políticos, económicos y sociales. En coincidencia con ese marco intelectual, son los pueblos “primitivos” los que conservan la cultura real y hacia ellos apuntan los investigadores de los *Kulturkreise*. Por consiguiente, los difusionistas se posicionaron en el desarrollo de los rasgos culturales que se diseminaron desde un centro original. La comparación entre los grandes centros de civilización –aquellos con capacidad de difundir rasgos culturales– y aquellas culturas “inferiores” implicaba que sólo los primeros eran capaces de sobrellevar la invención y el progreso mientras que las segundas sólo recibían influencia a través del contacto y la migración, pero a la vez se las consideraba más “prístinas”.

Basado en Graebner, Imbelloni admitía que se producen procesos de transformación de las formas originales en el proceso de difusión cultural, y que también podían darse casos de invención aislada que se ubicaban por fuera “de las líneas de desarrollo de la forma general de una cultura” (Imbelloni, 1935:77). Esa dispersión de invenciones no implica –para este autor– desorden, dado que “intervienen factores de eliminación, aislamiento y limitación espacial, cuyo resultado es un cuadro de intenso interés: la supervivencia contemporánea, en áreas más o menos distintas, de formas especializadas, que han dominado, respectivamente, en una cierta zona y por un tiempo determinado” (Ibíd.:80). Ello implicaba que, dentro de estos “préstamos y disociaciones de caracteres” (Ibíd.:80), las culturas siguen sus caminos independientes. Esta reflexión le permitía a Imbelloni distinguir, dentro del concepto de *Kulturkreise* utilizado por Graebner, los círculos culturales (área territorial abarcada por el proceso de difusión, también denominado ámbito cultural) de los ciclos culturales (contenido patrimonial característico). El círculo cultural es concebido como una “unidad abstracta de áreas discontinuas” (Ibíd.:83) antes que como una continuidad espacial. La noción de ciclo cultural se refiere a “la imagen de un conjunto lógico o de una serie de formas (ciclo de ideas, ciclo de mitos, etc.); inútil es repetir que en el ciclo cultural importa siempre la coherencia de un cierto número de elementos culturales característicos, sean sus áreas concretas o discretas” (Ibíd.:83). Como consecuencia, “ciclo y círculo, en una cultura, se corresponden como el concepto de espacio corresponde al concepto de contenido” (Ibíd.:83). De ese modo, reducía a un escaso número de “ciclos esenciales” a los complejos culturales de la historia del desarrollo humano.

### 3. La llegada al campo de un innovador

Otros campos también cambian, por supuesto, algunos más rápida o fundamentalmente incluso, pero pocos lo hacen de una forma tan poco metódica como la antropología. Ella se altera como una moda, una actitud o un clima de opinión.

Clifford Geertz, *Tras los hechos. Dos países, cuatro décadas y un antropólogo*

La hegemonía de esta matriz de pensamiento comenzó a sufrir algunos embates a mediados del siglo XX, en especial por la labor renovadora de un joven arqueólogo formado en el departamento de antropología de la Universidad de Columbia<sup>122</sup>: Alberto Rex González. Graduado como médico en la Universidad de Córdoba, González realizó estudios de posgrado en los Estados Unidos desde 1949 y, a su regreso a la Argentina, comenzó a construir una trayectoria político-académica opuesta –aunque no siempre conflictiva– con el *mainstream* de la antropología argentina. Ya asentado en el país, González logró insertarse dentro del “ciclo de credibilidad” (Latour y Woolgar, 1986) en la arqueología argentina, es decir, logró rápidamente acumular credenciales en el campo disciplinar que le permitieron reinvertir ese crédito y obtener credibilidad entre sus pares y “superiores”, ya sea para obtener cargos, publicar,

122 El departamento de antropología de la Universidad de Columbia se había transformado desde las primeras décadas del siglo XX en el más prestigioso de la disciplina en los Estados Unidos, liderado por la descollante labor de Franz Boas. Esta casa de estudios forma parte, además, de lo que se conoce como *Ivy League*, junto con otras siete universidades de la costa este (Harvard, Cornell, Princeton, Yale, Brown, Dartmouth, Pensilvania) que, más allá de su origen en confrontaciones deportivas, remite al elitismo y excelencia reinantes. Franz Boas había muerto en 1942 aunque se había retirado poco tiempo antes. Su lugar a la cabeza del Departamento de Antropología había sido ocupado en 1937 por Ralph Linton (1893-1953), quien se marcharía a Yale en 1946. En los tiempos de estudiante de González, se destacaban dos figuras polares en el departamento, Julian Steward y Ruth Benedict. Aunque discípula directa de Boas (al igual que la también famosa Margaret Mead), y dueña de un elevado prestigio dentro y fuera de la academia, Benedict no disponía de un elevado estatus en el cuerpo de profesores de Columbia, ya que sólo era profesora asociada, lo que indica con claridad la notable exclusión de género que imperaba en la antropología, en particular, y en la academia, en general.

conseguir subvenciones y ser referenciado por sus colegas. Como se advierte con facilidad, comenzó a publicar asiduamente, incluso en las revistas que controlaba el grupo liderado por Imbelloni, como el caso de *Runa. Archivo para las Ciencias del Hombre*, la revista del Instituto de Ciencias Antropológicas de la UBA. Aunque sus trabajos se despegaban de los lineamientos dominantes, no confrontaban con ese *mainstream* de manera abierta y provocadora (Gil, 2010b). De hecho, los primeros trabajos de González no contienen demasiadas referencias teóricas que polemizaran con los postulados teóricos dominantes. No por ello, esas producciones se privaban de formular observaciones críticas, en especial en los aspectos metodológicos. Por ejemplo, un artículo publicado en *Runa* indicaba que:

“no es imposible que algún día podamos vincular específicamente algunos de los antiguos horizontes de cazadores de América del Norte con sus similares de América del Sud y Mesoamérica y elaborar secuencias válidas de gran amplitud geográfica, pero debido a la enorme variedad y a la diversidad tipológica de los instrumentos utilizados habrá que tener mucha cautela en la valoración de estas afinidades” (González 1952:129).

En ese mismo artículo prefiguraba que “la etapa de investigación inevitable que se nos impone es la de tratar de hallar y definir los grandes complejos dentro de las distintas áreas, para lo que se requiere mucha y cuidadosa labor en el terreno, tarea más que olvidada entre nosotros” (Ibíd.:130). Pero su capital científico comenzó a incrementarse una vez que rompió con ese ciclo de credibilidad original y tuvo la posibilidad de hacer valer en el campo de la antropología argentina la confiabilidad de sus datos, sus credenciales académicas y sus soportes institucionales y fuentes de financiamiento. Así, pudo tejer una sofisticada red de alianzas cada vez más sólida y completa que le permitiría ocupar cargos en diversas universidades, construir compactos discipulados, presidir comisiones y reuniones científicas de relevancia (como el Congreso de Americanistas de 1966 que se desarrolló en Mar del Plata) y posicionarse como un actor central en la arqueología argentina, pero también como una referencia impostergable para quienes se volcarían por la todavía incipiente subdisciplina de la antropología social en los años sesenta (Gil, 2010b).

Progresivamente, los métodos empleados por González entraron en tensión con los postulados aceptados mayoritariamente en el campo antropológico argentino. En principio, la utilización sistemática de la estratigrafía y el empleo “revolucionario” del fechado radiocarbónico, configuraron “una nueva etapa para la arqueología en la Argentina” (Pérez Gollán, 1998:18), que empezaría a incorporar preocupaciones y conceptos de la corriente histórico-cultural norteamericana (Politis, 2001), como el de área cultural, las tipologías y las influencias ambientales. Entonces, la noción de área cultural –ampliamente desarrollada por Julian Steward– comenzó a cumplir un papel relevante en las interpretaciones, descripciones y clasificaciones, ya que se ponía el énfasis en la relación de las respectivas poblaciones con su medio ambiente, considerada esa vinculación más directa en aquellas culturas de menor desarrollo (González y Pérez Gollán, 1972). Ello no excluía, en esta concepción, la existencia de un gran centro de irradiación de civilización: “el ‘Centro Nuclear Andino’”. De cualquier manera, mucho tiempo después de su formación en Columbia, González seguía confiando en que “la idea de Evolución y la explicación de sus mecanismos es uno de los objetivos fundamentales de la ciencia” (González, 1998:364). Así, le adjudicaba a la complejidad de la cultura la imposibilidad de haber encontrado todavía explicaciones análogas a las de evolución biológica. Entonces, abogaba por la formulación de explicaciones evolutivas de la cultura que contemplen todos los subsistemas de ese proceso de cambio constante en el tiempo hacia formas más complejas. Al considerar al proceso evolutivo de la cultura como un “hecho incontrovertible” (Ibíd.) postulaba la utilización de un enfoque *descriptivo* (cómo se desarrolló la evolución), del que deben hacerse cargo la prehistoria y la arqueología, y el restante *explicativo* (por qué ocurrió la evolución), tarea de la antropología social y cultural (Ibíd.). De cualquier modo, González (1974) había insistido en desligar cualquier tipo de relación mecánica entre el desarrollo tecnológico y sus aplicaciones prácticas, ya que “los sistemas simbólicos pueden intervenir y llegar a jugar un rol decisivo. Pero esto no significa que *no exista otro proceso* paralelo e independiente que origine el cambio a partir de inventos o creaciones cuyo origen sea directamente el de llenar necesidades prácticas inmediatas” (González, 1998:369). Por consiguiente, “el proceso de Evolución Cultural estaría basado en la interacción per-

manente entre los sistemas simbólicos y los tecnológicos, junto a los bio-demográficos. Actuando en conjunto como un todo frente a los procesos ecológicos de adaptación al medio natural como al cultural” (Ibíd.:372).

Analizándolo a la distancia, González (1991-2) afirmaba que la antropología argentina atravesaba una crisis desde los años cincuenta en la que se entrelazaba lo institucional, lo teórico y lo ideológico. Según su análisis, los cultores difusionistas alegaban:

“difundir la única filosofía que parecería ser valedera, la sustentada por el historicismo neokantiano y teológico del *Kulturkreise*; todo lo demás era a-filosófico o carente de valor. Al recalcar su carácter teológico, señalamos su signo fundamentalista y aquí llegamos por distinta vía a otra importante conclusión, que no figura ni se explicita en los escritos de esa época: la declamada posición antiyanqui no lo es por la posición antiimperialista sustentada por una gran mayoría de los antropólogos latinoamericanos” (Ibíd.:100-1).

En la misma sintonía, González le adjudicaba a estas corrientes un “antiyanquismo<sup>123</sup> manifiesto” (Ibíd.:102) por su raíz ideológica y, a la par, negaba que el método de los círculos culturales hubiera sido siquiera bosquejado en la Argentina. Por ende, sostenía que se trataba de una adhesión “más proclamada que practicada” (Ibíd.:102), porque refería más a “un problema de enfrentamiento personal o grupal e ideológico que científico; un enfrentamiento basado en gran medida en problemas semánticos, de confusión de conceptos (teoría, filosofía, método y técnica) y de desconocimiento de las distintas corrientes antropológicas y aun de la propia tendencia propuesta” (Ibíd.:102).

---

123 Pese a ese “antiyanquismo” que encuentra González entre sus adversarios y algunas reticencias explícitas de Lafón hacia la “escuela americana”, este último autor ya utilizaba en los años cincuenta conceptos de esa tradición, como *horizon*, con el objetivo de lograr “una mayor amplitud temporal y espacial necesaria para poder manejarnos con comodidad en nuestro afán de poner en evidencia en el área diaguita los ‘*specific features*’ que caracterizan el horizonte incaico en su lugar de origen, vale decir, en la metrópoli incaica del momento inmediatamente anterior a la conquista” (Lafón, 1958b:122). De hecho, para su proyecto antropológico planteaba la necesidad de obtener una síntesis superadora de los corrientes alemana y norteamericana (Lafón, 1960).

#### 4. El carbono 14 y la antropología argentina

Sabemos que sin una codificación *convencional* de los juicios, las formas, las etiquetas y las palabras, todo lo que nos sería dado contemplar en este diagrama que reproduce la silueta del subsuelo se reduciría a una serie de garabatos sin forma.

Bruno Latour, *La esperanza de Pandora*

La datación por radiocarbono es considerada el método más preciso para determinar la edad de muestras orgánicas de menos de 40 mil años. El carbono 14 es un radioisótopo del carbono, que fue descubierto en 1940 por Martin Kamen y Sam Ruben. Pero le corresponde el mérito al químico Willard Libby (1908-1980) de haber desarrollado la datación por radiocarbono, lo que le valió el Premio Nobel de Química en 1960. Luego de conseguir controlar los mecanismos del isótopo carbono 14 ( $^{14}\text{C}$ ) en 1946, tres años más tarde, Libby<sup>124</sup> completó el Método de Datación Radiocarbónica. Y desde aquel momento no ha dejado de ser un instrumento indispensable para establecer cronologías absolutas en la arqueología. Dada la capacidad de los organismos para almacenar este isótopo del carbono, se puede establecer la antigüedad de esas muestras orgánicas. Una vez que ese organismo muere, la concentración de carbono 14 comienza a decaer en mitades cada 5730 años aproximadamente, por lo que la cantidad que todavía contienen de ese isótopo radioactivo las muestras orgánicas es lo que permite fechar su antigüedad, actuando como un verdadero reloj. Por ende, ello permite que se produzca una curva de medición que va aproximadamente de los 50 mil a los 200 ó 300 años antes del presente, en cuyos extremos (cuando casi no queda concentración de carbono 14 y cuando la hay en proporciones similares a la del organismo vivo) las mediciones carecen de alta confiabilidad. En el caso de la antropología argentina –y como ya se ha adelantado–, la experimentación con carbono 14 desbarató las hipótesis basadas, en gran parte, en las fuentes etno-

---

124 Libby también participó del proyecto Manhattan que condujo al desarrollo de la bomba atómica que se lanzó sobre Hiroshima y Nagasaki. Su tarea consistió en lograr la separación y enriquecimiento de los isótopos del uranio-235.

históricas y preparó el camino para un nuevo liderazgo que González desplegaría sobre muchos frentes. Además, la trayectoria descolllante de este arqueólogo no se entiende completamente sin el carbono 14, como tampoco sin las redes de sociabilidad académica (Soprano, 2010) que fue construyendo desde su instalación en la Argentina en diversas universidades. Los fechados con el método del carbono 14 ocupan, en los relatos de González (en entrevistas y en su libro autobiográfico, *Tiestos dispersos*), una posición clave en su propia construcción como figura académica, puntualmente como un innovador, eventualmente revolucionario, en la arqueología argentina.

Como sostiene Knorr-Cetina, la obtención de un resultado de estas características puede “convertir un producto de laboratorio en algo que puede ser aceptado como ‘nuevo’” (Knorr-Cetina, 2005:79), en este caso, una “novedad” que refería a temas y objetos de estudio de amplio tratamiento previo. Los nuevos resultados de laboratorio apuntaron a cuestionar posicionamientos aceptados, es decir, el “oportunismo” (Ibíd.) de González radicó en apuntar al núcleo de las interpretaciones de las teorías rivales. Knorr-Cetina define el oportunismo como un *proceso* que “se refiere a la *indicialidad* como un modo de producción desde el punto de vista del carácter *ocasionado* de los productos de investigación, en contraste con la idea de que las particularidades de una situación de investigación dada son irrelevantes o despreciables” (Ibíd.:113). En su propia narrativa, el carbono 14 opera también como un actor clave en las disputas académico-políticas en donde le tocó actuar, especialmente en el Museo de La Plata, ya que “cuando volví de EE.UU. y traje eso del carbono y un montón de cosas más, eso significaba un cambio, y una revolución dentro de la disciplina, que algunos no podían perdonar” (González, 2000:286-7). El caso del carbono 14 implicó una operación de *traducción* (Latour, 1992; Callon y Law, 1998) exitosa, en la que determinados intereses se impusieron, transformando el colectivo de la antropología argentina. A partir de esta reorganización de entidades y las consiguientes estrategias de enrolamiento (Callon y Law, 1998), el entramado de relaciones en la antropología argentina comenzó a adquirir nuevas configuraciones, adquirió una nueva forma con cierto grado de durabilidad. Esta utilización del carbono 14 le serviría también a González como un capital distintivo frente al *mainstream* antropológico local para, de ese modo, acceder a un mayor capacidad para controlar las entidades que conformaban la red de referencia, en este caso, un



campo disciplinar. En ese sentido, “mientras dura una controversia, las operaciones de persuasión movilizan una mezcla de agentes humanos y no humanos” (Latour, 2001:120) dado que:

“la palabra traducción se refiere a todos los desplazamientos que se verifican a través de los actores cuya mediación es indispensable para que ocurra cualquier acción. En vez de oposición rígida entre el contexto y el contenido, las cadenas de traducciones se refieren al trabajo mediante el que los actores modifican, desplazan y trasladan sus distintos y contrapuestos intereses” (Ibíd.:370).

González consiguió realizar en el laboratorio de la Universidad de Yale en los Estados Unidos el primer fechado radiocarbónico del país, referido en este caso a las grutas de Intihuaasi, pudiendo establecer una antigüedad en 6000 A.C.<sup>125</sup>. Este procedimiento posibilitó, a modo de experimento crucial, construir las primeras cronologías absolutas en la Argentina, “hito que marca la extinción definitiva de toda especulación cronológica. La consecuencia más directa es que no quedó ni el rastro de la certeza de Boman<sup>126</sup> (a la que muchos adherían con absoluta fe ciega) de que las poblaciones

---

125 Para este caso, la referencia técnica correcta de los años se refiere al presente (AP), por lo que corresponden  $7970 \pm 100$  AP y  $8068 \pm 95$  AP.

126 Eric Boman (1867-1924) fue un antropólogo nacido en la ciudad sueca de Falym. Llegó en 1888 a la Argentina, en donde nunca dejó de dedicarse a las labores científicas. Radicado mucho tiempo en Catamarca, estudió intensivamente el NOA, por ejemplo, el valle de Lerma en Salta y el valle del río San Francisco en Jujuy, actividades cumplidas en el marco de la Misión Científica Sueca dirigida por Erland Nordenskiöld. Participó también de una misión científica francesa en la Puna jujeña. Luego de pasar media década en París, desde donde organizó publicaciones importantes sobre la Argentina, regresó al país para instalarse en Buenos Aires, y se dedicó a organizar museos y misiones científicas y publicar artículos relacionados con sus actividades de campo, principalmente en el NOA. Murió en Buenos Aires cuando ocupaba el cargo de conservador de las colecciones arqueológicas del Museo de Ciencias Naturales “Bernardino Rivadavia”. En cuanto a su influencia en la antropología argentina, González considera que “Boman curiosamente, pese a un conocimiento muy grande de la arqueología de campaña del NOA, fue quien más utilizó el análisis de textos históricos de la época de la conquista para interpretar toda clase de materiales arqueológicos, introduciendo una modalidad particular que luego va a caracterizar a toda la arqueología de la Argentina por casi cuatro décadas. De cualquier manera, los estudios de Ambrosetti, Boman y otros contemporáneos, echan las bases sobre las que se desarrollan posteriormente la tradición de los estudios arqueológicos en la Argentina” (González, 1985:509).

indígenas del NOA, apenas eran un par de siglos más antiguas que la invasión europea” (Pérez Gollán, 1998:19). Otros fechados posteriores y referidos al Valle de Hualfín (departamento de Belén en la provincia de Catamarca), le permitieron a González destacar, en 1957, en el diario *La Prensa*, la necesidad de proceder a expandir las certezas proporcionadas por esta nueva técnica de datación:

“la seriedad de la investigación científica requiere múltiples comprobaciones para alcanzar el grado de certeza. Algún día tendremos muestras analizadas de carbono 14 en cantidad suficiente para cada una de las diferentes culturas aborígenes que poblaron nuestro suelo en distintas épocas. Ante ese futuro, nuestro dato actual podrá parecer de muy reducida importancia. Sin embargo, su verdadero interés cobra relieve cuando pensamos que, en artículos recientes y en muchos manuales en uso, sigue afirmándose aún la contemporaneidad de todos o de la mayoría de los restos hallados en el Noroeste argentino, y que, hace menos de una década, los arqueólogos no soñaban con la posibilidad de una cronología absoluta” (González, 2000:229).

## **5. Cronologías, carbono 14 y estratigrafía**

Son los componentes teóricos de la ciencia los que dan a los científicos los términos mediante los que perciben sus propias acciones y las de los demás. De ahí que la descripción de las acciones involucradas en la imputación de un descubrimiento sea precisamente lo que se vuelve problemático cuando tienen lugar descubrimientos importantes.

David Bloor, *Conocimiento e imaginario social*

Desde su mismo regreso de Columbia, González se esforzó por colocar la concreción de cronologías absolutas como un objetivo fundamental e indispensable para la arqueología argentina, a la

par que destacaba –en particular para el área del NOA– la ausencia de implementación de las más modernas técnicas de datación en la investigación arqueológica: la estratigrafía y el carbono 14<sup>127</sup>. Principalmente, González (1950 y 1951) insistía en la formulación de cronologías absolutas, para lo cual el carbono 14, de apenas un par de años de utilización, aparecía como una herramienta sustancial para que la arqueología americana ingresara

“en una nueva y más vigorosa etapa de su desarrollo, al contar con más seguros y exactos métodos cronológicos que permitirán elaborar cuadros de desarrollo y evolución más claros y completos que los que disponemos hasta ahora, merced a los cuales podremos comprender con más claridad todo el proceso de formación de las culturas aborígenes” (1951:6).

De manera complementaria, González consideraba al método estratigráfico como de “los más útiles y sencillos para el estudio de las secuencias culturales y por ende de la cronología relativa, y sobre el que deseáramos insistir en particular, pues su aplicación intensiva es una de las necesidades urgentes de nuestra arqueología” (González, 1951:6). En este caso puntual de la estratigrafía, de no mucho más de tres décadas de amplio desarrollo en aquel momento, entendía que “es posible registrar los cambios culturales más leves, las más pequeñas transformaciones en el tiempo, sufridas por la técnica y la tipología de los instrumentos, cuando esos cambios y transformaciones adquieren carácter permanente” (Ibíd.:6). Particularmente, las sociedades que habían dejado una producción al-

---

127 Además del carbono 14 y la estratigrafía, González enunciaba otras técnicas –algunas de ellas ampliamente utilizadas en geología– plausibles para establecer secuencias cronológicas, como el estudio de las terrazas marinas, las morenas glaciales, u otros estudios basadas en el polen o la ceniza volcánica y sobre todo la dendrocronología (el estudio de los anillos de los árboles). También señalaba la importancia del estudio de las inscripciones en los glifos en las “altas culturas americanas”, además de que destacaba que “los procedimientos más modernos de cronología absoluta (carbono 14) aunque se popularicen y entren en la práctica diaria, no llegarán a desplazar completamente a los demás métodos actualmente en uso; antes bien, servirán de complemento, junto con la estratigrafía, la seriación de colecciones de superficie, etc., para dar mayor solidez a la ciencia arqueológica y mostrarnos con mayor claridad el acontecer en la historia de las culturas” (1951: 7).

farera eran las que mejores posibilidades ofrecían de ser abordadas con esta técnica, dado el alto poder de conservación de la cerámica. Además, consideraba a las producciones cerámicas como “uno de los elementos en que se refleja, de manera más sensible cualquier cambio o transformación cultural, ya en los detalles técnicos de fabricación, ya en el decorado” (Ibíd.:6). Pero al mismo tiempo se lamentaba de que en áreas como el NOA “no se ha intentado una sola excavación estratigráfica metódica y en la que, con seguridad, trabajos de esta índole nos darían excelentes resultados” (Ibíd.:7). La continuidad de esa carencia señalada por González permitía la persistencia de una “chatura histórica” (González, 1955:699) que impedía la elaboración de una “perspectiva histórica de los acontecimientos culturales habidos en dichas áreas” (Ibíd.:699). Con posterioridad, González escribiría sus propias interpretaciones de la historia disciplinar en las que formuló periódicos ajustes de cuentas, referidos casi exclusivamente a sus adversarios en el campo entre las décadas de 1950 y 1960. Y al referirse a la etapa “precarbono”, calificaba a las cronologías como “deficientes” y sostenidas apenas en especulaciones endebles, aunque destacaba las conjeturas aproximadas de Uhle<sup>128</sup> y Tello (González, 1985).

En efecto, uno de los ejes argumentativos centrales en la contienda que González libró contra el “fundamentalismo” histórico-cultural tiene que ver con las innovaciones técnicas que implicaban la utilización de instrumentos y equipamientos que permitían refutar lo “antiguo”. Todos estos objetos confirman que “en vez de girar en torno a los objetos, los científicos hacen que los objetos se muevan alrededor de ellos” (Latour, 2001:122). Ello implica una logística de la ciencia, que en su caso se conforma además con las

---

128 Friedrich Maximiliano Uhle Lorenz (1856-1944) fue un arqueólogo alemán especializado en Sudamérica. Luego de graduarse en filosofía en Leipzig se formó en antropología en el Museo de Berlín, donde comenzó a interesarse por el subcontinente americano, analizando diversos materiales andinos. El director del museo, Adolf Bastian, lo envió a América del Sur en 1892 para estudiar los fenómenos de difusión de la cultura incaica. Una vez en Bolivia y Perú, donde se familiarizó con museos y sitios arqueológicos, consiguió contactarse con universidades norteamericanas que apoyaron sus investigaciones de campo en los valles peruanos, en los que realizó intensas y relevantes tareas de excavación. Con el apoyo del gobierno peruano, tendría la oportunidad de organizar en 1905 el Museo de Historia Nacional, al que dirigió durante cuatro años. Abandonó Perú en 1911 para radicarse en Chile hasta 1919, desde donde pasó a Ecuador para regresar a su patria en 1933. Retornó a Perú en 1940.

expediciones arqueológicas intensivas, pero se relacionan también con los lugares en donde se congregan todos los objetos que son movilizados, en este caso el NOA, recorte espacio-temporal en torno al cual gira la obra de González. Entonces, la posibilidad de “movilizar el mundo” da cuenta de que:

“si queremos comprender por qué estas personas empiezan a hablar con mayor autoridad y aplomo, hemos de indagar en esta movilización del mundo que permite que las cosas se presenten de tal manera que resultan de inmediata utilidad para los debates que los científicos sostienen con sus colegas. Mediante esta movilización, el mundo se transforma en una serie de debates” (Ibíd.:123).

González movilizó, en ese sentido, lo que Knorr-Cetina denomina *relaciones de recursos*, que “pueden estar mediadas por una diversidad de ‘recursos’, de los cuales el control sobre la producción del laboratorio no es más que uno entre otros. Obviamente, en casi todos los casos están involucrados más de un tipo de recursos” (Ibíd.:210). Esas relaciones de recursos implican, en este caso, expectativas sobre el futuro en relación a recursos que permanecían ocultos para otros (por ejemplo, los históricos-culturales) y que debían renovarse para que se pudieran consumir de manera “*continua y generalmente recíproca*” (Ibíd.:210-1). Esa estabilización de los recursos se confirma “de modo más permanente mediante procesos de institucionalización y rutinización, pero debe estar sostenido de continuo por prácticas que avalen esa definición” (Ibíd.:211). La trayectoria posterior de González mostraría que pudo lograr que esas relaciones de recursos experimentaran una “consumación continua” (Ibíd.). Ello fue posible, en gran parte, gracias a sus redes de sociabilidad académica que trascendieron las instituciones y que además se proyectaron fuera del país como ningún otro arqueólogo argentino de la época. Esas redes resultaron vitales no sólo para su mantenimiento sino, sobre todo, para su solidificación y expansión “dentro de la red concreta de relaciones en las cuales su recurso está incorporado, pero también están interesados en el trabajo mismo” (Ibíd.:211-2).

La historia de la ciencia en general y los diversos campos intelectuales pueden considerarse, siguiendo a Collins (2002),

como una historia de los grupos, de sus redes y sus rivalidades, en la que resulta esencial la conformación de redes intergeneracionales en torno a las cuales se concreten procesos de creatividad, es decir, cadenas de alumnos y maestros, conformando un “campo estructurado de fuerzas” (Ibíd.) en el que, además de esas cadenas intergeneracionales, se destacan las rivalidades contemporáneas. En aquel momento (los comienzos) de su trayectoria, González libró sus luchas en el campo a partir de las críticas a los procedimientos empleados para construir cronologías, puntualizando tanto en las deficiencias técnicas de algunos de esos procedimientos (tipologías, validación de las fuentes etnohistóricas) como en lo incompleto de su puesta en práctica (superposición y seriación de tumbas). Como señalan Martínez y Taboada (2011a), fue sobre todo desde la década de 1920 que las crónicas españolas pasaron a ocupar un lugar tan relevante en la arqueología argentina, en el marco de la creación de museos y de cátedras universitarias específicas de la disciplina (como ocurría en La Plata, Buenos Aires, Córdoba, Paraná, Mendoza y Tucumán). Por consiguiente, “los viajeros y las grandes expediciones arqueológicas irán cediendo espacio a un cada vez mayor trabajo de gabinete, caracterizado por el estudio de las crónicas del momento de la conquista” (Ibíd.:259-60). Las mismas autoras señalan que el campo disciplinar carecía todavía de criterios y reglas claras de consagración y validación de conocimientos, por lo que “la filiación a determinado maestro o la cercanía al poder político encuentran el camino libre para sublimarse en discurso científico sin mayores controles” (Ibíd.:260).

Entonces, los antagonismos que González definió en esta etapa no se tradujeron en dimensiones teóricas en torno a las definiciones de conceptos claves como cultura, ni mucho menos en la elección de grandes corrientes conceptuales o en controversias que giraran sobre la problemática del origen de las culturas, punto nodal de las preocupaciones de los difusionistas. En esos años, sus afirmaciones controversiales se dirigieron a la imputada debilidad de las mencionadas cronologías y a la discusión sobre la asignación de tipos, estilos o facies, principalmente en torno a la cerámica de los pueblos del NOA. Su insistencia en resaltar “el descuido y la indiferencia de muchos años” (González, 1959:315) a la formulación de cronologías sólidas, lo llevaba a reclamar la urgente realización de esa tarea. Y en relación a los orígenes de las culturas del NOA, admi-

tía que se trataba de un “apasionante atractivo, de paralelo interés y de mayor dificultad en su solución” (Ibíd.:316). Sus preocupaciones pasaban por instalar la necesidad de un “un mínimo de experiencia de campaña” (Ibíd.:316), como forma de control de afirmaciones sin sustento. Y aunque se esforzaba –seguramente para cubrirse de los cuestionamientos de los enfoques humanistas– por no reducir la investigación arqueológica a “un maremagnum de clasificaciones, tablas y números” que tendiera a deshumanizar “el perfil esencial del hombre” (Ibíd.:328), destacaba que

“el verdadero laboratorio del arqueólogo está en el terreno y la etapa en que se halla nuestra ciencia arqueológica es la etapa analítica del laboratorio. No podemos olvidar que las reconstrucciones más amplias y las teorías que abarcaron un plano continental las debemos esencialmente a hombres que fueron por sobre todo grandes trabajadores del terreno” (Ibíd.:328).

Ya entrada la década de 1970, González consideraba todavía escasa la cantidad de fechados radiocarbónicos, pese a su número creciente (llegaban a 127) y la variedad de arqueólogos involucrados en esas tareas. Para una mayor sistematización de las cronologías, había planteado la necesidad de contar con la bibliografía internacional y de hacer un registro con los datos y los comentarios de cada autor, por lo que proponía la realización de un comité de fechados radiocarbónicos (FRA) que debería presentarse en cada congreso nacional de arqueología (González y Lagiglia, 1973). Ello lo llevaría a plantear, retrospectivamente, que “es interesante observar que, en general, los adherentes a la Escuela Histórico-Cultural rechazaron en los comienzos la técnica del C14, por lo menos si no en sus escritos, en sus discusiones personales. Esto resulta claro cuando se observan las primeras listas de fechados: en ellas no se hallan los nombres de los adherentes a esa escuela” (González, 1985:511). En la misma línea, y un tiempo después, en una entrevista publicada en 1992 en la revista *Nueva*, González relataba cómo “cuando regresé a la Argentina, mi primera preocupación fue tratar de fechar las culturas, porque una cosa que repetía hasta el cansancio, y que todavía repito, es que sin cronología no hay historia. El primer cometido de la arqueología es la reconstrucción histórica para conocer la crono-

logía de las culturas” (González, 2000:285). En la misma publicación, González narraba que en el momento de ponerlo en práctica para establecer cronologías absolutas en el NOA, el carbono 14 tampoco estaba muy difundido en los Estados Unidos, además de que “los primeros sesenta fechados que se hicieron en el país se hicieron con materiales que había excavado” (Ibíd.:285), lo que le permitió establecer una cronología de las diversas culturas del NOA y sus correspondientes industrias. En ocasión del discurso de apertura del Primer Congreso de Arqueología Argentina que se celebró en Rosario en 1970, González afirmaba que “hoy puede hablarse de una arqueología antes o después del carbono 14” (González, 2000:251), y aseguraba que

“se hacía arqueología a base de lo que hoy llamamos etnohistoria, pero no la arqueología por sí misma, con sus elementos. Había un neto predominio de la información histórica aplicada a los materiales que se encontraban. Así, por ejemplo, todo lo que se encontraba en el Noroeste pertenecía a los diaguitas históricos. Todo lo que se encontraba en Córdoba pertenecía a los comechingones, pues el material se interpretaba sobre la base de la información que habían dejado los cronistas españoles. Cuando llego al país, en el marco de las ideas se encuentra un neto predominio de la teoría de los círculos culturales de Imbelloni...” (Ibíd.:272).

La exitosa movilización de estas *relaciones de recursos* le permitió a González lograr lo que Latour identifica como “la autonomización”. Doctorado en una prestigiosa universidad extranjera enmarcada en una tradición antropológica metropolitana descollante como la norteamericana, González pudo inscribirse dentro de una filiación intelectual que lo ubicaba como un discípulo de los protagonistas de la “restauración nomotética” (Harris, 1997), Julian Steward, Leslie White y Gordon Childe<sup>129</sup>.

---

129 La historia de la antropología norteamericana difícilmente pueda comprenderse en forma cabal sin considerar en detalle la figura de Julian Steward (1902-1972), fundador de lo que él mismo denominó “ecología cultural” y partidario de –también en sus propios términos– un evolucionismo multilinear. Steward protagonizó –según Marvin Harris (1997)–, junto con Leslie White (1900-1975) y el arqueólogo australiano Vere Gordon



Y rápidamente pudo refrendar esa herencia disciplinar con su práctica científica sobre el terreno, marcando una diferencia sustancial (especialmente en su propia construcción autobiográfica) con sus colegas nativos, más propensos a la especulación filosófica y las conjeturas de conexión histórica.

En diversas entrevistas, González se ha burlado de las prácticas de campaña de los arqueólogos argentinos, con excepción de la primera generación que siguió a Ameghino, especialmente Juan Bautista Ambrosetti (1865-1917)<sup>130</sup> y su discípulo Salvador Debenedetti (1884-1930)<sup>131</sup>. Ambrosetti llevó adelante una fórmula de labor arqueológica que giraba en torno al campo (las excavaciones) y el museo (el gabinete de investigación). Ambos referentes son habitualmente considerados como los dos actores claves en la constitución del campo antropológico argentino, protagonistas, ambos, de una productiva labor académica. Aunque construyeron una sólida vinculación vertical de maestro-discípulo, sus tempranas desapariciones físicas (Ambrosetti apenas superó los 50 años y Debenedetti no llegó a la media centuria) conspiraron para que no pudieran dejar un legado encarnado en cadenas intergeneracionales perdurables<sup>132</sup>. De las obras de estos

---

Childe (1892-1957), la “restauración nomotética”, orientada a reconducir los enfoques particularistas que, desde Franz Boas y sus discípulos, habían hegemonizado el campo de la antropología cultural en los Estados Unidos.

130 Nastri (2005) describe la trayectoria académica de Ambrosetti como poco sistemática, dado que recién se volcó completamente a la arqueología después de haberse dedicado a problemáticas zoológicas y paleontológicas. Hacia 1904 obtuvo sus espacios de consagración en el campo antropológico, fundando el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y reemplazando a Samuel Lafone Quevedo al frente de la cátedra de antropología de esa misma unidad académica. En lo referido al planteo de cronologías, las conclusiones que postuló Ambrosetti sobre su excavación de Pampa Grande fueron severamente cuestionadas por Boman, en particular los planteos basados en pruebas estratigráficas “para distinguir épocas distintas en la arqueología calchaquí. Boman, en cambio, afirmaba taxativamente: ‘Nunca he podido encontrar nada que se pudiera probar que fuese más antiguo o más moderno que otra cosa’. Sus críticas apuntaban, sobre todo, a Debenedetti, director del Museo Etnográfico y autor de una comparación de la cronología de Pachacamac con Tiahuanaco y los restos arqueológicos del noroeste” (Podgorny, 2004:160-1).

131 Del mismo modo, González ha valorado la obra de Debenedetti por la capacidad de balancear adecuadamente los diversos “registros arqueológicos, etnográficos y folklóricos” (González, 1985:124).

132 Suele mencionarse a Eduardo Casanova como un referente del linaje

antropólogos, González destacaba una sólida formación y labor investigativa que “se revela claramente en el método y la técnica que utilizan, en la precisión de sus descripciones, en el deseo de acumular pruebas y evidencias objetivas que pueden ser juzgadas y utilizadas por otros investigadores [...]” (González, 2000:249). En el caso puntual de Ambrosetti, le adjudicaba “extraordinario mérito” (González, 1960:328), de “haber iniciado trabajos de campaña metódicos y realizados con el más alto standard técnico de su época. Paralelamente, resalta su preocupación constante por las reconstrucciones totales en el plano continental, o extracontinental. Esta es la verdadera escuela argentina de Arqueología” (Ibíd.:328). Y contrariamente, luego de “aquella iniciación tan brillante” (Ibíd.:328), consideraba que se abandonó la práctica de los “penosos viajes y excavaciones” para privilegiar las “cómodas” fuentes escritas, “las especulaciones de gabinete y la profusión de obras de síntesis, a menudo prematura, cuando se trataba de regiones donde el análisis, representado por la labor de campaña, aún no había empezado” (Ibíd.:328).

En sus relatos sobre el pasado disicplinar, González ha tendido a infravalorar sistemáticamente la obra de otros arqueólogos, en especial en lo referente a los trabajos de campaña y la

---

encabezado por Ambrosetti, aunque lejos está de reconocérsele méritos equivalentes a sus antecesores. En el debate que derivó en la “expulsión tácita” de los hermanos Emile y Duncan Wagner del campo de la arqueología científica argentina en 1939, Martínez y Taboada (2011b) mencionan la labor de Casanova como una de las más equilibradas (junto con la del mallorquín Salvador Canals Frau), por haber apelado a la estratigrafía para refutar las cronologías absolutas y relativas que habían planteado los cuestionados hermanos franceses. Puntualmente, criticó no sólo las falencias metodológicas referidas a la estratigrafía, “el desdén por la fotografía” (Ibíd.:344), la reconstrucción de las piezas y la apelación a ilustraciones que estilizaron las piezas arqueológicas, sino también las generalizaciones “rápidas y superficiales” (Ibíd.:344). En relación a la notoria carencia de excavaciones sistemáticas, Eduardo Casanova “parece ser el único que es verdaderamente consciente de esta necesidad, en la medida que manifiesta, desde el comienzo de su intervención, una actitud de prudencia: no quería dar ninguna opinión hasta no haber estado en el terreno para ver por sí mismo los yacimientos y las piezas, si ahora lo hace –dice–, es obligado por las circunstancias. Insiste en seguida que no hay suficientes fuentes de información para expedirse de una manera terminante: sólo se tiene información proporcionada por los hermanos Wagner [...]” (Ibíd.:344). Casanova dirigió el Instituto de Arqueología hasta que tuvo que dejar el cargo con el advenimiento de la autodenominada Revolución Libertadora (Guber, 2006). En la actualidad, el Museo Arqueológico del Instituto Universitario de Tilcara que depende de la Universidad de Buenos Aires lleva su nombre.

utilización sistemática de la estratigrafía. En su crónica del Museo Etnográfico de Buenos Aires, Lafón (1974 [2011]) destaca la labor de uno de los directores de esa institución, Francisco de Aparicio (1892-1951), quien “reinició los ‘viajes de estudio’ con alumnos a la manera del viejo maestro Ambrosetti. En el transcurso de uno de ellos, fueron redescubiertas las ruinas de Tolombón” (Ibíd.). Aunque, por supuesto, el mismo autor aclara que se trataba de un tipo de “‘viaje de estudios’ y no trabajo de campo en sentido estricto, planificado, como se entiende en nuestra jerga habitual” (Ibíd.) y refrenda –a la distancia– la mirada que indica que la arqueología de la época privilegiaba la interpretación de los documentos históricos por encima de las técnicas de investigación propias de la disciplina, dado el interés prioritario por “el último momento de las culturas aborígenes” (Ibíd.). Tampoco los trabajos de campaña y la utilización de la estratigrafía de Eduardo Casanova, discípulo de Debenedetti, aparecen destacados en los relatos de González, del mismo modo que las investigaciones llevadas adelante en la década de 1940 por miembros de la “nueva generación” (Ibíd.), como Eduardo Salas y Horacio Difrieri a quien Lafón (Ibíd.) le adjudica el primer trabajo estratigráfico en el Noroeste argentino.

De todos modos, señala Nastri (2005), independientemente de su mayor o menor desarrollo, los análisis estratigráficos cumplieron principalmente un “rol meramente confirmatorio” de un criterio interpretativo que se sostenía en la clasificación de los objetos cerámicos. Al iniciarse el siglo XX se produjeron en la Argentina expediciones arqueológicas de gran relevancia, guiadas por el interés por los objetos, con lo que “prima un criterio estético y numérico, en cuanto el objetivo es formar y acrecentar las colecciones particulares o las de los museos que subvencionan las campañas” (Taboada, 2011:170). La organización de las expediciones arqueológicas respondía al objetivo de “colmar las vitrinas de los museos” (Nastri, 2005), conformando colecciones cuyas informaciones contextuales, los detalles de los yacimientos excavados, estaban ausentes. En definitiva, “el punto de destino era más importante que el de origen” (Ibíd.). Al respecto, Podgorny (2004) señala que “la sistematización del trabajo de campo, iniciada en los comienzos del siglo, confería autoridad al científico como el único capaz de certificar la autenticidad de los hallazgos, poniendo en

cuestión la separación de las figuras del *colector de campo* y la del *investigador de gabinete*” (Ibíd.:149-50). Sin embargo, el soporte estatal a la disciplina se explica más por “requerimientos y alianzas circunstanciales entre individuos que por una articulación orgánica de saberes y administración estatal” (Ibíd.:149-50). Si bien, una vez iniciado el siglo XX, los Estados nacionales comenzaron a tutelar las “antigüedades” y las sustrajeron “de las reglas del mercado y de la propiedad privada” (Ibíd.:150), el interés científico sostenido por los métodos arqueológicos apuntaba a resolver el gran problema de

“la autenticidad de los objetos. En América, esta cuestión comprendía dos aspectos: la determinación del estado verdaderamente indígena oculto tras la corrupción de la historia poscolombina, y la prevención del fraude, la falsificación y las colecciones ‘incontroladas’ de objetos y datos surgidos de un sistema basado en la confianza depositada en naturalistas viajeros, corresponsales e informantes locales” (Ibíd.:151).

González siempre reivindicó el modelo norteamericano de escuela de campaña (como la de Arizona, en la que adquirió sus primeras experiencias) en el que “el arqueólogo generalmente adquirirá su práctica de excavación junto a otro arqueólogo de mayor experiencia” (Ibíd.:102) y hasta declaró haber querido fundar una, de esas características, con su discípulo Víctor Núñez Regueiro. Las excavaciones que llevó adelante en el país se complementaron además con su participación en el “rescate arqueológico en Nubia”, liderado por el profesor de Historia Antigua de la Universidad de Buenos Aires, Abraham Rossenvasser, para la cual contó una vez más con el soporte ofrecido por Bernardo Houssay desde el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), el organismo de investigación científica del Estado Argentino, creado en 1957.

## 6. Las controversias de época

Las competiciones masculinas trukenses abarcan tanto las peleas y la bebida como una espiral sin fin de enriquecimiento material. También es interesante destacar que esa belicosidad de los varones incluye un fuerte elemento de lealtad al grupo que tiende a reforzar la solidaridad del clan y la exhibición de la opulencia.

David D. Gilmore, *Hacerse hombre*

Las redes de sociabilidad académica que construyó, le permitieron a González tejer alianzas progresivas dentro y fuera del campo antropológico. Hasta lograr su autonomización, González se relacionó estrechamente con Antonio Serrano (1889-1982), cuyo contacto parece haber resultado trascendental para su formación doctoral en Columbia, además de que también le legó algunos de sus cargos<sup>133</sup>. Inclusive interactuó con algunos histórico-culturales del medio local, llegando a excavar junto a Oswald Menghin<sup>134</sup>. Tal

---

133 González jamás reconoció a Serrano como alguien importante en su formación, como tampoco pronunció juicios favorables hacia su trabajo. Ni siquiera mencionó, en las diversas entrevistas que le realizaron, la labor de intermediación de Serrano para vincularse con Julian Steward y la Universidad de Columbia. Los intercambios epistolares durante 1945 entre Steward y Serrano (a quien el norteamericano se refería como “querido amigo”) muestran que, en efecto, Serrano lo había recomendado a González para estudiar en Columbia y que el propio Steward había iniciado gestiones para que se le otorgue una beca. Debo estos y otros documentos a Mirta Bonín, directora del Museo de Antropología de Córdoba. Serrano fue uno de los autores que se dedicó sistemáticamente a la construcción de cronologías, aunque también avaló la escasa profundidad histórica con que se caracterizó al área “diaguita”. Además, llegó a proponer un esquema evolutivo para el NOA que comenzaba con el salvajismo y que era continuado por otras tres etapas (la de desarrollo de las culturas locales, la de penetración de las culturas locales, y la de los incas) (Fernández, 1982). Habitualmente degradado en el campo arqueológico argentino por su título de maestro, Serrano “por formación, mantendrá siempre una cercanía con el evolucionismo y el positivismo, permaneciendo sin adscripción clara a ninguna escuela, pero dejándose influir por el difusionismo americano de Cooper más que por la escuela de Viena” (Martínez, y Taboada, 2011a:264-5).

134 Oswald Menghin nació en Austria (1888-1973) y desde su llegada a la Argentina en 1948 ejerció una notable influencia en el campo arqueológico argentino que se mantuvo inalterada por décadas. Los más firmes cuestionamientos que recibió están vinculados con las actuaciones políticas en su país natal, por las que fue considerado

vez su alianza más compacta la construyó con el fisiólogo y Premio Nobel Bernardo Houssay,<sup>135</sup> actor fundamental en la constitución del CONICET y en su gestión en los primeros tiempos del organismo de investigación del estado argentino. En las narrativas del propio González, Houssay aparece como un actor clave que siempre entendió sus planteos. Inclusive como miembro activo de las distintas comisiones del CONICET, consiguió el apoyo de esta institución para montar el primer laboratorio en el país donde se desarrollara la técnica del fechado radiocarbónico, en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Ello le permitió además aplicar para la región andina un modelo diacrónico de mayor profundidad histórica en la interpretación de las sociedades prehispánicas del NOA.

Pero así como construyó esas alianzas, fueron también ciertos antagonismos los que marcaron su trayectoria, especialmente los que mantuvo con Milcíades Alejo Vignati (González, 2000) y, sobre todo, con Fernando Márquez Miranda (Soprano, 2009 y 2010), dos académicos de peso con los que sobrellevó relaciones conflictivas en el ámbito de la UNLP. El enfrentamiento de González con Márquez Miranda<sup>136</sup> trascendió la controversia meramente “científica”, como

---

prisionero de guerra (liberado luego en 1947) tras la derrota alemana en la segunda guerra mundial, principalmente por su participación como Ministro de Cultura y Educación del gobierno pro-nazi de Seyss-Inquart en 1938. De todos modos, y aunque su compromiso tan directo con el nazismo fue relativizado (sobre todo por su militancia católica), Kohl y Pérez Gollán (2002) analizan en detalle su obra e interpretan la carrera de Menghin como una muestra de que los extraordinarios “peligros de combinar política, religión y prehistoria” (Ibíd.:561). Por ello, la trayectoria académica de Menghin “ilustra los peligros de enfatizar la relevancia del conocimiento de un especialista de prehistoria para resolver problemas políticos y sociales contemporáneos” (Ibíd.:562), del mismo modo que su “rigidez ideológica lo llevó a involucrarse en actividades políticas censurables y a distorsionar e interpretar tendenciosamente los registros etnográficos” (Ibíd.:562).

135 Bernardo Houssay fue, en 1947, el primer Premio Nobel en ciencias de la Argentina (antes, en 1936, Carlos Saavedra Lamas había obtenido el Nobel de la paz), debido a sus investigaciones sobre las hormonas pituitarias y su función como reguladoras de la cantidad de glucosa. Para un detallado análisis de la trayectoria de Houssay, consultar Buch (2006)

136 Su antagonismo con Márquez Miranda se expresó en duros términos en diversas publicaciones. De forma claramente condenatoria, González llegó a plantear que “conocemos arqueólogos profesionales, profesores de materias incapaces de hacer un simple relevamiento con brújula y que en su vida jamás intentaron un sondeo estratigráfico o excavaron una habitación con otros útiles distintos a la pala y el pico” (González, 1959:326). En el mismo escrito llegó a burlarse del mismo Márquez Miranda por desconocer las técnicas de trabajo de campo modernas y confundir, en una nota

la que sostuvo con *Ciro Lafón*. Además de los problemas institucionales que padeció *González* cuando *Márquez Miranda* fue interventor en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata luego del derrocamiento de *Perón*<sup>137</sup>, los modos en que trató a este referente de la antropología argentina rondaron las acusaciones de falta de idoneidad y de ética. En un artículo en el que analiza un trabajo conjunto del mencionado *Márquez Miranda* y *Cigliano*<sup>138</sup>, *González* hace un relato que roza la denuncia de fraude científico y de plagio de argumentos conceptuales y metodologías de investigación. Uno de los ejes nodales de la controversia tiene que ver precisamente con las cronologías absolutas del área “diaguita”. *González* detallaba en ese artículo que

“las diferencias intrínsecas tipológicas, y de cualquier otra índole, jamás fueron atribuidas por este autor, a posible diferencias temporales. Toda diferencia cultural, encontrada entre aquellos cuantiosos materiales, era atribuida, sin excepción, a diferenciaciones geográficas. Los materiales, tanto de la llamada cultura Barreal, como Santamariana, y los que hoy conocemos como pertenecientes de la cultura Condorhuasi, eran reconocidos como sincrónicos y englobados bajo una enorme designación de ‘diaguitas’; título de la obra máxima de este autor” (*González*, 1959:305).

En términos más conceptuales, *González* acusaba a su adversario de confundir los tipos y subtipos cerámicos con las facies culturales, que consisten en “un conjunto de bienes patrimoniales” (*Ibíd.*:307). En la misma sintonía, afirmaba que “el autor desconoce

---

periodística, “el cucharín del arqueólogo, de sección plana o chata, como el del albañil, con la palita del almacenero de sección transversal curva” (*Ibíd.*:326).

137 Según el relato de *González*, *Márquez Miranda*, desde su cargo directivo, provocó su cesantía de la Universidad Nacional de La Plata y luego mantuvo una larga controversia administrativa en ocasión de un concurso que sólo se resolvió luego de la muerte de su antagonista en 1961 (*Soprano*, 2006).

138 *González* fue el director formal de la tesis doctoral de *Cigliano*, con quien luego estaría claramente enfrentado, sobre todo en el ámbito de la UNLP, en donde compartieron espacios académicos (*Soprano*, 2010). *Márquez Miranda* había sido uno de los evaluadores de la tesis de *Cigliano*, y al poco tiempo publicó un artículo en conjunto con el anteriormente evaluado, en el que postulaban “novedosas” interpretaciones acerca del material arqueológico analizado en la tesis.

las bases elementales del método, una de cuyas aplicaciones prácticas aparece corrigiendo” (Ibíd.:309). Más en detalle, se sorprendía de que “la primera vez en su vida que utilizó conceptos de tipología cerámica, en sentido moderno o conceptos de ‘facies’, de ‘subtipos’, de enfoque ‘vertical’ de la cultural por oposición al ‘horizontal’, fuese precisamente en un trabajo en colaboración y que nada encontremos de todo esto en su obra anterior” (Ibíd.:311). Finalmente, González reivindicaba la filiación de sus ideas y la utilización de técnicas modernas, ya que provenían del Museo de Nueva York y en Point de Pines, donde “tuvimos ocasión de aprenderlo prácticamente” (Ibíd.:312).

Márquez Miranda fue uno de los autores argentinos que formuló aportes al *Handbook of South American Indians*<sup>139</sup>, gestado en el marco de Bureau of American Ethnology (BAE) del Instituto Smithsonian, bajo la dirección de Julian Steward<sup>140</sup>. En el capítulo

---

139 Los autores argentinos que participaron del *Handbook* fueron Fernando Márquez Miranda (“The Diaguita of Argentina” y “The Chaco-Santiagoño Culture”, en el volumen 2), Salvador Canals Frau (“The Huarpe”, volumen 1 y “Expansion of the Araucanians in Argentina, volumen 2), Antonio Serrano (“The Charrua” y “The Sambaquis of the Brazilian Coast”, volumen 1), Eduardo Casanova (“The Cultures of the Puna and the Quebrada de Humahuaca”, volumen 2), Francisco De Aparicio (“The Comechingón and their Neighbors of the Sierras de Córdoba”, volumen 2), Joaquín Frenguelli (“The Present Status of Theories Concerning the Primitive Man in Argentina”) y José Imbelloni (“Cephalic Deformations of the Indians in Argentina”, volumen 6). En general, los aportes locales del campo al *Handbook* fueron considerados por González como una muestra de “la tendencia de hacer arqueología en base a excavaciones con miras a obtener fundamentalmente piezas arqueológicas enteras, sin mayor recaudo técnico” (González, 1985:510).

140 El *Handbook* había sido una idea original de Robert Lowie pero se desechó en los difíciles tiempos de la depresión económica que siguió al *crack* de Wall Street en 1929. Cuando el proyecto se reflotó en 1939, el Bureau of American Ethnology (BAE) aprobó el financiamiento y le encomendó a Steward una tarea que iba necesitar de un gran esfuerzo colectivo. Este ambicioso proyecto se encuadró perfectamente con su idea cada vez más sólida de estudiar en su totalidad las diferentes culturas humanas, de las más “simples” a las más “complejas”. Allí, pudo capitalizar provechosamente la tarea de más de 80 académicos, la mayoría de ellos arqueólogos y etnógrafos respaldados por trabajos de campo con las diversas sociedades sudamericanas consideradas. A partir de su rol de editor, pudo imponer los formatos de los artículos, instruir a los autores para que cubrieran las temáticas sobre la base de un orden y criterio determinados. Como señala Kerns (2003), en todo el *Handbook* sobrevuela implícitamente la distinción analítica entre el *núcleo cultural* y los rasgos culturales secundarios. Por eso, el sumario destaca cuestiones tales como los patrones de asentamiento, la tecnología, la economía y las formas de organización social y política. Por el contrario, quedaron relegados aspectos tales como los ciclos vitales, mitología, religión y folklore. Steward utilizó una



referido a los “diaguitas”, Márquez Miranda se basaba especialmente en materiales como las crónicas del padre jesuita Lozano y las cartas enviadas a la Corona española por funcionarios y religiosos, a partir de los que se refería a un área “diaguita” dividida en tres “subáreas arqueológicas”: las culturas calchaquí (a la que consideraba la más conocida), Los Barreales y San Juan. En líneas generales, y para el caso de los calchaquíes, los analizaba como tribus que, con todas sus “diferencias culturales” (Márquez Miranda, 1946:637), carecían de autoridad centralizada, y que eran gobernadas por jefes que practicaban alianzas ocasionales. El mismo autor no tenía dudas sobre la carencia de una forma de gobierno permanente y centralizado entre los diversos diaguitas, organizados en tribus mandadas por caciques, incluso con relaciones hostiles entre ellas. Por ende, calificaba a esta forma de organización sociopolítica como un régimen de hordas independientes que podían aglutinarse, como ocurrió con el liderazgo de Juan Calchaquí en la segunda mitad del siglo XVI. De ese modo, caracterizaba a los calchaquíes por su ferocidad en la oposición a la conquista española y por el desarrollo de una arquitectura en la que se destacan estructuras construidas para los “tiempos de paz”, como los “pueblos viejos”, en los que se comportaban como agricultores sedentarios, y para los “tiempos de guerra”, como los *pucarás*, a los que consideraba como fortificaciones ubicadas en lugares estratégicos que funcionaban como “complejos sistemas de defensa” (Ibíd.:639). También, citando los trabajos arqueológicos de Juan Bautista Ambrosetti, destacaba la existencia de ciudades fortificadas, como Quilmes. Márquez Miranda encontraba en los hallazgos arqueológicos la posibilidad de profundizar en aspectos como las artes y las industrias, que no eran casi abordadas por las diversas fuentes etnohistóricas. Pero el mayor peso relativo de ese material empírico de los tiempos de la conquista, le permitía calificar a los calchaquíes como “gente vestida”, aunque destacaba la dificultad práctica de hallar restos de la variedad de prendas que

---

serie de cuatro tipos culturales (“The Marginal Tribes”, “The Andean Civilizations”, “The Tropical Forest Peoples” y “The Circum-Caribbean Peoples”) para organizar el *Handbook* y presentar de forma ordenada una gran cantidad de información histórica, arqueológica y etnográfica, basada en el criterio de que los datos se organizarían en categorías que tuvieran un significado real e histórico (Patterson y Lauria-Perricelli, 1999). Cada tipo se basó en la interpretación de aspectos tales como las prácticas económicas, la organización sociopolítica y las actividades rituales antes que en elementos sociales o históricos contingentes que producen la diversidad.

confeccionaban y vestían, como los ponchos. En la misma sintonía, Márquez Miranda se ocupaba de la metalurgia, de la cerámica, de las herramientas de piedra y de las armas de los calchaquíes, pero también de sus formas de parentesco, entre las que destacaba la poliginia y el levirato.

En efecto, desde Boman se clasificaba como diaguitas a las culturas que habían habitado la región, además de que la mayoría de los restos arqueológicos eran interpretados como casi contemporáneos a la conquista española, por lo que las fuentes etnohistóricas resultaban claves para esas tareas. Según González (2000) el campo local había prestado poca atención a los trabajos de Max Uhle, quien “había establecido diferentes épocas para la arqueología del Noroeste argentino; épocas y culturas que trató de vincular a las antiguas culturas peruanas, cuyas etapas de desarrollo había establecido” (González, 2000:225). Podgorny (2004) sostiene que Uhle llegó a preguntarse cómo la antropología argentina, con sus excavaciones bien logradas, no había podido producir cronologías –aunque fueran preliminares–, empresa la que consideraba de una relativa fácil realización, dado el relevante punto de referencia que implicaba la conquista incaica. Además, el arqueólogo alemán estimaba que la tendencia, principalmente por causas ambientales, de las poblaciones antiguas de mantener las mismas localizaciones, permitía prever “superposiciones de restos de diferentes épocas y era deber del arqueólogo prestar atención a todos los elementos que permitieran establecer diferencias cronológicas” (Nastri, 2005). En el medio local, sólo Debenedetti avaló sus propuestas de cronologías absolutas, mientras que el grueso del campo prefirió inclinarse por una escasa profundidad temporal de los pueblos originarios del NOA. El propio Uhle explicaba la imposibilidad de formular cronologías en el peso de las fronteras políticas del momento, ya que “frente a la cuestionada antigüedad de los restos y a las clasificaciones cronológicas de un pasado acusado de construirse sobre la base de falsificaciones y de secuencias inexistentes, la división política contemporánea aparecía incuestionable” (Podgorny, 2004:158). Varias de esas inquietudes serían saldadas por el arqueólogo norteamericano Wendell Bennett, quien desarrolló mucho más precisas cronologías culturales y etapas evolutivas de los diferentes pueblos que habitaron el NOA (Bennett *et al.*, 1948), lo que sería avalado por las dataciones del carbono 14.

Además de sus disputas con Márquez Miranda, González confrontó activamente con Ciro Lafón, uno de los más notorios discípulos de Imbelloni<sup>141</sup>. Uno de los ejes sustanciales de sus controversias con Lafón giró en torno al concepto de “área diaguita”, cuyos fundamentos comenzaron a ser derrumbados desde las primeras dataciones con carbono 14. González insistía en la necesidad de abandonar el término “área diaguita”, por su “uso y abuso”, dado que:

“fue el producto de una época en que la idea del sincronismo de todas las culturas que habitaron esa área era el hecho prevalente. Hoy, no podemos designar con el nombre de una entidad étnica, que existía en el siglo XVI, a un área cuya historia cultural abarca por lo menos ocho milenios. Esta desig-

---

141 Ciro René Lafón se graduó en Historia y en 1948 –luego de vincularse con Imbelloni y afiliarse al Partido Justicialista– ingresó al Museo Etnográfico como técnico en arqueología, bajo la tutela de Eduardo Casanova (Guber, 2006). Aunque formado en el marco histórico-cultural y discípulo orgulloso de Imbelloni, estimuló el desarrollo de la antropología social en la UBA, a la que consideraba “un signo de modernización y nacionalización que no implicaba negar las ramas ‘clásicas’, ni introducir una bandera extra académica, esto es, política” (Guber 2007; Visacovsky *et al.* 1997). Inclusive en los años setenta se pronunció favorable a “una antropología al servicio del país, de sus hombres y de sus instituciones” (Lafón 1974:313). Además de la condición militante, que implicaba proporcionar conocimiento para “dar testimonio de la situación real en la que estamos viviendo” (Ibíd.:313), Lafón aseguraba estar “intentando iniciar una Antropología Nacional, no dependiente, empezando por ensayar la elaboración de nuestro propio modelo. *Que es comprometido con nuestro país*” (Ibíd.:332, énfasis original). El arqueólogo Luis Orquera, a partir de sus experiencias como auxiliar docente en la cátedra de Arqueología Americana que Lafón dictaba en la UBA, lo define como un “culturalista” que no adhería a la Escuela Histórico-Cultural, “como eran culturalistas todos los antropólogos del mundo en esos momentos. No había una forma de dar una materia con un criterio materialista. Pero no era el culturalismo histórico, alemán, austriaco, europeo, que imperaba sin ningún tipo de tapujos y salvedades en el campo de la Etnología y otras materias afines. Era una orientación culturalista americana con raigambre que se podría remontar, en lo más lejos, hasta Boas o hasta Linton. No hay que olvida que Lafón fue quien incorporó al estudio de la Arqueología Americana, en nuestro país, las obras de Willey y Phillips, que son culturalistas, indiscutiblemente, no son materialistas pero tampoco histórico-culturales” (Orquera, 2012). Además, el mismo testigo de época asegura que Lafón, en los sesenta y setenta, ya no se preocupaba tanto por “las teorías en abstracto”, ya que privilegiaba la utilidad de los diversos enfoques que pudieran aplicarse al continente americano, además de ocuparse de cuestiones generales de la disciplina, como la búsqueda de una mayor institucionalización, y por asistir continuamente a sus estudiantes.

nación nos puede inducir a errores y debe ser eliminada por completo” (González, 1959:326).

En una de sus respuestas a los escritos de Lafón, González (1959) cuestionaba duramente la insistencia de colocar a la arqueología como parte de las “ciencias del espíritu”, dado su carácter histórico, y consideraba que los histórico-culturales estaban empecinados en mantenerse a contramano de la antropología mundial, desconociendo, por ejemplo, las nuevas técnicas de datación como el carbono 14. Sin embargo, Lafón volvió a insistir en la necesidad de “una formación filosófica básica imprescindible” (Lafón, 1960:32) y cargó contra “la falta de perspectiva histórica que facilite las grandes síntesis y, finalmente, la ausencia de un espíritu humanista que dé calor de vida a una reconstrucción estructurada sobre la base de aquellos valores históricos y filosóficos” (Ibíd.:32). Por lo tanto, rechazaba firmemente a los profesionales llegados a la arqueología desde otros campos del conocimiento con métodos, formación y técnicas “ahistóricos” y “afilosóficos”. En su contrarréplica, Lafón (Ibíd.) consideraba, además, que la arqueología norteamericana estaba caracterizada por un elevado énfasis en el trabajo sobre el terreno pero a la vez por un inexistente un trabajo analítico. De todos modos, señalaba que

“deseamos para arqueólogos y etnólogos del presente una renovación metodológica que evite errores que pueden ser funestos. En el investigador deben coexistir dos cosas: el artesano, conocedor profundo de su «métier» cuando trabaja en el terreno, y el hombre de ciencia, de amplia perspectiva intelectual, de formación humanista integral, que traduzca el mudo lenguaje de los monumentos a la luz de la historia de la cultura, cuando trabaja en el gabinete” (1958a:24)

Pero alertaba contra “un tecnicismo que terminará por ahogarnos, restringiendo al máximo las posibilidades de especulación en un contrasentido lógico, como es sujetar a leyes matemáticas los fenómenos de una ciencia que es, originalmente, una ciencia del hombre” (Lafón, 1960:30). Todo ello porque buscaba “una *interpretación humanista de carácter integral para esa cultura*, que fue producto de hombres como nosotros y organismo vivo en aquel

momento del tiempo y del espacio y, por lo tanto, sujeta a variaciones, transculturaciones y vinculaciones más o menos estrechas con otras culturas de su tiempo, que es necesario conocer para valorarlas en su justa significación” (Ibíd.:30-1, énfasis original). Inclusive, señalaba que

“también la supervaloración del trabajo de campo ha servido de lastre a las grandes elaboraciones en conjunto y ha llevado, en ciertos medios, a ignorar el valor de los trabajos de laboratorio hasta tal punto, que la expresión «trabajo de gabinete» ha adquirido un dejo peyorativo. De ninguna manera podemos estar de acuerdo con esa posición; tan importante es un paso como el otro y, sobre todo, no consideramos indispensable que ambos sean cumplidos por una misma persona. Resulta tan fuera de lugar considerar arqueólogo únicamente al de ‘pico y pala’ como a aquel que, encerrado en su laboratorio, pretende hacer arqueología con papeles viejos. Son dos momentos que deben complementarse en su exacta medida. Y si alguna ventaja existe, debe cederse al proceso de elaboración cumplido en el gabinete, que requiere una adecuada preparación científica y filosófica unida a un riguroso espíritu de síntesis no tan accesible a todos como el conjunto de reglas y procedimientos prácticos que presiden el trabajo de campo” (Lafón, 1960:31).

Pese al antagonismo, Lafón no dejó de considerar a González como “uno de los valores más activos” (Ibíd.:24) en el estudio del “área diaguita” y su cronología, además de que destacaba su labor en numerosas expediciones arqueológicas, sobre todo la que había llevado adelante junto con Oswald Menghin en las cuevas de Ongamira. Insistía también en la necesidad de ofrecer una “formación histórica-filosófica imprescindible, a la que deberá agregarse, en la proporción debida, el aprendizaje del trabajo en campaña que complete los conocimientos” (Ibíd.:33).

Por el contrario, González se refería, en cuanta publicación concretara, a las falencias de trabajo de campaña en el campo antropológico local. Sin ingresar en los debates filosóficos propuestos por algunos de sus adversarios académicos, afirmaba que:

“lo fundamental son los hechos objetivos y concretos obte-

nidos directamente en el terreno y que no podemos seguir especulando, con cálculos ni predicciones puramente teóricas, basadas en el juicio subjetivo o en la intuición personal. Nuestra arqueología avanzará, no porque el autor tal o cual, afirme que esta cultura es esta u otra fecha, y si ésta es anterior a aquella; el progreso real lo tendremos haciendo realizar muchas pruebas de radiocarbón en un caso y muchos sondeos estratigráficos o procedimientos similares por el otro” (González, 1959:321).

Al abogar por una “tarea de campaña bien ejecutada” (Ibíd.:321), destacaba que sólo a través de ella era posible “formular los nuevos planteos y señalar los claros que faltan” (Ibíd.:321). Cargaba entonces contra los “comentarios” y “opiniones” de especialistas que conjeturaban en vez de buscar fechados precisos.

Pese a las categorizaciones que recibía de González, Lafón se apoyaba sistemáticamente en Uhle, a quien le adjudicaba “genial intuición” (1958a:1) y en Bennett, además de que también clamaba por la construcción de cronologías sólidas. Inclusive rescataba de Bennett la concreción de “una tarea que nunca los especialistas argentinos se decidieron a iniciar: el estudio general de la arqueología del noroeste” (Ibíd.:4). En la misma línea, solía destacar la labor de González en el esfuerzo por establecer secuencias cronológicas más amplias que las aceptadas hasta el momento. También abogaba por el desarrollo de estudios estratigráficos y hasta se lamentaba de las “elaboraciones teóricas que no siempre han valorado en su debida magnitud los elementos de juicio disponibles” (Ibíd.: 4). Por ello, ante esa carencia “nos hemos visto obligados a utilizar para el logro de aquellos fines otros métodos concurrentes como el tipológico, el estilístico, o el de las confrontaciones históricas cuya aplicación está condicionada, a menudo, a factores personales. De ahí nacen la imperfección, la vaguedad, y muchas veces, la oscuridad de nuestros estudios cronológicos” (Ibíd.:14). Lafón no se permitía supeditar sus conclusiones a las fuentes etnohistóricas y cuestionaba “la flaqueza de las conclusiones de aquellos especialistas que han querido a todo trance explicar la realidad arqueológica por la fuente histórica, olvidando que multitud de restos prueban una profundidad temporal que mal pudo haber reflejado el escritor

del siglo XVI” (Ibíd.:20). Sí podía advertirse con claridad en los trabajos de Lafón de aquellos años, la preocupación por el origen de las culturas, como ocurría con lo que denominaba “horizonte incaico”. De hecho, pese a las valoraciones positivas sobre el establecimiento de fechas precisas, Lafón consideraba que “no basta fijar, según un sistema de coordenadas, una cultura, unas facies o un estilo, sino valorar su exacta importancia en función de las correlaciones continentales y extracontinentales. El ‘dónde’ y el ‘cuándo’ sólo deben ser la infraestructura donde se apoye el edificio que la ciencia intenta reconstruir” (Ibíd.:23). La cronología era tomada como la necesaria “infraestructura” para buscar una integración que, a partir de métodos rigurosos, permitiera “reconstruir un momento de las civilizaciones extinguidas con sentido rigurosamente humanista, que abarque todos sus aspectos y matices, teniendo presente siempre que sus autores fueron antes que nada hombres como nosotros” (Lafón, 1958b:122). De hecho, Lafón apoyaba enfáticamente la tesis de la migración desde Oceanía como área de dispersión cultural, apoyándose principalmente en la técnica del pircado en las construcciones. Porque en definitiva, “las transculturaciones, de cualquier grado que sea, hace a la esencia del estudio arqueológico de una zona determinada” (Ibíd.:130).

## **7. Conclusiones**

Por supuesto que las ideas se pueden bloquear, que la imaginación se puede ofuscar por los dogmas, la presión financiera, la educación, el tedio.

Si esto sucede, entonces la idea de un sistema cerrado con conceptos precisos y reglas que se siguen de modo servil aparecerá como la única representación correcta del pensamiento. Pero ésta es una situación que hay que evitar y no elogiar.

Paul Feyerabend, *La conquista de la abundancia. La abstracción frente a la riqueza del ser*

A lo largo de todas estas líneas, se ha intentado mostrar de qué manera el carbono 14 ha sido un actor relevante –aunque por supuesto no determinante– en la reconfiguración del colectivo de la antropología argentina. Para ello, se han tomado una serie de conceptos provenientes de los estudios sociales de la ciencia que han permitido el planteo de conjeturas e interpretaciones en estrecho diálogo con los datos empíricos con los que se cuentan. Esas categorías analíticas, muchas de ellas de gran complejidad, obligaron a considerar una gran cantidad de fenómenos y dimensiones intervinientes en algunos procesos controversiales que involucraron a la antropología argentina de mitad del siglo XX. De ese modo, fue posible advertir la importancia de procesos y conexiones que se desprendían de los relatos de los referentes del campo y de sus propias producciones científicas. Al intentar ligar las trayectorias académicas, las teorías antropológicas que fluían desde las tradiciones metropolitanas, los soportes institucionales, las técnicas de investigación arqueológicas, los recursos técnicos, las relaciones verticales y horizontales entre los antropólogos de la época, o la política nacional, se ha postulado un ejercicio analítico que abarca un amplio espectro de dimensiones intervinientes en la conformación de un campo disciplinar como la antropología argentina.

La centralidad que el carbono 14 ocupa en este análisis se explica en el modo en que esta técnica de datación está entrelazada directamente con la carrera académica de Alberto Rex González, constituyéndose en un verdadero eje en torno al cual se gestaron varios de los principales núcleos argumentales que fundamentaban un modo preciso de entender y llevar adelante el quehacer arqueológico. De ese modo, los nuevos actores del campo arqueológico no dudaron en referirse a una etapa “precarbono”, es decir, a algo “nuevo” (Knorr-Cetina, 2005) que, al modo de los experimentos cruciales, habría dado razones más que suficientes para dudar de las formas establecidas de practicar la arqueología. Por ende, desde aquella primera datación, el “oportunismo” (Ibíd.) mostrado por González le fue permitiendo elaborar de forma progresiva una red durable de relaciones en la que logró enrolar actores *humanos* y *no humanos* hasta convertirse, en el transcurso de su trayectoria académica, en la figura descollante del campo arqueológico argentino. Aquella datación del carbono 14 fue un “punto de paso obligado” (Callon, 1986), es decir, se trató de una innovación con capacidad de circulación, que posibilitó cambios



en la estructura del campo antropológico. En definitiva, se está en presencia de una operación exitosa de traducción que permitió la selección, creación, caracterización y yuxtaposición de elementos de una red durable (Law, 1998). Ello porque “el científico es una parte de la red de elementos que constituye su experimento, de la misma manera que el mecánico o el conductor del camión es una parte de la red que constituye un vehículo funcional” (Ibíd.:87). De ese modo, “la traducción puede analizarse como la operación de un abanico de métodos sobre materiales concretos para crear puntos de paso obligados” (Ibíd.:89). La datación apareció entonces como un *inscriptor* (Latour y Woolgar, 1986), es decir, como un elemento que pudo transformar una sustancia material en una cifra utilizable por los miembros de una comunidad o campo disciplinar. Pero sobre todo, el carbono 14 fue incorporado como parte de un dispositivo mucho más amplio que exigía una serie de habilidades para los arqueólogos que no estaban completamente desarrolladas hasta el momento en el campo local. Al radicalizar la antinomia entre el trabajo de gabinete y el trabajo de campaña (con las más modernas técnicas utilizadas en las antropologías metropolitanas) González logró imponer paulatinamente, para sí mismo y para las amplias y sólidas redes académicas que iría construyendo, un punto de quiebre con una etapa caracterizada por su escaso profesionalismo, la desactualización teórica y la especulación filosófica. Y al lograr enrollar durante su trayectoria a académicos (sus discípulos, los funcionarios “modernos” como Houssay), instituciones (las universidades y los organismos que financiaron sus trabajos<sup>142</sup>) y técnicas de investigación (sobre todo “nuestro” carbono 14), se posicionaría como un actor central de la antropología argentina por más de medio siglo.

En las distintas universidades por las que pasó y dejó su impronta, González consiguió posicionarse como un contrapunto en las cadenas horizontales (la “otra” antropología “posible” a la que hacen referencia sus discípulos formales e “informales”) (Gil, 2010b) y como un iniciador de una serie de cadenas verticales. Esas cadenas discipulares, firmemente enraizadas en las instituciones en

---

142 Ya en los años cincuenta, González agradecía en sus publicaciones a las instituciones que habían financiado sus costosos –y poco usuales en el medio local– trabajos de campaña. Algunas de ellas eran la Wenner Gren Foundation y la Sociedad Industrial Siam SA, empresa a partir de la cual se fundaría uno de los íconos de la *modernización* cultural argentina: el Instituto Torcuato Di Tella.

las que se gestaron, crecieron a partir del *capital cultural* del que disponía su maestro, pero se retroalimentaron con los logros de discípulos que a su alrededor desplegaron una *energía emocional* equivalente<sup>143</sup>. Pese a no conseguir invertir inmediatamente la relación de fuerzas en la antropología argentina, esas cadenas se irían incrementando paulatinamente con el correr de las décadas, logrando que las filiaciones legítimas –al menos en la subdisciplina arqueológica– se remontaran necesariamente a aquel maestro innovador y líder “carismático”.

---

143 El detalle de este tipo de alianzas y cadenas verticales excede los alcances y posibilidades de este artículo. La segunda de estas dimensiones, en el marco de la Universidad Nacional de La Plata, ha sido investigada por Soprano (2010).

## Bibliografía

- BENNETT, WENDELL y otros, (1948) *Northwest Argentine Archaeology*, New Haven, Yale University Press.
- BONTE, PIERRE y MICHEL IZARD, (2004) *Dictionnaire de l'ethnologie et de l'anthropologie*, Paris, Puf.
- BOURDIEU, PIERRE, (1991) *Language y Symbolic Power*, Cambridge, Harvard University Press.
- BOURDIEU, PIERRE, (2008) *Homo academicus*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- BUCH, ALFONSO, (2006) *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología argentina (1900-1943)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial.
- CALLON, MICHEL, (1986) □Éléments pour une sociologie de la traduction, la domestication des coquilles Saint-Jacques et des marins-pêcheurs dans la baie de Saint-Brieuc□, en *L'année sociologique*, 36, pp. 169-208.
- COLLINS, RANDALL, (2002) *The Sociology of Philosophies. A Global Theory of Intellectual Change*, Cambridge, The Belknap Press.
- FERNÁNDEZ, JORGE, (1982) “Historia de la arqueología argentina”, en *Anales de Arqueología y Etnología*, Tomos 34-35, Mendoza, Asociación Cuyana de Antropología.
- GELLNER, ERNEST, (1997) *Antropología y política. Revoluciones en el bosque sagrado*, Barcelona, Gedisa.
- GIL, GASTÓN JULIÁN, (2010a) “Periferia, militancia revolucionaria y transformación de la sociedad. Un estilo antropológico en los

sesenta y los setenta en la Argentina”, en Gastón Julián Gil (dir.), *Universidad y utopía*, Mar del Plata, EUEM, pp. 145-198.

GIL, GASTÓN JULIÁN, (2010b) “Neoevolucionismo y ecología cultural. La obra de Julian Steward y la renovación de la enseñanza de la antropología en la Argentina” en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, pp. 225-238.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1951) “Métodos cronológicos en arqueología (A propósito de una reciente publicación)”, en *Ciencia e Investigación*, VII (1): 3-10.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1952) “Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales de la Argentina”, en *Runa*, V, pp. 110-133.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1955) “Contextos y secuencias culturales en el área central del N. O. argentino (nota preliminar)”, en *Anais do XXXI Congresso Internacional do Americanistas*, Vol. II (organizado por Hebert Baldus), Sao Paulo, pp. 699-725.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1959a) “Observaciones al trabajo de F. M. Miranda y E. M. Cigliano. ‘Ensayo de una clasificación tipológico-cronológica de la cerámica santamariana’”, en *Revista del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, vol. I, pp. 305-313.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1959b) “Observaciones y comentarios al trabajo de C. R. Lafón ‘De la cronología y origen de las culturas del Noroeste Argentino’”, en *Revista del Instituto de Antropología de la Facultad de Filosofía*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, vol. I, pp. 315-329.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1974) *Arte, estructura y arqueología*, Buenos Aires, Nueva Visión.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1985) “Cincuenta años de arqueología del noroeste argentino (1930-1980): Apuntes de un casi testigo y algo de protagonista”, en *American Antiquity*, 50 (3), pp. 505-517.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (1998) “El rol de los sistemas simbólicos en el proceso de evolución cultural”, en AA. VV., *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y conso-*

*lidación de la antropología argentina*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras (UBA), pp. 363-378.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX, (2000) *Tiestos dispersos. Voluntad y azar en la vida de un arqueólogo*, Buenos Aires, Emecé.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX y PÉREZ, JOSÉ A., (2007) *Argentina indígena. Vísperas de la conquista*, Buenos Aires, Paidós.

GONZÁLEZ, ALBERTO REX y LAGIGLIA, HUMBERTO A., (1973) “Registro nacional de fechados radiocarbónicos. Necesidad de su creación”, en *Relaciones*, 7, Buenos Aires, pp. 291-312.

GUBER, ROSANA, (2006) “Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires”, en *Avá*, Posadas, Misiones 8, pp. 26-55.

GUBER, ROSANA, (2007) “Crisis de presencia, universidad y política en el nacimiento de la antropología social de Buenos Aires, Argentina”, en *Revista Colombiana de Antropología*, 43, Bogotá, pp. 263-298.

GUBER, ROSANA, (2008) “Antropólogos-ciudadanos (comprometidos) en la Argentina. Las dos caras de la ‘antropología social’ en 1960-1970”, en *Journal of the World Anthropological Network*, 3, pp. 67-109.

GUBER, ROSANA, (2011) “Ciro René Lafón y su Pequeña Historia del Museo Etnográfico y la antropología de Buenos Aires”, en *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 1 (2).

GUBER, ROSANA y SERGIO VISACOVSKY, (1999) “Controversias filiales: la imposibilidad genealógica de la antropología social de Buenos Aires”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXII-XXIII, pp. 25-53.

GUBER, ROSANA y SERGIO VISACOVSKY, (2000) “Nación, marginalidad crítica y el Otro interno en la antropología social argentina de los 1960s-70s”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, 40 (158), Buenos Aires, pp. 289-316.

HARRIS, MARVIN, (1997) *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*, México, Siglo XXI.

HEMPEL, CARL, (1979) *Filosofía de la ciencia natura*, Madrid, Alianza.

IMBELLONI, JOSÉ, (1935) *Epítome de Culturología*, Buenos Aires, Humanior.

KERNS, VIRGINIA, (2003) *Scenes from the High Desert. Julian Steward's Life and Theory*, Urbana and Chicago, University of Illinois Press.

KNORR-CETINA, KARIN, (2005) *La fabricación del conocimiento*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

KUPER, ADAM, (2001) *Cultura. La versión de los antropólogos*, Barcelona, Paidós.

LAFÓN, CIRO R., (1958a) “De la cronología y origen de las culturas del Noroeste Argentino”, en *Revista del Museo de La Plata*, N. S., Sección Antropología V, pp. 1-22.

LAFÓN, CIRO R., (1958b) “Contribución a la Determinación del Horizonte Incaico en el Área Diaguita”, en *Acta Prehistórica*, II, Buenos Aires, pp. 122-137.

LAFÓN, CIRO R., (1960) “Reflexiones sobre la arqueología argentina del presente”, en *Anales de Arqueología y Etnología*, XIV-XV, Mendoza, Argentina, pp. 19-33.

LAFÓN, C., (1974) “Un modelo no tradicional para el estudio del cambio cultural en territorio argentino del siglo XVI en adelante”, en *Relaciones*, 8, Buenos Aires, pp. 311-337.

LAFÓN, CIRO R., ([1974] 2011) “La arqueología y el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires”, en *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana*, 1(2), Mendoza, Argentina.

LATOUR, BRUNO, (1992) *Ciencia en acción*, Barcelona, Labor.

LATOUR, BRUNO, (2001) *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*, Barcelona, Gedisa.

LATOUR, BRUNO, (2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*, Buenos Aires, Siglo XXI.

LATOUR, BRUNO, (2008) *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Manantial.

LATOUR, BRUNO y STEEVE WOOLGAR, (1986) *Laboratory Life. The construction of Scientific Facts*, Princeton, Princeton University Press.

LAW, JOHN, (1998) “Del poder y sus tácticas. Un enfoque desde la sociología de la ciencia”, en Miquel Domènech y Javier Tirado (comps.), *Sociología simétrica. Ensayos sobre ciencia, tecnología y sociedad*, Gedisa, Barcelona.

MÁRQUEZ MIRANDA, FERNANDO, (1946) “The diaguita of Argentina”, en Julian H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*, Vol. II, *The Andean Civilizations*. Washington, Smithsonian Institution, pp. 637-654.

MARTÍNEZ, ANA TERESA y CONSTANZA TABOADA, (2011) “Génesis y desarrollo del discurso oficial arqueológico” y “Conceptos teóricos que obstaculizaban la mirada”, en Ana Teresa Martínez; Constanza Taboada y Alejandro Auat, *Los hermanos Wagner. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, pp. 251-318.

NASTRI, JAVIER, (2005) “La construcción arqueológica del pasado. Los primeros americanistas (1876-1926) y la recuperación de las culturas indígenas de los Valles Calchaquíes”, Tesis de Maestría en Sociología de la Cultura y Análisis Cultural, Instituto de Altos Estudios, Universidad Nacional de General San Martín.

NEIBURG, FEDERICO, (1998) *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza.

ORQUERA, LUIS A., (2012) “Carta al Editor”, en *Corpus. Archivos virtuales de la alteridad americana* 2 (1).

PATTERSON, T. y A. LAURIA-PERRICELLI, (2000) “Julian Steward and the Construction of Area-Studies Research in the United States”, en R. Clemmer; L. D. Myers y M. E. Rudden (eds.) *Julian Steward and the Great Basin. The Making of an Anthropologist*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp. 219-240.

PODGORNY, IRINA, (2004) “Antigüedades incontroladas. La arqueología en la Argentina, 1910-1940”, en Federico Neiburg y Mariano Plotkin (comps.), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, pp. 147-174.

POPPER, KARL, (1994a) *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*, Barcelona, Paidós.

POPPER, KARL, (1994b) *La sociedad abierta y sus enemigos*, Barcelona, Paidós.

POPPER, KARL, (1996) *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza-Taurus.

SOPRANO, GERMÁN, (2006) “Continuidad y cambio en los estudios en etnología de poblaciones indígenas contemporáneas y comunidades folk en la facultad de ciencias naturales y museo de la Universidad nacional de la Plata”, en *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 3, Buenos Aires, pp. 23-51.

SOPRANO, GERMÁN, (2009) “Política, instituciones y trayectorias académicas en la universidad argentina. Antropólogos y antropología en la Universidad Nacional de La Plata entre las décadas de 1930 y 1960”, en Mónica Marquina; Carlos Mazzola y Germán Soprano (comps.), *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento/Universidad Nacional de San Luis/Prometeo Libros, pp. 111-152.

SOPRANO, GERMÁN, (2010) “La enseñanza de la arqueología en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Un análisis sobre el liderazgo académico de Alberto Rex González y Eduardo Mario Cigliano (1958-1977)”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, La Plata, pp. 225-238.

TABOADA, CONSTANZA, (2011) “Una lectura contemporánea del trabajo arqueológico de Emilio y Duncan Wagner” y “Entre las divagaciones y los aciertos”, en Ana Teresa Martínez; Constanza Taboada y Alejandro Auat, *Los hermanos Wagner. Arqueología, campo arqueológico nacional y construcción de identidad en Santiago del Estero, 1920-1940*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes Editorial, pp. 161-213.



VISACOVSKY, SERGIO; ROSANA GUBER y ESTELA GUREVICH, (1997) “Modernidad y tradición en el origen de la carrera de Ciencias antropológicas de la Universidad de Buenos Aires”, en *Redes*, 10, Buenos Aires, pp. 213-257.



## 6. LA PRIMERA CONVENCION NACIONAL DE ANTROPOLOGIA:

### Acordar un lenguaje, resignificar la arqueología argentina

*Mariela Eleonora Zabala*<sup>144</sup>

Para 1960 en la Argentina las Ciencias Antropológicas contaban con una larga trayectoria de investigación. Como asignatura se impartía, en alguna de sus ramas (arqueología, lingüística, folklore, prehistoria, antropología física y etnología), en carreras afines a las Ciencias Naturales y a las Humanidades en las universidades na-

---

144 Deseo agradecer a Rosana Guber por el acompañamiento afectuoso, las discusiones fructíferas y las enmiendas en la escritura de este trabajo, así como a Germán Soprano, Susana Luco, Belén Hirose y Sergio Carrizo por las lecturas del manuscrito y sus significativos aportes.

También quiero agradecer la generosidad y confianza de las alumnas de aquella década del '60, Susana Assandri (UNC), Marta Bonofiglio (UCC), Josefina Piana (UNC), Ana María Carrara (UNL) y Ana Inés Punta (UNC), y la del antropólogo biólogo Alberto Marcellino y al arqueólogo Antonio Pérez Gollán. Todos ellos me ayudan día a día a comprender el modo de investigación y enseñar las Ciencias Antropológicas en la academia universitaria cordobesa.

Este trabajo forma parte de mi tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas en la FFyH-UNC "Etnografía histórica de un proyecto de investigación: el modelo de ciencias antropológicas aplicado en el caso 'Laguna Blanca' (1964-1968)", dirigida por Guber. Para estos estudios cuento con una beca doctoral de la Secretaría de Ciencia y Tecnología de la UNC.

cionales. Los espacios de trabajo de los “antropólogos”<sup>145</sup> eran, salvo en el Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de La Plata, las instituciones universitarias vinculadas a las humanidades, especialmente a la Historia. Estos centros de enseñanza e investigación incluían o eran por sí solos museos universitarios, nacionales, provinciales o municipales, que solían contar con publicaciones periódicas propias donde difundían los resultados de las investigaciones de sus miembros o de personas que investigaban la zona de influencia. Esta trayectoria disciplinar, compuesta por una multiplicidad de trayectorias que combinaban casi aleatoriamente lo individual y lo institucional en distintos grados de consolidación, se encontraba con un nuevo panorama.

La institucionalización de las Ciencias Antropológicas como disciplina universitaria autónoma en la Argentina tuvo lugar en la Universidad Nacional de La Plata en 1958 (en adelante UNLP) y en la Universidad de Buenos Aires en 1959 (en adelante UBA), y como “especialización”, en la Licenciatura en Historia de la Universidad Nacional del Litoral (en adelante UNL) con sede en la ciudad santafecina de Rosario. De estos tres espacios egresaron los primeros antropólogos académicos-universitarios. Hasta entonces y en su gran mayoría, quienes practicaban la antropología o se decían antropólogos eran predominantemente autodidactas, aunque provinieran de carreras de grado en otras disciplinas como las ciencias médicas, la biología o la historia. Una pequeña parte de los practicantes en antropología, que optaban por la carrera académica –docencia e investigación científica– se doctoraron en alguna rama antropológica en el país o en el extranjero. Mientras que los autodidactas sin grado universitario solían encontrarse en el interior del país o en pueblos y ciudades próximos a los yacimientos arqueológicos. Esta disparidad aparente de formaciones académicas parecía generar una diversidad de modos de nombrar los materiales, de hacer investigaciones, de enseñar y de comunicar la disciplina, aunque en los hechos sus cultores recurrieron a las teorías que provenían del Río de la Plata y/o de especialistas que llegaban de la Europa de posguerra. Fue en esta coyuntura que algunos antropólogos argumentaron la necesidad de convocar a una reunión nacional con el fin de establecer un

---

145 Clasifico como “antropólogos” a todas las personas que se dedicaban a investigar y enseñar ciencias antropológicas sin tener en cuenta si poseían título universitario que acreditase su formación en la disciplina.

lenguaje común para describir, nombrar, medir y clasificar los “materiales” provenientes de los yacimientos: la primera Convención Nacional de Antropología. En este artículo nos proponemos analizar algunos aspectos de esa Convención para comprender qué significó su convocatoria en el decurso de la antropología argentina.

### **1. *¿Qué necesidad?***

No todos los antropólogos argentinos, que por entonces eran principalmente arqueólogos y etnólogos, veían la falta de un idioma común como una deficiencia. Los conocimientos generados por algunos de ellos se venían comunicando en reuniones pequeñas pero intensas, como las Semanas Antropológicas, “verdaderos congresos” convocados por la Sociedad Argentina de Antropología fundada en 1936 y con sede en el Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de la UBA, en la Capital Federal (Guber, 2006). En estos espacios se ponían en común resultados de investigaciones que podían comprenderse a la luz de teorías dominantes, como la histórico-cultural de raíz germana. Para los años '50 esta teoría no se planteaba como problemática establecer acuerdos acerca de los criterios de denominación y descripción de los materiales y las industrias del pasado prehispánico. La cuestión terminológica se supeditaba a los dictados de una perspectiva general que se había implantado en el país con algunas personalidades rioplatenses –Fernando Márquez Miranda, Salvador Canals Frau y, sobre todo, José Imbelloni–, paradigma reforzado y diversificado, en su interpretación y uso, con la llegada de europeos centro-orientales en la segunda posguerra: Branimir Males a Tucumán, Juan Schobinger y Miguel De Ferdinandy a Cuyo, Oswald Menghin a Buenos Aires.

En el eje UNLP-UBA, los museos universitarios se dedicaban a los estudios de las Ciencias Antropológicas desde fines del siglo XIX, con sus respectivas publicaciones periódicas especializadas. La Plata había sido sede de dos Congreso de Americanistas (1916 y 1932), las instancias de reunión especializada más prestigiosas del mundo antropológico para las Américas y cuya entidad, la Sociedad de Americanistas, tenía sede en París. La UNLP, además, gozaba de una práctica profesional académica desde la creación de la carrera en Antropología. Por otro lado, el cuerpo docente de la UBA estaba conformado por profesores extranjeros con una formación eximia

y actualizada, como el antropólogo italiano José Imbelloni (1885-1967), que arribó al país en la primera década del siglo XX, regresó a Italia en 1915 para participar como voluntario en la Primera Guerra Mundial, y en 1920 se doctoró en Ciencias Naturales en la Universidad de Padua con una tesis sobre craneometría (ver Carrizo en este volumen). Imbelloni, convertido en experto en la UBA, incorporó en 1948, tras la Segunda Guerra Mundial, al prehistoriador y arqueólogo tirolés Oswald Menghin (1888-1973) y, también, al joven antropólogo físico romano Marcelo Bórmida (1925-1973) quien llegaba recomendado por su maestro, el raciólogo Giuseppe Sergi (Guber, 2006). Estos tres científicos habían aprendido y enseñaban el paradigma difusionista histórico-cultural en boga en Europa central y en la Argentina, mediante el cual se integraban a una comunidad científica internacional de debate e intercambio. Según este paradigma, sus seguidores utilizaban como evidencias para reconstruir el pasado las “piezas” excepcionales y completas que encontraban en expediciones propias o de terceros, las que interpretaban conforme a un esquema de difusión cultural labrado para la prehistoria de toda la humanidad.

Las trayectorias académicas, inserciones y prestigio tanto de los agentes como de las instituciones, diferenciaban a quienes hacían antropología en el eje porteño-platense de sus colegas en el interior. Pero esa diferencia no residía en el uso del paradigma histórico cultural para conocer el modo de vida de las culturas prehispanicas. La popularidad académica de dicho paradigma conformaba una base para hacer arqueología pero no garantizaba un léxico común ya que, según su perspectiva, cada sitio refería a una cultura única e irrepetible que tomaba el nombre del lugar como designación de la cultura (por ejemplo, Casa de Piedra: Casapiedrense). Tal era la situación ante el incremento de la comunidad de antropólogos que a comienzos de los '60 empezaron a graduarse de las nuevas licenciaturas. Ese incremento generaba el descubrimiento, excavación y estudio de más yacimientos arqueológicos, de manera que varios equipos de arqueólogos pertenecientes a distintas instituciones académicas podrían estar excavando en una misma provincia o en yacimientos geográficamente muy cercanos. La complejidad era aún mayor si tenemos en cuenta que las provincias de formación de los arqueólogos profesionales no eran, por lo general, aquellas en las que se encontraban los yacimientos de

principal interés, como las de la región patagónica y las del noroeste. Era imprescindible, entonces, acordar cómo solicitar los permisos de “excavación” para no superponerse en un mismo yacimiento, lo cual generaría tremenda rispidez en un campo disciplinario aún pequeño. Esta situación, no desprovista de cierta competencia entre equipos y universidades, también creaba el marco propicio para una reunión.

Las cuestiones a resolver eran demasiadas: ¿cómo llamar a algo hallado en los viajes, excursiones y/o excavaciones: ejemplar, antigüedad india, cosa y/o pieza? ¿Había que hablar de objetos de piedra o líticos? ¿De cerámica o de arcilla? ¿Cómo describir un textil? ¿Era lo mismo hablar de un “bien arqueológico” que de un “bien paleontológico”? ¿Estaban ambos incluidos en la ley 9080 sancionada en 1913, que legislaba en materia de “ruinas y yacimientos arqueológicos y paleontológicos de carácter científico”? ¿Estaba dicha ley en concordancia con la práctica arqueológica de entonces? ¿Qué tratamiento legal debía recibir una pieza arqueológica? Y dejando por un momento la arqueología, ¿qué estaba sucediendo con la población indígena? ¿Cómo debía ser estudiada y qué interés llevaba a conocerla? ¿Era acaso un problema de la antropología o también de las políticas de Estado? Todas estas cuestiones se planteaban como acuciantes en un campo con cada vez más expertos y diplomados. Pero no era esta una necesidad sólo de los antropólogos argentinos sino que, en paralelo, se estaba originando y aprobando, por ejemplo, en el Brasil en el Seminario de enseñanza e investigaciones en Sitios Cerámicos, la “Terminología Arqueológica Brasileña para la cerámica” (Núñez Regueiro, 1969). Algo similar había sucedido en México.

Las disquisiciones terminológicas, metodológicas y conceptuales, además de jurídicas, políticas y corporativas, venían planteándose desde hacía algún tiempo, de manera que arqueólogos y etnólogos se reunieron el 8 y 9 de noviembre de 1963, en una “Mesa Redonda” con motivo de inaugurarse el Museo Etnográfico Municipal Dámaso Arce en la ciudad bonaerense de Olavarría. Allí proyectaron una Convención para ampliar la discusión a nivel nacional. Los temas abordados serían los métodos y las teorías en la antropología, comprendiendo en este término cuestiones de etnología y, sobre todo, de arqueología. En estas páginas nos limitaremos a analizar algunos aspectos de los debates y acuerdos

en torno a las piezas prehispánicas confeccionadas en piedra y en barro cocido, conocidos en la jerga actual como “lítico” y “cerámico”. Nuestra selección obedece, en parte, a que dichos materiales han permitido a los arqueólogos conocer a los pueblos del pasado y reconstruir sus modos de vida en dos áreas emblemáticas como la Patagonia y el Noroeste. El relieve de ambas regiones obedecía a dos cuestiones: el Noroeste ligaba al actual territorio argentino con el Imperio Inca, una alta cultura americana, mientras que los pueblos cazadores de la Patagonia prehispánicos permitían conocer la antigüedad de los primeros pobladores que llegaron a América del Sur. Estas áreas requerían distintas habilidades técnicas e interpretativas de parte de sus respectivos expertos los que, a menudo, se especializaban en una o en otra. Tales especializaciones comprendían equipos de investigación alojados en determinadas unidades académicas según las épocas. Así, por ejemplo, los arqueólogos de la UBA se abocaban a la región llamada Pampa-Patagonia, mientras que La Plata se había volcado al Noroeste. De manera que “lítico” y “cerámico” terminarían siendo nominaciones que comprometerían y conllevarían la posición de las instituciones en el campo antropológico profesional.

El llamado a la Convención y la efectiva asistencia de algunos profesionales consagrados, muchos profesionales más jóvenes y estudiantes de licenciaturas y especializaciones, vendrían a reorganizar el campo de la antropología reuniendo a los equipos institucionalizados, con nuevos protagonistas, y a someter a discusión criterios “mejores” o “prevalecientes” sobre otros más “elementales”, “viejos y superados”.

Siguiendo a Pierre Bourdieu (2000), los participantes de la Convención, al buscar crear acuerdos acerca del modo de describir, crear tipos y tipologías y definir un lenguaje específico para los arqueólogos, estaban redefiniendo el orden vigente del campo disciplinar y la autoridad científica de sus cultores. La competencia en sus dos sentidos, como experticia y como disputa, se concentró aparentemente en un tema terminológico, aunque llamaba a redefinir el modo de crear conocimientos-verdades sociales sobre el pasado prehispánico de los antiguos pobladores, y a través suyo, de la arqueología.



## **2. En Olavarría: autoproclamación e iniciativa**

Don Dámaso Arce, vecino de oficio platero, autodidacta de las ciencias sociales y naturales, y coleccionista de una diversidad de piezas antiguas, algunas de ellas arqueológicas, residía en la ciudad de Olavarría. Con esta colección y sus conocimientos inauguró su museo particular en 1920 y, como sucede habitualmente con este tipo de iniciativas, el museo se cerró con su fallecimiento. En 1961 una comisión de vecinos impulsó su reapertura con la convicción y la esperanza de que se convirtiera en un museo estatal. Para ello contó con el apoyo del Director del Museo Etnográfico Juan B. Ambrosetti de la UBA, el etnólogo Enrique Palavecino (1900-1966), quien donó una importante colección etnográfica, acompañó la organización del museo y delegó la dirección a un historiador recién egresado de la UBA, Guillermo Madrazo (Leonis Mazzanti, 2005).

El museo de dependencia municipal abrió sus puertas el 8 de septiembre de 1963. Madrazo convocó, a la vez, a una reunión o “Mesa” para “intercambiar opiniones acerca de los Problemas y Métodos de la Antropología Argentina” (Núñez Regueiro, 1965:653). Esta actividad formó parte de la agenda de los festejos, y fue el evento académico-científico con que inició sus tareas el nuevo museo.

En la publicación olavarriense *Etnia*, en su volumen I, primera parte, del mes de enero de 1965, constan los invitados que efectivamente asistieron, no la totalidad de quienes fueron invitados inicialmente. Participaron entonces el arqueólogo Eduardo Casanova, radicado en Tilcara, provincia de Jujuy, donde había trabajado desde 1929 junto a su maestro Salvador Debenedetti en la reconstrucción del Pucará, y profesor de Arqueología en UBA hasta 1955; el médico especializado como antropólogo Alberto Rex González, Director del Instituto de Antropología de la UNC, profesor de Prehistoria y Arqueología Americana, y Antropología Cultural en la Licenciatura en Historia de esa universidad, con investigaciones en Córdoba y el Noroeste argentino; el arqueólogo Eduardo Cigliano, jefe de la división Antropología del Museo de la UNLP y profesor de Arqueología en la UNL, con investigaciones en la provincia de Salta y tesista doctoral de González; el antropólogo José Cruz, recién egresado de la Licenciatura en Historia con orientación en Antropología de la UNL, con investigaciones en Catamarca; el arqueólogo Pedro Krapovickas, profesor de Prehistoria de la Universidad Nacional de Tucumán e investigador de las tierras altas del Noroeste

argentino; Palavecino, con investigaciones en el Gran Chaco argentino; su esposa y etnóloga María Delia Millán, experta en el estudio de los textiles; y el Director del Museo D. Arce, Guillermo Madrazo, que se había iniciado como arqueólogo con el mismo Palavecino. Todos ellos eran investigadores activos y, en su mayoría –salvo los Palavecino y Madrazo–, especializados en el Noroeste y, por lo tanto, familiarizados con culturales agroalfareras accesibles al presente mediante sus construcciones (el Pucara) y los vestigios cerámicos. Además, desde 1961, Cigliano venía trabajando con un equipo de la UNL en el Valle de Santa María (Catamarca) en el área de Ampajango, que introducía la novedad de ser un sitio con material lítico en un contexto considerado por los arqueólogos como predominantemente cerámico, lo cual desafiaba el sentido común arqueológico en el Noroeste de desechar otros materiales que no fuesen cerámicos.

Este grupo de profesionales, académicos relativamente jóvenes por su edad y algunos por su formación académica, se propusieron impulsar “una serie de reuniones del carácter de verdaderas convenciones nacionales” dada la “urgencia que existía en profundizar y extender la discusión a nivel nacional” sobre los temas debatidos en la Mesa (Actas de la Convención 1966:11). Auto-proclamados “Coordinadores de la Antropología Argentina”, convocaron a una Convención Nacional de Antropología en la provincia de Córdoba para debatir problemas conceptuales y metodológicos, aunque en los hechos terminaron intercambiando sobre la cuestión terminológica.

La Convención reuniría a antropólogos nativos y radicados en el país, convocados por los Coordinadores. Se trataría de dos partes de un mismo evento, a realizarse a comienzos y a mediados de 1964. La primera parte se dedicaría a la unificación terminológica, a la tipología arqueológica, y al estudio del proyecto de ley de defensa y protección de los yacimientos; la segunda se dedicaría “a considerar problemas de Antropología Social y Etnografía” (Convención, 1966:11). Quedarían así fuera de consideración la antropología física y el folklore. Y aunque se refería a la antropología social, ésta no tenía trayectoria alguna en el país. De hecho el único que había sabido de ella era González, gracias a su paso por los EE.UU.

En los hechos, las dos partes se llevaron a cabo de manera más espaciada. La primera tuvo lugar en la UNC en 1964, y la segunda en la Universidad Nacional de Nordeste (en adelante UNNE) en

1965. Ambas partes fueron publicadas, la primera fue editada por la UNC en 1966, y sumaba 159 páginas que incluían un “Prefacio”, “Antecedentes” y en apartado “Análisis y perspectivas”, todos a cargo del arqueólogo Víctor Núñez Regueiro. La segunda parte fue editada por la UNNE, pero sin ficha técnica bibliotecológica, sin fecha de publicación, sin numeración de páginas y bajo el título de *Informe Final*. El volumen comienza con la nómina de autoridades sin presentación por parte de sus organizadores.

¿Dos convenciones o dos partes de la misma? Acaso la labor era ardua y extensa, pero acaso también porque sus iniciadores la concebían como una misma misión que debía quedar resuelta en un único punto de partida. Se mostraría así amplia y consensual poblada por una multiplicidad de idiomas y perspectivas que los “convencionales” se proponían poner en relación. Pero la existencia de una segunda parte da también la impresión de que la primera dejó importantes temas pendientes. Como veremos, los participantes de la “primera parte” se fueron de Córdoba con la idea de que debían completar algunas cuestiones que eran parte de la misma gran cuestión.

### **3. La elección de Córdoba, provincia del interior**

Los “Coordinadores de la Antropología Argentina” eligieron Córdoba como la provincia para convenir. Su localización geográfica la hacía bastante propicia dada su equidistancia con respecto al Río de la Plata, donde funcionaba el eje antropológico porteño-platense, y el Noroeste, donde operaban los pequeños museos y campeaban los coleccionistas, aficionados y vendedores de piezas arqueológicas. Además, Córdoba estaba a unas horas de Rosario, y promovía investigaciones desde la Academia Nacional de Ciencias, creada en 1869, sobre el pie de monte, el área central argentina. Estas investigaciones en antropología se consolidaron y continuaron a partir de 1941 en el Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore Monseñor Pablo Cabrera de la UNC. El Instituto cambió su nombre en el año 1957, bajo la dirección de González, pasando a llamarse Instituto de Antropología. Dicho Instituto, para el momento de la Convención, se encontraba dirigido por un joven discípulo de González, Víctor Núñez Regueiro, estudiante del profesorado en Historia con orientación en Antropología de la UNL y que dirigía, junto a Gon-

zález, la Escuela de Trabajo de Campo en Alamito, Catamarca, que González había ideado replicando su experiencia en Point of Pines en los EE.UU.

Pero la sede de la Convención, entre el 24 y el 29 de mayo de 1964, no fue la ciudad Córdoba sino la vecina villa turística Carlos Paz. La organización estuvo a cargo del Instituto de la UNC. La Comisión Organizadora fue integrada por Núñez Regueiro, José Cruz, profesor titular de la cátedra de Antropología Cultural de la Escuela de Historia de la UNC y con la misma trayectoria de formación de Núñez Regueiro, y el Licenciado en Historia por la UNC, Nicolás de la Fuente, jefe de trabajos prácticos de la cátedra Prehistoria y Arqueología Americana (de la cual era profesor titular Núñez Regueiro), y profesor titular de la cátedra homónima en la Universidad Católica de Córdoba. De la Fuente desarrollaba sus investigaciones en la vecina provincia de La Rioja, de donde era oriundo, y su tesina sobre Cerro Colorado fue dirigida por González.

Según la publicación de esta primera reunión de la Convención, las invitaciones para participar se cursaron “no a título personal para evitar omisiones”, sino con referencia a instituciones. Los individuos pertenecían a dos categorías: la de los directores de institutos de Ciencias Antropológicas, profesores de asignaturas antropológicas en universidades públicas y privadas (en los rangos de titulares, adjuntos, encargados, interinos o contratados), egresados de carreras universitarias especializadas (como las que se impartían en UBA, UNLP y UNL), y los “Coordinadores de la Antropología”. La segunda categoría estaba conformada por “invitados” por los Coordinadores y por el Comité Organizador, a propuesta de dos invitados incluidos en la primera categoría. Así, los criterios para establecer ambas categorías trataban de observar un criterio administrativo de pertenencia o afiliación institucional, más que de jerarquía. Pero el proceso de selección y referencia terminaba recayendo no en “todo antropólogo argentino en actividad”, como se había postulado inicialmente, sino sobre los invitados especialistas con reconocimiento y trayectoria a criterio de los coordinadores. Quedaron fuera del evento los coleccionistas, los autodidactas y los aficionados, que aún cuando no podían ostentar títulos, tenían una estrecha relación con las áreas donde se practicaba la arqueología y se exhibían sus hallazgos<sup>146</sup>.

---

146 Conviene recordar una vez más que para 1964 se habían licenciado no más de 5 cursantes entre UBA, UNLP y UNL-Rosario, y que para 1947 algunos influyentes

Participaron de la Convención de Carlos Paz cincuenta antropólogos y treinta y ocho estudiantes universitarios de carreras antropológicas o históricas interesados en antropología. La inclusión de este elevado número de estudiantes ponía en evidencia varios fenómenos que ocurrían simultáneamente: el interés por procurar un diálogo intergeneracional, la necesidad de asegurar la reproducción de una nascente antropología académica, y confrontar a los jóvenes estudiantes con un *métier* que se construía como posible e inmediato en el mundo universitario. Pero mostraba, además, el intento de establecer cierta continuidad entre profesores en vías de consagración con los futuros colegas, los nacientes discipulados y linajes, en el contexto de las también jóvenes licenciaturas de Buenos Aires y La Plata, y de la especialidad antropológica de historia en Rosario. Además, los estudiantes, un sector social que tendría una resonante actividad política en los '60 y comienzos de los '70, se habían atrevido a reunirse en el Primer Congreso de Estudiantes de Antropología en agosto de 1961 en la ciudad de Rosario, con la exclusión expresa de profesores y académicos diplomados. Esta y otras iniciativas mostraban el deseo de autonomía que el sector estudiantil decía sostener con respecto a su integración vertical con los profesores de la institución donde cursaban sus materias. Tanto el Congreso de Estudiantes como ahora la Convención planteaban el interrogante acerca del encuadramiento de los futuros antropólogos en las líneas de trabajo de sus profesores.

Para llevar adelante sus propósitos, la Convención se organizó en distintas comisiones nucleadas en las temáticas que habría que “convencionalizar” –Lítico, Cerámico, Textiles– y en propósitos más políticos –ley 9080 de Ruinas y Sitios arqueológicos y paleontológicos, además de ofrecer a los asistentes una excursión al Parque Nacional Cerro Colorado<sup>147</sup>–. Cada Comisión sesionó a partir de un

---

profesores de Antropología y directores de Institutos, como Francisco de Aparicio, eran autodidactas y carecían de título universitario.

147 Tal vez el interés por visitar el Cerro se fundaba en que, desde fines del siglo XIX, fue de interés de aficionados y arqueólogos como Damián Menéndez en 1897, Leopoldo Lugones en 1903, el G. A. Gardner en 1926 y Asbjorn Pedersen en 1934. En fecha más cercana a la Convención era lugar de trabajo de un equipo de arqueólogos del IA-UNC dirigido por González en 1961. La importancia del sitio fue cristalizada en su declaración como Parque Arqueológico y Natural, por decreto de la provincia de Córdoba, en 1957, y en 1961, declarado Monumento Histórico “Cerro Colorado” por Decreto Presidencial (González, 1963; Pérez Gollán, 1968).

documento que la Comisión Organizadora ya le había encomendado a un grupo de antropólogos. Estos documentos llamados “anteproyectos” se reformularían como “proyectos” tras la sesión de la Comisión respectiva. Las Actas sólo publicaron los proyectos.

La labor y las conclusiones de las Comisiones de Lítico y Cerámica que sesionaron en Villa Carlos Paz permiten comprender la importancia de los acuerdos para el desarrollo de un lenguaje común en las Ciencias Antropológicas en la Argentina, que aspiraban a tener un alcance nacional y equipararse a los estándares de una ciencia internacional que hacía ya algún tiempo, probablemente desde la finalización de la Segunda Guerra Mundial, había modificado su eje rector al mundo anglosajón. De ahí algunas notables ausencias.

#### **4. Comisión de Cerámica**

Los arqueólogos ya de cierta edad y consagrados en el *establishment* antropológico, participaban del paradigma histórico-cultural que aplicaban a distintas culturas y a la interpretación de los materiales recuperados de esas culturas. El profesor entrerriano Antonio Serrano, un especialista en cerámica, entendía que a mayor similitud de estilos correspondía mayor grado de contacto entre los respectivos grupos portadores. El estilo, concepto aquí fundamental, se refería a la suma de forma, color, preparación, cocción y era definido como un modo de expresión de sus productores, reflejo de su visión del mundo, su identidad y su historia. Así, podría decirse que el estilo correspondía a cierta cultura o, en términos más actuales, a su etnicidad. Según esta lógica, la pluralidad cultural resultaba de la difusión de bienes culturales desde unos pocos centros al resto del ecúmene, pero de hecho a cada tipo cerámico correspondía una cultura

Serrano ya había publicado su *Manual de la Cerámica Indígena* en 1958, donde se refería al “tipo” e ignoraba el concepto de tipología, un sistema clasificatorio según el cual un tipo, en este caso de cerámica, comprende varias tipologías. El arqueólogo construía el tipo y la tipología en base a la elección de distintos atributos de la pieza como eran la decoración, la cocción, la forma, la pasta, etc. Lo que se puso en discusión y también se acordó en la Convención fue la necesidad de explicitar y fundamentar los criterios con los cuales se construían dichos sistemas clasificatorios.

Hasta el momento, la cerámica había permitido “fijar áreas,

secuencias e interferencias culturales” y, siguiendo a Menghin, el notable arqueólogo de Buenos Aires distinguido por el rectorado de la UBA en 1957, especialista en la Patagonia que no asistió a la Convención, había sido “un producto de industria local, lo cual le confería un contenido histórico cultural de valor enorme” (Serrano, 1958:7-8). Al referirse a este período de la arqueología argentina, Bárbara Balestra y Verónica Williams (2007) señalan que la importancia de estudiar la tipología cerámica residía en que los arqueólogos suponían la existencia de una asociación entre “estilo” y cultura que evidenciaba patrones de distribución espacial, contacto cultural y cronología. Así, varios estilos de un artefacto podían formar una tipología que mostrase la diversidad dentro de una misma área geográfica.

Esta concepción puede constatarse en la organización del volumen de Serrano en los capítulos tercero y cuarto dedicados a la descripción de la “cerámica del Noroeste”; el quinto a la “cerámica del Área Subandina y Centro del País”; el sexto a la “cerámica del Litoral y región Bonaerense Patagónica”; el séptimo a la “cerámica de la Región Cuyana y Sudamericana”, y el octavo a las “cerámicas exóticas y modernas” donde incluyó a la cerámica inca, la diaguita chilena, la Caspinchango, la de los actuales chaqueños, la chiriguana y la chaqueña típica. El *Manual de Cerámica Indígena* fue escrito mientras su autor se desempeñaba como director del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore Monseñor Pablo Cabrera de la UNC y como profesor titular de la Escuela de Historia de esa universidad, en las materias Prehistoria y Arqueología Americana y Antropología Cultural. En 1957 dejó esa universidad para dirigir el Instituto de Arqueología y el Museo de la Universidad Nacional de Tucumán (cargos dejados vacantes por Krapovickas, quien se sumó a la Universidad Nacional de Cuyo en Mendoza), e invitó a González a concursar sus cargos. González, entonces, ocupó las cátedras por concurso y permaneció en ellas hasta 1963.

Este nuevo profesor practicaba una línea teórico-metodológica distinta de la más establecida Escuela Histórico-Cultural, incorporada en la Argentina desde los años '20 con el respaldo de Imbelloni y su obra *Epitome de Culturología* del año 1936. González traía el paradigma neoevolucionista de EE.UU., que había aprendido en sus estudios de doctorado en la Universidad de Columbia y en la Escuela de Trabajo de Campo en Point de Pines, que fue aplicando

tanto a sus investigaciones como en sus cursos y a sus tesis en la UNL, desde 1957 en la UNC y después de 1963, en la UNLP (Gil, 2010; Luco, 2010b; Bonnin y Soprano, 2012). Llamativamente, sin embargo, González tampoco asistió a la Convención “por motivos familiares”, aunque puede suponerse que sus posturas estaban bien representadas por sus “colegas, amigos y discípulos”, según el telegrama que envió a la Convención.

La ausencia de figuras notables de los dos paradigmas con que contaban los arqueólogos argentinos para fines de la década de 1950, uno consolidado y otro recién llegado, para reconstruir el modo de vida de las culturas precolombinas, fue paralelo a la decisión de postergar la discusión teórica acerca del concepto de cultura, que quedó pendiente para la reunión ulterior designada como “Segunda Parte”. Pero postergación no es ausencia, como lo demuestra un asombroso des-conocimiento. Para acordar cómo describir una pieza o fragmento de cerámica y así como acuerdo para generar los “tipos cerámicos”, los redactores del anteproyecto de la comisión Cerámica ignoraron el *Manual* de Serrano para el proyecto aunque sí lo citaron en el anteproyecto. Cualesquiera que fueran las intenciones de quienes condujeron tamaño olvido, la acción conllevaba un fuerte límite a la continuidad y expansión de la teoría histórico-cultural en el establecimiento de un lenguaje común para las futuras generaciones y las nuevas investigaciones. Los neoevolucionistas serían los principales beneficiados de este proceder.

Los indicadores tomados para la descripción fueron: la “manufactura”, cómo había sido hecho la pieza; la “decoración”, en caso de que la tuviera; la “forma”, partes de las que se conforma una pieza (asa, base, boca, borde, cuello, entre otros); la “función”, uso que hace una cultura de determinada pieza, y “varios”, donde se agrupan características generales de la cerámica. Estos indicadores fueron organizados y jerarquizados siguiendo una numeración decimal, como por ejemplo:

o. Manufactura

o.o. Técnicas de manufacturas propiamente dichas

o.o.o Técnicas de elaboración de formas

o.o.o.o. Enrollamiento anular



Las Normas de descripción a partir de los cuales se podían construir los “tipos cerámicos” consistían en indicadores como los anteriores más los siguientes: “nombre” del tipo de cerámica; la procedencia del resto descripto; el “sitio tipo” o nombre del sitio donde fue hallado por primera vez aquello que busca denominarse; el “número de fragmentos de la muestra” utilizados para describir el tipo; la “pasta” con observaciones sobre fracturas recientes realizada por presión en dos puntos; la “superficie”, descripción externa e interna de la pieza; y la “cocción”, modo en que fue lograda la pieza. Estos indicadores también fueron clasificados y ordenados siguiendo el sistema decimal.

El acápite “forma” fue ilustrado por el dibujante y arqueólogo aficionado del Instituto de Antropología de la UNC, Domingo Roque Mensiguez, lo cual era fundamental para transmitir la información y para mostrar didácticamente las formas de una determinada pieza, destacando sus rasgos más caracterizadores, a modo de catálogo.

Si previo a la Convención los arqueólogos ya se habían preocupado por fijar estilos cerámicos, como lo atestigua el volumen de Serrano con dos ediciones de Assandri, una prestigiosa editorial cordobesa (1938-1966), ¿dónde residían las diferencias que pretendía introducir la Convención? Es decir, ¿qué continuidades y cambios establecían los “convencionales” entre los modos de hacer arqueología? ¿Acaso los modos de denominar y clasificar los materiales podían conllevar distintas perspectivas teóricas y metodológicas de trabajo y de interpretación?

En el apartado “tamaño” de la Convención se señalaba que “no deberá utilizarse la escala de los arqueólogos norteamericanos Lyndon Hargrave y Watson Smith porque esta escala puede variar de yacimiento en yacimiento”. Se estipulaba “anotar la escala de valores en base a la medida aritmética, en décimas de mm.” (Convención, 1965:44-45). Hargrave y Smith habían publicado un artículo en 1928, titulado “A method for determining the texture of pottery”, en la prestigiosa revista norteamericana *American Antiquity*, editada desde 1935 por la Society for American Archaeology. Serrano ya había tomado esta misma escala, pero la había objetado por la difícil apreciación de esos valores, por lo que confeccionó una escala gráfica que adjuntaba en su libro (Serrano, 1958:32). Acordar en el método de medición de la pieza permitía comparar fragmentos y

piezas de diferentes yacimientos arqueológicos, y establecer la difusión de los estilos cerámicos en diferentes áreas geográficas. Esto lo sabía Serrano, quien abrevaba en los mismos textos básicos que los convencionales y usaba métodos de medición semejantes, sólo que sus inferencias respondían a paradigmas distintos.

Algo semejante sucedía con el apartado “dureza”, para el que tanto Serrano como la Convención proponían la “escala de Mohs”, planteada por el geólogo alemán Friedrich Mohs (1773-1939) en su *Tratado de Mineralogía* de 1825. Pero Serrano objetaba que a “la cerámica americana sólo interesan los valores comprendidos entre 2 y 4.5” por lo que había que procurarse una “pequeña caja con los seis minerales” (Serrano, 1958:35).

Acerca del interés de lograr los parámetros de una ciencia universal en la Convención, y por lo tanto, superar las fronteras nacionales de la terminología, en el punto quinto del proyecto presentado al Plenario de la Convención se dejaba como tema pendiente para la Segunda Parte “adecuar los conceptos y términos a la forma de las vasijas aprobadas con el sistema taxonómico de Anna Shepard”. Esta investigadora había publicado el volumen *Ceramics for the Archaeologist* en 1956, editado por la prestigiosa Carnegie Institution for Science de Washington DC. Este instituto fue fundado en 1902 con el fin de apoyar las investigaciones en arte, educación y ciencia. El acápite “Análisis de forma y clasificación” de Shepard fue traducido por el estudiante de la licenciatura en Historia y participante del Instituto de Antropología de la UNC y alumno de la Escuela de Trabajo de campo, Daniel Powell.

Estas lecturas y discusiones buscaban normativizar con rigor científico la transformación de un simple fragmento de cerámica en una evidencia arqueológica. Con fragmento de una pieza, hasta entonces desechado por los arqueólogos histórico-culturales, cambiaba de estatus, y podía ser comunicado porque merecía ser estudiado por la comunidad antropológica. Estos cambios entrañaban un realineamiento de la arqueología argentina en el concierto arqueológico internacional. La bibliografía tomada como antecedente y como referencia provenía ahora de una metrópoli académica bastante alejada de Berlín y de Viena, usina de prehistoriadores histórico-culturales como Márquez Miranda (ver Soprano en este volumen), Canals Frau y Menghin. A estos materiales “americanos”, los convencionales sumaron, en vez de Serrano, a una figura relati-

vamente secundaria y extra-académica de Córdoba, el ya fallecido cura mercedario Fray Agustín F. Nimo, con su *Arqueología de Laguna Honda (Yucat. Provincia de Córdoba)*, publicada por el Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore “Dr. Pablo Cabrera” de la UNC en 1946 (devenido en Instituto de Antropología de la UNC). El trabajo de Fray Nimo fue utilizado por los convencionales para describir la “base” de las vasijas, a partir de la clasificación que hacían los físicos a las “lentes” (Nimo, 1946:20-21). En vez, el *Manual de la Cerámica Indígena* temporalmente más próximo a la Convención (1957), aunque constaba en la bibliografía del anteproyecto, no fue reconocido como antecedente en ningún apartado, si bien, como hemos visto, presentaba algunas similitudes con los indicadores seleccionados para describir los tipos cerámicos y los métodos de medida. Parte de la diferencia residía en que los “convencionales” de Carlos Paz recuperaban, además de las “piezas”, es decir, los objetos completos, los “tiestos” o fragmentos de piezas de distintos tamaños. Esto constituía un paso importante en el modo de estudiar la cultura material desde la metodología de excavación propuesta por el paradigma histórico cultural, para el cual los fragmentos no eran relevantes para conocer los “caracteres dominantes para fundamentar un tipo” (Serrano, 1958: 27).

Como tema pendiente para la segunda parte de la Convención quedó el acápite “Conceptos inherentes a la interpretación cultural de los restos de alfarería”, porque los convencionales esperaban discutir la definición antropológica de “cultura”. Probablemente la razón de tal postergación residiera en evitar la confrontación teórica abierta entre los dos paradigmas vigentes en la Argentina de entonces.

## **5. Comisión de Lítico**

El recurso material del que se valían los prehistoriadores para conocer el modo de vida de las culturas prehispánicas más antiguas eran los objetos de piedra con rastros de actividad humana. De ahí la importancia de convenir acerca de “la tipología”, es decir, la técnica de estudio y clasificación de las formas y de los “tipos”. Esta metodología era utilizada desde fines de la década de 1930 por las escuelas arqueológicas estadounidenses, francesas, alemanas y eslavas en relación al material de piedra (Luco, 2010a:55).

La tipología propuesta por el francés François Bordes (1919-1981) fue aplicada y enseñada en la Argentina por Marcelo Bórmida (1925-1978) desde la década de 1950 (Flegenheimer y Bellelli, 2007). Se la utilizó principalmente en los sitios arqueológicos de las regiones de Pampa y Patagonia donde la gran mayoría de los restos materiales eran de piedra. Bordes sostenía que, a partir de las descripciones de los materiales de los yacimientos del Paleolítico inferior y medio europeos, Pech-de l'Azé, Combe-Grenal y Corbiac, podían establecerse correlaciones culturales directas entre los grupos humanos del paleolítico y su "equipamiento material" (Luco, 2010a: 67). Así, toda diferencia en la forma de un instrumento era interpretada como diferencia cultural, tal como vimos que los histórico-culturales inferían de los restos de cerámica. La Comisión que trataba estos temas en la Convención retomaba a Bordes, en la redacción del anteproyecto, y también al francés de comienzos del siglo XX, H. Müller Beck (1957/58), que había investigado el poblamiento europeo. Con estos referentes, los convencionales buscaban incorporar las culturas desarrolladas en territorio argentino al panorama de las culturas más antiguas del Viejo Mundo, y alcanzar así un conocimiento universal de las culturas. Sin embargo, el introductor de Bordes en la Argentina y discípulo de Menghin, Bórmida, tampoco asistió a la Convención. De Buenos Aires, en vez, participó el topógrafo Carlos J. Gradin, quien pese a no tener título universitario o una especialización en antropología, venía desarrollando numerosas e importantes investigaciones arqueológicas en Patagonia junto al mismo Menghin (Luco, 2010a).

En su artículo "Fundamentos cronológicos de la Prehistoria de Patagonia", publicado en la revista del Instituto de Antropología de la UBA, *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, en 1952, Menghin aspiraba a describir la estructura étnica de los pueblos que habitaron la Patagonia precolombina y a establecer su continuidad racial hasta el presente con los pueblos fueguinos, pámpidos y andinos. En su secuencia cronológica inscribía todos los pueblos que habitaron la Patagonia en el "Protolítico o paleolítico inferior" con "industrias líticas muy rudimentarias", el "Miolítico" o "Paleolítico superior" con cazadores superiores que aún no habían desarrollado el cultivo, y el "Epiprotolítico" o "Paleolítico inferior atrasado". A cada una de estas Edades le procuraba su analogía con América del Norte y con Europa. Esta información quedaba sistematizada en

una síntesis que Menghin tituló “Cronología de la Edad de Piedra en la Patagonia”, un cuadro de doble entrada donde cotejaba fechas con épocas geológicas y arqueológicas. En la columna “arqueológica” desarrollaba cada época mostrando la cultura en distintas zonas de la Patagonia y de Europa. Asimismo, deploraba el estado de las investigaciones en las regiones tropicales de Sudamérica. Sus conclusiones culturales sobre la región patagónica se basaban en dos viajes, el primero desde el 10 de enero al 6 de abril de 1951, y el segundo del 6 de enero al 2 de marzo de 1952. A diferencia de la Comisión de Cerámica, la Comisión de Lítico profundizaba su discontinuidad con el esquema menghiniano.

La figura, en vez, era Cigliano, integrante de la Comisión y redactor del anteproyecto, que ponía en discusión “lo inconveniente que resulta trasplantar a América las denominaciones utilizadas en la terminología europea, sobre todo la del Paleolítico, ya que no hubo relación entre el Paleolítico europeo y el americano” (Cigliano, 1962:12-13). Además, agregó en su trabajo sobre el Ampajanguense un vocabulario compuesto por un listado de 30 términos ordenados alfabéticamente, acerca de las características de un artefacto o instrumento lítico. Para ello tomaba a Müller-Beck y al arqueólogo chileno contemporáneo Mario Orellana (1961) junto a observaciones propias.

Aunque en la Convención no se discutió este modo de periodizar y comprender el pasado, sus participantes buscaron acordar criterios “clásicos” sobre clasificación morfológica, tecnológica y funcional de los objetos en “material lítico”, dejando atrás la denominación “de piedra”. Si bien dieron prioridad al criterio morfológico (de las formas), sus asistentes trataron de incluir los materiales en un único listado. A diferencia de la Comisión de Cerámica, en la de Lítico quedó pendiente para la segunda parte de la Convención la necesidad de fijar los criterios y normas para consagrar una tipificación de los artefactos que permitiera fijar los datos para obtener conclusiones culturales. Advertían, además, la intención de que el texto de la Convención ofreciera un “instrumento práctico de trabajo que posibilitara un entendimiento preciso entre los especialistas. La práctica dirá de su utilidad, y sugerirá las modificaciones necesarias” (Convención, 1965:57). A diferencia de la Comisión de Cerámica, la investigación de sitios patagónicos y pampeanos de cazadores nómades no era el terreno dominado por sus integrantes.

Así, en la comisión de Lítico las conclusiones fueron más provisorias que las de Cerámica, debido a la relación más esporádica que, salvo Gradín para Patagonia y Cigliano y Krapovickas para Noroeste, tenían los “convencionales” con los restos de piedra del Paleolítico inferior. El centro de trabajo seguía siendo el eje porteño-platense con dominio histórico-cultural, aunque la Convención logró instaurar el término “lítico” para referirse a lo que los menghianos llamaban “de piedra”.

## **6. Apreciaciones finales**

Llegar a estos acuerdos en el lenguaje, en la descripción y en la escritura facilitó, por un lado, la reorganización de una corporación de arqueólogos y, por el otro, hacer estudios comparativos entre regiones y áreas geográficas del país con el fin de ubicarlas en una cronología relativa en la espera de concretar los análisis de radiocarbono (con Carbono14), que arrojarían dataciones absolutas, y que González había introducido en la Argentina (ver Gil en este volumen).

Siguiendo a Jack Goody (1996), consideramos que la escritura, en nuestro caso la codificación escrita de los descriptores de los objetos y fragmentos cerámicos y líticos, creaba un nuevo medio de comunicación entre los eruditos de la arqueología argentina. Esta escritura trascendió al grupo de creadores y a la coyuntura de la Convención, estableciendo un ámbito de confianza de “verdad” entre arqueólogos más experimentados, arqueólogos recién graduados, y estudiantes. Generando así un lenguaje común de autoría conjunta y despersonalizada que, a la vez, definía la experticia de un *métier* y un medio de legitimar sus prácticas. El método de datación por Carbono 14 de piezas arqueológicas con restos orgánicos había sido aprendido en los EE.UU. por González, y su utilización en la Argentina le valió un sitio de reconocimiento en el flamante Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET), y en la UNLP, donde inauguró en diciembre de 1964 el Laboratorio de Tritio y Radiocarbono en el Museo de Ciencias Naturales. Este modo de conocer la cultura y su ubicación en el tiempo demandaba una exhaustiva excavación que se diferenciaba de las excavaciones sin estratigrafía y del modelo implementado hasta los '50 por los histórico-culturales, conocer el pasado a través piezas que se interpretaban según la información de documentos escritos por las auto-

ridades políticas coloniales y los evangelizadores.

Estas diferencias en el uso y análisis de las evidencias materiales condujo paulatinamente en el devenir histórico de la disciplina, a una especialización de los arqueólogos, generándose una identidad profesional que respondía a la articulación entre región-cultura material-modo de vida-adscripción institucional-equipo de trabajo. La Convención de Carlos Paz fue una reunión novedosa: por primera vez en la historia argentina de la disciplina se sesionaba a partir de los objetos y se discutía sobre ellos para reconstruir el pasado precolombino. Los ejes no eran ni las regiones geográficas ni tampoco las teorías.

Aunque muy poco se ha escrito sobre el evento, en la literatura sobre el pasado de la Antropología Argentina, la Convención Nacional tuvo una gran trascendencia en el marco disciplinar. Los arqueólogos platenses Mirta Bonnin y Andrés Laguens analizaron las publicaciones de Arqueología entre 1970-1990, aparecidas en la revista *Relaciones* de la Sociedad Argentina de Antropología (Nueva Serie) y en los *Anales de Arqueología y Etnología* de la Universidad Nacional de Cuyo. De este análisis resultó que la primera parte de la Convención, publicada en 1966, era el segundo trabajo más citado, luego del informe inédito del arqueólogo Carlos Aschero al CONICET en 1974, *Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos* (Bonnin y Laguens, 1984:18). En su artículo Bonnin y Laguens advierten acerca de la cuantía de investigadores que, en sus artículos, citaban la Convención como referencia de su terminología. Sin embargo, tal referencia no implicaba sólo una cuestión de reemplazo idiomático; entrañaba importantes diferencias en las formas de describir y de interpretar los materiales con que los arqueólogos reconstruían el pasado. Puede presumirse que los acuerdos en la cuestión cerámica tuvieron mayor vigencia que los correspondientes a “lítico”, más intervenidos por la tipología de Aschero diez años después, y que vino a complementar oportunamente lo que había quedado pendiente en 1964.

Pero más allá de las especializaciones, la Convención logró reunir de un modo más público y horizontal a las antropologías provinciales y a algunos miembros de la más establecida antropología rioplatense, profesionalizando el campo arqueológico sin participación de aficionados y autodidactas, homogeneizando y alineando sus prácticas con parámetros, léxicos, métodos y paradigmas científicos

internacionales que debían aprenderse, discutirse y ratificarse a la luz de la práctica arqueológica concreta. Pero además, la Convención mostró la posibilidad de introducir otras voces y otros marcos de referencia nacionales y metropolitanos en la labor arqueológica, discutiendo la primacía de las vertientes centro-europeas proclives a una reconstrucción hipotética y doctrinaria del pasado de la humanidad en América del Sur. Con la publicación de los “proyectos” y su razonamiento extremadamente técnico, quedaba asentado un nuevo rumbo en la arqueología argentina.

La Segunda Parte de la Convención no resolvería todas las incógnitas, pero avanzaría en el planteo de la política indígena realizada por especialistas antropólogos, los etnólogos, y en la realización del Censo Nacional Indígena. Y así como Córdoba había emergido como una localización conveniente en el centro equidistante del país precolombino, ahora tocaría al Chaco y su capital, Resistencia, el lugar de sede de la consagración del profesional antropólogo de cara a la realidad aborígen. Diferían, sin embargo, en algo más que en el formato textual que alcanzó la publicación: Córdoba había sido la puerta de acceso de un nuevo paradigma arqueológico a la Argentina; su representante, González, quien proclamó la expresión “vacío teórico” para referirse al estado previo al advenimiento de la Escuela Histórico-Cultural en la Argentina, venía en los hechos a dictar, acaso prematuramente, la extremaunción del paradigma al que juzgaba ya superado. En Carlos Paz, entonces, dejó a un grupo de discípulos que se abocó a investigaciones de gran trascendencia para construir el panorama prehispánico en suelo argentino. En Resistencia, la Segunda Parte de la Convención estaba más próxima a sus objetos, las poblaciones Pilagá, Wichí y Qom, pero carecía de jóvenes entusiastas nucleados en torno a un maestro con ideas y procedimientos renovados localizados en la Universidad del Nordeste (con doble sede en Resistencia y en Corrientes). El proceso político nacional dejaría también sus huellas y la muerte de Palavecino en 1966 pasaría la misión etnológico-política del Censo a manos del ya indiscutido conductor de la antropología porteña, Marcelo Bórmida que había abandonado la arqueología y la fe histórico-cultural, para optar por una variante de la fenomenología algo distante de los compromisos políticos que la hora venía demandando de las humanidades y las ciencias sociales en la Argentina y en la región.



## Bibliografía

BALESTA, BÁRBARA y VERÓNICA WILLIAMS, (2007) “El análisis cerámico desde 1936 hasta nuestros días”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXII, Buenos Aires, pp.169-190.

BONNIN, MIRTA y ANDRÉS LAGUENS, (1984-1985) “Acerca de la arqueología argentina de los últimos 20 años a través de las citas bibliográficas en las Revistas Relaciones y Anales de Arqueología y Etnología”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, T. XXVI, N.S., Buenos Aires, pp. 7-25.

BONNIN, MIRTA y GERMÁN SOPRANO, (2011) “Antropólogos y antropología entre las universidades nacionales de La Plata, Litoral y Córdoba. Circulación de personas, saberes y prácticas antropológicas en torno del liderazgo académico de Alberto Rex González (1949-1976)”, en *Revista Relaciones Sociedad Argentina de Antropología*, N°36, Buenos Aires, pp. 37-59.

BOURDIEU, PIERRE, (2000) *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba.

CIGLIANO, MARIO, (1962) “El Ampajanguense”, en *Publicación N° 5*, Rosario, Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía Letras, Universidad Nacional de Litoral.

FLEGENHEIMER, NORA y CRISTINA BELLELLI, (2007) “La arqueología y las piedras, un recorrido por los estudios líticos en Argentina”, en *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXII, Buenos Aires, pp. 141-168.

GIL, JULIÁN GASTÓN, (2010) “Neoevolucionismo y ecología cul-

tural. La obra de Steward y la renovación de la enseñanza de la antropología en la Argentina”, en: *Revista del Museo de Antropología*, Vol. 3, N° 1, Córdoba, pp. 225-238.

GONZÁLEZ, ALBERTO, (1963) “Las pinturas indígenas de Cerro Colorado”, en *Gacetika* 79, año VIII, noviembre-diciembre, Buenos Aires.

GOODY, JACK (comp.), (1996) *Cultura escrita en sociedades tradicionales*, Barcelona, Gedisa.

GUBER, ROSANA, (2005) “Linajes ocultos en los orígenes de la antropología social de Buenos Aires”, en *Revista Avá*, N° 8, Posadas, pp. 26-55.

LEONIS MAZZANTI, DIANA, (2005) “La institucionalización de la arqueología desde Olavarría”, en *Andes*, N° 1, Salta.

LUCO, SUSANA, (2010a) *De Prehistoriadores a arqueólogos. Una etnografía del cambio de paradigma en la práctica académica de la arqueología patagónica, UBA (1975-1983)*, Tesis de Maestría, Maestría en Antropología Social. Instituto de Desarrollo Económico y Social- Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín. Inédita.

LUCO, SUSANA, (2010b) “Tensión política-académica en la Universidad de Buenos Aires (1975-1983): el capo de paradigma en la arqueología patagónica”, en *Revista del Museo de Antropología*, N° 3, Córdoba, pp. 211-224.

MENGHIN, OSWALD, (1952) “Fundamentos Cronológicos de la Prehistoria de Patagonia”, en *Runa. Archivo para las ciencias del hombre*, V, partes 1 y 2, Buenos Aires, pp. 23-43.

NIMO, AGUSTÍN F., (1946) *Arqueología de Laguna Honda (Yucat. Provincia de Córdoba)*, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore “Dr. Pablo Cabrera”, Córdoba.

NÚÑEZ REGUEIRO, VÍCTOR, (1965) “La “1° Convención Nacional de Antropología”, en *Separata del Anuario del Departamento de Historia*, vol. I, Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, pp. 653-655.

NÚÑEZ REGUEIRO, VÍCTOR, (1969) “Terminología arqueológica

de Brasil y Argentina”, en *Etnia*, N° 9, Olavarría, pp. 9-14.

PÉREZ GOLLÁN, JOSÉ, (1968) *Arte Rupestre de Cerro Colorado*. Buenos Aires, Filmediciones Valero.

SERRANO, ANTONIO, (1958) *Manual de la Cerámica Indígena*, Córdoba, Editorial Assandri.

1° CONVENCIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA (Segunda parte.), (1965) *Informe Final*, Resistencia, Facultad de humanidades, Universidad Nacional de Nordeste.

1° CONVENCIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA (Primera Parte), (1966) Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, Argentina.



## Los autores

### **Sergio Carrizo**

Licenciado en Historia de la Universidad Nacional de Tucumán (UNT). Doctorando en Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba. Becario doctoral FONCYT, Agencia Nacional de Promoción Científica y Técnica. Docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNT y en establecimientos de nivel superior. Investiga sobre la historia de la Antropología y la Arqueología en la Argentina y Teoría Antropológica. Tesis doctoral: *Antropología y azúcar en una provincia nacional. Tucumán 1928 a 1960*. Publicó artículos sobre historia de la antropología y de la arqueología, en revistas y volúmenes especializados.

### **Gastón J. Gil**

Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UNMDP), Magister y Doctor en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones. Investigador del CONICET y profesor de grado y posgrado en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Investiga sobre la constitución del campo de las ciencias sociales en la Argentina. Autor de *Universidad y utopía. Ciencias sociales y militancia en la Argentina de los 60 y 70* (2010), *Las Sombras del Camelot. La Fundación Ford y las ciencias sociales en la Argentina de los '60* (2011) y artículos en revistas científicas nacionales y extranjeras.

## **Rosana Guber**

Licenciada en Ciencias Antropológicas, especialidad Folklore (UBA); Master en Ciencias Sociales (FLACSO-PBA), M.A. y Ph.D. en Antropología Social, Johns Hopkins University, EE.UU. Investigadora del CONICET-IDES. Directora de la Maestría en Antropología Social IDES-IDAES/Universidad Nacional de San Martín. Investiga sobre el trabajo de campo etnográfico, la antropología de la antropología argentina, la memoria social y la guerra de Malvinas. Autora de *El salvaje metropolitano* (1991/2004), *La Etnografía. Método, campo y reflexividad* (2001/2011) y *La articulación etnográfica* (2013), compiladora del dossier “Otras antropologías y otras historias de la antropología argentina” en la *Revista del Museo de Antropología* de la UNC, y con Sergio Visacovsky de *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina* (2002), además de artículos en medios especializados en el país y en el exterior.

## **Susana Luco**

Licenciada en Ciencias Antropológicas, especialidad Arqueología (UBA); Magister en Antropología Social (IDES-IDAES/UNSAM). Investiga sobre historia social y antropología de la arqueología argentina, los procesos de cambios teóricos y la constitución de la teoría en la práctica arqueológica patagónica. Autora de *De prehistoriadores a arqueólogos. Una etnografía del cambio de paradigma en la práctica académica de la arqueología patagónica, UBA (1975-1983)* (en prensa).

## **Rolando J. Silla**

Licenciado en Ciencias Antropológicas, especialidad Antropología Sociocultural (UBA); Magister en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones; Doctor en Antropología Social por el Museo Nacional, Universidad Federal de Rio de Janeiro. Investigador del CONICET y profesor de la carrera de Antropología Social de la Universidad Nacional de San Martín. Investiga sobre la antropología de la religión, la constitución de áreas fronterizas interna-

cionales, la teoría antropológica y la antropología argentina. Autor de *Colonizar argentinizando. Identidad, fiesta y nación en el Alto Neuquén* (2011) y artículos en revistas nacionales e internacionales.

## **Germán F. Soprano**

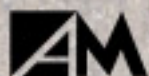
Profesor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata, Magister en Sociología por la Universidade Federal do Rio de Janeiro, y Doctor en Antropología Social por la Universidad Nacional de Misiones. Investigador de CONICET. Docente de la Universidad Nacional de Quilmes y la Universidad Nacional de La Plata. Investiga sobre historia de la antropología en la Argentina, relaciones entre política y formas de sociabilidad profesional en académicos universitarios, y sobre procesos de formación y configuración profesional en militares. Co-editor con Sabina Frederic y Osvaldo Graciano de *El Estado argentino y las profesiones liberales, académicas y armadas* (2010); con Ernesto Bohoslavsky de *Un Estado con rostro humano. Funcionarios e instituciones estatales en la Argentina (1880 a la actualidad)* (2010), y con Mónica Marquina y Carlos Mazzola de *Políticas, instituciones y protagonistas de la universidad argentina* (2009), y autor de artículos publicados en revistas especializadas.

## **Mariela E. Zabala**

Licenciada en Historia, Magister en Antropología y doctoranda en Ciencias Antropológicas en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria doctoral de la Secretaría de Ciencia y Tecnología UNC, Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR) Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Docente del Área Educación del Museo de Antropología FFyH-UNC y del Área Teórica Metodológica de la Licenciatura en Antropología FFyH- UNC. Ha investigado sobre la historia de la antropología argentina, la constitución del campo en el centro del país, y su relación con la cultura material, los archivos y los museos, la arqueología pública y la educación museística. Autora de *Las verdades etnológicas de Monseñor Pablo Cabrera. Una etnografía de archivos en la ciudad de Córdoba* (2013, 1ª mención Premio “Eduardo Archetti”, edición 2012) y artículos en revistas especializadas.

No hay períodos yermos en la producción del saber. Ni el mundo se divide en excelsos y réprobos, alineados en bandos fijos e inamovibles. Ambas sentencias valen para quienes han integrado el campo de la antropología argentina durante los convulsionados años comprendidos entre 1940 y 1980. Este libro reúne las reflexiones que han permitido a un grupo de colegas antropólogos de distintas subdisciplinas y procedencias disciplinares, interrogar las certezas del sentido común que nos hemos labrado acerca de nuestro pasado. Sentido común que ha propulsado algunas búsquedas pero al mismo tiempo nos ha impuesto serias barreras para comprender nuestras historias institucionales, y las lógicas de nuestra producción y nuestra reproducción.

Los autores que participan en este volumen y que pertenecieron a un equipo de investigación financiado por el FONCyT (ANPCyT-MinCyT) entre 2009 y 2012, indagan en las múltiples relaciones que se han tejido entre la política académica, la política nacional y las líneas de investigación que forjaron las ciencias antropológicas en distintos centros de este país. Las figuras de José Imbelloni, Fernando Márquez Miranda, Alberto Rex González y Marcelo Bormida, los cambios de rumbo teórico en la arqueología porteña, los caminos que derivaron en y que se abrieron desde la introducción del Carbono 14 en la datación de restos prehistóricos, y la búsqueda de reorganización del campo disciplinar a través de la 1a Convención Nacional de Antropología, proveen accesos a nuevas miradas que problematizan las nociones de estabilidad y cambio, de innovación y conservadorismo, que suelen acompañar a la historiografía canonizada y, a menudo, auto-indulgente. Por eso *Antropologías Argentinas* es una propuesta para todos aquellos que desean comprender de maneras más totalizadoras, complejas y también paradójales, la constitución de los saberes en las humanidades y en todas las ciencias.



Ediciones  
Al Margen